

Fredy Perlman

CONTRA EL LEVIATÁN

Y CONTRA SU HISTORIA



Con una mirada lúcida y subversiva, Fredy Perlman analiza el conjunto de civilización, patriarcado y Estado –la dominación en su totalidad– desde sus orígenes hasta el presente. Además, critica la forma en que esta historia se nos ha enseñado, destapando el poder del mito en una sociedad racional y regalándonos otra narrativa, desde abajo, que nos habla de resistencia y libertad.

El filósofo inglés Thomas Hobbes, hizo del monstruo bíblico Leviatán, una metáfora infame en su apología del poder estatal, cuando dijo que lo único que les correspondía a los súbditos era obedecer.

Como bien dice su título, *Contra el Leviatán y contra su historia*, este libro no pretende situarse en una neutralidad erudita, sino que es una contribución a la lucha, un intento de desenmascarar el monstruo para que las personas atrapadas en sus entrañas podamos quitarnos la armadura psicológica que nos hace identificarnos con lo que nos domina.

Contra el Leviatán

y contra su historia

Unidad peruman



Fredy Perlman

CONTRA EL LEVIATÁN
Y CONTRA SU HISTORIA

Título original: *Against His-story, Against leviathan!*

Primera edición: Detroit, Black & Red, 1983

Primera edición en castellano: Primavera 2019

Traducción: Clara Cuennet Mas

Corrección y edición: Editorial Segadores

segadores.alscarrers.org

Impresión y encuadernación: Descontrol

descontrol.cat

Imágenes: William Blake

Contra la propiedad intelectual y aquellos que sacan beneficio de ella. Las ideas son colectivas, los libros son para compartir y reproducir.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

PRÓLOGO. SIGUIENDO LAS PISTAS DEL LEVIATÁN

I. LA LLANURA SOMBRÍA

II. UNA PERSONA ACORAZADA PREGUNTA

III. EL PRODUCTO EXCEDENTE, EL FAMOSO MARGEN

IV. EL LIBRO EN EL QUE SE BASAN LAS RELIGIONES

V. LOS ISRAELITAS QUE ABANDONAN SU CAUTIVIDAD EN EGIPTO

VI. EL PULPO FENICIO Y SUS FRUTOS TARDÍOS

VII. CON LA LLEGADA DE LOS MEDOS

VIII. AL REGRESAR DE TRACIA

IX. PODREMOS ANALIZAR ROMA DE CERCA

X. EL REY PERSA SE CUBRIÓ CON EL MANTO DE LA LUZ

XI. EL IMPERIO ROMANO

XII. LA ANTIGUA CIUDAD GRIEGA LLAMADA BIZANCIO

XIII. CUANDO EL EMPERADOR BIZANTINO JUSTINIANO

XIV. PARA DAR UNA IDEA GENERAL

XV. EL PROYECTO DE LA IGLESIA

XVI. LOS VIKINGOS, LOS ESLAVOS, LOS MAGIARES Y LOS BIZANTINOS

XVII. LAS VÍCTIMAS DE ESTE PROGRESO

XVIII. DEVORADOR DEL MUNDO

XIX. LA INQUISICIÓN QUEMA

XX. LAS COMUNIDADES TABORITAS

XXI. LOS CUENTISTAS POTAWATOMIS

XXII. EL IDILIO YA HA DESAPARECIDO

XXIII. ESTOY IMPACIENTE

XXIV. LOS AGUIRRES ANGLÓFONOS

PRÓLOGO

SIGUIENDO LAS PISTAS DEL LEVIATÁN

¿Quién es el monstruo que está matando el planeta, borrando de la faz de la Tierra todo lo salvaje y convirtiendo la libertad en una mentira piadosa?

A la figura en el centro de su obra maestra, Fredy Perlman la llama “Leviatán”. Este monstruo bíblico ya fue, desde el principio, un símbolo para el imperio babilonio que atormentaba al pueblo semita, cuyos orígenes se encuentran en la huida del dominio de otro imperio. El filósofo inglés Thomas Hobbes hizo del Leviatán una

metáfora todavía más infame en su apología por el poder estatal, cuando dijo que lo único que les correspondía a los súbditos era obedecer.

Para Perlman, el Leviatán representa el Estado en su sentido más profundo y amplio; no sólo la institución administrativa de una sociedad, sino la construcción de la sociedad misma, su maquinaria, su espiritualidad muerta, su militarismo, sus relaciones alienadas y patriarcales, su desprecio por la naturaleza y sus tecnologías de poder.

Explica la historia de cómo apareció y cómo se ha desarrollado la civilización dominadora, no desde una distancia abstracta y dogmática, sino con una intimidad y lucidez que se hace agudamente relevante para entender las hipocresías y jaulas disfrazadas que nos rodean en nuestro presente. Nos obliga a presenciar la guerra contra la comunidad, la abundancia y la naturaleza –y la expansión de esta– generación tras generación, empezando en la época de Sumeria y siguiendo hasta el día de hoy. Capítulo a capítulo, vamos conociendo la gran máquina en la cual estamos atrapadas. Es un conocimiento que inspira odio y alivio a la vez, mostrándonos todo lo que nos ha sido robado y conectándonos con una resistencia tan antigua como la dominación misma.

Como bien dice su título, *Contra el Leviatán y contra su historia*, este libro no pretende situarse en una neutralidad erudita, sino que es una contribución a la lucha, un intento

de desenmascarar el monstruo para que las personas atrapadas en sus entrañas podamos quitarnos la armadura psicológica que nos hace identificarnos con lo que nos domina.

No obstante, Fredy basó este relato en una investigación que duró media década y le llevó a sitios arqueológicos en tres continentes.

Aunque utiliza un lenguaje tirando a lo poético –muchas veces la sensación que tiene la lectora es la de estar sentada al lado de la hoguera escuchando los cuentos que cuenta el abuelo– entrelaza en el escrito referencias a docenas de escritores, historiadores y filósofos (la mayoría de ellos fieros defensores del Leviatán) además de poesía, leyendas y citas irónicas.

A lo largo del ensayo, va creando un lenguaje propio, apropiado de la historia de nuestras derrotas y desastres, que sirve como arma, como flecha ardiente que dispersa las mentiras que nos han cegado para señalar claramente nuestro enemigo. Es un lenguaje que también sirve para desmitificar el pasado y mostrar una continuidad en la dominación durante miles de años.

Observando como los sumerios no tenían ninguna palabra para “esclavo” ni “trabajador” (es en ese momento cuando, por primera vez en la historia humana, se introdujo el trabajo forzado), decide etiquetarles de “zeks”. Zek lo toma

prestado de *Archipiélago Gulag*. Es jerga rusa para referirse a preso o recluso en los campos de concentración de la Unión Soviética.

Esta elección irónica pone de relieve como ha habido tantas excusas, coartadas y mitologías acerca del trabajo forzado como ha habido leviatanes, civilizaciones autoritarias.

Se ha justificado el trabajo forzado por la condición de ser extranjero, de ser cautivo de guerra, de ser deudor, de no tener sangre noble, de ser del continente equivocado, de ser delincuente, de ser proletariado e incluso de ser enemigo del proletariado. Pero al final, es lo mismo. Desde que apareció el Leviatán, siempre ha necesitado convertirnos en zeks.

Perlman se empeñó en no utilizar formas leviatánicas para contar la historia del Leviatán. Subraya el concepto de *his-story*, “la historia de él”, para visibilizar y criticar la manera en que nos han enseñado la historia de nuestro presente, de la que se supone es “nuestra” civilización. Ridiculiza el patriotismo, la megalomanía, la teleología de estos relatos que hacen desaparecer todo lo que no conviene y hacen de cárceles abiertas, patrias, y de asesinos en masa, héroes. Es una narración sumamente humana. No mide esta historia en años, sino en generaciones y nos recuerda lo que podría significar ser humano, celebrando la abundancia de la comunidad y de la Madre Tierra.

Fredy Perlman nació en Brno, Checoslovaquia, el 20 de agosto de 1934. En 1939 huyó con sus padres y su hermano menor. Todos sus parientes que quedaron en Europa fueron asesinados por los nazis.

El único país que aceptó a la familia Perlman fue Bolivia. Pasaron seis años en Cochabamba, los cuales Fredy siempre recordaba con alegría. Aunque en su familia hablaba checo y alemán y su padre también hablaba yiddish, Fredy consideraba que su lengua materna era el español.

En 1945 migraron a Estados Unidos, primero a Mobile (Alabama), y después a Nueva York. En el año '52, se matriculó en una universidad pública en Kentucky, donde su familia se había trasladado poco antes. Pero sólo un año después, Fredy marchó a California. En la universidad de Los Ángeles, tuvo una experiencia importante cuando el periódico estudiantil se enfrentó con las políticas del mccarthismo –patriotas, anticomunistas y de derechas– de la administración. Fredy y los demás fueron expulsados del consejo editorial y decidieron editar un nuevo periódico autogestionado. Cuando éste se acabó debido al poco apoyo del cuerpo estudiantil, dejó la universidad y se fue a vivir a

Ciudad de México durante un tiempo. Acabó la carrera un año más tarde, de nuevo en Kentucky.

Fue a la universidad de Columbia, Nueva York, para estudiar filosofía y ciencias políticas. Para pagar la matrícula y el alquiler trabajó de tipógrafo. Ahí, en 1957, se conocieron Fredy y Lorraine Nybakken, quienes compartirían incontables proyectos y viajes durante las siguientes décadas. En Nueva York, aparte de sus estudios, los dos se volcaron en movimientos de protesta anti-guerra, anti-nuclear y de solidaridad con Cuba. También encontraron amistades en miembros del Living Theater, una compañía de teatro callejero y anarquista.

A principios de 1963, en un momento de escalada de la Guerra Fría y al borde de la guerra nuclear, Lorraine y Fredy dejaron atrás el ambiente de patriotismo ciego para mudarse a Europa. El gobierno socialista de Checoslovaquia no le permitió a Fredy residir en su país natal, pero encontraron acogida en Yugoslavia. Lorraine, una música consumada, encontró trabajo de violinista en la Ópera de Belgrado, una posición que le ofreció la oportunidad de viajar por el bloque socialista. Fredy aprendió el serbocroata en poco tiempo y se matriculó en la Facultad de Economía en la Universidad de Belgrado para hacer un máster, seguido de una tesis doctoral en la Facultad de Derecho. En el último curso trabajaba para una comisión estatal de planificación económica con la meta de hacer avanzar a la región “atrasada” de Kósovo.

En esta época, la autogestión económica y las cooperativas de Yugoslavia tenían bastante fama entre las izquierdas occidentales. Pero su experiencia fue una decepción. Como explica Lorraine, “Aprendimos rápidamente que los yugoslavos no compartían el entusiasmo Occidental por la autogestión obrera, la cual consideraban un artilugio de relaciones públicas que servía para camuflar las relaciones convencionales entre los obreros y la dirección.” Y mientras la mente de Fredy prosperó estudiando economía marxista, la experiencia práctica en la comisión de planificación –su ineficiencia burocrática, su autoritarismo, sus efectos nocivos y su desprecio para los autóctonos sujetos de dicha planificación– le llevó a otras conclusiones. Esta experiencia fue el principio del rechazo definitivo que desarrollaría respecto al marxismo, a la industrialización y al Estado mismo.

Pero más conmovedora fue su experiencia con la represión política en Yugoslavia, país que se suponía el más libre del bloque socialista. En esta época estableció una estrecha amistad con Velimir, un marxista que había pasado ocho años en la cárcel por su disidencia a las políticas del Estado. En los ‘70, le enviaron de nuevo a la cárcel, donde murió.

En 1966, volvieron a los Estados Unidos por causa de una enfermedad y cirugía que había sufrido Lorraine.

No fue del todo un cambio no deseado, dado que en los años que habían pasado, el país se había transformado bastante, debido a una resistencia cada vez más amplia a las guerras, al racismo y a la cultura represiva.

Una recomendación de un profesor de Belgrado consiguió para Fredy una plaza de profesor en una universidad pequeña en el Estado de Michigan.

Enseñó ciencias sociales durante dos años, introduciendo un método libertario que denominó “educación crítica”. Pronto, Fredy se hartó del patriotismo ciego y la represión intelectual ejercida por los propios profesores.

Dejó la universidad y se fue a Europa a visitar amigos y enseñar un curso de corto plazo en Italia. Por casualidad, se encontró en París durante la revuelta de mayo del 68 y se entregó a la insurrección, participando en un grupo de estudiantes y obreros que intentaron crear vínculos solidarios con los obreros en las fábricas automovilísticas de las afueras. Vería, de primera mano, como los sindicatos tomaron el papel de frenar la revolución.

De vuelta a los Estados Unidos, él y Lorraine se mudaron a Detroit, ciudad industrial ya en declive, sacudida por la revuelta antiracista del 67. En esta ciudad, crearon un grupo radical que se centró en una imprenta cooperativa, no

comercial y abierta a todo el mundo. Fredy y Lorraine se volcaron en la tipografía y la traducción, comenzando con otros amigos la edición de una larga serie de textos. Lorraine, su hermana Ruth, Fredy y unos amigos más editaron las primeras traducciones en inglés de las obras de los Situacionistas. El grupo editorial que crearon, Red & Black, también publicaría *Historia del movimiento majnovista* (traducido al inglés por primera vez por Lorraine y Fredy), *Ensayos sobre la teoría del valor de Marx* de I.I. Rubín, *La revolución desconocida* de Volín, *Wildcat!* (sobre una huelga salvaje que ocurrió en Detroit en el 74), y unos cuantos textos más de Fredy.

Al principio, tuvieron que defender su proyecto ante unos cuantos militantes leninistas que intentaron tomar el control de la imprenta. Aunque no sabían de tipografía, ni edición, ni traducción, veían el grupo informal de gente que operaba la imprenta como un proletariado inconsciente a la espera de un cerebro revolucionario. Mala sorpresa se llevaron los leninistas dogmáticos que intentaron convencerles o confundirles en un debate.

Gran parte de su entorno se autodenominaba anarquista, pero Fredy nunca utilizó ninguna etiqueta ideológica. Se sentía muy atraído por la tradición anarquista, pero, por otro lado, en Francia y en Estados Unidos había conocido a anarcosindicalistas que querían deshacerse del gobierno sin cuestionar la organización industrial de la sociedad, defecto también compartido con algunos de los anarquistas clásicos,

como Kropotkin. También en la revuelta de mayo del 68 se dio el caso del anarquista que se hizo bastante famoso asumiendo el papel de representante del movimiento delante las cámaras de televisión. Otra experiencia bastante desagradable para la gente de Red & Black fue su relación con los “anarquistas comerciales” mencionados en el primer capítulo, uno que dirigía una editorial anarquista que se interesaba más por la venta de libros a un precio inflado que por la difusión de prácticas y relaciones anárquicas; intentó explotar a los compas de la imprenta como mano de obra barata.

Con los años, Fredy y Lorraine crearon un entorno muy cálido a su alrededor. De pronto se encontraron con el círculo de *Fifth Estate*, revista disidente que con el tiempo se identificaría con el anarquismo (y que actualmente constituye la publicación libertaria más antigua de Norteamérica, cumpliendo este año (2015) su quincuagésimo aniversario). La mayoría de los integrantes de la imprenta se afiliaron a los IWW, sindicato anarquista. Su círculo también incluía artistas, bohemios, músicos, revolucionarios negros y amigos radicales de otros países.

Al otro lado del estrecho que separa Detroit de Canadá vivía un anarquista en exilio, Federico Arcos, antiguo miembro de la CNT y luchador de la Guerra Civil, originario del Clot, Barcelona. Informados tanto por las luchas traicionadas en Detroit, París, Belgrado y Barcelona, compartían un rechazo al papel conservador de los

sindicatos, los políticos y las instituciones supuestamente revolucionarios.

Fredy produjo un impacto grande con sus escritos. De particular importancia son el acerbo *Manual para líderes revolucionarios* firmado por el seudónimo irónico de Michael Velli; *La reproducción de la vida cotidiana*, *Cartas de insurgentes*, y *Contra el Leviatán*.

Durante largo tiempo, Fredy soñaba con escribir una historia sobre las megamáquinas –para utilizar el término de Mumford– que absorbían las personas y los otros seres vivos, la tierra misma, como recursos o combustible, acabando por destruirlo todo. Situó esta narrativa en su tierra adoptiva, Detroit, y se enfocó en los pueblos originarios del territorio y los colonizadores que iban llegando. Este libro se publicaría, de forma incompleta y póstuma, bajo el nombre *The Strait* (el Estrecho), significado de “Detroit”, nombre proveniente de los colonos franceses.

Pero mientras se dedicó a hacer la investigación para éste, en 1977, decidió primero organizar de forma más global todas las historias que iba absorbiendo. Así nació *Contra el Leviatán*, como intento de narrar los orígenes del “espíritu occidental”, la civilización, la dedicación sistemática a la muerte que hacía tiempo ya había envuelto todo el planeta. Lo publicó con Black & Red en 1983. Fredy volvió a trabajar en *El estrecho*, pero este trabajo fue interrumpido por temas de salud.

Desde pequeño tenía una válvula defectuosa en el corazón. En 1976 le hicieron una cirugía para reemplazar la válvula, pero unos años más tarde esta volvió a fallar. Fredy albergaba muchas críticas hacia su experiencia con la medicina institucional, pero cuando su salud fue de peor en peor, no veía otra opción. Le volvieron a operar el 26 de julio de 1985, pero después de reemplazar las válvulas, no le pudieron reanimar.

Lorraine y las compañeras y compañeros de *Fifth Estate* siguieron con sus proyectos compartidos y publicaron unos últimos textos suyos después de su muerte. Siguen allí en Detroit, haciendo difusión de las ideas libertarias y manteniendo vivas las memorias de nuestras luchas.

Gracias a Lorraine por todo el apoyo dado para esta traducción y por toda una vida de lucha, difusión, memoria y persistencia.

PG

El papel de la viruela en el genocidio a las américas

Hemos decidido no insertar comentarios ni explicaciones a lo largo del texto, pero hay un error que aparece en los últimos capítulos del libro y que nos parece importante corregir. La viruela no mata un 90% de las personas infectadas, como afirma Fredy, sino un 20–30%. Fredy estaba escribiendo en una época en que se estaba revisando la historia anterior, la cual describió una conquista heroica y atrevida de los pueblos americanos por parte de los europeos. Nuevos estudios mostraron que la Conquista la tenían fácil, debido a la devastación producida por la viruela y otras enfermedades euroasiáticas. Esto sigue siendo cierto, aunque la mortalidad fuese del 30% y no de 90%, sobre todo cuando consideramos que las epidemias volvían generación tras generación hasta que las poblaciones indígenas desarrollasen la inmunidad. Otra ventaja para la colonización fue el hecho de que las poblaciones mestizas –por lo general ya integradas en el sistema colonial– tendrían más resistencias. Lo que Fredy no pudo prever era como esta revisión histórica se convertiría en una nueva historia racista y leviatánica: que los europeos no tenían tanta culpa, quizás ni siquiera se podría llamar genocidio a lo que pasó, porque casi todos los muertos fueron provocados por enfermedades.

La población indígena se vio reducida alrededor del 95% de la cifra de un total de 200 millones, en 1491. Los europeos eran conscientes, desde la época de Bernal Díaz o antes, de que la viruela era un aliado en sus conquistas, y se sabe de al menos algunas ocasiones en que infectaron a personas indígenas a propósito, como bien menciona Fredy en el texto. Además, la mortalidad por enfermedades se elevó debido a la guerra sucia mediante la cual los europeos expulsaron a los nativos de sus casas, destruyeron los campos, eliminaron sus fuentes de alimentación y los sujetaron a la esclavitud o al exilio más crueles. Las enfermedades son mucho más letales cuando las víctimas ya se encuentran en situaciones mortíferas, y este conjunto de factores fue construido de forma sistemática por el colonialismo.



Y estamos aquí como en una llanura sombría
Envuelta en alarmas confusas de batallas y
fugas,

Donde los ejércitos ignorantes se enfrentan en
la noche

–M. Arnold

*Aquí no puede uno acostarse ni sentarse o
estar de pie*

Ni siquiera hay soledad en las montañas

Sino el trueno sin lluvia estéril y seco

–T.S. Eliot

LA LLANURA SOMBRÍA ESTÁ AQUÍ. Esta es la tierra yerma:
Inglaterra, América, Rusia, China, Israel, Francia...

Y estamos aquí como víctimas, o como espectadores, o como perpetradores de torturas, masacres, envenenamientos, manipulaciones, expolios.

Hic Rhodus! ¡Este es el lugar donde saltar, el lugar donde bailar! ¡Esta es la tierra salvaje! ¿Acaso alguna vez existió alguna otra? ¡Esto es salvajismo! ¿Lo llamas libertad? ¡Esto es barbarie! La lucha por la supervivencia está aquí mismo. ¿Acaso no lo hemos sabido siempre? ¿No es este un secreto a voces? ¿No ha sido siempre el gran secreto a voces?

Sigue siendo un secreto. Es conocido por todos, pero no declarado. Públicamente, la tierra salvaje está en otra parte,

la barbarie está fuera, el salvajismo está en el rostro del otro. El trueno sin lluvia estéril y seco, las alarmas confusas de batallas y fugas, se proyectan hacia fuera, en lo desconocido, a través de mares y montañas. Nosotros estamos en el lado de los ángeles.

Una forma con cuerpo de león y cabeza de hombre,

*Una mirada vacía y despiadada como el sol,
Mueve sus pausados muslos...*

—W.B. Yeats

... Mueve sus pausados muslos contra el salvajismo proyectado, contra la barbarie que se refleja, contra el rostro salvaje que mira fuera del estanque; su movimiento vacía el estanque, destruye sus orillas dejando un cráter yermo donde hubo vida.

En un libro espectacularmente lúcido titulado *Más allá de la geografía*, un libro que también va más allá de la historia, de la tecnología y de la civilización, Frederick W. Turner (que no debe confundirse con Frederick Jackson Turner, el defensor de los primeros colonos americanos) corre la cortina e inunda la escena de luz.

Otros inundaron la escena de luz antes que Turner, quienes hicieron que el secreto fuera público: Toynbee, Drinnon, Jennings, Camatte, Debord, Zerzan entre los contemporáneos cuyas luces he tomado prestadas; Melville, Thoreau, Blake, Rousseau, Montaigne, Las Casas entre los predecesores; Lao Tze, remontándonos hasta donde alcanza la memoria escrita.

Turner toma prestadas las luces de las comunidades humanas más allá del conocimiento de la civilización para ver más allá de la geografía.

Ve a través de los ojos de los desposeídos de este mundo –un mundo que había sido hermoso– que descansa en la espalda de una tortuga, este doble continente cuyos estanques fueron vaciados, cuyas orillas fueron destruidas, y cuyos bosques se convirtieron en cráteres yermos desde el día en que fue llamado América.

*... una vasta imagen del Spiritus Mundi
Inquietó mi vista...*

Centrándose en la imagen, Yeats preguntaba:

*¿Y qué tosca bestia, cuya hora llega al final,
Cabizbaja camina hacia Belén para nacer?*

Turner lo ve tan claramente como lo había visto Yeats:

La oscuridad cae de nuevo; pero ahora sé

*Que veinte siglos de un pétreo sueño
Fueron contrariados hasta la pesadilla
por el mecer de una cuna*

Adivinos antiguos regresaron para compartir sus visiones con sus comunidades, del mismo modo que las mujeres compartían sus frutos y los hombres sus presas.

Pero no hay comunidad. El propio recuerdo de la comunidad es una imagen borrosa proveniente del *Spiritus Mundi*. El adivino de hoy vierte su revelación en hojas de papel, en las orillas de cráteres yermos donde matones acorazados montan guardia y piden la contraseña, pruebas científicas.

Ninguna visión puede cruzar sus puertas. La única canción que las puede atravesar es una canción tan seca y cadavérica como los fósiles en la arena.

Turner, él mismo un guardián, un profesor, tiene la valentía de un Bartolomé de Las Casas. Revienta las puertas, se niega a dar la contraseña y canta, vocifera, casi baila.

La armadura se quita. Aunque no se lleve como meros ropajes o máscaras, aunque esté pegada al rostro y al cuerpo, aunque deban arrancarse con ella la piel y la carne, la armadura acaba quitándose.

En los últimos tiempos, mucha gente ha reventado puertas. Hace poco alguien cantó que la red de fábricas y minas era el Archipiélago Gulag y que todos los trabajadores eran

zeks (a saber, reclutas, presos, miembros de una cuadrilla de trabajo). Otra persona cantó que los nazis perdieron la guerra, pero no lo hizo su nuevo orden. Los que vociferan son ahora incontables. ¿Está a punto de llover? ¿Es el crepúsculo de un nuevo amanecer? ¿O el ocaso en que la lechuza de Minerva puede ver porque el día ya se ha acabado?

Turner, Toynbee y otros se centran en la bestia que está destruyendo el único hogar conocido de los seres vivos.

El libro de Turner se subtitula *El Espíritu Occidental contra lo Salvaje*. Por espíritu occidental entiende la actitud o la postura, el alma o la esencia de lo occidental, conocido hoy en día como civilización.

Turner define lo salvaje de la misma manera que lo define el espíritu occidental, pero para él es un término positivo y para el espíritu occidental es negativo: lo salvaje engloba toda la naturaleza y todas las comunidades humanas más allá del conocimiento de la civilización.

En su obra *Estudio de la Historia*, Arnold Toynbee se mostraba entusiasta con la historia y la civilización, pero después

de ver el auge y la caída del tercer orden nazi y todos los perfeccionamientos que conllevó, perdió el entusiasmo. Expresó esta pérdida de entusiasmo en su libro titulado *La gran aventura de la humanidad*, cuyo punto de vista es parecido al de Turner: la humanidad está rompiendo en pedazos la Madre Tierra.

El término «humanidad» de Toynbee engloba tanto el espíritu occidental como las comunidades humanas más allá del conocimiento de la civilización, y el término «Madre Tierra» engloba toda la vida.

Tomaré prestado el término «Madre Tierra» de Toynbee. Ella es la protagonista principal. Está viva, es la vida misma. Concibe y pare todo lo que crece. Muchos la llaman naturaleza, los cristianos la llaman salvaje. Toynbee también la llama biosfera. Ella es la tierra firme, el agua y la corteza que envuelven nuestro planeta. Es el único hábitat de los seres vivos. Toynbee la describe como una piel fina y delicada, que no llega más alto de lo que pueden volar los aviones ni más bajo de lo que pueden excavar las minas. Son parte de su sustancia la caliza, el carbón y el petróleo, son materia que una vez estuvo viva. Filtra las radiaciones del Sol seleccionándolas con cuidado para que la vida no se queme. Toynbee la describe como una excrecencia, un halo u óxido presente en la superficie del planeta e imagina que puede que no haya otras biosferas.

Toynbee dice que la humanidad, los seres humanos, en

otras palabras, nosotros, se ha hecho muy poderosa, más poderosa que cualquier otro ser vivo, para acabar siendo más poderosa que la biosfera. La humanidad tiene la capacidad de destrozar la delicada corteza, y lo está haciendo.

Hay muchas maneras de hablar de una trampa. Puede describirse desde la perspectiva del medio ambiente autorregulado, desde la del cazador y desde la del animal capturado. Y hasta puede describirse desde la perspectiva de la trampa misma, es decir, desde el punto de vista objetivo, científico, tecnológico.

También hay muchas maneras de hablar de la destrucción de la biosfera. Partiendo de un solo protagonista, se puede decir que la propia Tierra se está suicidando. Con dos protagonistas, la humanidad y la Madre Tierra, se puede decir que nosotros la estamos asesinando. Aquellos de nosotros que asumimos esta perspectiva y nos sentimos avergonzados, tal vez quisiéramos ser ballenas, pero los que adoptamos el punto de vista del animal cazado buscaremos un tercer protagonista. El protagonista de Toynbee, la humanidad, es demasiado abstracto. Engloba todas las civilizaciones y también todas las comunidades que van más allá del conocimiento de la civilización. Aun así, como Toynbee expone, dichas comunidades coexistieron con otros seres durante miles de generaciones sin causar ningún daño a la biosfera. Estas comunidades no son los cazadores, sino los cazados.

Entonces, ¿quién está destrozando la biosfera? Turner señala el espíritu occidental: un héroe que se enfrenta a la tierra salvaje, que clama una guerra de exterminio del espíritu contra la naturaleza, el alma contra el cuerpo, la tecnología contra la biosfera, la civilización contra la Madre Tierra, dios contra todo.

Los marxistas señalan el modo de producción capitalista, algunas veces solo la clase capitalista; los anarquistas señalan la dominación; Camatte, el capital; los nuevos *ranter*s¹ la tecnología, la civilización o ambas. Mientras que el protagonista de Toynbee es demasiado amplio, muchos protagonistas de los demás son demasiado limitados.

Los marxistas solo ven paja en el ojo ajeno. Sustituyen a su villano por un héroe, el modo de producción anticapitalista, el sistema revolucionario. No ven que su héroe es exactamente la misma «forma con cuerpo de león y cabeza de hombre, una mirada vacía y despiadada como el sol». No

1 Declamador, orador que emplea vehemencia inútil, energúmeno.

Los *ranter*s fueron los miembros de una secta radical inglesa que prosperó en la época de la Commonwealth en el siglo XVII, considerados heréticos por la iglesia establecida. Su pensamiento se basaba fundamentalmente en la idea panteísta de que Dios está esencialmente en toda criatura; esto los llevó a negar la autoridad del clero, de las Escrituras, y del ministerio eclesiástico, animando a escuchar a Jesucristo, dentro de cada persona. Muchos *ranter*s rechazaban la creencia en la inmortalidad y en un Dios personal. Fueron considerados desde la autoridad, por sus ideas y sus actos, como una amenaza genuina al orden social. Eran acusados de antinomianismo, fanatismo, e inmoralidad sexual. [N. e. d.]

ven que el modo de producción anticapitalista simplemente pretende superar a su hermano en la destrucción de la biosfera.

Los anarquistas son tan variados como los seres humanos. Hay anarquistas gubernamentales y comerciales así como unos pocos a contratar. Algunos anarquistas se diferencian de los marxistas simplemente en el hecho de estar menos informados. Suplantarían el Estado por una red de centros informáticos, fábricas y minas coordinadas «por los propios trabajadores» o por un sindicato anarquista. Y no llamarían a esta organización Estado. El cambio de nombre exorcizaría la bestia. Camatte, los nuevos *ranter*s y Turner consideran a los villanos de los marxistas y los anarquistas como simples atributos del protagonista real. Camatte concede un cuerpo al monstruo y lo llama capital, tomando el término de Marx pero otorgándole un nuevo contenido. Promete describir el origen y la trayectoria del monstruo, pero todavía no lo ha hecho. Los nuevos *ranter*s se han inspirado en L. Mumford, J. Ellul y otros, pero, hasta donde yo sé, no han añadido nada a lo que dice Camatte.

Turner sí lo hace. Su intención es describir tan solo el espíritu del monstruo, pero sabe que es el cuerpo del monstruo lo que destruye los cuerpos de las comunidades humanas y el de la Madre Tierra. Habla mucho del origen y la trayectoria del monstruo y, a menudo, de su armadura, pero no es su objetivo darle un nombre o describir su cuerpo.

Mi intención sí que es hablar del cuerpo de la bestia. Porque efectivamente lo tiene, tiene un cuerpo monstruoso, un cuerpo que ha llegado a ser más poderoso que la biosfera. Puede ser un cuerpo sin ningún tipo de vida propia. Puede ser una cosa muerta, un enorme cadáver. Puede que solo desplace sus lentos muslos cuando los seres vivos lo habitan. Sin embargo, su cuerpo es la causa de la destrucción.

Si la biosfera es una excrecencia en la superficie del planeta, la bestia que la está destrozando también lo es. Quien destruye la Tierra es un halo u óxido presente en la superficie de una comunidad humana. No lo excretan todas las comunidades, toda la humanidad. Toynbee culpa a una pequeña minoría, a muy pocas comunidades. Tal vez la bestia cadavérica fue excretada por una sola comunidad entre infinitas.

La bestia cadavérica excretada por la comunidad humana es joven, a lo sumo tiene doscientas o trescientas generaciones. Antes de volver a ella, voy a dar un vistazo a las comunidades humanas, porque son mucho más antiguas, tienen miles de generaciones de vida.

Se cuenta que las comunidades humanas también son jóvenes, que había un tiempo en que todo era agua, hasta que una rata almizclera se zambulló en el fondo del mar y trajo tierra a la espalda de la tortuga. Así se nos contó.

Se supone que los primeros caminantes que se beneficiaron de los esfuerzos de la rata almizclera fueron los gigantes o dioses que hoy en día llamamos dinosaurios.

Los ladrones de tumbas modernos han desenterrado los huesos de estos dioses y los han expuesto en mostradores de cristal como pruebas científicas. Los ladrones de tumbas usan estos recipientes de huesos para humillar todas las demás historias fruto de la memoria humana, pero sus historias son más aburridas que la infinitud de otras historias y sus recipientes de huesos solo les alumbran a ellos mismos.

Las historias son tan variadas como quienes las cuentan. En muchas de ellas, la memoria se afana para alcanzar una época en que ella misma, la memoria, se albergaba en una abuela que conocía a los que nadaban, a los que trepaban y a los que caminaban como a sus parientes porque ella misma no andaba sobre sus piernas traseras más a menudo que ellos.

Según una vieja explicación, la primera abuela cayó a la tierra desde un agujero en el cielo.

Según una explicación moderna, ella era un pez con un

hocico que, habiendo jugado con la respiración sacando el hocico por encima del agua, sobrevivió gracias a este ingenio cuando el estanque donde vivía se secó.

Según otra vieja explicación, la biosfera se tragó a varias abuelas antes de que nuestra progenitora apareciera, y se espera que se trague a los bisnietos de esta progenitora. Puede resultar finalmente que Toynbee se equivoque en el poder relativo de los dos protagonistas.

Muchas historias hablan de abuelos y abuelas en miniatura, enanos. Una versión moderna las llama tupayas. Estos enanos habitaban la Tierra cuando los gigantes, los dinosaurios, paseaban a la luz del día. Las prudentes tupayas bajaban de los árboles para darse un banquete de insectos por la noche; no porque los gigantes fueran malos, sino por la diferencia de tamaño. La mayoría de estas se sentían satisfechas con este acuerdo y siguieron siendo tupayas. Otras, indudablemente una pequeña minoría, querían pasear a la luz del día.

Afortunadamente para las inquietas, los dinosaurios fueron de esas abuelas que se tragó la biosfera. Las antiguas tupayas pudieron disfrutar al sol, bailar y jugar a la luz del día, sin miedo a ser pisoteadas. Una minoría entre estas, de nuevo, desarrollaron una insatisfacción y algunas quisieron trepar y otras volar. Las mayorías autocomplacientes y conservadoras, contentas con sus capacidades, satisfechas con su entorno, siguieron siendo lo que eran.

Los administradores de las islas del gulag nos dicen que los que nadaban, los que trepaban, los que caminaban y los que volaban se pasaban la vida trabajando para comer.

Dichos administradores están difundiendo sus noticias demasiado temprano. Todavía no se ha exterminado a los diversos seres. Tú, lector, tan solo tienes que juntarte con ellos, o simplemente mirarlos de lejos, para ver que sus animadas vidas están repletas de danzas, juegos y fiestas. Incluso la caza, las actividades de acecho y disimulo y los brincos no son lo que nosotros llamamos trabajo, sino lo que llamamos diversión. Los únicos seres que trabajan son los reclusos de las islas del Gulag, los zeks.

Los ancestros de los zeks trabajaban menos que el amo de una empresa. No conocían el trabajo. Vivían en una condición que J.J. Rousseau llamó «el estado de naturaleza». Este término de Rousseau debería traerse de vuelta al uso común. Crispa los nervios de quienes, en palabras de R. Vaneigem, llevan cadáveres en la boca. Hace visible la armadura. Pronuncia tú «el estado de naturaleza» y verás como se asoman los cadáveres.

Insiste en que la libertad y el estado de naturaleza son

sinónimos y entonces los cadáveres intentarán morderte. Aquellos que están domados, los domesticados, tratan de monopolizar la palabra libertad; quisieran aplicarla a su condición. Atribuyen la palabra salvaje a quienes son libres. Sin embargo, también es un secreto a voces el hecho de que los domados, los domesticados, en ocasiones devienen salvajes, pero jamás son libres mientras permanecen en sus jaulas.

Hasta el diccionario general guarda este secreto solo a medias. ¡Empieza diciendo que «libre» significa «ciudadano»! Pero luego dice: «Libre: a) no determinado por nada más que por su propia naturaleza o ser; b) determinado por la elección del agente o por sus deseos...»

El secreto está fuera. Los pájaros son libres hasta que la gente los mete en jaulas. La biosfera, la Madre Tierra, es libre cuando se moja a sí misma, cuando se extiende al sol y deja que su piel se cubra de cabellos multicolores rebosantes de seres que trepan y vuelan. Ella no está determinada por nada más que su propia naturaleza o ser, hasta que otra esfera de igual tamaño se estrella contra ella, o hasta que una bestia cadavérica le corta la piel y le rasga los intestinos.

Los árboles, los peces y los insectos son libres porque crecen desde la semilla hasta la madurez, y cada cual alcanza su propio potencial, su deseo, hasta que la libertad del insecto se ve cortada por la del pájaro. El insecto comido ha hecho de su libertad un regalo para la libertad del pájaro.

Este, a su vez, deja caer y fertiliza la semilla de la planta favorita del insecto, y así acrecienta la libertad de los herederos del insecto.

El estado de naturaleza es una comunidad de libertades.

Este era el entorno de las primeras comunidades humanas y así siguió siendo durante miles de generaciones.

Los antropólogos modernos, que tienen el Gulag metido en el cerebro, rebajan dichas comunidades humanas a los movimientos que más se parecen al trabajo y denominan recolectores a los pueblos que recogen y a veces almacenan sus alimentos favoritos. ¡Un empleado de banco llamaría estas comunidades cajas de ahorros!

Los zeks de una plantación de café en Guatemala son recolectores y el antropólogo es una caja de ahorros. Sus ancestros libres tenían cosas más importantes que hacer.

El pueblo !kung milagrosamente sobrevivió como comunidad de seres humanos libres en nuestra época exterminadora. R.E. Leakey los observó en su exuberante bosque natal africano. No cultivaban nada más que a ellos mismos. Hicieron de ellos mismos lo que deseaban ser. No estaban determinados por nada más que por su propio ser (no les determinaban los despertadores, ni las deudas, ni las órdenes de ningún superior). Festejaban, celebraban y jugaban en todo momento, salvo cuando dormían. Lo

compartían todo con sus comunidades; la comida, las experiencias, las revelaciones, las canciones. Una gran satisfacción personal, una alegría interior profunda, resultaban del compartir.

(En el mundo actual, los lobos todavía experimentan las alegrías que provienen del compartir. Tal vez por eso los gobiernos dan recompensas a los asesinos de lobos.)

S. Diamond observó otros seres humanos libres que sobrevivieron hasta nuestra época, también en África. Pudo apreciar que no trabajaban, pero no lograba expresarlo en inglés. En su lugar, dijo que no distinguían entre el trabajo y el juego. ¿Diamond se refiere a que la actividad de las personas libres puede interpretarse como trabajo en un momento y como juego en otro, según cómo lo siente el antropólogo? ¿Se refiere a que no sabían si su actividad era trabajo o juego? ¿Se refiere a que nosotros, tú y yo, contemporáneos acorazados de Diamond, no distinguimos su trabajo de su juego?

Si los !kung visitaran nuestras oficinas y fábricas tal vez pensarían que estamos jugando. ¿Por qué, si no, estaríamos allí? Creo que Diamond quiso decir algo más profundo. Un ingeniero de la productividad, al observar un oso cerca de un arbusto de bayas, no sabría cuándo iniciar el cronómetro. ¿El oso empieza a trabajar cuándo se dirige hacia el arbusto de bayas?, ¿cuándo recoge la baya?, ¿cuándo abre la mandíbula?

Si el ingeniero tiene algo de cerebro tal vez considere que el oso no distingue entre trabajo y juego. Si tiene imaginación puede que diga que el oso experimenta alegría desde el momento en que las bayas se vuelven granates, dado que ninguno de los movimientos del oso son trabajo.

Leakey y otros sugieren que las progenitoras comunes de los seres humanos, nuestras primeras abuelas, encuentran su origen en los exuberantes bosques africanos, en algún lugar cercano a las tierras de los !kung. La mayoría conservadora de estos seres humanos, totalmente satisfechos con la generosidad abundante de la naturaleza, contentos con sus logros, en paz consigo mismos y con el mundo, no tenía razón alguna para abandonar su casa. Se quedaron.

Una minoría inquieta se fue a la aventura. Tal vez seguían sus sueños. Tal vez su estanque favorito se había secado. Tal vez sus animales favoritos se habían marchado. Estas personas apreciaban mucho los animales, los consideraban primos.

Se dice que estos seres errantes caminaron por todos los bosques, llanuras y orillas de Eurasia. Pasearon y navegaron por prácticamente todas las islas. Cruzaron el puente terrestre cerca de las tierras septentrionales de hielo hasta la punta más meridional del doble continente que sería llamado América.

Los errantes llegaron a tierras calurosas y tierras frías, a

tierras lluviosas y tierras áridas. Puede que algunos sintieran nostalgia por el hogar cálido que habían abandonado. En tal caso, la presencia de sus animales favoritos, sus primos, compensaba la pérdida. Todavía podemos contemplar el homenaje que algunos hicieron a esos animales en las paredes de las cuevas de Altamira, en las rocas de Abrigo del Sol en el valle del Amazonas.

Algunas mujeres aprendieron a esparcir semillas con los pájaros y el viento. Algunos hombres aprendieron a cazar con los lobos y las águilas.

Pero ninguno de ellos jamás trabajó. Y todo el mundo lo sabe. Los cristianos acorazados que más tarde «descubrieron» dichas comunidades sabían que esa gente no trabajaba; y saberlo les crispaba los nervios, les irritaba, hacía que los cadáveres se asomaran. Los cristianos hablaban de mujeres que bailaban «danzas lascivas» en los campos en vez de confinarse a las tareas, decían que los cazadores hacían muchos «abracadabra» diabólicos antes de tensar la cuerda del arco.

Estos cristianos, ingenieros de la productividad tempranos, no sabían determinar cuándo acababa el juego y empezaba el trabajo. Los cristianos, que conocían desde mucho tiempo atrás las tareas de los zeks, sentían repulsión por los paganos lascivos y diabólicos que simulaban que la maldición del trabajo no les había caído encima. Los cristianos rápidamente acabaron con el «abracadabra» y las danzas, y

se esmeraron en que nadie se equivocara al distinguir el trabajo del juego.

Nuestros ancestros (tomaré el término de Turner y les llamaré los poseídos) tenían cosas más importantes por hacer que luchar para subsistir. Amaban la naturaleza y la naturaleza les amaba. Donde fuera que estuvieran encontraban abundancia, tal como enseña Marshall Sahlins en *Economía de la Edad de Piedra*. El libro *La sociedad contra el Estado*, de Pierre Clastres, insiste en que la lucha por la subsistencia no puede confirmarse en el caso de ninguno de los poseídos; en cambio, sí que puede comprobarse en el caso de los desposeídos, en los fondos y en los márgenes de la industrialización progresista.

Leslie White, tras un análisis completo de documentos de épocas y lugares lejanos, una perspectiva de «la cultura primitiva como un todo», concluye que «hay suficiente comida para una riqueza de vida poco común en los “civilizados”». Yo no usaría la palabra primitivo para referirme a personas con una riqueza tal de vida. Usaría el término primitivo para referirme a mí mismo y a mis contemporáneos, acompañados de nuestra pobreza de vida progresista.

La parte principal de nuestra pobreza es que la riqueza de vida de los poseídos es apenas accesible para nosotros, incluso para aquellos de nosotros que no han encadenado su imaginación.

Nuestros profesores hablan de frutos, de pieles de animales y carne. Señalan nuestros supermercados, llenos de frutos y nueces.

Tenemos una abundancia en la que jamás soñaron nuestros ancestros, Q.E.D. Al fin y al cabo, estas son las cosas de verdad, las cosas que importan. Y si queremos más que frutos y nueces, podemos ir al teatro y ver obras, incluso podemos despatarrarnos ante el televisor y consumir todo el espectáculo mundial. ¡Aleluya! ¿Qué más podemos desear? Gracias a nuestros profesores, son apenas accesibles para nosotros nuestros ancestros peligrosos, demoníacos, poseídos, quienes pensaban que los frutos y las nueces no eran las cosas de verdad sino las triviales, quienes se abandonaban a visiones, mitos y ceremonias. Gracias a nuestros profesores, ahora sabemos que las visiones son alucinaciones personales, que los mitos son cuentos de hadas y que las ceremonias son representaciones que podemos ver en películas en cualquier momento.

Sabemos incluso mucho sobre la posesión. Posesión es propiedad. Poseemos casas, garajes, coches, equipos estéreo, y siempre andamos corriendo para poseer más; lo que deseamos poseer no tiene límite. Por supuesto, hay que decir que la posesión es nuestra meta central, no la suya.

Pocos son los profesores que, como Mircea Eliade, se liberan del punto de vista acorazado y ven a través de la cortina de hierro de la inversión y la falsificación. Y hasta Eliade nubla lo que ve al asegurar encontrar analogías y vestigios en nuestro mundo. El estrecho que nos separa de la otra orilla se ha ido ensanchando durante trescientas generaciones, y todo lo que se ha recuperado del otro lado ya no es un vestigio de su actividad sino una excreción del nuestro: es mierda.

Reducidos a pizarras en blanco por la escuela, no podemos saber lo que era crecer siendo herederos de miles de generaciones de revelación, entendimiento, experiencia. No sabemos lo que era aprender a oír cómo crecen las plantas y a sentir el crecimiento.

No sabemos lo que era sentir la semilla en la matriz y aprender a sentir la semilla en la matriz de la Tierra, aprender a sentir como siente la Tierra y finalmente abandonarse y dejarse poseer por la Tierra, convertirse en la Tierra, convertirse en la primera madre de toda vida. Somos realmente pobres. Miles de generaciones de revelación, entendimiento y experiencia han sido borradas.

En vez de abandonarnos a nosotros mismos, en vez de saborear lo poco que podemos sus poderes, definimos y categorizamos.

Hablamos de matri-arcado. Se trata de un sustituto barato para la experiencia. Es una ganga, siempre estamos buscando gangas. Una vez que se ha puesto el nombre a la puerta, la puerta puede cerrarse. Y queremos que las puertas permanezcan cerradas.

El nombre matri-arcado está en la puerta de un época en que las mujeres se consideraban a sí mismas, y los hombres también lo sabían, como las que conciben, como las creadoras de vida, como encarnaciones del primer ser, como primeros seres.

Saber el nombre de la puerta es no saber nada. El conocimiento empieza en el otro lado del umbral. Incluso el nombre es incorrecto. «Matri» hace referencia a la madre, pero «arcado» proviene de una época completamente diferente. «Arcado» se refiere al gobierno, a lo artificial como lo opuesto al orden natural, se refiere a un orden en el que el arconte es sin variar un hombre. An-arquía sería un mejor nombre para la puerta, dado que el prefijo griego «an» significa «sin».

Del otro lado del umbral, la madre poseída vuelve a su cuerpo y se dispone a compartir su experiencia con sus parientes, del mismo modo que comparte frutos y nueces.

Nosotros tendríamos la lengua fuera esperando ávidamente los frutos y las nueces, pero sus hermanas, primos, sobrinas y sobrinos tienen hambre de su experiencia.

Cuando la madre comparte su experiencia, también comparte los miles de generaciones de revelaciones y entendimiento, la sabiduría que contribuyó a hacer de su experiencia algo tan significativo, algo tan tremendamente profundo. No escribe con tiza en una pizarra. No escribe un libro de texto. Salta. Canta. Comienza la «danza lasciva», la «orgía», que un día aterrorizará a los cristianos.

Sus primas y sobrinas se unen a la danza. Se dejan ir, se abandonan a las canciones de la madre, a sus movimientos, también se dejan poseer por el espíritu de la Tierra. También experimentan la alegría más inimaginable.

Sus sobrinos también se abandonan a sí mismos, también están poseídos, enriquecidos. Sin embargo, cuando termina la ceremonia, sienten que tienen menos que aguardar que sus hermanas. Saben que no son creadores de vida, primeros seres. En *El rodaballo* Günter Grass retrata elocuentemente el complejo de inferioridad de esos sobrinos, esos machos en el estado de naturaleza. Son sementales. Son objetos sexuales. Son los que se acicalan y arreglan para resultar atractivos ante las mujeres, como los pavos reales, los patos y otros primos suyos.

Los sobrinos se marchan al bosque con lanzas y flechas de

forma fálica y regresan a la aldea con carne. No obstante, saben que la carne, aunque no sea tan habitual como los frutos y las nueces, sigue siendo trivial en comparación con los viajes de su tía de posesión y abandono de una misma, porque esos viajes le ponen en un cara a cara con las mismísimas fuentes de la vida y del ser.

Los sobrinos también andan en busca de visiones. Ellos también son herederos de miles de generaciones de observación y sabiduría. Sus tíos se aseguraron de ello. Saben que el bosque no es aquello en lo que se ha convertido para nosotros (un corral de carne, una fábrica de madera). Conciben el bosque como un ser vivo que rebosa de seres vivos. Ellos también se dejan llevar, como su tía, se dejan poseer por el espíritu de un árbol, de un lugar, de un animal.

Si han aprendido mucho y bien, incluso levantan la vista por encima del bosque. Luchan por el cielo. Y en algunas pocas ocasiones el cielo les posee. Vuelan. Se vuelven cielo, sienten todos sus movimientos, sienten todas sus intenciones. Se convierten en el cielo que se juntó con la Tierra para dar luz a la vida. Un hombre que regresa a su aldea con esas nuevas es más y tiene más por compartir, más que simplemente carne.

¡Qué viajes debieron de ser esos! Celebraciones tan profundas de la vida no tienen equivalente, no tienen analogía en lo que Turner llama «la versión estrecha, privada de

sexualidad y antropocéntrica a la que la civilización occidental se ha acostumbrado incómodamente...»

Lo lejos que nos ha llevado el progreso lo revela el turista recurrente que topa con un vidente. El turista escucha al viejo que de alguna manera se ha colado en nuestra época desde la otra orilla. El turista, inquieto, permanece sentado durante lo que llama una «sesión espiritista», tomando fotos. Al final de todo, saca una foto que demuestra que el vidente no volaba, que ni siquiera se alzó de su asiento. Y el turista se marcha, felizmente convencido de que ellos, y no él, son tontos e ingenuos.

Las fotografías muestran lo que más nos interesa: la superficie de las cosas. No muestran las cualidades, los espíritus.

Ciertas personas que abandonaron las comunidades humanas recordaban algunas de las cualidades. Recordaban algunas de las alegrías de la posesión; no de la posesión de cosas, sino de la posesión del ser.

Tenían recuerdos, pero vagos, nublados. Al estar rodeados de cosas, perdieron la habilidad de expresar las cualidades. Sabían que la época que habían dejado atrás era más valiosa, más pura, más bonita que cualquier otra cosa con la que se habían encontrado desde entonces. Pero su lenguaje se había empobrecido. Podían hablar de lo que habían perdido solo comparándolo con las cosas de su mundo. A la época olvidada la llamaron la edad de oro.



II

UNA PERSONA ACORAZADA PREGUNTA: «si la edad de oro era tan valiosa, tan hermosa, tan pura, ¿por qué la abandonaron? Si los civilizados la recuerdan, ¿por qué no vuelven corriendo a ella? Si tan cómoda era, ¿por qué los

granjeros no rehúsan sus arados y vuelven a los palos de cavar?». (Esta misma persona también pregunta: «Si tan inteligente eres, ¿por qué no eres rico?»).

Estas preguntas tienen respuestas, pero quien las formula no quiere oírlas. Ya las conoce. La humanidad abandonó el estado de naturaleza porque la civilización es un estadio superior. (¿Un estadio superior a que? La persona acorazada jamás lo dirá, rápidamente se vuelve a otra cosa).

La teoría del estadio superior es tan antigua como la civilización misma. Una de sus versiones modernas más influyentes viene de la mano de un jurista del siglo XIX que vivió en el norte del Estado de Nueva York: Lewis Henry Morgan.

Asesor en negocios de especulación, político republicano y racista, a Morgan, aun así, le dio tiempo a realizar un estudio sobre sus vecinos del norte del Estado de Nueva York, lo que quedaba de las devastadas comunidades iroquesas, que habían sido muy numerosas. Washington y Jefferson, los predecesores racistas de Morgan, habían insistido en el hecho de que los iroqueses eran criaturas, pero Morgan consideró que estos habían alcanzado un estadio intermedio entre la niñez y la adolescencia.

Morgan representó su racismo con una escalera, cuyos peldaños brillaban todos con una pátina racista. No hizo ningún esfuerzo por disimular su desdén, al contrario, lo

ostentó. Dicho desdén era (y sigue siendo) una señal de refinamiento en los Estados Unidos. Llamó al peldaño más bajo, el estadio de primera infancia, «*salvajismo*». Al siguiente escalón, la niñez, lo llamó «*barbarismo*». Y obviamente, los últimos peldaños fueron llamados «*civilización*» y siendo el más alto la civilización estadounidense. En este peldaño superior estaba situado Morgan junto con la «*gran raza blanca*». Los catedráticos de los Estados Unidos se sintieron tan halagados que eligieron a Morgan presidente de la Asociación Estadounidense para el Avance de la Ciencia.

Estos catedráticos más tarde lamentaron su voto. La escalera racista de Morgan fue adoptada por el agitador Karl Marx y el empresario Friederich Engels. Marx intentó remendar la escalera, pero no llegó a encontrar el momento. Engels sí lo hizo, aunque no le aplicó muchas modificaciones. Adoptó la escalera intacta, con la pátina racista de la nomenclatura de Morgan: salvajismo, barbarismo, etc. Tan solo modificó la cumbre: cambió el nombre del peldaño más alto de Morgan y colocó otro por encima.

Engels cambió el nombre de Morgan de «gran raza blanca» por el de «clase capitalista», y por encima colocó a los líderes y seguidores del partido político de Marx. De esta manera, la escalera racista de Morgan se convirtió en la religión oficial de la URSS, de China, de la Europa Oriental y de otras regiones donde los nombres de los peldaños fueron metidos en las cabezas de los colegiales como un catecismo.

Obviamente, en cuanto los agitadores tomaron posesión de la escalera, los catedráticos estadounidenses no quisieron que les hallaran con las manos encima de ella. Olvidaron a Morgan. (Tarea fácil en lugares donde la memoria está a la merced de editoriales de palabras escritas).

Pero el racismo no desapareció de los Estados Unidos, y la escalera de Morgan era algo demasiado bueno para dejarlo en manos de los agitadores. El arqueólogo V. G. Childe, aunque era marxista, dio un aura de respeto a la escalera recubriendo sus peldaños con las últimas pruebas científicas. Y la escalera regresó a los Estados Unidos, no como religión oficial, sino más bien como último recurso, como algo útil en caso de emergencia. Referirse al «estado de naturaleza» siempre crea situaciones de emergencia.

La escalera, la teoría de los estadios superiores, obviamente explica por qué las personas abandonaron el estado de naturaleza. Para eso sirve. El libro de Engels se titula *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. La explicación es simple y lúcida, de hecho es mecánica y se puede explicar en la escuela primaria. Solo hay que dejar de lado los seres vivos y observar las cosas. La escalera es una cosa. Y sus peldaños también. La relación entre los peldaños más bajos y los más altos también es una cosa. Son aparatos.

Childe tituló su libro *Man Makes Himself* –El hombre se construye– erróneamente, dando la impresión de que su sujeto era un ser vivo. Para él, las personas mismas son una cosa, un recipiente de objetos y aparatos, la materia es el núcleo y la humanidad, la excrecencia.

El aparato que permite que la humanidad pase del peldaño llamado salvajismo al peldaño llamado barbarismo es un dispositivo llamado «condiciones materiales», o de manera más completa, «nivel de desarrollo de las fuerzas productivas». Este mismo aparato permite subir a todos los peldaños superiores.

Marx y Engels, igual que Morgan, vivieron la época en que las condiciones materiales, literalmente el suelo, escapaban del control de sus antiguos soberanos, los odiados barones y obispos. Los dueños capitalistas de minas y fábricas estaban comprando todas las tierras de los aristócratas. Marx y Engels pronosticaron que, de manera similar, el suelo escaparía del control de los capitalistas y proyectaron su voluntad hasta el principio de los tiempos.

En el marco de esta proyección, el ser humano ha existido como salvaje durante miles de generaciones. Entonces, unas trescientas generaciones atrás, las condiciones materiales favorecieron algo superior al salvajismo. Estas condiciones incluyen la agricultura, la metalurgia, la rueda, etc., y una vez el ser humano dispone de todo eso es capaz de generar un producto excedente, un margen. (Turner también sucumbe

a esta parte de la teoría). Este excedente, este margen es lo que sostiene, literalmente lo que alimenta al mundo feliz que va haciéndose posible: reyes, generales de ejércitos, esclavistas, jefes de cuadrillas de trabajadores. El ser humano siempre había soñado con dirigentes, ejércitos permanentes, esclavismo, división del trabajo, pero no pudo hacer realidad tales sueños hasta que se desarrollaron las condiciones materiales. En cuanto estas condiciones estuvieron listas, todos los salvajes de mente progresista saltaron sin dudar al siguiente peldaño.

(A quienes me lean: háganme el favor de revisar la teoría de los estadios superiores y luego díganme si aún consideran exagerada mi caricatura).

La teoría de los estadios superiores puede explicarse a criaturas de corta edad porque es un cuento de hadas. No hay nada malo en los cuentos de hadas, pero los defensores de este lo reivindican como otra cosa; desdeñan los cuentos de hadas.

Las llamadas condiciones materiales no eran nada más que ayudas para festejar, andar y flotar. Eran como un bastón para los viejos. Su variedad y complejidad demuestran el ingenio de los seres humanos. Sin embargo, el hecho de que sean fundamentales para nosotros no demuestra que la vida de los seres humanos en el estado de naturaleza

girara alrededor de la fruta, el grano y los bastones. Por lo poco que conocemos de sus grandes momentos, sabemos que no eran ferias industriales, celebraciones de nuevos inventos ni muestras de artilugios. Los objetos tenían su utilidad, pero eran triviales en comparación con los momentos en los que uno mismo conectaba con el principio, con la fuente de la vida, con el ser mismo.

Las trivialidades son algo antiguo y puede que incluso fueran más variadas en los viejos tiempos que ahora. Cuando los frutos maduraban en las ramas más altas, se inventaban todo tipo de perchas, cuerdas y escaleras para alcanzar los frutos antes de que lo hicieran los monos.

Las personas se consideraban parientes de los animales y muchas de sus herramientas les permitían imitar sus capacidades. En las orillas de ríos y lagos, inventaban todo tipo de balsas y botes para flotar como los patos y los cisnes. Almacenaban grano a la manera de las ardillas, esparcían semillas a la manera de los pájaros, tejían redes a la manera de las arañas, cazaban ciervos a la manera de los lobos. Los lobos tienen unos dientes y unas mandíbulas muy fuertes. Las personas afilaban palos y piedras. (Los arqueólogos de hoy en día les describen afilando palos todo el día, como los zeks. De nuevo, es una proyección. Esas personas no estaban coaccionadas por lo que Toynbee llama «instituciones impersonales», no tenían razón alguna por seguir afilando palos si dejaban de pasarlo bien).

Los excavadores modernos han desenterrado incluso los restos de ciudades antiguas en sitios como Anatolia y el Levante mediterráneo, sitios más tarde llamados Shanidar, Jericó, Çatal Höyük, Hacilar. En Shanidar, toda la comunidad compartía una cueva a modo de refugio invernal y sus habitantes usaban metales. En Jericó se encerraron en una cueva que construyeron ellos mismos levantando un muro, probablemente para protegerse de intrusos hostiles. Parece ser que no practicaban la agricultura, o apenas cultivaban. Al norte, había comunidades que sí sembraban y cuidaban animales pero no construyeron ciudades ni muros. Y en la otra punta del mundo estaban los antecesores o predecesores de los ojibwas, que practicaban la metalurgia en el Lago Superior fabricando bonitos ornamentos y herramientas de cobre.

Ninguno de esos pueblos desarrolló «instituciones impersonales». Seguían siendo parientes. Continuaron compartiendo todo cuanto tenían y todo cuanto experimentaban. Los que trabajaban el cobre en la región del Lago Superior no sembraban ni cuidaban animales. Quizás podrían haberlo hecho, pero no tenían la necesidad material. Perros sí tenían, que al parecer se domesticaban a sí mismos, bien por un amor incomprensible hacia el ser humano o bien por un ansia parasitaria. ¿Qué tipo de satisfacción acompañaría el desarrollo de razas parasitarias de uapitís o alces parecidos a perros?

Los objetos materiales, los bastones y las balsas, los palos de cavar y los muros, los podía hacer un solo individuo y aunque determinadas obras, como un muro, requerían de la cooperación de varios, podían terminarse de una vez. Me imagino que los que levantaron los primeros muros de Jericó dejaron de ser constructores en cuanto estuvieron terminados. Y entonces volvieron a actividades más importantes. Incluso me imagino que construyeron el muro para poder seguir con estas actividades sin molestias.

Con respecto al producto excedente, el famoso margen –que supuestamente fue posible gracias a dichas herramientas–, Sahlins y otros han demostrado que todas las comunidades estaban rodeadas de excedentes: tanto las comunidades con muchos instrumentos como las comunidades con pocos, y tanto aquellas que vivían en entornos frondosos como las que vivían en entornos duros. Después de que todos los seres humanos hubieran comido suficiente y después de que todos los insectos, pájaros y animales también, aún caía sobre la tierra un don que efectivamente fertilizaba los brotes de la siguiente primavera. Muchos animales y muchos seres humanos almacenaban lo que preveían usar durante un invierno habitual, pero ninguno lo hacía de más. Las personas libres no lo necesitaban.

La mayoría de instrumentos son antiguos y los excedentes ya estaban disponibles desde el principio de los tiempos,

pero no dieron paso a instituciones impersonales. Son las personas, los seres vivos, los que les dan paso. Pero no es el ser humano o la humanidad quien es responsable de ello, sino una sola comunidad, una pequeña minoría, en términos de Toynbee.

Además, esta pequeña minoría no da paso a tales instituciones en las mejores condiciones materiales, por ejemplo en los bosques exuberantes de los Grandes Lagos o en las frondosas selvas de África o Eurasia. Lo hace en las peores condiciones materiales, en un entorno extremadamente duro.

De hecho, los excavadores después encontrarán y descifrarán tablillas que arrojan luz sobre algunos de los primeros momentos de las instituciones impersonales.

Las tablillas están en sumerio, una lengua que debió originarse en Asia Central. Sus autores son los primeros seres humanos con la capacidad de leer y escribir. Viven en pueblos llamados Uruk, Ur, Eridu, Lagash, situados en el valle entre los ríos Tigris y Eufrates. Muchos años después, este lugar será llamado el Creciente Fértil, para explicar por qué los burros tienen cola. Las primeras tablillas no hablan muy bien del lugar. Lo describen como un lugar desagradable, lo que hace que nos preguntemos por qué esa gente permanece allí. Están decididos a cultivar en una jungla: los ríos se desbordan cada año, fertilizan el valle y lo convierten en un pantano.

Las mujeres siembran. Un año las inundaciones son tan violentas que se llevan por delante tanto la cosecha como las casas. Al año siguiente, no hay agua suficiente y las plantas se secan y mueren bajo el calor abrasador del sol.

Seguramente, los habitantes de esos pueblos deben de empezar a pensar en volver a las mejores condiciones materiales de Asia Central, donde no tenían que dedicar tanto tiempo y energía a la mera supervivencia, donde disponían de tiempo para actividades más agradables.

Pero son tenaces. Las abuelas llaman a los ancianos a reunirse en asamblea. Esos hombres han estado soñando y las mujeres les exigen que sueñen en un suministro de agua adecuado, ni escaso ni demasiado abundante.

Los hombres sin duda se sienten ofendidos al tener que abandonar su trance mental por tal trivialidad. Probablemente, tienen que acudir a una segunda asamblea y luego a otra, esta última durante un periodo de hambruna.

Los ancianos responden perezosos. Seguramente han visto de qué manera los castores se procuran un suministro de agua adecuado. Ellos sueñan. Ven que lo que necesitan es una presa, canales y acequias de drenaje, pero ¿quién lo construirá? Los ancianos seguro que no. No son castores. Lllaman a los jóvenes para reunirse y explicarles el sueño.

Los jóvenes no han hecho nada de nada hasta entonces,

así que se muestran generosos y se prestan con entusiasmo a colaborar.

Pero nadie sabe por dónde empezar. Puede que los ancianos se imaginen el plan, o puede que no, pero seguro que no supervisan el trabajo. Eligen a un joven fuerte, un «lugal», y le piden que vaya a observar a los castores. Entonces los ancianos vuelven a sus importantes afanes filosóficos.

El lugal, que significa hombre fuerte en sumerio, puede que aprenda algo de los castores o puede que no y puede que trace el plan o puede que no, pero sí que se encarga de la supervisión. ¿Acaso no le han designado los mayores?

En cuanto las acequias y los canales están cavados, el lugal vuelve entre los suyos, orgulloso pero no altivo. Todavía no ha cambiado nada. Tales empresas cooperativas eran poco frecuentes aunque no raras en comunidades de semejantes.

Pero esto es Uruk, un lugar donde claramente los dioses no quieren que nadie viva. En una ocasión, una inundación se lleva de una vez todas las obras hasta el mar. Las mujeres llaman a los ancianos a otra asamblea. Esta vez, los ancianos eligen a un joven más fuerte y le piden que estudie los castores con más atención o que sueñe con más profundidad.

Esta vez los márgenes y los diques aguantan, por lo menos al principio.

Aun así, Uruk sigue siendo un lugar materialmente muy precario y al poco tiempo los márgenes empiezan a derrumbarse. Se pide al lugal con experiencia que repare los márgenes y los diques; pero él y sus primos se quejan de que les tendrían que haber llamado una luna antes, cuando todavía tenía arreglo, pues ahora tendrán que reconstruir las obras enteras. Esto ocurre dos veces, tres a lo sumo, antes de que el lugal insista en tener su sitio en la asamblea de ancianos, para poder tener voz a la hora de decidir cuándo hay que reparar los diques.

Pasan primaveras e inviernos, llenos de banquetes, festivales, danzas y juegos.

Los ancianos de Ur, y también los de Lagash, eligen lugals para estudiar los trabajos de riego de Uruk.

Un anciano de Uruk muere de viejo y luego otro. Ambos son sustituidos en la asamblea por nuevos integrantes.

Ahora, el lugal es un anciano con más experiencia que los nuevos y ya no se limita a hablar de diques. Se vuelve altivo y sus primos permanecen detrás de él. Al fin y al cabo, el lugal y sus primos son los que proveen Uruk de un suministro de agua adecuado. El lugal incluso se atreve a decir a una vieja abuela donde no debe sembrar.

Un día el lugal es encontrado muerto, asesinado por una divinidad, una divinidad conocida por ser cercana a la abuela injuriada. Se elige otro lugal menos altivo, al cual los ancianos procuran mantener lejos de la asamblea.

No hay ninguna prueba científica para demostrarlo. El hecho es que las tablillas sumerias guardan un misterioso silencio acerca de lo que hacían las mujeres y los ancianos en los tiempos de los primeros lugals. Y a medida que avanza el tiempo, los escribas de las tablillas contribuyen a que caiga en el olvido que las mujeres sumerias eran importantes, que los ancianos se reunían en asamblea, que hubo una época antes del primer lugal.

Volvamos a nuestro relato.

Las gentes de Ur y de Lagash han realizado las obras de suministro de agua, que cada año son más extensas.

Un año, las acequias de drenaje de Lagash desbordan hasta los canales de Ur, inundando y destruyendo todas sus obras.

Esto enfurece tanto al lugal de Ur, llamado Urlugal, que moviliza a sus primos armados con lanzas a atacar a los de Lagash. Los enfurecidos jóvenes de Ur destrozan las obras de suministro de agua de sus vecinos y persiguen al pueblo de Lagash, que huye al desierto. En esta furia, asesinan a varios

extranjeros, nómadas del desierto que se cruzan en el camino.

Finalmente, cuando el pueblo sitiado de Lagash suplica el cese de la violencia, los vencedores, con Urlugal a su mando, imponen una carga muy dura y cruel a los vencidos. El hombre de Ur exige reparaciones a los de Lagash, quienes tendrán que reconstruir sus propios suministros de agua y los de Ur. A aquellos que no pueden o no quieren soportar tal carga, se les propone ofrecer enormes obsequios al hombre de Ur en épocas concretas.

Urlugal tiene la determinación de llevar la cuenta de todos los obsequios tributarios que se le deben, porque es tan tenaz como sus ancestros, que no abandonaron el Creciente Fértil. Con tal de contabilizar los obsequios y los obsequiadores, envía a uno o dos de sus primos a Uruk para estudiar las marcas que hacen algunos de los hombres de Uruk en tablillas de barro, que llevan la cuenta de los momentos más adecuados en los que reparar los diques. Los hombres de Urlugal pronto empiezan a fabricar sus propias tablillas en las que cincelan marcas en forma de cuña para indicar los nombres de quienes todavía deben obsequios, así como las cantidades.

Todos estos acontecimientos no ocurren en el período de vida de un solo Urlugal. «Urlugal» es tan solo uno de los

nombres de los lugals de Ur. Los sumerios tienen cientos, puede que miles de ellos, y los escribas se inventan todavía más nombres de lugals para rellenar el tiempo entre su época y el principio de los tiempos. Para los sumerios, el intervalo entre ellos y el principio no es tan breve como después lo será para los cristianos. Los tenaces sumerios calculan en millones.

He adoptado el nombre de Urlugal por lo significativo que resulta, así que lo voy a mantener. Urlugal sigue recaudando tributos de Lagash y sus sobrinos lo pasan en grande supervisando a sus vecinos en las obras del canal, en vez de construirlo ellos mismos.

Entonces llegan noticias inquietantes. Algunos primos de Urlugal se han ido a cazar, tal vez a los bosques del Líbano. Uno de ellos consigue volver y con la poca vida que le queda explica lo que ha ocurrido: los cazadores han sido atacados por nómadas armados con lanzas y todos excepto él han sido asesinados. Los atacantes probablemente son parientes de los extranjeros que los hombres de Urlugal habían matado durante la incursión contra Lagash.

Urlugal se prepara de inmediato para dirigir a sus parientes más fuertes contra los extranjeros asesinos. Los ancianos intentan calmar a los exaltados insinuando que los extranjeros se han vengado de las víctimas del primer asalto de Urlugal y que otro asalto tan solo llevará más represalias. Pero a los exaltados no hay quien les pare.

Urlugal y sus primos, todavía halagados por su victoria sobre Lagash, parten hacia los bosques del Líbano y encuentran un campamento de extranjeros. Lo arrasan por completo y asesinan a la mayoría de nómadas. En su camino de vuelta, con manadas de animales capturados, los hombres de Ur son atacados por otra banda de extranjeros. El bosque parece rebosar de extranjeros.

Urlugal y muchos de sus primos son asesinados. Los supervivientes abandonan el botín y vuelven a Ur huyendo atropelladamente. Se extiende la furia por todo Ur. Alguien recuerda a la masa enfurecida la predicción que habían hecho los ancianos. Lo matan de inmediato. Los supervivientes y los suyos claman para que se elija como lugal al más fuerte y decidido entre ellos. Los que habían vencido a Lagash no pueden ser derrotados por meros extranjeros, no pueden ser moscas para las arañas que no viven en ciudades y no siembran. La asamblea de ancianos, acorralada por la furia de toda la ciudad, señala vacilante al nuevo lugal.

Los guerreros rabiosos parten al ataque contra los extranjeros. Envían espías que se adelantan para no caer en otra emboscada. Transportan las provisiones necesarias y al mismísimo lugal en carros con ruedas. De esta manera, el lugal puede reservar sus fuerzas para la batalla y los hombres de Ur se desplazan más de prisa que cualquier extranjero. Encuentran varios campamentos de nómadas y los arrasan todos por completo.

Vuelven a Ur, esta vez no solo con manadas de animales capturados, sino también con extranjeros cautivos. Al regresar, los guerreros reciben abrazos de sus parientes preocupados. Durante dos semanas, en Ur se suceden banquetes, danzas y celebraciones. Los ancianos y las ancianas preparan generosas ofrendas a los espíritus y a los poderes que habían hecho posible la victoria y también se hacen ofrendas especiales al dios del lugal.

Al terminarse las celebraciones, los guerreros alabados ya no están dispuestos a volver a reparar los canales. El trabajo que deben las gentes de Lagash está a punto de terminar y, de hecho, se quejan de que han hecho más por Ur de lo que habían acordado. ¿Quién se dedicará a las reparaciones a partir de ahora? Los primos del lugal han estado supervisando a los derrotados de Lagash durante mucho tiempo y no les entusiasma la idea de tener que sustituir a los derrotados.

Son puestos a trabajar en los canales los extranjeros capturados. Cada uno de los primos del lugal pasa a ser un lugal, un supervisor. La palabra en sumerio es «ensi». Un sub-lugal, un ayudante del lugal, un jefe pero no el jefe.

Los nómadas siguen hostigando los cazadores y viajeros de Ur, pero sus incursiones ya no son noticias alarmantes. El lugal lidera expediciones frecuentes contra los extranjeros ininteligibles hablantes de lenguas semíticas.

Los ancianos ya no se oponen a estas expediciones y se confinan, prudentes, a sus actividades visionarias y filosóficas. De vez en cuando, el lugal consulta a un anciano o anciana sobre la posibilidad de victoria, pero en general suele mantenerse a una respetuosa distancia de ellos.

Al lugal le interesan dichas expediciones, porque con cada nueva incursión llegan nuevos extranjeros a Ur, hasta que son suficientes para reparar los canales cada temporada. Los primeros cautivos no tardan en ser reclutados para expediciones contra nuevos atacantes.

Llega un momento en que los extranjeros no solo reparan diques, sino que también arreglan las casas de los ancianos y las ancianas. Realizan las tareas domésticas de los lugals y pronto también las de los ensis.

Las mujeres sumerias siguen dando a luz a las plantas en la tierra, pero lo hacen manteniendo un contacto cercano y continuado con la Tierra y los espíritus responsables de la nutrición de las plantas. Quien realmente esparce las semillas son los extranjeros cautivos.

¿Quiénes son estos extranjeros? ¡Se les puede reconocer ciertamente como los primeros zeks! Son trabajadores, proletarios, obreros a tiempo completo. La lengua sumeria es de otra época. Del mismo modo que no tiene palabras como «rey», «dirigente», «emperador» o «presidente», no tiene palabras como «zek», «trabajador» o «esclavo». Los

sumerios siguen llamando al lugar «Eugal» y al extranjero «extranjero», pero en muy poco tiempo Ur abandona el mundo exótico de adivinos y revelaciones.

Hablo en presente. Ur es ahora. No, es en absoluto, algo exótico. Es nuestro mundo.

¿Qué ha ocurrido?

Ya he rehusado la explicación marxista. Las condiciones materiales favorables no dan lugar al primer lugar de Uruk, porque estas permanecieron tal como eran durante generaciones y las personas de Uruk no tuvieron acceso a mejores condiciones. Las condiciones materiales solo empiezan a cambiar tras el primer lugar y a partir de ahí cambian rápidamente.

Pierre Clastres sostendría que hubo una revolución, no una revolución material sino política. Es una buena manera de explicarlo, pero solo es verdad si se mira en retrospectiva. Los sumerios obviamente experimentaron un gran cambio y podemos llamarlo revolución, pero ellos no lo vivieron como tal.

Desde el punto de vista de los sumerios, nada cambia. En cierto sentido, jamás abandonan el estado de naturaleza.

Esto es, probablemente, lo que explica el exotismo que continúa aferrándose a lo que llamamos las «primeras civilizaciones». Los sumerios no se convierten en zeks. Siguen estando poseídos. Las mujeres sumerias siguen dando vida, no como máquinas para la producción de soldados y trabajadores, sino como seres vivos en contacto cercano con las fuentes del ser. Los hombres sumerios, especialmente los mayores, siguen buscando el contacto con los espíritus del viento, de las nubes y del cielo mismo. De hecho, se dedican a sus búsquedas con más empeño que nunca. En este momento, todas sus energías se vuelcan en las danzas, las festividades y las ceremonias. Ya no tienen que preocuparse por las trivialidades de la supervivencia material. Otros se ocupan de las trivialidades.

Además, el lugal y sus hombres ofrecen a los espíritus obsequios mucho más generosos que nunca. Los hombres del lugal incluso han construido templos permanentes a todos los espíritus y poderes, templos de una belleza increíble, alrededor de los cuales han cultivado jardines llenos de criaturas de los desiertos y los bosques.

Antes, la gente nunca había rendido tal homenaje ni había demostrado tanto respeto a los seres responsables de la vida. Es cierto que el lugal levanta el mayor de los templos para su propia divinidad, lo cual es un acto obviamente presuntuoso por parte del altivo lugal, porque no puede saber si los espíritus aceptan la distribución jerárquica en la que él los dispone. Este es un tipo de revolución. Pero los

sumerios ahora no van a ponerse en contra del lugal por su altivez. Se han acostumbrado a ello y, en vez de irritarles, les hace sonreír con cierto orgullo. Es gracias a él que pueden dedicarse tan íntegramente al bienestar de su ciudad.

Debo admitir ante quien me interroga que los sumerios no pretenden deshacerse de ninguno de los nuevos instrumentos, no desean volver a la eterna Edad de oro. Se encuentran en la Edad de oro, incluso más que antes.

Pero los sumerios de oro ya no son todo Sumer. De hecho, según algunas explicaciones eruditas más tardías, los sumerios de oro ni siquiera habrían existido. Se les borraría con una sola palabra: templo. Los devotos de Inanna, la adorable hija de la luna; los comulgantes de Anu, el espíritu del cielo, no hacen uso de estas novedades. No administran las obras de riego, ni construyen grandes palacios, ni protagonizan acometidas militares. Son lo que llamamos sacerdotes y sacerdotisas, profetas y adivinos. Todo lo que queda en Sumer del estado de naturaleza ha sido reducido a lo que denominaremos religión.

Quizá, algunas de las mujeres que han dejado de esparcir semillas y algunos de los hombres que han dejado de cazar o cuidar animales sienten un poco de nostalgia por los días pasados, pero no hay ninguna prueba de un movimiento «neorural» entre el clero sumerio. Los escribas que cincelan las tablillas son hombres empleados por el lugal y no se les emplea para dar cuenta de la nostalgia del clero. Las únicas

pistas que tenemos son los jardines que los hombres del lugar construyen y engalanan para los residentes del templo.

Los jardines de los templos son sorprendentemente exuberantes para ciudades pequeñas rodeadas de paisajes no urbanos y a poca distancia a pie de bosques y montañas, teniendo en cuenta que los sumerios son muy buenos caminantes. ¿Podría ser, como sugiere Tumor, que el mundo de fuera de la ciudad ya se esté convirtiendo en territorio salvaje?

Debemos prestar mucha atención. El mundo de fuera de Ur no es lo salvaje que nuestro mundo señalará. Su salvajismo claramente no es el bosque o el desierto, ni las plantas o los animales, puesto que los residentes del templo, que adoran la naturaleza, han traído todo esto a la ciudad.

¿Puede ser que su salvajismo fuera el que crearon el lugar y sus hombres: los campos de batalla que rodean todas las ciudades de Sumer, los ataques y contraataques, los escenarios de tortura, matanza y captura? Una sacerdotisa que quisiera comulgar con la luna a través de un estanque del bosque tendría que salir con una escolta armada. Al final resulta más fácil establecer un estanque y un bosque reducidos dentro de los límites de Ur.

Si la primera comunidad libre ha sido reducida a un templo, una excrecencia de esta ha experimentado un crecimiento enorme; ahora el templo se encuentra rodeado por

una ciudad bulliciosa, casi moderna en todos los sentidos salvo en su religión (puede que no moderna del todo, pero al fin y al cabo, perfectamente concebible para nosotros).

Hay ricos y pobres, porque las familias de ensis no son parientes de los extranjeros ni comparten nada con ellos. Hay un mercado, porque los adinerados ya no recolectan, cultivan ni cazan lo que les servirá de alimento. Hay administradores de obras o proyectos y sus equipos de trabajo; hay generales y soldados; hay registradores e, incluso, una escuela para escribas, todo funciona como un reloj.

Observémoslo de más cerca. Si las personas del templo son de oro, los de fuera son de metales inferiores.

Los integrantes de los equipos de trabajo –hablantes de semítico, todavía no muy sumerizados, casados y con uno o más hijos– recuerdan días mejores. No es ninguna locura suponer que estos primeros zeks no aman a sus ensis mucho más de lo que los zeks posteriores amarán a los suyos. Algunas de las victorias que celebran las tablillas son contra extranjeros ya instalados en Sumer; en otras palabras, victorias sobre zeks que se rebelaron.

Los extranjeros son maltratados, explotados y despreciados. No son ni libres ni gozan de buena salud. Son los desposeídos. A algunos de sus hijos quizá les espera un futuro mejor, especialmente a aquellos que vayan a la guerra y asesinen a otros extranjeros con suficiente valor. En

Sumer no se alcanza el estadio superior de la miseria hereditaria. Aun así, la suerte de los zeks sumerios de ninguna manera puede considerarse dorada.

Rousseau, y antes que él La Boétie, reflexiona sobre situaciones como esta. En cualquier equipo de trabajo hay muchos zeks y un solo ensi. ¿Qué es lo que impide a los zeks juntarse y rebelarse contra el ensi? ¿Por qué la gente reproduce diariamente una vida miserable?

Echemos un vistazo a los ensis. Son acomodados en lo material, pero les asaltan muchos miedos y, al final, un ensi acaba con paranoia. Le preocupa que los zeks de su equipo le asesinen. Ya ha ejecutado a varios conspiradores. Le da miedo que lleguen a los oídos del lugal noticias de su incompetencia. Y sospecha –¡dios me libre!– que alguien en el templo le guarda rencor.

Algo más pasa con el ensi. Sus zeks no son libres ni son seres completos, pero él tampoco. Excepto cuando se levantan o se juntan contra el ensi, los zeks no se ven determinados por su propia naturaleza o ser, por sus propias elecciones o deseos. Las tareas a las que dedican los días no son las suyas. No obstante, tampoco son las tareas del ensi.

El ensi sabe de un equipo de trabajo cuyo supervisor fue asesinado por zeks conspiradores. El asesinato fue sustituido por un hombre con una perspectiva y unos intereses completamente diferentes. Sin embargo, al ejercer de

supervisor, el hombre nuevo hizo exactamente lo mismo que el asesinado y prácticamente de la misma manera.

El ensi empieza a tener pensamientos raros. ¿Podría ser, se pregunta, que el único hombre de Ur amo de sí mismo sea el lugal? Ahora incluso se pregunta si esto es verdad. Ha oído hablar de una ciudad donde el lugal fue asesinado junto con la mayoría de ensis en una revuelta de zeks. Cuando escuchó la historia por primera vez, no le sorprendió que hubiera alboroto ni que se detuvieran muchas de las actividades que emanaban de la voluntad del lugal, pero ahora recuerda que muy pocas actividades llegaron a pararse realmente, incluso durante el interregno entre lugals. Incluso recuerda que ninguna asamblea de ancianos sustituyó al lugal fallecido. Los ancianos permanecieron en el templo y le echaron el cerrojo a las puertas. El grueso de actividades de la ciudad, hasta las importantes, siguió desarrollándose como antes, como el reloj de los descendientes del ensi.

El ensi tiene pensamientos todavía más raros. Le parece ver que la ciudad tiene su propia voluntad, pero sabe que no es así. El único que tiene voluntad en toda la ciudad es el lugal. Los ensis tan solo ejecutan la voluntad del lugal. Y si los zeks tienen algún tipo de voluntad es la voluntad de escapar. El ensi llega a la conclusión de que no vale la pena pensar. Pensar es la tarea de los sacerdotes y los profetas.

Un descendiente lejano de los ensis en una Ur mucho más lejana, un escriba llamado Thomas Hobbes, descubriría que

el ensi está tratando de entender la civilización con ideas que vienen del estado de naturaleza. Este tal Hobbes vería que Ur ya no vive en el estado de naturaleza, que ya no es una comunidad de seres humanos autodeterminados.

Hobbes sabe que Ur no es simplemente una ciudad. Ur es un Estado, incluso puede que el primer Estado. Y dice Hobbes: un Estado es un «animal artificial», es algo completamente nuevo, algo en lo que ni los seres humanos ni la naturaleza habían soñado. Es «el gran Leviatán llamado mancomunidad, Estado o en latín, civitas, que no es nada si no un hombre artificial».

Igual que el ensi que reflexiona, Hobbes sabe que este hombre artificial no tiene vida propia, y pregunta: «¿Acaso no podríamos decir que todos los *autómata* (máquinas que se mueven por sí solas con resortes y ruedas como hace un reloj) tienen una vida artificial?».

El ensi todavía no puede visualizar un reloj. Hobbes, que es más avanzado, no es capaz de visualizar la naturaleza o los seres vivos y pregunta: «¿Qué es el corazón sino un resorte, qué son los nervios sino un puñado de hilos, qué son las articulaciones sino ruedas...?» En un mundo de relojes, el

Leviatán no se aparece ante Hobbes tan extraño como se aparece ante el ensi.

Hobbes describe al Leviatán como un hombre inglés artificial: masculino, rubio, luciendo una corona, empuñando un cetro en una mano y una espada en la otra, con el cuerpo compuesto de infinidad de seres humanos sin rostro, zeks.

Hobbes insiste en el hecho de que el Leviatán tiene cabeza de hombre. Puede que coincida con el poeta más tardío, Yeats, en que la bestia tiene «cuerpo de león y cabeza de hombre», pero insiste en la cabeza de hombre. Sabe que los zeks no tienen cabeza, que ellos son los resortes y los hilos que hacen funcionar el cuerpo. Piensa que el monstruo contiene a un hombre libre y completo, el lugal. Hobbes puede llamar al lugal «rey», «monarca», «dirigente» o darle otros nombres porque su lenguaje se ha enriquecido con la proliferación de leviatanes.

El ensi filosófico sabe mejor que Hobbes que la bestia no tiene ni cuerpo ni cabeza de hombre, sea inglés o sumerio. El ensi sabe que incluso el lugal, el hombre más libre de Ur, no puede ir a cazar por la mañana, a pescar por la tarde y bailar por la noche, aunque su propio espíritu le incite a hacerlo. Sabe de un lugal que se fue a cazar tan solo dos veces y la segunda vez, cuando estaba en el bosque, su ensi favorito tomó su puesto de lugal y entonces tuvo que pedir asilo en una ciudad vecina. El ensi sabe que el lugal que se deja determinar por su propio espíritu rápidamente es

derrocado por los ensis o hasta por los zeks y que incluso el templo se ve alborotado.

El ensi, menos avanzado que Hobbes, todavía está más familiarizado con los seres vivos que con los resortes y relojes. No puede concebir al Leviatán ni con cabeza de hombre ni con cuerpo de león. Podría usar la primera descripción de Hobbes y pensar en la bestia como un animal artificial, pero no como un animal tan distinguido y ágil como el león.

Podría concebirlo como un gusano, un gusano gigante, no un gusano vivo, sino sus despojos, un cadáver monstruoso cuyo cuerpo consiste en numerosos segmentos, cuya piel está cubierta de pústulas formadas de lanzas, ruedas y otras herramientas tecnológicas. Sabe por experiencia propia que la cáscara entera ha alcanzado vida artificial por los movimientos de los seres humanos atrapados en su interior, los zeks que hacen funcionar los resortes y las ruedas, del mismo modo que sabe que la cabeza cadavérica es manejada por un simple zek, el zek al mando.

Entre las especulaciones que Hobbes proporciona como ofrendas a su Ur, está la afirmación de que los zeks realmente se han comprometido a encarcelarse dentro de la cáscara, o como lo explica él, la cabeza ha llegado a un acuerdo con el cuerpo, si no en la Ur de Hobbes por lo menos en la Ur original.

El ensi filosófico, que ahora ya se ha retirado al templo,

sabe mucho más del tema. Sabe que los zeks son extranjeros que fueron llevados a Ur a la fuerza antes incluso de que comprendieran el lenguaje del lugal. Los zeks no habían accedido a ningún acuerdo y tampoco lo han hecho desde entonces.

El ensi también recuerda que los derrotados de Lagash, que se habían comprometido a reparar los canales de Ur, llegaron a este acuerdo solo bajo la amenaza de las lanzas.

Además, ningún lugal jamás insinuó la afirmación de Hobbes, se hubieran reído tanto de él que lo habrían expulsado. El lugal sabe que no ha sido elegido por los ancianos, los ancianos ya no designan, se encargan de cuidar de los templos. El lugal sostiene que su poder le llega del violento espíritu que habita el zigurat, la montaña artificial: este inmenso falo artificial es la verdadera cabeza del Leviatán, y no negocia nada.



III

EL PRODUCTO EXCEDENTE, EL FAMOSO MARGEN no originó el Leviatán; al contrario, es el Leviatán el que originó el margen. Las comunidades de seres humanos no

necesitaban este margen más de lo que lo necesitaban las comunidades de lobos.

Las abejas necesitan un margen para alimentar a la reina y el Leviatán necesita un margen para alimentar no solo a los dioses y a los guardianes de los templos, sino principalmente al lugal, a los ensis y a los escribas, así como a los resortes y a las ruedas para hacer la guerra.

El primer leviatán no revoluciona las condiciones materiales de producción, porque las representa; él mismo es sinónimo de las condiciones materiales de producción. Lo que revoluciona el primer leviatán son las condiciones de existencia, y no solo las de los seres humanos, sino también las de todos los demás seres vivos y las de la misma Madre Tierra.

El producto excedente aparece junto con las vasijas que lo sostienen. Las comunidades humanas durante largo tiempo habían tenido cestas y jarras, pero rara vez más de las que podían cargar de los campamentos de invierno a los de primavera. No las necesitaban. Con la aparición del primer leviatán se da una auténtica revolución tecnológica en la producción de vasijas. Turner, y previamente Mumford, mencionan la proliferación de recipientes, tinajas de almacenaje y contenedores de arcilla que en este momento aparecen.

De hecho, Ur, encerrada entre muros y provista de grano,

es ella misma un gran contenedor, un recipiente de almacenaje del tamaño de una ciudad.

El producto excedente no es más que otro nombre que designa los contenidos materiales del Leviatán, sus entrañas. ¿Acaso podría existir por sí mismo, suspendido en el aire, «maduro» y a la espera para que la horrible cáscara se forme a su alrededor?

Las comunidades de personas libres por lo general almacenaban suficiente comida para un invierno medio y, aunque algunos de sus soñadores eran excelentes hombres del tiempo, a menudo, el cielo contradijo al soñador y tenían que escatimar y aprovechar al máximo los alimentos.

El primer leviatán, en cambio, almacena lo necesario para el peor invierno imaginable y hasta más, porque ya no son las personas libres quienes hacen el trabajo. Un ser vivo tan atiborrado o bien se asfixia o bien explota. Hay provisiones de todos los productos posibles. Y donde hay provisiones, hay comercio.

El comercio es muy antiguo. En el estado de naturaleza, comerciar es algo que las personas hacen con sus enemigos. No comercian con su gente.

Una persona da cosas a los suyos al igual que les da canciones, historias o predicciones. Quien recibe puede que en otra ocasión devuelva el gesto y puede que no. Dar es el

motivo de la satisfacción. Se nos ha desposeído tanto de esto que no lo podemos entender. Es nuestro defecto, no el suyo.

Ellas solo comercian con los enemigos. Si un grupo hostil, cercano o lejano, tiene algo que ellas desean, algunas de ellas bien armadas se dirigen a los enemigos con algo que estos puedan desear. Ofrecen su obsequio y los enemigos deben ofrecer lo que ellas quieren de inmediato, si no ellas se llevarán el obsequio en un abrir y cerrar de ojos de vuelta a su pueblo.

Poco tiempo después de la aparición de la primera Ur, el comercio se extiende. Prácticamente cualquiera es enemigo de cualquiera. Al dar un obsequio a alguien esperas lo que has ido a buscar, lo anotas todo a conciencia en tu tablilla de barro y pobre del que falle.

Un simple vistazo a las provisiones da lugar a una cualidad humana nueva, que se extiende hasta tal punto que no podremos creer que no haya existido siempre: la avaricia.

Tú ves que más de la mitad del grano guardado en los contenedores de almacenaje se pudre cada año sin haberse aprovechado. Y en los montes Zagros y en el Levante hay campamentos de extranjeros que raramente almacenan suficiente alimento para superar un invierno duro. Los de los montes Zagros visten ropas de piel preciosas y los del Levante extraen tintura morada de las conchas.

Tú, un hermano de sacerdote y primo de ensi partes hacia los montes Zagros con cuarenta carros de grano conducidos por zeks, la cantidad que cuarenta zeks producen en un año. Partes al final de un invierno largo y arduo. Obtienes diez túnicas de piel por cada carga de carro y regresas a Ur con lo que parece ser una carga menor, pero una vez allí encuentras a gente dispuesta a darte más de una carga de grano por cada túnica. Pronto eres el hombre con más túnicas y grano de toda Ur.

Sin embargo, un invierno, llegas al campamento de los extranjeros y estos no están dispuestos a darte diez túnicas por la carga de un carro. Aseguran no tener tantas túnicas. Quizás empiezan a vislumbrar que están siendo objeto de un pillaje, que la relación que han establecido contigo no es una relación entre sus túnicas y tu grano, sino entre ellos y los zeks que han cultivado el grano, y que tú eres un ladrón que roba a ambos.

Entonces, tú regresas deprisa a Ur con el grano y vuelves de nuevo al campamento de los extranjeros con tu primo ensi y una banda de hombres bien armados. Los hombres del ensi agarran las túnicas de los cuerpos de los extranjeros y, no siendo esto suficiente, regresáis a Ur con varios hijos e hijas de estos extranjeros.

Ur alcanza en este momento el estadio de emprender el comercio exterior.

Hay pruebas que indican que los comerciantes sumerios ejercieron su avaricia hasta la India por el este de Ur, hasta Anatolia por el oeste y puede que incluso hasta el mar Egeo y hasta la primera o segunda catarata del Nilo por el sur. Antes de empezar a especular sobre sus viajes, debo desviarme hacia otro tema porque los prejuicios modernos han provocado confusión en los pocos indicios que existen.

Muchos de los primeros arqueólogos, si no su mayoría, son racistas ilustrados, progresistas y desvergonzados. La aparición del Leviatán asesino es un gran momento para ellos y reivindican que el leviatán de la raza correcta es el padre de los demás leviatanes.

Poco después, durante la época de la comunidad de las naciones, el racismo tiene que rebajar un poco su discurso. Entonces se dice que los pueblos de Egipto, Persia o India tuvieron la genialidad de inventar máquinas permanentes de guerra, que todos desarrollaron por su cuenta su propio leviatán durante las mismas escasas generaciones, por casualidad.

La proeza de crear un leviatán es considerada una señal de genialidad. Pero, ¿se trata realmente de una señal de genialidad o más bien de debilidad mental? ¿Quién, aparte de un

imbécil, abandonaría el estado de naturaleza para, sin ninguna razón, morar en las entrañas del cadáver de un gusano artificial? Sugerir que una gran cantidad de comunidades humanas sucumben a esta estupidez en un momento dado, cada una por iniciativa propia, no es ni plausible ni amable. La verdadera genialidad es permanecer fuera del alcance del monstruo.

Hay muchas maneras de mantener al monstruo alejado. Desgraciadamente para las comunidades humanas, no todas ellas llevan a un lugar seguro. En aras de la brevedad, voy a reducir las a dos: la comunidad puede alejarse físicamente del alcance del monstruo o puede quedarse donde está e intentar aguantar contra la bestia.

Las primeras tablillas no recogen los movimientos de las comunidades fuera de la esfera de Sumer. Sí que se ha sugerido que los últimos migrantes hacia el doble continente, en el lado del planeta opuesto a Ur, los pueblos inuit empiezan a pasar de Siberia a Alaska y Groenlandia aproximadamente en la misma época en que se pone en marcha el primer leviatán. No hay pruebas de que estos pueblos sean empujados por otros en una versión temprana de la ahora famosa analogía del dominó. Toynbee y otros documentan este tipo de movimientos en relación con épocas posteriores, cuando las hazañas militares de los generales chinos enviaron a los pueblos acampados cerca de la muralla china a cruzar toda Eurasia hasta las puertas de Roma, empujando a todos aquellos con los que se cruzaban. Se sabe que un gran número de

comunidades de Eurasia se mantuvo fuera del alcance del monstruo hasta que, en nuestra época, el leviatán llamado URSS se tragó a las últimas.

El traslado físico, sobre todo la huida o, como también se dice, el abandono, sí que nos deja fuera del alcance del monstruo. Pero, al fin y al cabo, nadie huye para siempre, porque el Leviatán acaba reduciendo el tamaño del mundo y convirtiendo todos los refugios en campos barridos.

Además, no todas las comunidades quieren huir. Sus valles, sus bosques, sus oasis, los lugares donde están enterrados sus ancestros están llenos de espíritus familiares y a menudo amables. Un lugar así es sagrado, es el centro del mundo. Los puntos de referencia del lugar son los principios de orientación de la mente de un individuo. La vida no tiene significado sin ellos. Para una comunidad así, abandonar su paraje equivale a un suicidio colectivo.

Por eso se quedan donde están. Y los grotescos labios del monstruo les besan. En Egipto y en India se han encontrado utensilios de origen sumerio. No sabemos quien los transportó, pero sabemos que era más fácil andar de Mesopotamia al Nilo en la época de la primera Ur que en nuestra época, incluso después de que Urlugal empezara a convertir la región en una «llanura sombría envuelta en alarmas confusas de batallas y fugas, donde los ejércitos ignorantes se enfrentan en la noche». En comparación con lo que ha hecho el leviatán moderno en esta región, la

llanura sombría de los tiempos de Urlugal era un jardín de paz y los primos de un ensi podían pasear por ahí sin ningún problema.

Y en cuanto a los lugares más remotos, se sabe que los primeros documentos que dan constancia de las caravanas marítimas y terrestres entre el Creciente Fértil e India, no las mencionan como algo nuevo, sino como algo muy antiguo; y la primera mención de la ruta de la seda hasta la China no es un discurso inaugural.

Los leviatanes acaban siendo enormes, tan grandes como los continentes. Pero no debemos proyectar esta inmensidad a los primeros días ni pensar que esos contactos iniciales fueron frecuentes ni implicaron a muchas personas. En ciertas circunstancias, un solo guijarro cerca de un manantial puede cambiar el curso de todo el río. Todo el mundo conoce al viajante posterior Marco Polo, quien aprendió a apreciar la pizza china, los espaguetis y los raviolis y transportó su aprecio a través de Eurasia, transformando por completo la dieta italiana. Me atrevo a suponer que tan solo dos visitas, la del pariente comerciante del ensi y la del ensi y su expedición punitiva, producirían una fuerte impresión a cualquier comunidad en el estado de naturaleza. Los mercaderes sumerios viajan lejos, por tierra y por mar, a lugares alejados que llaman Dilmun, Magan y Meluhha.

Dejaré al lector especular sobre los detalles de tales

encuentros. Tan solo decir que, después de que matones armados con lanzas secuestraran a los hijos de los refractarios, un miembro de la comunidad que habla de las auténticas maravillas de la civilización es un imbécil, no solo al parecer de los suyos sino también al nuestro.

Aquí nos encontramos con un problema que ha asolado al ser humano desde los tiempos de la primera Ur: el problema de la resistencia. Algunos de nosotros, en retrospectiva, quisiéramos que las comunidades dentro del alcance de Ur hubiesen destruido el primer monstruo en su madriguera, mientras estaba aislado y todavía no era muy grande.

Parece ser que muchas comunidades en los montes Zagros y en las llanuras de Persia lo intentan. Y fracasan.

Otras, menos optimistas, o menos seguras de los poderes de sus dioses frente a armaduras y ruedas, eligen la mejor opción después de la de huir: se encierran intramuros, dejando las garras del monstruo fuera. Los muros protegen a estos resistentes de las garras de Ur, pero no los dejan fuera del alcance de las entrañas del Leviatán.

¿Por qué fracasan los resistentes? Es una pregunta importante, la pregunta de la vida contra la muerte. Norman O. Brown hará de ello el título de un libro muy instructivo.

Las comunidades preestatales eran conjuntos de individuos vivos, pero mortales, todos sus secretos y todas sus

usanzas se transmitían directamente, de viva voz. Si moría la que guardaba secretos importantes, sus secretos morían a la vez. Las enemistades y los rencores morían con quienes los guardaban. Las visiones y las usanzas eran tan variadas como los individuos que las experimentaban y las practicaban; esta es la razón por la que había tanta riqueza. Sin embargo, las visiones y las usanzas eran tan mortales como las personas. La mortalidad es una parte inseparable de la vida: es el final de la vida.

Nosotros seguimos proyectando instituciones modernas en el estado de naturaleza. No había instituciones en el estado de naturaleza.

Las instituciones son impersonales e inmortales. No comparten esta inmortalidad con ningún ser vivo bajo el Sol. No son seres vivos, por supuesto, son fragmentos de cáscara. Las instituciones no son parte de la vida sino parte de la muerte. Y la muerte no puede morir.

Los ensis mueren y los zeks también, pero el equipo de trabajo sigue «vivo». Los generales y los soldados mueren, pero el ejército de Ur sigue «vivo» y, de hecho, crece cada vez más y se vuelve cada vez más mortífero. El reino de la muerte crece, pero los vivos mueren. Esto provoca problemas con los que los resistentes no han logrado lidiar hasta ahora.

Los que intentan destruir el primer leviatán asaltando sus

paredes, los pueblos guti y otros en los montes Zagros, los elamitas en las llanuras persas, los cananeos y otros semitas en el Levante, no pueden enviar una simple partida de guerreros con un cabecilla informal como en los viejos tiempos. Una división de un solo campamento no llegaría ni siquiera a los alrededores de Ur. Tienen que juntarse y organizarse con otros campamentos, tantos como sea posible, antes de tan siquiera plantearse una ofensiva seria. Y una vez se han juntado y atacado, no pueden dispersarse y volver a la vida cotidiana como hacían antaño. Aunque derroten al ejército principal de Ur, antes de terminarse la celebración de la victoria, llega la noticia de que el ejército inmortal de Ur ya ha masacrado a más de los suyos.

Así pues, desde que se molestaron en juntarse y organizarse, permanecen juntos. Los jóvenes no abandonan las armas. Este hecho no tiene precedentes, pero ¿qué pueden hacer para resistir al monstruo? Se han comprometido a quedarse y se sienten obligados a aceptar las horribles consecuencias.

Los hombres armados hacen a los extranjeros lo que los extranjeros les hacen a ellos. Regresan con sumerios capturados y los ponen a trabajar en los templos y las fortificaciones locales.

La tecnología avanza a pasos agigantados. El reino de la muerte se expande. Al poco tiempo existen varios leviatanes: Elam en las llanuras persas, Mari, Ebla y otros en el

Levante, y hay rumores de un leviatán guti en las montañas. Los bravos combatientes triunfan solo en su propia derrota.

Los que se encierran intramuros caen en una trampa similar.

Las comunidades ya levantaban muros antes, por ejemplo en Jericó, pero lo hacían una vez: la construcción de muros no era una institución. Los hostiles acampados del otro lado del muro no eran el ejército inmortal de Urlugal. Eran otra comunidad que, o bien se había trasladado, o bien había contraído matrimonio con individuos de Jericó dejando así de ser hostil.

Esta ya no es la situación a la que se enfrentan los constructores de muros en las orillas del Nilo, ni la de los que levantan la amurallada Mohenjo Daro en el valle del Indo, ni la de los que un poco más tarde se encerrarán en fortalezas en la Anatolia Central.

Los intrusos leviatánicos no son comunidades de mortales libres. Son emisarios de algo que ni se marcha ni se muere. Ni tan solo sus recuerdos son humanos, son piedras dentro de fundas. Los muros de Jericó ya no valen. Los muros deben

ser altos y resistentes y deben repararse tantas veces como los diques de Uruk.

Pasan las estaciones y pasan las generaciones, pero los muros se deben mantener. Y se mantienen, generación tras generación.

La adivina que había soñado con la necesidad de estos muros tiene entonces su última visión importante, pero a partir de ese día, su gente le presta escasa atención. Se dedican a rondar a su hermano, el faraón, que aún en su persona los oficios del sacerdote y del lugal sumerios.

No se puede mantener los muros permanentemente con una división temporal del trabajo. En un primer momento, se invita a los labradores libres a ayudar en la construcción del muro, a cambio de visiones estimulantes y grano que los hombres del faraón han robado a otros labradores. Y así, los campesinos libres construyen, aparentemente por iniciativa propia, muros, columnas y templos de una belleza sublime con superficies cubiertas de motivos esculpidos y pintados, motivos significativos para todos los habitantes del Nilo.

Sin embargo, una división permanente del trabajo es obligatoria simplemente al volverse permanente, y la obligación pronto deviene tan común en las orillas del Nilo como en las del Tigris. Lo que una generación hacía voluntariamente es lo que se espera de la siguiente y, entonces, se impone. Egipto deja de ser un lugar donde la gente comparte usanzas

para convertirse en un lugar donde algunos imponen leyes sobre otros. Las usanzas siempre han sido algo vivo, las leyes no son las usanzas de las personas libres. Las leyes son las usanzas del Leviatán.

Las tareas realizadas para el faraón no se eligen libremente, son tareas impuestas, trabajos forzados.

Igual que un gusano vivo se reconstituye a partir de uno de sus trozos, la corte del faraón excreta un leviatán entero. Ya no se invita a los constructores y artesanos. El faraón ahora encabeza ejércitos hacia el norte, el Sinaí y el Levante, y hacia el sur, Nubia. Regresa con cautivos, impone altos tributos a aquellos que no ha capturado y aposta recaudadores tributarios en guarniciones lejanas. Al igual que el lugal, ahora tiene escribas que elaboran un registro de los tributos y envía expediciones punitivas.

El faraón también pasa a tener una memoria artificial, que llamaremos base de datos. Los escribas han elaborado su propia escritura, igual que los escribas de la lejana Mohenjo Daro en las orillas del Indo. Los caracteres y los materiales son diferentes, pero el propósito es el mismo. Y los escribas del faraón, como los del lugal, han concebido un año artificial, un calendario, la primera forma de reloj, para poder prever cuándo estarán listos los cultivos tributarios.

¡Qué triste! Todo esto se está llevando a cabo para proteger las antiguas usanzas del ataque de una bestia con «la

mirada vacía y despiadada como el sol». Todo esto se está llevando a cabo en nombre de los espíritus del valle, por los antiguos dioses de la comunidad.

Hay que recordar que los progresistas ilustrados que más tarde llevarían todo esto a cabo en nombre de las fuerzas productivas, la ciencia y la tecnología, en nombre del mismísimo Leviatán, todavía no han nacido. Puede que las ciudades de Sumer, ciudades sorprendentemente seculares, ya alberguen precursores de los progresistas modernos, pero incluso así el dios del zigurat pasa por delante.

En Egipto ni siquiera hay un pequeño atisbo de Ilustración progresista, ni llegará hasta, por lo menos, un centenar de generaciones más tarde. Allí, el propósito de toda la violencia, de la captura de extranjeros, del desgarrar de las comunidades, es preservar la comunidad antigua, defender la vida ante el gran cadáver. Todas las muertes de los asaltos, las invasiones y las guerras son sacrificios. Se dan en nombre de la vida, en nombre de los espíritus de los animales, de las plantas, del río, del mundo de los muertos y del cielo.

Pero el mundo de los espíritus se achica, como había ocurrido en Sumer, y acaba confinado en el templo, que en Egipto también es la residencia del faraón. Para desgracia de los egipcios, la vida no puede conservarse en un bote cerrado: se atrofia y acaba muriendo. Esta muerte triste y lenta puede observarse en sus pinturas, esculturas y templos, en su sabiduría popular.

Los primeros pintores y escultores, sin duda, todavía respiran el aire de la comunidad que la corte del faraón pretende conservar intacta. Aún están en contacto con mujeres que abandonan sus cuerpos para visitar el mundo de los muertos, con hombres que se dilatan hacia el cielo y vuelan, con personas que realmente hablan con el chacal y el íbice; porque los dioses se mezclan con los humanos. Los primeros artesanos del faraón todavía conocen a estos adivinos, pero no a muchos, y la siguiente generación aún a menos.

Todavía quedan adivinos que tienen visiones y revelaciones, pero, ¿tal vez les han inspirado los extranjeros? Llega un momento en que solo se puede confiar en las visiones del faraón y el faraón se cuida de limitarse a las visiones de los más viejos.

Los dioses dejan de mezclarse con las personas cuando el faraón se responsabiliza de defenderlos y preservarlos. Y a pesar de todos sus esfuerzos, los dioses mueren. Sospecho que justamente mueren debido a sus esfuerzos. No osaría decir que sé mucho sobre las divinidades, pero parece que no soportan el Leviatán mejor de lo que las personas soportan las plagas. Los dioses están entre las primeras víctimas del cadáver, la bestia es deicida.

La muerte de los dioses egipcios está registrada. Tras dos o tres generaciones bajo la protección del faraón, las siluetas en los muros y las columnas del templo ya no saltan ni vuelan, ni siquiera respiran. Están muertas. Son copias sin

vida de las siluetas vivas anteriores. Los copistas son muy exactos, incluso podríamos decir que minuciosos. Parecen pensar que una reproducción fiel a los originales dará vida a las copias.

Por fuerza, una muerte y descomposición de esta índole también empalidece las canciones y las ceremonias. Lo que era una celebración alegre, el abandono de uno mismo, la comunión orgiástica con el más allá, se reduce a un ritual sin vida, una ceremonia oficial solemnizada por el jefe de Estado y sus oficiales. Todo se convierte en teatro y todo se representa. Ya no se trata de compartir, sino de mostrar. El participante ya no se enriquece, se convierte en mero espectador. Se siente empequeñecido, intimidado, impresionado por el poder de la corte del faraón.

Nuestras pinturas, nuestra música, nuestros bailes, todo lo que llamamos arte, es heredero de esta actividad espiritual moribunda. Y lo que llamamos religión es otro legado muerto, pero a un nivel tan alto de descomposición que sus orígenes, que en el pasado estuvieron vivos, ya no pueden ni adivinarse.

Mientras que el éxtasis de la primera comunidad viva languidece en el templo y padece una muerte lenta y dolorosa, los seres humanos de fuera de los límites del templo, pero de dentro de los del Estado, pierden su éxtasis interior. El espíritu se marchita en sus adentros. Se convierten casi en cáscaras vacías. Hemos visto que esto ocurre incluso en

leviatanes que se preparan, por lo menos en un principio, para resistir esta pérdida.

A medida que se suceden las generaciones, los individuos dentro de las entrañas artificiales del cadáver, los ensis al igual que los zeks, los operadores de los grandes fragmentos del gusano, cada vez se parecen más a los resortes y a las ruedas que ponen en marcha; tanto, que llega un momento en que ya solo parecen resortes y ruedas. A pesar de todo, jamás se verán totalmente reducidos a autómatas, cosa que lamentan Hobbes y sus sucesores.

Las personas nunca se convierten por completo en cáscaras vacías. Un atisbo de vida permanece en los ensis y zeks sin rostro que parecen más resortes y ruedas que seres humanos. Son posibles seres humanos. Al fin y al cabo, son los seres vivos responsables de que el cadáver tenga vida, son los que reproducen, alimentan y mueven el Leviatán. Su vida no es más que una vida prestada, ni respira ni concibe, ni siquiera es un parásito, es una excreción y ellos son los que la excretan.

La reproducción compulsiva y obligatoria de la vida del cadáver es el tema de más de un ensayo. ¿Por qué lo hace la gente? He aquí el gran misterio de la vida civilizada.

No basta con decir que las personas se ven forzadas a ello. Los primeros zeks capturados seguramente lo hicieron porque se vieron forzados físicamente, pero tal obligación

física ya no explica por qué los hijos de los zeks no abandonaron las palancas. No significa que la obligación desaparezca, porque no lo hace. El trabajo siempre es trabajo forzado. Sin embargo, ocurre algo más, algo que complementa la obligación física.

Al principio, la tarea impuesta se toma como una carga. El zek recién capturado sabe que no es obrero de reparación de diques, sabe que es un cananeo libre colmado de vida extática porque todavía siente los espíritus de las montañas y de los bosques levantinos palpitando en su interior. La reparación de los diques es algo que asume para evitar que lo asesinen, simplemente es algo que viste, como una armadura pesada o una máscara fea. Sabe que se la quitará tan pronto como el ensi se de la vuelta.

Pero lo trágico de la cuestión es que cuanto más tiempo hace que lleva la armadura puesta, más le cuesta sacársela. La armadura se le pega al cuerpo. La máscara se adhiere a su rostro. Los intentos de quitársela cada vez son más dolorosos porque también se le arranca la piel. Aunque todavía hay un rostro humano detrás de la máscara, así como sigue habiendo un posible cuerpo libre detrás de la armadura, el simple hecho de airearlos implica un esfuerzo sobrehumano.

Y por si no fuera suficiente, algo empieza a ocurrir en la vida interior del individuo, en su éxtasis. Empieza a secarse. Igual que los espíritus vivos de la primera comunidad se marchitaron y murieron al ser confinados en el templo, el

espíritu vivo del individuo se marchita y muere dentro de la armadura. Su espíritu, igual que los dioses, no puede respirar en un bote cerrado. Se asfixia. A medida que la vida en su interior se va marchitando, deja un vacío cada vez mayor. Este profundo abismo se llena al mismo ritmo que se vacía, pero no de éxtasis, no de espíritus vivos. El espacio vacío se colma de resortes y ruedas, de cosas muertas, de la sustancia del Leviatán.

El ser humano que había sido libre se convierte poco a poco en lo que Hobbes cree que realmente es. Tras ponerse la armadura por fuera, esta se envuelve también en el interior del individuo y la máscara se convierte en su rostro. Dicho de otra forma, la coacción se interioriza. La vida extática, la libertad, se reduce a una mera potencialidad. Y la potencialidad, indica Sartre, no es nada.

Donde se aprecia más dicha reducción es en las ciudades de Sumer, leviatanes que son sorprendentemente modernos también en este sentido. Se hace tan visible que los mismos sumerios empiezan a darse cuenta de ello. No es la cada vez más asombrosa ritualización de las actividades del templo lo que les molesta, ni tampoco el vacío interior de los ensis y sus familias, que ya siempre es palpable. Parece que todo eso se acepta como consecuencia de la

necesidad de un suministro seguro de agua y de zeks. Lo que les molesta es que los descendientes de los primeros sumerios se están viendo ellos también reducidos a zeks. El principal instrumento para esta mengua es el comercio, o como se llamará más tarde, el negocio. La ciudad sumeria, en mayor medida que cualquier otro leviatán temprano, es un paraíso para los hombres de negocios.

Un hombre de negocios es un ser humano cuya humanidad viva ha sido completamente eliminada. Es por definición una persona que se desarrolla en las entrañas materiales del Leviatán y se aprovecha de ellas. Las personas reducidas a cosas se encuentran entre los objetos que están dentro de las entrañas de la bestia y, obviamente, son un blanco fácil para este cazador de beneficios. El axioma del hombre de negocios, mucho antes de que Adam Smith lo expusiera, es: cada cual mira por sí mismo y los dioses van contra todos.

Ya hemos visto cómo los hombres de negocios sumerios han reducido a una comunidad de extranjeros en deudores, luego en morosos y finalmente en zeks. Luego aplican la misma sabiduría económica a los extranjeros que viven en Sumer y acaban por dejar de distinguir entre extranjeros y sumerios.

La reducción llega tan lejos en los tiempos del reino de Urukagina que incluso molesta al lugal. Y decide hacer algo al respecto, o por lo menos publica una tablilla anunciándolo.

Este tal Urukagina, que asume el cargo de lugal de Lagash al tiempo que sus vecinos sureños ya han adornado las orillas del Nilo con las primeras pirámides, puede que no fuera el primer reformador, pero es el primero del que se tiene noticia. Es el primero de muchos que pondrán el bienestar del gusano entero por delante del bienestar de uno de sus fragmentos. Se da cuenta de que los avariciosos cazadores de beneficios, que solo son una parte del todo, han alterado la coherencia del cadáver, su capacidad de movimiento, comiéndose todas sus entrañas. Proclama que las víboras «no deben recoger fruta de los jardines de los pobres», «no deben entregar los débiles y las viudas a los poderosos», no deben reducir los sumerios a zeks.

Al colocar el bienestar del gusano entero por delante del bienestar del fragmento creciente, este lugal reformador, como muchos de sus sucesores liberales, desata unas fuerzas que le arrollan. Se fia de su recuerdo de los estadios previos de la existencia del gusano y presume saber la disposición de los fragmentos más adecuada o más justa.

El primer urlugal alardeaba de conocer la jerarquía de los dioses y la pudo imponer porque los dioses ya estaban débiles, ya se estaban muriendo.

Urukagina no se sale con la suya porque el fragmento que ataca, aunque por definición está muerto, no es débil. El castigo toma la forma de una invasión por parte de Umma. Urukagina es derrocado en su cargo por el Lugalzagesi de

Umma. Urukagina es asesinado igual que sus ensis liberales y sus zeks a la vez que Lagash es devastada.

La ciudad de Umma no es conocida ni por su poder ni por su coraje y tampoco adquiere dichas cualidades de repente. El despótico Lugalzagesi no invade Lagash con las fuerzas de Umma. Las fuerzas y la tecnología necesarias para tal invasión se encuentran en el fragmento que Urukagina ha atacado. Lugalzagesi es el instrumento para la ruina del reformador, no solo porque defiende a los poderosos, sino también porque sabe algo que Urukagina ignoraba.

Lugalzagesi ha entendido que la cabeza del Leviatán no se encuentra donde se encontraba un año o una generación atrás, ni tampoco donde Urukagina consideraba que debería estar. Igual que el dios del lugal siempre es dios en el zigurat fálico, el fragmento más poderoso del Leviatán es siempre su cabeza. Así es la justicia leviatánica, y Lugalzagesi, y no Urukagina, es el verdadero campeón del gusano.

La defensa de los poderosos que lleva a cabo Lugalzagesi le proporciona aliados en todas las ciudades de Sumer. Puede que estén todas cercadas por reformadores nostálgicos de un orden previo al Leviatán. Las fuerzas de Lugalzagesi las invaden todas.

Antes de que sean enterrados todos los cuerpos, Lugalzagesi llega a ser el lugal de Umma, de Lagash, de Ur y de Uruk. Sus escribas le describen como el hombre de Uruk,

el solo y único. El valle del Tigris y el Eufrates está ocupado por un solo leviatán. Sumer es todo uno por primera vez. El gusano se ha comido a todos sus predecesores. Los escribas de Lugalzagesi también le describen como el lugal de los lugals, expresión que los hablantes de semítico traducen como rey de los reyes y amo de los amos.

Sin embargo, los días de este todopoderoso también están contados. De la misma manera que los hablantes de Sumeria ya no son todos sacerdotes y ensis, los hablantes de semítico dejan de ser todos zeks. Mediante el matrimonio, ciertas destrezas físicas o la adulación, los nietos de los zeks llegan al palacio y al templo. Los que están en el templo se atreven a nombrar los dioses sumerios con nombres de los ya olvidados dioses semíticos y dan a la hija de la Luna el vulgar nombre de Ishtar. Los sacerdotes sumerios han dejado de preocuparse, muchos deben saber que los dioses sumerios ya no son nada más que nombres. Además, muchos sacerdotes semíticos tienen hermanos ensis, tantos que resultaría imprudente insistir en el hecho de que el verdadero nombre de Ishtar es Inanna. Además, en las ciudades periféricas a lo largo de la ruta entre Sumer y el Levante y el Sinaí, no solo hay ensis de lengua semítica, sino también algunos que presumen tener el cargo de lugal. Uno de ellos es Sargón de Acad.

Sargón es sumerio en todo excepto en la lengua. Parece ser que empezó su carrera como ensi al servicio del lugal de Ur, para quien recaudaba tributos en una provincia

levantina. Cuando Ur cayó en manos de Lugalzagesi, Sargón llamó a su provincia Acad y asumió el cargo de lugal. Ha estado observando durante una generación entera el corpulento leviatán de Lugalzagesi; un fenómeno que será denominado imperio. De repente, se da cuenta de algo que ni siquiera Lugalzagesi sabe. Sus escribas dicen que Ishtar se lo dijo. Sargón sabe que la cabeza fálica del Leviatán es para todos los poderosos, no solo para los poderosos de lengua sumeria.

Todos los poderosos que se han sentido algo despreciados ven a Sargón como un ganador. Siguiendo el camino de Lugalzagesi, este captura a su mentor y conquista las ciudades que dieron lugar a los primeros leviatanes.

Un solo leviatán, tan largo como el Nilo y mucho más ancho, se extiende ahora por todo el Creciente Fértil. Sus entrañas contienen las mesopotámicas Umrna, Ur, Lagash y Uruk y todas las ciudades que pueblan los caminos hacia el Levante.

Sargón, que había empezado su carrera como recaudador de tributos, sabe igual que cualquier lugal o faraón qué es lo que se le da mejor al gusano. El gusano come tributos, no solo para alimentar al lugal y a los ensis, que a partir de ahora tienen nombres semíticos, sino sobre todo para alimentar a los cada vez más violentos dioses del templo, dioses tan muertos como el Leviatán mismo, e igual de hambrientos.

LO QUE DENOMINAMOS «HISTORIA» VERSA SOBRE LAS HAZAÑAS y los destinos de Urukagina, Lugalzagesi y Sargón. Mary Jane Shoultz ha desmitificado este término. Cuando hablamos de la historia real, de la historia en sí, queremos decir «la historia de él». Es un asunto exclusivamente masculino. Si las mujeres aparecen en ella, lo hacen acorazadas y empuñando una forma fálica. Tales mujeres son masculinas.

Todo gira alrededor de formas fálicas: la lanza, la flecha, el zigurat (la torre de Babel), el obelisco, la daga, y obviamente más tarde la bala y el misil. Todos estos objetos son puntiagudos y están hechos para penetrar y matar. El zigurat mesopotámico y el obelisco egipcio, montañas artificiales que apuntan al cielo, vaticinan el día en que los machos rasgarán la capa de ozono de la atmósfera y se propulsarán hacia los espacios sin aire donde antes solo volaban los dioses.

Muchos autores, desde Eurípides a Bachofen, Shoultz, Grass y Turner se preguntan por qué la historia es tan exclusivamente masculina. Recuerdan el carácter reproductivo de los varones en el estado de naturaleza y se preguntan si las hazañas leviatánicas que constituyen la his-toria son su venganza.

Con la llegada de los leviatanes, las mujeres son desvalorizadas, domesticadas, maltratadas e instrumentalizadas. Además, los escribas se encargan de borrar de la memoria la importancia de las mujeres. Diamond dice que la escritura, que Shoultz llama *male literaty* –o *alfabetización de los varones*–, es muy apropiada para borrar de la memoria el pasado.

En las comunidades antiguas, lo que un anciano olvidaba otro lo recordaba, y era difícil que se perdieran las tradiciones, a menos que la comunidad entera se viera sumida en el desastre.

En cuanto la memoria social se almacena en pergaminos y tablillas de escribas, una sola directriz del faraón o del lugat puede borrar una parte del pasado, o incluso el pasado entero. En Egipto, se han encontrado muchas cartelas y placas identificativas con nombres de mujeres a penas legibles, las matriarcas, que fueron borradas por escribas posteriores y sustituidos por nombres de hombres.

La mujer es la madre, es la Tierra, da a luz a la vida, Sin embargo, el hombre deja de sentirse inferior, se ha sumergido en el Leviatán, que es asexuado y no da a luz a ningún tipo de vida, pero que no necesita dar a luz, porque es inmortal. Envalentonado por la armadura del Leviatán, los hombres devuelven el golpe.

Turner habla de un cuento para dormir de los acadios

sumerizados que compartían poder con Sargón. Todavía recuerdan a la madre primaria, Tiamat, la primera progenitora de vida. Sin embargo, ahora la consideran tan muerta como al Leviatán porque dicen que el cielo y la misma Tierra están formados por su cadáver desmembrado. Marduk, el dios de Sargón, es su descuartizador. En palabras de Turner, Marduk «aplasta su cráneo, quiebra su cuerpo como una ostra, y los vientos obedientes se llevan su sangre».

Turner señala que el violento Marduk tiene una larga lista de sucesores que odian la Tierra, nuestro contemporáneo lugal Reagan intentará ser el último de ellos.

La his–storia es una crónica de los actos de los hombres situados en la cabeza fálica del Leviatán, y en un sentido más amplio es la «biografía» de lo que Hobbes llama el «hombre artificial». Hay tantas his–storias como leviatanes.

Sin embargo, la his–storia tiende a devenir singular por la misma razón que Sumer, y ahora también todo el Creciente Fértil, devienen singulares. El Leviatán es un caníbal, se come a sus contemporáneos al igual que a sus predecesores. Detesta la pluralidad de leviatanes tanto como detesta la Tierra. Su enemigo es todo lo que queda fuera de él.

La his–storia nace con Ur, con el primer leviatán. Antes o fuera del primer leviatán no hay his–storia.

Los individuos libres de una comunidad sin Estado, por definición, no tenían una his-story, no estaban incluidos en el cadáver inmortal que es el sujeto de la his-story. Estas comunidades eran una pluralidad de individuos, un conjunto de libertades. Los individuos tenían sus biografías y estas eran lo interesante, mientras que la comunidad como tal no tenía una «biografía», una his-story.

Sin embargo, el Leviatán sí que tiene una biografía, pero una biografía artificial. «¡El rey ha muerto, viva el rey!». Las generaciones mueren, pero Ur pervive. En el Leviatán, una biografía interesante es un privilegio concedido a unos pocos o a uno solo; los demás tienen biografías aburridas, tan similares entre ellas como las copias egipcias de los hermosos originales. Lo que ahora interesa es el relato del Leviatán, o por lo menos es lo que interesa a sus escribas y a sus his-storyadores.

Para otros, como bien sabe Macbeth, el relato del Leviatán, igual que el de su dirigente, es «un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que no significa nada». El dirigente es asesinado por un invasor o un usurpador y sus grandes hitos mueren con él. El relato del gusano inmortal se acaba cuando es engullido por otro inmortal. El relato de cada vez que uno engulle a otro es el tema de la his-story universal, la cual simplemente por su nombre ya prefigura un solo leviatán que contiene la Tierra entera en sus entrañas.

La huida de humanos cautivos de las entrañas de los gusanos muertos es, como mínimo, tan habitual como las veces en que los grandes leviatanes engullen a uno pequeño. La gente no solo se rebela; también huye, se escapa, se fuga. Lo intentan constantemente y a menudo lo logran.

El reinado de Sargón fue largo, su imperio duró dos generaciones y terminó cuando «todas las tierras se rebelaron contra él y le atacaron en Agadé», según una tablilla cuneiforme. No queda nada del enorme leviatán que se había extendido por todo el Creciente Fértil.

Desgraciadamente, los fragmentos del gusano descompuesto se quedan esparcidos por los campos y cada uno tiende a formar un nuevo gusano entero. Las cosas muertas poseen poderes de los que carecen los seres vivos. Más tarde, los biólogos intentarían otorgar esta curiosa habilidad de lo muerto a lo que está vivo, mediante un proceso llamado clonación. Algunos fragmentos, aquellos que contienen a los ricos y a los poderosos, logran dar movilidad a un nuevo gusano, y entonces un nuevo leviatán castiga a los fugitivos reduciéndolos a la esclavitud total, la perpetua condición de zek. El sucesor de Sargón, Kimush, llega a expandir la cáscara del gusano hasta los elamitas de las llanuras persas.

Acaecen las sublevaciones en todas las provincias y finalmente Kimush es asesinado por sus propios guardias. Le sucede Naram-Sin, llamado «dios de Agadé» por sus escribas, pero este imperio de dios se ve en un estado permanente de descomposición. Los cautivos de las entrañas de dicho leviatán invitan a los nómadas sin rey de todas las provincias a ayudarles a desgarrar el monstruo desde su interior.

Las guerras intestinales persisten hasta el reinado del siguiente sucesor. Al final, los elamitas se retiran, los de Lagash también, y entonces toda la bestia se rompe en pedacitos. Hasta los zeks abandonan los canales.

El gran leviatán es demolido, y para mucha gente, para siempre. Ningún leviatán similar surgiría en esta parte del mundo hasta cuatro generaciones más tarde. La anarquía vuelve al Creciente Fértil.

Desafortunadamente, no es la anarquía de épocas anteriores. Los seres vivos que han huido del Leviatán están mutilados. No pueden quitarse la armadura y en muchos de ellos la potencialidad de ser humano se ha quedado en nada. Los leviatanes en guerra han convertido la región en un territorio inhóspito.

Algunos de los aliados, como el pueblo guti, que habían sido llamados para ayudar a derrocar el gran gusano, intentan poner en marcha un gusano propio, a imagen del

de Lugalzagesi y Sargón. Sin embargo, los cautivos siguen escapando, parece que prefieren esta anarquía defectuosa al orden del Leviatán.

Durante la misma generación en que regresa la anarquía a las tierras sumerias y acacias, los reclutas del faraón abandonan sus tareas de construcción de pirámides y palacios, se ponen en contra del faraón y de todos los ritos oficiales de sus sacerdotes y restauran también cierto grado de anarquía en el Nilo. Los zeks del faraón vuelven a sus pueblos e intentan reemprender la vida de los viejos tiempos. Los fragmentos rotos del monstruo que había dirigido el monarca de Menfis se quedan esparcidos en las orillas del Nilo. Los antiguos agentes del faraón caído intentan poner en movimiento algunos de los fragmentos: –setenta reyes durante setenta días–, demuestran su grado de éxito.

Una o dos generaciones después del colapso de estos dos gigantes (los arqueólogos discrepan en cuanto a la cronología), un tercer intento de levantar un leviatán topa con dificultades. Los presos abandonan Mohenjo Daro, en el Indo. No se conocen los detalles de esta huida porque no se han descifrado las escrituras: son un misterio para los cerebros civilizados y se postulan como causas las inundaciones, sequías, invasiones y hasta movimientos de placas tectónicas. Cuando alguien está convencido de que la gente jamás abandonaría las entrañas de la civilización, necesita recurrir a los movimientos tectónicos para explicar la fuga. En cambio, si no se está tan convencido, el misterio deja de

ser por qué la gente huye, para ser por qué se queda dentro tanto tiempo.

Los pueblos del Indo se ahorrarán el aprisionamiento de un Estado durante muchas generaciones, mientras que los del Tigris y los del Nilo no podrán evitarlo tanto tiempo.

Aquí debe señalarse que los fragmentos de los leviatanes descompuestos tienen una ventaja injusta frente a las comunidades de seres humanos libres. Los fragmentos son como máquinas; si tan solo han sido abandonados y no se han oxidado demasiado, cualquier buen mecánico puede engrasarlos y volver a ponerlos en marcha. Los fragmentos, como cosas muertas que son, pueden corroerse, pero nunca mueren.

En cambio, las comunidades, una vez muertas, ya no reviven. En este aspecto, las comunidades de seres vivos se encuentran, sin duda, en una posición de inferioridad. En otras palabras: la muerte siempre está del lado de las máquinas.

Eso tiene consecuencias trágicas para los que finalmente logran librarse del pesado cadáver. No pueden volver a las comunidades antiguas porque han sido destruidas por generaciones de civilizaciones de expolio, secuestros y asesinatos. No pueden volver a su vida antigua, deben empezar de nuevo. No deberíamos presuponer que las usanzas, lo que llamamos cultura, alimentadas y cultivadas

durante miles de generaciones, pueden regenerarse de la noche a la mañana. Es más probable que precisen de un cuidado de muchas generaciones.

Los que luchan por sacar adelante un nuevo principio, no tienen ninguna época en la que poder hacerlo. Están acampados entre fragmentos de Leviatán, máquinas que cualquier mecánico puede reactivar y usar para devolver al punto de partida los esfuerzos de toda una generación en una sola campaña.

Esto es justamente lo que ocurre. En el Nilo, los fragmentos del leviatán descompuesto vuelven a ponerse en funcionamiento en Tebas y Heracleópolis y ambos devienen gusanos enteros. En las orillas del Tigris y el Eufrates, de hecho en Uruk, el fuerte Utukhegal toma el control del tosco gusano que el pueblo guti había puesto en movimiento, y acto seguido es derrocado por su propio suplente. Este subordinado, Urnammu, consigue volver a poner en marcha el leviatán acadiosumerio entero, otra vez expandiéndolo desde el Levante hasta Elam. Todos los esfuerzos para sacar adelante un nuevo principio son reducidos a la nada. No son interrumpidos, sino aniquilados.

Tras dos generaciones, los cautivos del monstruo regenerado vuelven a escapar. Esta vez, el leviatán acadiosumerio es abandonado de forma definitiva. Aun así, los acorazados semitas sumerizados insisten en apañar los fragmentos y ponen en movimiento un nuevo gusano en Assur, dirigido

por los zeks que se encuentran entre los nuevos extranjeros semitas, los amoritas.

Cinco generaciones después, los descendientes de los zeks amoritas dan salida a un leviatán propio en Babilonia, donde siguen llamando a los jefes de los equipos de trabajo «supervisores de los amoritas». Y otras cinco generaciones más tarde, el amorita Hammurabi extiende el gusano babilónico a lo largo y ancho del antiguo reino de Urukagina, mientras que los primeros dueños amoritas, los asirios, extienden su gusano por las provincias occidentales del reino de Lugalzagesi,

Mientras tanto, pueblos sin nombre procedentes de los bosques y las montañas de los guti han transportado pedacitos de armadura mesopotámica a través de toda Eurasia hasta China. Este se dice que es el origen de la cultura Yangshao. Tan solo dos generaciones después aparecen una escritura y una dinastía Xia, cuyo fundador, Yu, consigue garantizar un suministro de agua duradero.

En el oeste del Creciente Fértil, en Anatolia, donde las mujeres continuarían celebrando durante generaciones la abundante fertilidad de la Tierra, en dos lugares que suelen visitar los comerciantes asirios, ya se observan gusanos incipientes, más tarde conocidos por los egipcios y los asirios como hititas.

Cada nuevo modelo cuenta con accesorios de los cuales

carecen sus predecesores. Los fragmentos abandonados en el Levante por la descomposición del monstruo de Sargón son recompuestos en monstruosidades móviles, al estilo de un pulpo, que llevarían el comercio fenicio a lugares mucho más alejados del alcance de gusanos más inmóviles. Los mercaderes fenicios de Biblos y Ugarit incluso transforman las escrituras jeroglíficas y cuneiformes en una herramienta comercial mucho más eficaz: el alfabeto.

Las comunidades humanas retroceden a la vez que los gusanos avanzan. El mayor logro del Leviatán, como sugiere Mumford, es el hecho de reducir los seres humanos a cosas, convertirlos en eficaces unidades mecánicas de guerra.

Todo esto es muy deprimente. El reino de la muerte se extiende. Y dado que la muerte es para la vida lo que la noche es para el día, cuando el reino de la muerte se extiende, el de la vida se encoge. El cuento inhumano no explica nada humano.

Tras referirme a algunos de los principales protagonistas que se opusieron a las comunidades humanas y a la misma Madre Tierra, vuelvo a un pequeño grupo de personas que escapó de las entrañas de uno de los grandes leviatanes. Estas personas, cuando abandonaron las entrañas, eran insignificantes para todo el mundo excepto para sí mismos y no habrían dejado de serlo si sus herederos judíos, cristianos y musulmanes no hubiesen llevado consigo la sombra de su huida a cada refugio previamente seguro en el mundo.

Por supuesto, hablamos de los israelitas que abandonaron la civilización egipcia. Llegados a este punto debo decir que me sorprende el acorazado interlocutor que altivamente me lanza a la cara las absolutas maravillas de la civilización, porque una parte de su armadura está hecha de los residuos de este pequeño grupo que escapó de dichas maravillas.



IV

EL LIBRO EN EL QUE SE BASAN LAS RELIGIONES CIVILIZADORAS actuales no empieza con los fundadores de la civilización, a saber, los sumerios que dieron pie al primer leviatán. Su primer capítulo habla de un jardín en la Tierra, un lugar evocador del estado de naturaleza, el segundo

habla de la huida de las personas de las entrañas de un gran leviatán. Luego el libro describe, sin criticarlo, el intento de estas personas de formar su propio leviatán, pero sigue explicando lo dolorosas y a menudo insoportables que eran las cautividades en los intestinos de otros gusanos. La impresión general que da es que las maravillas de la civilización no son positivas, no son maravillas que favorezcan la vida.

Las huidas de la civilización son tan abundantes y tan frecuentes que los gusanos devoradores de vida parecen estar en un continuo estado de descomposición.

El éxodo de Israel desde Egipto no es una de las principales huidas, pero está bien documentada, lo que nos proporciona una visión detallada de algunos de los actos e incluso de los pensamientos de sus protagonistas.

Los sujetos del éxodo son los zeks de Egipto, aunque parecen zeks relativamente privilegiados. No saben leer ni escribir. No son personas con una mentalidad única, como se ve más adelante en el relato, y ni siquiera personas de una única tribu, aunque se verán unidas en una sola por sus futuras experiencias en común.

No han pasado mucho tiempo en Egipto, tan solo unas generaciones, por lo que recuerdan que existe un mundo fuera. Su referencia a un jardín en la Tierra puede que incluso sea un recuerdo de un mundo fuera del Leviatán.

Turner sugiere que el único jardín que recuerdan es el jardín mesopotámico del lugal y sus sucesores acadios.

Puede que esto sea así en el caso de algunos, pero sospecho que a la mayoría de ellos algo más les ronda la mente.

Cuarenta generaciones después del éxodo de Egipto, los escribas de este pueblo escribirían su Libro, donde hablarían con mucha precisión de los acontecimientos políticos y militares que describen las tablillas y los pergaminos, los cuales ahora están al alcance de los investigadores modernos, pero que no estaban a disposición de los escribas. La memoria de las personas que todavía no conocen la escritura es larga. Quienes recuerdan las hazañas de los faraones, los hititas y los asirios también son capaces de recordar las de sus ancestros que vivieron en comunidades de seres humanos libres, fuera en el Yemen o en Etiopía, y recuerdan también que estos ancestros estaban en comunión con los animales, con la Tierra, con el espíritu del cielo y el del manzano.

Sospecho que recuerdan, y llaman Edén, lo que otros recuerdan como Edad de oro. Al encontrarse incómodos en Egipto, el recuerdo de un exterior, es más, de un exterior agradable e idílico, debe generarles un deseo de abandonar la mayor y más rica de las civilizaciones antiguas.

A pesar de sentir nostalgia por lo que Morgan y Engels llaman un estadio de existencia más primitivo, un estadio que no era un modo de producción, estos zeks

relativamente privilegiados no desconocen las condiciones materiales y sociales de su época. Saben que el leviatán egipcio es tan solo un monolito entre otros y parece que, asimismo, conocen muy bien los otros leviatanes. Esto no es nada sorprendente, dado que recuerdan a los ancestros recientes mejor que al Adán del Edén. Por lo menos recuerdan a uno de estos ancestros recientes, un hombre llamado Abraham, procedente de Marran, una ciudad situada en la encrucijada entre los mayores leviatanes del mundo. Aunque no vivía cerca del palacio del gobernador, sino en los alrededores de la ciudad, seguro que este hombre estaba familiarizado con el centro de la ciudad y sus jardines, y probablemente también con los jardines de otras ciudades.

Abraham debía de estar todavía más familiarizado con los comerciantes y los soldados de los grandes leviatanes, porque Harran se encuentra en la ruta que toman los vendedores asirios que viajan en busca de beneficios caídos del cielo en Anatolia. El pacífico comercio diurno de los vendedores lleva casi de manera inevitable a que los ejércitos ignorantes se enfrenten en la noche, transformando los alrededores de Marran en una llanura sombría.

Los semejantes de Abraham seguro que estuvieron envueltos en alarmas confusas de batallas y fugas. Puede que lucharan junto con los hombres acorazados egipcios o hititas como tropas auxiliares. Es poco probable que fueran

auxiliares de los asirios, porque su Libro expresa solo horror y miedo acerca de los escuadrones de la muerte que enviaban los tiranos de Assur y Nínive.

Los escribas explican que su antecesor Abraham ya adoraba tan solo a Yahveh, pero seguramente se trata de un pensamiento iluso, porque sus nietos todavía honoraban a bastantes dioses naturales en su posterior cautividad en Egipto.

No se sabe exactamente cuándo ni por qué Abraham y los suyos se marcharon o fueron enviados a Egipto, pero en varias ocasiones podría haber sido oportuno o hasta necesario realizar este trayecto.

Los repetidos intentos de los acadios y amoritas sucesores de Lugalzagesi de volver a poner en marcha el Leviatán mundial tuvieron el efecto involuntario de poner en marcha a muchos pueblos del mundo.

Ya hemos visto lo perjudicial que podía ser la visita de un comerciante con un primo suyo y varios hombres armados. Las comunidades de agricultores y las de nómadas ganaderos tomaron las armas, ya fuera para protegerse de futuras visitas o para intentar recuperar a sus semejantes capturados.

En Anatolia, las mujeres influyentes instaron al panku, el consejo común, a defender sus usanzas ante los violentos ataques de los comerciantes de la muerte, y los cónyuges más poderosos de estas mujeres empezaron a construir muros. En sus tablillas, los escribas hititas posteriores solo hacen referencia al poderoso cónyuge y le llaman rey Labarna I, aunque también recuerdan que el rey tan solo era un cónyuge porque en los tiempos de los escribas las mujeres todavía eran fuertes y dignas. A las mujeres de Anatolia no se las humilla tan fácilmente; unas cincuenta generaciones más tarde Heródoto hablaría de las «amazonas» anatólias, y en la época de la Roma patriarcal todavía habría mujeres poderosas en esta parte del mundo.

Mientras que las comunidades sedentarias se resistían al monstruo encerrándose entre muros, los nómadas ganaderos con más movilidad hicieron como los guteos y atacaron las puertas de los tramposos leviatanes. En este momento, los tentáculos acaparadores de los varios leviatanes habían trastocado ya los bisabuelos de casi todos los pueblos que hubieran podido atacar las puertas de los leviatanes en épocas posteriores: los bisabuelos de los hablantes de sánscrito y de iranio, de tungús y de turco, los bisabuelos de los mongoles, de los fineses y de los magiares. En Mesopotamia se les llamó casitas, hurritas y mitanni y en Egipto hiesos. Se dice que los hititas adoptivos de Anatolia provienen de estos pueblos.

Muchas de estas gentes sin rey iban a caballo y algunas

usaban instrumentos de hierro, pero ello no les hacía más civilizadas que los antecesores de Ojibwa del Lago Superior, que trabajaban el cobre. Los caballos y el hierro se convirtieron en fuerzas productivas, en la tecnología de la civilización, pero solo tras la inclusión de dichos pueblos en la armadura del Leviatan.

No les espantaba atacar ciudades, la furia llevó a muchos de ellos a dejar los centros urbanos de sus atacantes hechos un desastre. Los casitas hablantes de sánscrito federados con los elamitas arrasaron por completo la mayor parte del imperio amorita y llegaron a alcanzar el umbral de Babilonia.

Los parientes de los casitas, que los asirios llamaban hurritas, formaron su propia federación de hombres a caballo en las montañas armenias y asaltaron Assur y sus lugares limítrofes.

El pueblo o los pueblos llamados hiesos se federaron con los ejércitos egipcios y ahuyentaron a los asirios de todo el Levante.

El ejército hitita aliado con los hiesos, los hurritas y los casitas saqueó la ciudad comercial de Alepo, la joya del Levante, igual que la lejana Babilonia, para ayudar a los casitas a imponer a los amoritas las mismas cargas que estos les habían impuesto.

Puede que el pueblo de Abraham ayudara a los hicsos a

desalojar los puestos avanzados asirios del Levante y acompañara a alguno de sus efectivos de auxiliares a la tierra del gran hermano, las orillas del Nilo, donde la vida estuviera menos envuelta en alarmas confusas de batallas y fugas. O puede que vieran las tierras del Nilo como un refugio una generación más tarde, cuando los mitanni a caballo le hicieron al reino asirio lo que los casitas le habían hecho al babilonio.

También es posible que fueran capturados por el victorioso Amoses. O tal vez, un par de generaciones después, fueron llevados al Nilo con una expedición de caza de zeks enviada por Tutmosis II.

Parece probable que los herederos de Abraham ya fueran zeks establecidos en las afueras de Karnak, o incluso más al sur, cuando Menelao y sus micénicos fortificaban sus ciudades en la orilla norte del Mediterráneo y cuando una erupción volcánica en Creta allanó la cabaña comunitaria de piedra que más tarde se llamaría el palacio de Minos.

Probablemente vieron el palacio de la reina Hatshepsut –y quizás incluso participaron en su construcción, en la otra orilla del río–, una de las más bonitas maravillas arquitectónicas que jamás se habían visto, un palacio rodeado de frondosos jardines tropicales que después se convertirían en arena del desierto. Pero no les impresionaba esta maravilla. Como a los zeks de cualquier otro lugar, seguramente les dolían las articulaciones al ver los grandes

monumentos de sus amos. Por la misma razón, no podían pensar en el jardín del lugar cuando recordaban el Edén, y apenas podían pensar que sus ancestros provenían de allí.

Todavía vivían en Egipto cuando la reina Hatshepsut fue asesinada por su sucesor, cuando los escribas borraron su nombre de las cartelas, e inventaron pruebas científicas que demostraban que jamás había existido una mujer faraón. Los zeks debían de preguntarse si realmente debía borrarse el recuerdo de una mujer que nunca había asegurado ser otra cosa que un hombre.

Los cautivos no podían saber que mientras en Egipto se mancillaba y se olvidaba el nombre de Hatshepsut, el misógino Teseo, un *basileus* o líder de una banda de micénicos, derrotaba a las amazonas anatolias, asesinaba a Antíope, esclavizaba a sus hermanas y se atrincheraba en una Troya fortificada.

De ningún modo los israelitas de Egipto ignoraban las usanzas y las gestas de los grandes leviatanes de su época. Hasta podemos suponer que no todos pensaban lo mismo acerca de estas. Algunos de ellos, como algunos de los hiesos, probablemente eran modernizadores que pensaban que Lugalzagesi y otros pacificadores de regiones inmensas

habían traído la paz, no las armas. Sin duda, los modernizadores eran una minoría; la mayoría debían de ser lo que llamamos primitivistas, personas que recordaban con nostalgia el antiguo jardín y sus dioses de la naturaleza.

Los modernizadores no debían de sentirse cómodos ni con sus compañeros inmigrantes ni con sus anfitriones egipcios, dado que muchos hiesos habían sido expulsados por sus puntos de vista y sus usanzas foráneas cuando los egipcios respetables sustituían a sus anteriores aliados como administradores del Sinaí y del Levante. Los modernizadores solo debieron de sentir rencores cuando Tutmosis III envió a egipcios que no hablaban las lenguas cananeas a administrar las tierras del faraón en el Levante y proteger estas tierras de los crueles mitanni. Asimismo, los que aspiraban a ser embajadores debieron de enfurecerse cuando Amenofis II se casó con la hija de Artatama de Mitanni y estableció una alianza con estos aurigas en contra de los hititas.

Los hijos y nietos de los modernizadores, igual que los primitivistas, probablemente sintieron repulsión por Amenofis III, el cual no solo prolongó la alianza tan detestada con los mitanni y envió embajadas a la horrible Asiria, sino que también se casó con su propia hija. Este atroz gobierno del tirano perduró durante dos generaciones por lo menos; afortunadamente, fracasó la Istar que Mitanni envió para que el tirano viviera mucho más.

Seguramente, los modernizadores respiraron tranquilos

por primera vez cuando un modernizador de la realeza alcanzó el cargo de faraón en cuanto Amenofis IV se cambió el nombre por Akhenatón. Si bien este faraón no fue el primer totalitario, por lo menos fue el primer totalitario revolucionario.

En nuestros tiempos se dice que los abuelos de Moisés aprendieron el monoteísmo con Akhenatón, quien se considera que se lo inventó. Yo creo que este faraón no tuvo que inventarse lo que, durante más de cincuenta generaciones, había sido la práctica habitual de sus vecinos que habían levantado los zigurats. Tal vez descubriera esta práctica con más detalles gracias a los inmigrantes semíticos que se encontraban dentro del palacio y en los alrededores.

El faraón decretó que, igual que él era el rey de los reyes y el amo de los amos, Atón el Sol sería a partir de entonces el dios de los dioses. La revolución no se encuentra en el decreto, sino en lo que lo siguió. Bandas armadas formadas por los nuevos sacerdotes de Atón, escoltadas por los ejércitos del faraón y probablemente también por inmigrantes de tendencia modernizadora, atacaron los templos de todos los demás dioses y expropiaron a todos los demás sacerdotes para ceder todas las tierras y palacios a Atón. Esta guerra precedió a las guerras religiosas más famosas que posteriormente devastarían Europa. Egipto jamás había vivido tal iconoclasia, tal persecución, tal violencia interna.

Para desgracia de los modernizadores, los sacerdotes

conservadores fieles a los dioses destituidos, organizados en escuadrones, se levantaron contra los usurpadores y su dios Atón. Si algún inmigrante se había visto favorecido con Akhenatón, ahora se encontraba en apuros. Tras colocar en el trono a Tutankamón, de nueve años, los sacerdotes idólatras trataron a los devotos monoteístas igual que les habían tratado a ellos. Empezaba una nueva purga de extranjeros, era un buen momento para abandonar Egipto.

Aunque Akhenatón no había conferido el monoteísmo a los israelitas, sí les hizo otro favor: ya había abandonado el Levante cuando llamó de vuelta a sus ejércitos para aplastar a los ídolos. Sin embargo, los perseguidos rápidamente se dieron cuenta de que los ocupantes del Levante ya no eran los egipcios, sino los hititas, por lo que este lugar tampoco podía ser seguro para semitas egipcianizados.

Así pues, los israelitas no se movieron y mantuvieron la discreción mientras el comandante militar Horemheb difamaba a Akhenatón asegurando que la administración monoteísta había sido corrupta; que su recaudación de impuestos había sido fraudulenta; sus confiscaciones, arbitrarias y su ejército, una banda de saqueadores.

Quizás, los israelitas habían oído que zeks aliados con arameos nómadas recientemente habían destituido al tirano de Babilonia y que los escuadrones de la muerte asirios habían invadido Babilonia inmediatamente y mutilado de manera abominable a los rebeldes. Estas

noticias no alentaron a los potenciales rebeldes. Por eso, los israelitas una vez más se quedaron donde estaban mientras Ramsés I y II hacían con la memoria de Akhenatón lo que Tutmosis III había hecho con la memoria de Hatshepsut: borrarla.

Finalmente se acercó el día esperado.

Ramsés II, un megalómano que ordenó levantar en todo Egipto estatuas de sí mismo altas como montañas, decidió conquistar el mundo. Este faraón agotó los alimentos y suministros de Egipto para proveer a su ejército. Desfiló hacia el oeste y redujo las tribus libres de Libia a sujetos tributarios contribuyentes. Luego desfiló hacia el este y el norte, hacia el Levante, con el mayor ejército jamás reunido. Este ejército, que se proveía sobre la marcha saqueando a cada comunidad con la que topaba en su camino, generó un resentimiento imperecedero a lo largo de toda la costa mediterránea sudeste.

Mientras tanto, los hititas, que ya estaban avisados, formaron el mayor ejército jamás visto más al norte de Egipto y se prepararon para hacer frente a los invasores. Dicho ejército estaba provocando resentimientos a lo largo de toda la costa noreste del mar Mediterráneo.

Los dos gigantes armados y encorvados se encontraron en Qadesh, en el río Orontes. Tanto los escribas de los egipcios como los de los hititas anunciaron que su soberano había vencido, pero ambos leviatanes empezaron a descomponerse el día después de la victoria.

Los hititas victoriosos regresaron a Anatolia, donde les atacaron los micénicos rencorosos y otras bandas de aventureros armados. Ningún súbdito de los hititas de Anatolia deseaba seguir dando apoyo al palacio de Khatushilish ni a su ejército.

En el Levante, los hititas aún conservaban la ciudad de Karkemish, pero los asirios, guiados por Salmanasar, le dieron un final abrupto. Luego, los asirios se dispusieron a «asesinar la hueste de los mitanni» y puede que hubiesen llegado a tragarse el Levante entero si no se hubiesen tenido que dirigir de nuevo hacia el este para controlar a los babilonios, que resurgían con la ayuda de los elamitas.

Las ciudades mercantiles fenicias, en particular Tiro y Sidón, lograron finalmente sustentar sus propios dioses Baal y Moloc en vez de los dioses de sus gobernantes hititas. Entonces sus grandes barcos zarparon hacia Libia y otros lugares de África, hacia los mares Egeo y Adriático, navegaron por todo el Mediterráneo y hasta llegaron al Atlántico. Dejaron señales de sus visitas en muchas partes del mundo, pero jamás revelaban sus destinos a sus rivales.

Por pura coincidencia, en el lado opuesto del globo, tras un océano que no sería navegado oficialmente hasta las hazañas de un tal Colón, se esculpían cabezas colosales, cabezas de personas que no se asemejaban en nada a nadie que hubiera vivido antes en ningún lugar cerca de Tehuantepec, las llamadas cabezas olmecas. Para los pueblos náhuatl y maya de hoy en día sería un insulto sugerir que sus ancestros no inventaron prácticas como la construcción de zigurats o el sacrificio de seres humanos para Baal. En cambio, para sus ancestros no habría resultado insultante, de hecho, insistían en que habían aprendido mucho de los extranjeros estrafalarios que venían del mar.

Sea como fuere, en el Mediterráneo, los grandes mercaderes navegantes dieron lugar a alianzas defensivas equipadas con pequeños barcos, que no tardaron en salir por su cuenta en expediciones de saqueo.

El mundo entero parecía moverse a un ritmo frenético.

Ramsés II volvió al Nilo a tiempo para celebrar sus proezas y ordenó a sus escultores representar la victoria de Qadesh en las paredes de cada templo nuevo, en cada pared un momento diferente de la batalla.

No obstante, muy pronto la descomposición de su leviatán fue tan certera como la de su enemigo. Una conspiración de palacio casi mata al faraón: las cuadrillas de trabajadores zeks, simplemente se negaron a realizar las tareas que se les

asignaban. Este es un temprano ejemplo documentado de una huelga y la preocupación que expresan los escribas denota que podría haber sido una huelga general. Luego, llegó la noticia de que los navegantes libios y otros extranjeros misteriosos estaban atacando el delta del Nilo,

Si los israelitas tenían que salir de su cautividad en Egipto, este tuvo que ser el momento.

Los cautivos fugitivos se ponen en manos de un tal Moisés, egipcio al menos por parte de madre. (En Egipto, los nombres y la riqueza se seguían transmitiendo por línea materna, una costumbre antigua que los escribas y los faraones no consiguieron abolir, como tampoco pudieron los hititas anatolios).

Moisés es quizás un oficial de palacio de bajo rango que no prospera porque tiene vínculos familiares con los extranjeros. Las declaraciones posteriores de este hombre son fanáticamente patriarcales y tal fanatismo no puede explicarse señalando las tendencias patriarcales de los nómadas pastorales, puesto que existen materiales que demuestran que estos nómadas israelitas en Egipto adoran tanto a divinidades femeninas como masculinas. Su padre probablemente había sido un oficial bajo el reinado de

Akhenatón que perdió el puesto al caer el faraón monoteísta y que desde entonces se dedicó a gruñir y a difundir sus opiniones modernistas entre sus compatriotas. El hijo, Moisés, por supuesto reniega de su madre y de su pueblo y elige convertirse en un campeón, en un salvador del pueblo de su padre y su hermanastro.

No hay razones para desautorizar los motivos de Moisés ni para atribuir su elección al resentimiento. El Libro lo describe como un miembro ejemplar de la clase dirigente que une su destino con el de los oprimidos. Podemos aceptar esto y empezar por aquí. Su posición es tan ideal para dirigir a los cautivos hacia fuera del Leviatán como la de cualquier primo de un ensi. Solo tiene que decir: «Deja ir a mi pueblo», para que sus ex-compañeros oficiales emitan las órdenes y los pasaportes necesarios.

La destinación está clara. Moisés lleva los cautivos a Canaán, lugar del que recientemente se han retirado todos los grandes ejércitos y donde por lo menos dos de los ocupantes es probable que no vuelvan en mucho tiempo: los egipcios están acorralados por huelguistas, conspiradores y asaltantes mientras que el poder hitita, según las informaciones que le deben de llegar a Moisés, parece estarse descomponiendo por completo, asolado por hambrunas continuas y atacantes hostiles. El tercer gran ejército, el asirio, está atareado en otra parte, su tirano Tukulti-Ninurta se encuentra en el Tigris subordinando a babilonios y elamitas y proclamándose rey de los reyes, amo

de los amos, Sol de todos los pueblos. Así pues, Canaán parece un refugio seguro, como mínimo en los tiempos que corren.

Pero para los seguidores de Moisés, por lo menos para los «primitivistas», Canaán significa algo más; significa una lengua común, un hogar común original; probablemente significa algo como el Edén al cual deseaban regresar. ¿Por qué, si no, llamarían «tierra prometida» a una provincia levantina devastada por la guerra?

No hay motivos para dar por sentado que Moisés es un modernizador igual que su padre, especialmente teniendo en cuenta que abandona Egipto con los zeks. El Libro deja claro que no hay ningún modernizador en todo el grupo de errantes. De hecho, la aversión de estas personas por las comodidades de la civilización es tan profunda que la seguirían sintiendo los escribas urbanos civilizados, los cuales cuarenta generaciones más tarde seguirían escribiendo con repugnancia acerca del «libertinaje» de Egipto y de Babilonia «la ramera».

Está claro que Moisés no era un modernizador en Egipto, pero una vez se encuentra fuera, en las arenas del desierto, cuando algunas personas estiran hacia Yemen y otras hacia el mar Rojo y Etiopía, él debe decidir exactamente quién es y qué es.

El Moisés del Libro tampoco es un modernizador. No

considera que la mejora o la reparación de un leviatán tenga ningún significado humano, y Assur, Khatti y Ur le repelen igual que a cualquiera de sus seguidores.

¿Pero dónde está la tierra prometida? La mayoría de sus seguidores al parecer son primitivistas y al parecer deben de ser débiles o ciegos porque no les ha quedado claro que, una vez llegados sanos y salvos al desierto, Moisés no puede hacer nada mas por ellos. Se aferran a él, bien por lealtad, bien porque siguen intimidados por el antiguo miembro del personal de palacio egipcio.

Moisés no es ni un modernizador ni un primitivista. Queda claro que es un hombre acorazado incapaz de quitarse la armadura. Es como Lenin. Busca en su interior, pero no encuentra ninguna destinación; todo lo que encuentra dentro de sí son trozos de armadura leviatánica. Detesta Ur y Assur y su contemporáneo Tukulti–Ninurta le hace temblar de rabia. Sin embargo, su única voz interior es la voz de Lugalzagesi, la voz del todopoderoso, el rey de los reyes y amo de los amos, el macho de los machos. Lenin oye la voz de la electrificación. No obstante, Moisés detesta a todos y a cada uno de los reyes de reyes, de la misma manera que Lenin detesta a los capitalistas. Moisés sintetiza al rey, lo convierte en dios, igual que Lenin sintetiza la electrificación y la convierte en comunismo.

Con este acto, Moisés proyecta su vacío interior, su armadura, su propio espíritu muerto, hacia el cosmos.

Si alguien del grupo piensa que el Edén es el jardín del lugar, este es Moisés, todos los dioses están muertos para este egipcio de clase alta. Para él, no hay Edén, solo Leviatán.

Es irónico que este hombre para quien no existe el exterior haya tenido que ser el que dirige a los demás hacia fuera.

Desde luego, antes de abandonar Egipto no había planificado nada de eso y a lo mejor esperaba que la armadura se pudiera quitar, puede que esperara que se despertara en él algún atisbo de luz; pero no ocurre nada de eso. En su interior tan solo se menea una abstracción, una abstracción sin cuerpo, sin sexo, neutra e inmortal. Dicha abstracción es el Leviatán mismo, como concepto.

Todos sabremos que a sus seguidores no les gusta lo que oyen y tan pronto como Moisés se da la vuelta ellos forman el antiguo y sagrado círculo de la vieja comunidad. Se abandonan a sí mismos. Sueñan. Están poseídos. Honoran a una becerra de oro, no porque sea de oro sino porque es femenina, porque da luz a la vida, porque es de la Tierra y porque es la Tierra.

Estas personas conocen la diferencia entre los ídolos muertos de los egipcios y los símbolos vivos de sus propios ancestros. Tienen recuerdos, sus interiores no se han muerto. Son zeks e hijos de zeks. Siempre han sabido que la armadura era una carga que algún día se podrían sacar de encima y cuando llega ese día son capaces de hacerlo.

Desafían a Moisés. Puede responder acercándose a ellos, escuchando sus voces. Todavía es Moisés el hombre, el ser humano potencial. Es libre. Puede dejar que el destello de luz que vivía en su interior florezca, como un huevo, puede elegir estar vivo.

Sin embargo, responde dándoles la espalda. Deja que la armadura se imponga. Se atiesa. W. Reich dirá que se vuelve rígido. Elige dejar que el potencial se quede en nada, dejar que la armadura extinga el pequeño destello de vida que había. Deja que el Leviatán hable a través suyo. La voz que habla no es la de Akhenatón, el Sol, sino la de Lugalzagesi, el amo de los amos.

La armadura no habla de ningún jardín, expone «una visión de la vida que espiritualmente está a años luz de la comunidad mítica», en palabras de Turner. La voz del Leviatán habla de mandamientos y castigos; no habla de vías, de caminos hacia el ser, sino de leyes, de puertas cerradas. No dice «puedes y deberías ser», sino «no harás».

Y pobres de los que desobedezcan. Exactamente igual que el Leviatán en sí tiene su policía para perseguir, torturar y ejecutar a los que se desvían de su justicia, el concepto del Leviatán, Yahveh, también tiene su policía.

Pero la policía del concepto no es un concepto en sí mismo. Moisés otorga esta tarea a la generadora de vida, a la naturaleza; no a toda la naturaleza, sino solo sus irrupciones,

solo su violencia, toda condensada y concentrada como en el dios de Lugalzagesi que vive en el zigurat. Los terremotos, las tormentas, las inundaciones y las plagas son los instrumentos de persecución, tortura y ejecución de Yahveh. La becerra como diosa adorada es puesta en contra de sus devotos.

Y entonces llega la guinda del pastel. Moisés se convierte en un auténtico precursor de Lenin: «No tendrás dioses ajenos delante de mí». Puede que lo aprendiera de Akhenatón. Se trata de algo moderno. Los acadiosumerios no fueron capaces de imponer el «ningún otro». Moisés no se pone piezas sueltas de la armadura: la viste entera.

El mandamiento todavía tiene forma sumaria, pero su significado moderno se expone claramente:

Y tomó el becerro que habían hecho y lo quemó en el fuego y lo molió hasta reducirlo a polvo, que esparció sobre las aguas, y lo dio a beber a los hijos de Israel.

El ex-oficial del faraón sabe que los cautivos que provienen de comunidades libres tienen que ser convertidos en zeks, tienen que ser domesticados, hay que forzarles a comerse su propia libertad.

Pero aquellos que adoraban a la becerra siguen resistiendo. Se rebelan, están dispuestos a huir de nuevo, esta vez, del leviatán de su propio dirigente.

Entonces el hombre acorazado deja caer el velo y la armadura se hace visible para todos. Deja de ser el medio por el cual habla Lugalzagesi. Se convierte en Lugalzagesi. Pone en marcha una purga general con una policía, que no es ni un concepto ni la furia concentrada de la Tierra:

«Poned cada uno su espada sobre su muslo; pasad y volved de puerta a puerta por el campamento, y matad cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su pariente.» Y los hijos de Leví [más tarde formarán una liga de defensa] lo hicieron conforme al dicho de Moisés; y cayeron del pueblo en aquel día como tres mil hombres.

Esta masacre es el primer Holocausto perpetrado en nombre de Yahveh. Y no tiene ni recurso humano ni justificación humana. «Soy el que soy». Es el dogma.

El rostro antihumano, antinatural de lo que más tarde se llamará totalitarismo debe llevarse puesto juntamente con las demás partes de la armadura. Cada ínfima superficie de piel humana debe esconderse. El Leviatán no tiene ni vida ni alma. Solo es el que es. Es su única meta. Es muerte sin alivio, sin justificación, sin explicación.

Nos acostumbraremos a la ciencia, a la tecnología y al Estado secular; no nos horrorizaremos con la crueldad de la visión de este hombre; incluso a algunos de nosotros nos impresionará su carácter progresista, si no profético.

Los que abandonaron Egipto, en cambio, los que todavía están vivos, no pueden digerir esta regresión monstruosa, y Moisés lo sabe. Si no actúa de prisa, al asesinato masivo le podría suceder un suicidio masivo o un éxodo de los que queden, «Soy el que soy» no es suficiente para gente que todavía conserva recuerdos.

Así pues, expone la famosa alianza. Ya les ha dicho «si prestan atención a mi voz... serán mi tesoro...». Entonces, cual domador de caballos, les explica cómo serían valorados, cómo se recompensaría su obediencia. Alcanzarían la tierra prometida. Pero en esta tierra seguirían siendo zeks, no se librarían de la maldición del trabajo penoso. La tierra no sería el Edén, lugar que ya no existe para este hombre acoirazado (igual que las mujeres no existen para él; solo existen los hijos; las mujeres no son nada más que máquinas de parir, recipientes que podrían estar hechos de arcilla, la materia a la cual la mismísima Tierra ha sido reducida, materia que se manipula y se mutila).

La tierra prometida es un nuevo leviatán y los que son valorados recibirán una recompensa, del mismo modo que los ensi de Lugalzagesi. Expropiarás a los demás. Heredarás ciudades grandes y bonitas que no has construido, y casas llenas de cosas buenas que no has traído, y viñedos y olivares que no has plantado.

Esta es la tierra de la leche y la miel, y las tropas de Moisés tienen que arrasarla como pioneros:

he aquí que yo echo de delante de tu presencia al amorreo, al cananeo, al heteo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo...

Es significativo el hecho de que los cananeos, sus semejantes, deban ser la primera víctima. El Leviatán no tiene parientes. Quien sea que esté en su camino, todo cuanto viva fuera de él, es su enemigo, todos los seres que no estén encerrados en sus entrañas (personas, animales o árboles) son sus enemigos.

llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra...

Como señala Turner, esto es una declaración de guerra contra lo salvaje, palabra que entonces toma un significado asombroso: se refiere a «todas las bestias que se mueven sobre la tierra». Esta es la declaración de guerra del Leviatán contra toda vida.

Moisés muere, pero los «hijos de Leví» acaban alcanzando la tierra prometida, la tierra de los que habían sido su gente. Ellos no llegan como parientes, no forman el antiguo círculo ni reviven la comunidad perdida; llegan como los asirios armados de Tukulti–Ninurta, como la Némesis de su antigua gente.

Uno de los hijos de Leví, un hombre llamado Débora, un precursor de la acorazada Juana de Arco, insufla odio

genocida a los pioneros. Esta, o mejor dicho este, despotrica, gesticula y exhorta a los hijos a girarse contra los últimos moabitas, hazoritas y cananeos de la tierra prometida.

Moisés muere, pero el leviatán que ha creado es inmortal y aunque, en un futuro, también acabará engullido, su concepto algún día iluminará el camino de atrocidades con las que no habían soñado ni Lugalzagesi ni Moisés.

Y consumirás a todos los pueblos que te da Yahveh tu Dios; no los perdonará tu ojo...

Como observa Turner, se trata de una descripción de lo que está por venir, ya anticipa las «oscuras nubes sobre África, las Américas, el Extremo Oriente, hasta que finalmente incluso las más remotas islas y los enclaves boscosos estén cercados por llamas y espadas y por el arma más sutil de la conversión por ridículo». Esto ya es el descubrimiento del Nuevo Mundo.



V

LOS ISRAELITAS QUE ABANDONAN SU CAUTIVIDAD EN EGIPTO y luego ponen en movimiento un gusano propio no introducen, con su esfuerzo, nada nuevo en el Levante, a pesar de las teorías innovadoras de su mentor.

Ocupan los campos y las moradas de quienes pueden derrotar militarmente y luego intentan seguir los preceptos de su dirigente fallecido.

Aparte de darles el abstracto Yahveh, se dice que Moisés legó a sus herederos numerosas leyes con las que mantenerse puros ante los inmortales ojos de la abstracción. Tras permanecer puros durante dos o tres generaciones, empiezan a copiar las usanzas de sus sucios vecinos. A los oradores delirantes les dan ataques de histeria al intentar averiguar exactamente qué tenía en la cabeza Moisés.

Parece que tales arrebatos, ataques y trances públicos son habituales en todos los antiguos leviatanes, lo que hace que estos lugares parezcan casi libres en comparación con las jaulas de comunicación controlada en las que viviremos más tarde.

Tras acostumbrarse a las moradas y a los campos de los cananeos expropiados, algunos oradores se preguntan si Yahveh no querría que su pueblo elegido tuviera algunas de las «cosas buenas» de sus vecinos fenicios, o algunas armas de hierro y la eficacia militar de sus vecinos filisteos. Uno de estos profetas delirantes descubre que los israelitas tan solo tienen el concepto de rey de los reyes, mientras que el pueblo del este, los asirios, lo tiene físicamente en la persona de Ashshurrabi II.

Un hombre llamado Saúl acepta el reto y rápidamente

imita a los asirios con el reclutamiento de tropas. Saúl muere mientras comprueba la fuerza de sus tropas contra los filisteos de hierro, y un hombre más familiarizado con las usanzas de los gigantes de hierro reconvierte el leviatán israelita en algo comparable al gusano filisteo. El Rey David reduce, pues, a los hijos de Leví que han sobrevivido hasta entonces a eficientes máquinas asesinas desplegadas en un ejército permanente completado por mercenarios de hierro.

Con esta potencia, el monarca finalmente es capaz de cumplir lo que quedaba del sueño de Moisés y Débora: conquistar Moab, Ammán, Edom y Aram. Entonces se alía con los devotos de Baal, los fenicios de Tiro, en contra de sus aliados previos, los filisteos, y la facilidad de su victoria revela que los hombres de hierro no eran gigantes.

El monarca vencedor, alentado por otro orador, imita a los devotos de Baal y erige un templo para su propio dios. El hecho de que este dios no sea una reliquia muerta de un pasado preleviatánico, sino el rey de los reyes, no parece molestar a nadie. Se trata exactamente igual al dios de este templo que a los dioses de los zigurats.

El hijo del Rey David hereda la corona y reduce todavía a más gente en nombre de dios, y los hombres serviles y poderosos llenan sus casas de cosas buenas, también en nombre de dios, exactamente igual que lo hacían los babilonios en nombre de Marduk, los asirios en nombre de Ashshur y los fenicios en nombre de Baal.

Solo los orígenes y los rasgos del dios son diferentes, lo demás no lo es, incluso después de que el leviatán unificado se divida en dos leviatanes reñidos llamados Israel y Judá. Las historias son acadiosumerias, la ley es babilónica, los proverbios son egipcios y los salmos, fenicios.

Se puede percibir un atisbo de algo diferente cuando el orador Elíseo enfurece con esta falta de originalidad en un pueblo con un dios tan poco común; sin embargo, no logra dar pie a un nuevo comienzo ni a un segundo éxodo.

Stanley Diamond señala que el libro de Job es una apología a esta negativa a encaminarse hacia una dirección con más sentido humano. A Job, de mente arcaica, la riqueza personal en un mar de pobreza le parece irreconciliable con las antiguas maneras de sociabilización, hasta que se convence a sí mismo de aceptar esta riqueza personal como una recompensa a la sumisión ciega al dios inescrutable.

El engreimiento de los puritanos protestantes, mucho más posteriores, descritos por Max Weber está ya expresándose públicamente. Tal complacencia no se denuncia hasta que el pastor igualitario Amos se queja de ella, pero entonces ya es demasiado tarde, como el mismo Amos comprende viéndole las orejas al lobo. Tiglatpileser III reconvierte al moribundo leviatán asirio en una eficaz máquina de guerra que empieza a englutir toda Mesopotamia y el Levante. El sucesor militarista Sargón II absorbe el primer Estado de Israel y deporta a sus habitantes, mientras que Senaquerib golpea de manera

similar el Estado de Judá. Sería durante sus largos cautiverios en Asiria y más tarde en Babilonia cuando los herederos de Moisés forjarían algo nuevo. El recuerdo del mesías que les libró de un cautiverio anterior no solo les infundiría esperanza, sino también una solidaridad inusual entre cautivos de todos los tiempos.

Esta falta de originalidad de los sucesores liberados de Moisés no puede atribuirse al cerco de ejércitos contrarrevolucionarios hostiles, como pondrán más tarde como excusa los sucesores de Lenin. Los ejércitos de los gigantes y los de los pigmeos no molestan a los israelitas en Canaán durante diez o veinte generaciones (el número varía según se confía o no en la cronología generalmente aceptada, cuya credibilidad es cuestionada).

El gigante hitita deja de molestar en el Levante porque acaba desapareciendo del mapa. Este leviatán debilitado que había desafiado el dominio de Egipto en Qadesh se descompone de tal manera que los griegos que más tarde plantan olivos en sus fortalezas enterradas ni siquiera recuerdan su nombre. Los israelitas que escriben el Libro tan solo recuerdan su nombre, y la grandeza del progreso de esta civilización cae en el olvido hasta que los arqueólogos de nuestros días la desentierran de los montones de

desechos que la cubrían. No hace falta ninguna invasión, ninguna sequía, ni ningún movimiento tectónico para explicar la descomposición de este heredero del destino de Mohenjo Daro. Los escribas egipcios que son testigos de la monstruosa desaparición de su vecino dicen simplemente que nadie defendió Khatti. Las bandas de micénicos, frigios y jonios que se resisten al reclutamiento de los ejércitos del leviatán anatolio son capaces de atacar la última fortaleza de Khatti por la misma razón que, posteriormente, Atila es capaz de saquear Roma. El monstruo ha sido evacuado.

Los inmortales acaban muriendo, y no solo cuando les engulle un leviatán mayor, también mueren cuando sus contenidos humanos los abandonan y dejan que la cáscara se pudra. Los gusanos artificiales no tienen vida propia.

Los danzantes vuelven a formar círculos alrededor de Cibeles, la diosa de la Tierra, y celebran su libertad recuperada. Siguen bailando tras diez o quince generaciones cuando los atenienses que los visitan los describen como pueblos gobernados por reinas, que es como los atenienses posteriores entenderían a los pueblos que no están gobernados por arcontes ni por reyes.

Sería exagerado afirmar que no queda nada del gusano hitita en Anatolia. Los antiguos reclutas, los micénicos armados con hierro y las bandas jonias de varones aventureros y asesinos, cuyas proezas celebra Homero, son heridas incurables que el leviatán tardío ha infligido a la Madre Tierra

Anatolia, Cibeles. Los segmentos siguen actuando, pero tan solo son plagas en las afueras de los pueblos tranquilos, hasta que el pulpo fenicio les colma de su flujo púrpura.

El gigante egipcio deja de molestar el Levante por razones similares, aunque su leviatán no se descompone de manera tan absoluta como el de su vecino hitita: se congela. Ocupados en favorecer a posibles conspiradores, sobornar a dirigentes de equipos de trabajadores en huelga, negociar con antiguas provincias que habían desertado en favor de los aventureros libios, los egipcios no se arriesgan a hacer nada que sus predecesores no hubieran hecho. Esta postura conservadora da al faraón, a los sacerdotes y a la gente suficientes oportunidades para demostrar el respeto debido a los dioses muertos en los templos y lugares sagrados. ¿No era esta la principal intención de los creadores del gusano? Los dioses son prioritarios en Egipto, el modernismo y la secularidad tan solo eliminarían lo poco que queda de un pasado más que muerto.

El gigante asirio también deja en paz el Levante, por lo menos durante las diez o veinte generaciones previas a engullir y deportar a los habitantes israelitas y fenicios levantinos. Volveré a este gigante más adelante.

Primero me voy a fijar en los pigmeos, en los fenicios de Tiro, Sidón y de otros enclaves independientes, los vecinos más cercanos de los israelitas en Canaán.

Estos comerciantes marítimos son llamados «hombres rojos» o «hombres púrpura» en todas las costas donde sus navíos llegan, porque los fenicios tienen el monopolio total del tinte púrpura y lo atesoran con cuidado. Sus telas y ropajes púrpura son tanpreciados en el mundo entero como el oro y el uranio lo serán en épocas posteriores.

Los hijos de Leví son quienes establecen las relaciones más estrechas con sus vecinos fenicios, tan estrechas que llegan a casarse con mujeres de Tiro e incluso, en algunas ocasiones, a postrarse ante Baal. Sospecho que, justamente, es esta cercanía lo que puede explicar la falta de originalidad de los israelitas levantinos. La maldición del trabajo cae con dureza sobre los campesinos, que dan una parte sustancial de su cosecha anual para los ricos ropajes púrpura y otras cosas buenas de sus vecinos, muchos de los cuales proceden de lugares lejanos.

Los prejuiciosos de épocas posteriores describen a todos los judíos como comerciantes, pero, desde los tiempos del rey David hasta la época del rey Exequias, los entresijos comerciales les son más ajenos que el dios Baal. Son agricultores, o más bien, campesinos. Actualmente, consideraríamos a los dos pequeños estados israelitas como colonias económicas de los codiciosos fenicios, y al igual que

los zeks en colonias económicas más tardías, no tienen el tiempo ni la energía para ser originales.

Los ropajes y otras baratijas que los hombres de Tiro dan tan generosamente a sus vecinos trabajadores cuestan poco a los fenicios; a cambio, las ciudades mercantiles se abastecen con ganado y grano de sobras proveniente de las tierras amables del interior. No hace falta enviar navíos a Anatolia o a Siracusa para cubrir estas necesidades, pueden llenar los barcos con bienes más ligeros y mucho más preciados que ganado y grano.

Los comerciantes fenicios, cuyo gran secreto es dar algo que les cuesta poco a ellos y tomar otra cosa que cuesta mucho a los demás, transportan cantidades cada vez más grandes de objetos que abundan en cierto lugar hacia otro lugar donde escasean. Llevan a cabo ese transporte hasta que lo que había abundado en un sitio se agota y entonces empiezan a agotar otro lugar.

Antes de la época del rey Salomón y su suegro el rey Hiram de Tiro, los árboles y los elefantes abundaban en el Levante y tras los reinados de estos parientes, los árboles levantinos están todos en los cascos de los barcos y en las paredes de los templos, a la vez que los elefantes son ya tan exóticos como los renos.

Llegados a este punto, los grandes barcos fenicios cruzan el mar rojo y el mar arábigo para reunir colmillos de los cazadores indios de elefantes ávidos de púrpuras levantinos y minerales libios. El pulpo artificial fenicio es un violador de la biosfera mayor que todos los leviatanes anteriores juntos, tanto por su capacidad de reducir los seres vivos a objetos transportables en barcos como por su empeño en trasladar flora y fauna asesinada de lugares donde vive a lugares donde no puede sobrevivir. El espíritu occidental en su lucha contra lo salvaje debe a Fenicia mucho más que los tonos púrpura.

Las diez o veinte generaciones que comienzan con el fin de los hititas y terminan con la conquista asiria son la gran época de la metrópolis levantina, no la de su colonia económica. Los hombres artificiales con maneras de pulpo de las pequeñas ciudades de Tiro y Sidón son los únicos leviatanes que todavía operan al oeste de China. Incluso me atrevería a suponer que la relativa quietud de la máquina de guerra llamada Asiría se debe, por lo menos en parte, a la embestida de las comodidades exóticas, cuya compra agota incluso los recursos asirios.

Y, sin embargo, los precursores fenicios de los atenienses, los venecianos y los emprendedores estadounidenses están mucho menos documentados que cualquier otro leviatán antiguo. Lo que se sabe de ellos proviene, sobre todo, de lo que los demás dicen acerca de ellos; ya que los mercaderes se llevan sus secretos a la tumba.

Todo lo que se sabe es que su imperio tipo pulpo formado por navíos y puestos de comercio abarca muchísimas costas del planeta, si no la mayoría. Es sabido que establecen puestos comerciales en las orillas de África y en las costas atlánticas de España. Barry Fell sugerirá que los barcos fenicios cruzan el océano agitado mucho antes que los marineros de Sevilla, y otros señalarán que incluso podrían haberse aventurado por el océano pacífico y haber erigido estatuas de hombres barbudos en las islas polinesias.

Tenemos constancia de que en la península itálica, durante el reinado del rey Hiram o poco después, los etruscos, de repente, aprenden a escribir su lengua con el alfabeto de Hiram y también nos consta que en Ática y Anatolia los itinerantes aventureros más asentados igualmente aprenden a escribir, y con el mismo alfabeto.

Descubriremos que muchos de los puestos de comercio; sean Gadir (=Gades= Cádiz) o Tarsis en la costa atlántica, o las famosas Gartago, Cerdeña o Sicilia, o bien los abundantes puestos comerciales en los mares Adriático y Egeo que luego adoptan nombres griegos; rápidamente crecen y se convierten en monstruos con forma de pulpo que saquean y agotan sus propias tierras del interior con el esmero de sus fundadores, con el fin de estar bien abastecidos de productos para cuando lleguen las embarcaciones.

Gracias al aumento progresivo de la actividad de los discretos fenicios, Eurasia occidental se encamina correctamente

para convertirse en una densa red de tentáculos entrelazados, un lugar donde un ser humano libre no puede ni saltar, ni estar de pie, ni sentarse.

El pulpo fenicio se alimenta de los israelitas y de otros pueblos atraídos hacia el Mediterráneo por la decisión inicial de resistirse a la leviatanización.

Ya hemos visto como los leviatanes anteriores habían provocado que los pueblos de las estepas huyeran o se defendieran y cualquier de las dos opciones originaba olas de movimiento que se percibían hasta en la lejana China,

Los mítanni, los casitas y los hititas fueron algunos de los múltiples pueblos que se prepararon para plantar cara al Leviatán y que luego se encontraron atrapados en un entramado leviatánico que ellos mismos habían creado. Una vez blindados y atrincherados, los hititas de hierro originaron nuevas oleadas con sus cazas de reclutas y asaltos tributarios.

Los núcemeos, los jonios y los dorios debieron de bajar hasta Anatolia y hasta el continente y el archipiélago griegos como respuesta a las provocaciones hititas. En el plano lingüístico, están emparentados con los hititas, los casitas y los mítanni, con los arios que aparecieron en India e incluso

con los persas que acabarían triunfando en toda Anatolia y el Levante.

Parece que los pueblos de lenguas iránias (o indoeuropeas) y los pueblos de lenguas túrquicas se movían juntos por las estepas. Más tarde, aparecerían juntos en los confines del imperio romano; por lo menos no eran desconocidos unos para otros. Algunos de estos pueblos eran campesinos que se trasladaban solo si se veían forzados a ello, otros eran pastores nómadas, otros criaban caballos y podían desplazarse rápidamente desde Mesopotamia hasta China y algunos forjaban armas con hierro.

Los griegos micénicos ya se encontraban en Anatolia y en las tierras continentales griegas durante el apogeo del leviatán hitita. Se han encontrado jarrones micénicos que datan del período medio hitita en Chipre, Egipto y el Levante, e incluso en Sicilia e Irlanda. El aceite de oliva micénico se debió de transportar a todas partes en embarcaciones fenicias, ya que no se hallarán pruebas de grandes flotas micénicas.

Ocasionalmente usaron la escritura, pero no tenían rey ni ejército permanente. Su comunidad previa estaba quebrada, pero todavía no se habían encerrado en un leviatán propio, aunque su deseo lo intentara con mucho empeño. Bien se unían a los hititas en las cazas de reclutas, o bien se iban a la caza de tributos por su cuenta; los recién llegados, que hablaban una lengua casi idéntica a la suya, no

les trataron como parientes sino como enemigos. Los micénicos fortificaron sus ciudades y frenaron a los recién llegados, probablemente con la ayuda de los hititas. Casi inmediatamente después del fin del imperio hitita, los bastiones micénicos empezaron a caer uno tras otro en manos de los griegos jonios y dorios.

Las humillaciones que habían sufrido los recién llegados antes de arribar no se han podido examinar de cerca porque los griegos posteriores deciden olvidar su pasado preleviatánico. Sin embargo, nos podemos hacer una idea de cómo fueron dichas humillaciones indagando en otra parte.

En una tablilla asiria contemporánea a la destrucción de Micenas, el escriba de Tiglatpileser I se jacta de que, en una sola campaña llevada a cabo en la región del norte del lago de Van, el tirano y su ejército capturaron a miles de mushki, nombre que los asirios daban a los frigios, los burritos, los griegos y a los otros hablantes de lenguas indoiranias.

Los griegos borran del mapa a sus predecesores micénicos durante el período en que el imperio comercial fenicio está en su mayor auge y, al igual que sus predecesores guteos, forman alianzas tribales de guerreros encabezados por un *basileus*, que al principio era un sacerdote que después se convierte en un caudillo. También como con los guteos, la federación se alarga durante tanto tiempo que pierden todo contacto con sus comunidades originales. De sus divinidades anteriores incorporan sobre todo a Zeus, el dios del trueno

lanzador de jabalina y guía del caudillo. De Anatolia y Creta toman el minotauro, el laberinto, Helena, Artemisa y Deméter, mientras que los navíos fenicios les traen a Cadmo, Europa y un proyecto leviatánico.

Las federaciones más tempranas, entre las cuales se cuenta la famosa de Agamenón, parecen tan decididas a barrer cualquier rastro de lo que más tarde los griegos llaman civilización, como lo estarían los mongoles mucho más tarde. Arrasan fortalezas y no las construyen de nuevo, demuelen palacios y no los emulan, destruyen textos y no aprenden su escritura. Emplean las tablillas de los escribas hititas como piedras para levantar las paredes de nuevas fortalezas. Sus lanzas son sus dioses y viven para la batalla.

Pero cuando los enormes bajeles llegan y descargan marfil y telas púrpura, los héroes se comprometen a ofrecer regalos a los extranjeros la vez siguiente. Sus vecinos, en especial las mujeres, extraen el aceite de las olivas y el jugo de la uva. Los griegos les proponen protegerles en vez de atacarles y ellos les ofrecen algunos de los regalos que han recibido de parte de los fenicios. Colocan guardias en los lugares sagrados y de danza, donde las mujeres enloquecen bebiendo y se organizan contra los protectores. Y los griegos acumulan jarrones.

Los descendientes de Agamenón llegan a las costas del mar Egeo como comerciantes de vino y aceite de oliva. Uno tras otro, todos los enclaves se convierten en tentáculos del

pulpo fenicio. Cuando la cabeza del pulpo es engullida por el gusano asirio, cada tentáculo griego funciona por su cuenta.

Esta historia se suele contar como la emergencia sombría de los griegos para salir de la oscuridad y adentrarse en la luz de la civilización. Pero al menos un griego que todavía no lleva armadura vive el proceso como algo muy diferente a una emergencia hacia la luz.

El poeta Hesíodo recuerda tiempos mejores. Es contemporáneo a la invasión asiria de Fenicia y, por lo tanto, contemporáneo a los griegos mientras se preparan para dar salida a un imperio comercial propio.

Escribe acerca de cinco etapas o generaciones de seres humanos mortales. Los primeros eran pastores nómadas que vivían en alguna parte en las estepas y los montes...

...de oro fue la primera raza... Igual que dioses vivían, con el corazón libre de cuidados, lejos y a salvo de penas y aflicción... ellos, contentos y tranquilos, vivían de sus campos entre cosas buenas, prósperos con sus rebaños y queridos por las felices deidades.

Estos primeros no han desaparecido por completo; ellos

deambulan por toda la tierra, vestidos de bruma vigilan sentencias y perversos actos

Cuando las comunidades de pastores nómadas todavía

estaban en las estepas, los agentes de un leviatán las interrumpieron, y entonces apareció

Una segunda raza, con mucho inferior a la primera, la de Plata. Ni en forma ni en espíritu semejaba a la de Oro, Zeus Cronión los sepultó furioso, porque no daban honores a las felices deidades que el Olimpo habitan.

Cuando la tierra recubrió a la desconcertada segunda generación, aparecieron los que se aliaron contra los que les habían interrumpido;

la tercera raza de mortales hombres, la de Bronce, en nada parecida a la de Plata. Hija aquella del fresno, terrible y fuerte. Se ocupaban en las obras luctuosas de Ares y en las osadías. No comían pan; de duro acero tenían implacable corazón, e inspiraban miedo. Grande era su fuerza, invencibles sus brazos, que en los hombros se aplicaban sobre robustos cuerpos. Eran de bronce sus armas, de bronce también sus viviendas, y con el bronce trabajaban... Sucumbieron aquellos por sus propios brazos, y marcharon a la pútrida mansión del escalofriante Hades, privados de nombre

Entonces llegaron los caudillos que Homero elogia,

la raza divina de los Héroes, que llaman Semidioses, la generación que nos precedió en la infinita tierra. Y a

estos los hizo morir la maldita guerra y la lucha cruel: a unos, bajo los muros de Tebas, la de Siete Puertas, en el país Cadmeo, combatiendo por los rebaños de Egipto; a los otros, más allá del gran precipicio del mar, en Troya

Por último, llega la quinta generación, la de Hesíodo, las víctimas y cómplices de los comerciantes de vino y olivas, los griegos finalmente iniciados en las artes de la civilización gracias a sus guías fenicios. Hesíodo escribe:

¡Ojalá no me tocara vivir a mi vez entre los hombres de la quinta raza! ¡O muerto antes, o nacido después! Pues ahora es la raza de Hierro, Ni de día cesarán de sufrir fatigas y miserias, ni dejarán de consumirse por la noche... gentes cuyo derecho es la fuerza; cada cual saqueará la ciudad de otro. Ningún valor tendrá el juramento, ni la justicia, ni el bien, y honrarán más al ejecutor de crímenes y violencias. A los infelices hombres, sin excepción, los acosará la Envidia de siniestros ecos, gozadora del mal, la de odiosa faz. Entonces será cuando, en busca del Olimpo, abandonando la Tierra de vastas rutas, en blancos velos envueltos sus hermosos cuerpos, Aidos y Némesis subirán junto a La progenie de los Inmortales, huyendo de los hombres...

La rememoración de Hesíodo sobre lo ocurrido le da un poder del cual Moisés carecía: el poder de quitarse la máscara leviatánica aunque esté todavía enredado en el

entramado leviatánico. Denominamos este poder «teoría crítica», un nombre bastante insulso para ello. Más tarde, habrá quien transforme este poder en una daga de doble filo, pero no serán los griegos a los que Hesíodo lo entrega.

Sus contemporáneos griegos dan la espalda al regalo que el tan generosamente les ofrece porque en el mismo momento en que Hesíodo les está recordando su Edad de oro, el leviatán asirio está engullendo a sus mentores y guías fenicios. Los compañeros de Hesíodo se están preparando para zambullirse en un pulpo propio.



VI

EL PULPO FENICIO Y SUS FRUTOS TARDÍOS, el griego y el veneciano entre otros, serán vistos como algo totalmente diferente al gusano asirio, Incluso los hay que intentarán ver el pulpo como una forma de libertad humana, intentaré demostrar que se trata de una ilusión óptica.

Sin duda, los dos leviatanes son diferentes. Las garras y los

colmillos del gusano artificial sus ejércitos, en general están unidos al cuerpo, mientras que los tentáculos del pulpo artificial se separan de este y se puede decir que se mueven libremente, en particular cuando los tentáculos son navíos. El gusano es claramente terrestre y el pulpo tiende a ser marítimo.

Sin duda, se trata de dos modelos distintos. La cuestión es que no se trata de modelos de comunidades humanas, sino de modelos de leviatanes. Ambos son lo que Hobbes llama «hombres artificiales». Los dos son un autómata, una máquina, y como todas las máquinas, a veces pueden convertirse o adaptarse para hacer las funciones de la otra.

La diferencia principal entre ellos no reside en la manera en que se mueven los tentáculos, ni en el medio por el que se desplazan, ni en la dimensión de su cabeza, sino en la manera en que los dos autómatas usan el producto excedente del que ya se ha hablado. Ambos viven del producto excedente del trabajo de los zeks; pero el gusano emplea la mayor parte de su excedente para aumentar el tamaño de su cabeza y su cuerpo, sus oficiales y sus ejércitos, mientras que el pulpo hace circular sin interrupción la mayor parte de su excedente entre orígenes y destinos.

Este trato diferenciado del excedente les da a cada uno una ventaja sobre el otro. El primero tiende a tener mayor riqueza, mientras que el segundo, mayor poder. Un pulpo

eficiente y flexible –como parece que fueron las ciudades fenicias– puede absorber en sus tentáculos una parcela de la Madre Tierra cada vez mayor. Los fenicios podían transportar, y al parecer lo hicieron, una gran parte de biosfera saqueada y desnaturalizada en las bodegas de sus barcos. Aun con toda esta riqueza, el pulpo fenicio seguía en desventaja de poder en relación con el gusano asirio, tal como reveló una única campaña dirigida por Tiglatpileser III.

Es sorprendente la facilidad de la conquista asiria. Pensaremos que los ricos pueden comprar poder tan fácilmente como los poderosos pueden asir riqueza. Pensaremos en el Imperio británico, un pulpo con el poder de un gusano, o en el Imperio americano, un gusano con los tentáculos de un pulpo.

Los fenicios, en efecto, compran ejércitos. De hecho, unos cuantos descendientes de Leví se hacen un nombre como mercenarios en esos ejércitos. Pero los ejércitos se comen el excedente de las bodegas de los barcos y los jefes de los negocios mercantiles saben que la riqueza de Fenicia se basa en transportar los bienes en las bodegas hacia lugares donde sonpreciados y en llenar las bodegas con objetos baratos que en otro territorio sonpreciados. Los mercaderes también saben que el apetito de los grandes ejércitos es insaciable y que amenaza con tragarse todo lo que hay en las bodegas de los barcos. Y, por supuesto, los mercaderes tienen razón.

Cuando las máquinas de guerra de Tiglatpileser III derriban las puertas de Fenicia, los asirios no heredan un imperio mundial de tentáculos flotantes. Los belicosos de Asiría no necesitan deportar a los mercaderes fenicios, e incluso puede que no quieran que el imperio flotante llegue a su fin, pero en el momento en que sus ejércitos hambrientos saquean las bodegas de los barcos, el pulpo fenicio se colapsa. Todo lo que queda de él son las partes de los tentáculos que quedan fuera del alcance de Asiria, los puestos comerciales en ambas orillas del Mediterráneo y en las del Atlántico. El progenitor de todos estos puestos comerciales se pudre igual que los navíos vacíos en sus puertos. Los barcos, cuyas bodegas ahora ya tan solo contienen lo que resta del bosque levantino, que en su día había sido lozano, acaban hundiéndose. Los árboles de las bodegas de los barcos no tienen descendencia porque la tierra en la que crecieron se ha ido erosionando hasta el mar desde el día en que perdió su manto vegetal. La tierra, todavía rica en organismos vivos, irá al encuentro de los bajeles hundidos en el fondo del Mediterráneo, y allí ambos poco a poco se convertirán en petróleo submarino.

Al comienzo, el pulpo marítimo fenicio no era nada más que un tentáculo o un brote de los gusanos terrestres sumerio y egipcio. Nos podemos preguntar cómo logró el

pulpo ser independiente durante tanto tiempo, sobre todo teniendo en cuenta su evidente inferioridad militar en relación con el monstruo asirio.

Debemos recordar que el gusano terrestre es una entidad coherente y eficiente soto en el pensamiento ilusorio de un Hobbes. La descomposición continua es el estado natural de los gusanos artificiales en la tierra. Los seres humanos reducidos a resortes y ruedas nunca dejan de resistirse a ello. Las campañas militares de la bestia contra sus resistentes externos e internos, es decir, sus intentos por parar la descomposición, son de hecho la materia de la his-story.

La descomposición también fue el estado normal del leviatán asirio durante las diez o veinte generaciones del auge de Fenicia.

Cuando el leviatán hitita se colapso, el asirio Tukulti-Ninurta desplegó su ejército para capturar y esclavizar a miles de los soldados abandonados del imperio caído, y con toda probabilidad pensaba en adquirir tanto poder como el otro había perdido. Sin embargo, Asiria no ganó nada con esta captura y la repentina escasez de tablillas fanfarronas sugiere que, al intentar alimentar su ejército ampliado, perdió la capacidad de sostenerse a sí misma. Babilonia, igual que Elam, escapó del este del monstruo, y cuando Tiglatpileser I hubo recuperado sus pérdidas, las tribus de mushki federadas intentaron atacar el oeste de Asiría. Se

dice que los bisabuelos de los medos y los persas se encontraban entre estos mushki enfadados.

Por lo visto, el intento asirio de sostener sus extremidades militarmente fracasó, pues las tablillas hablan de hambrunas y huidas. Los mushki de lengua hurrita se establecieron en una fortaleza llamada Urartu en las montañas armenias, e incluso los zeks de Asiría de lenguas semíticas, arameos y caldeos, empezaron a abandonar las cuadrillas de trabajadores y los ejércitos. Ashurnasirpal II desplazó la cabeza del leviatán asirio de Nínive a Kalakh para estar más cerca de los bastiones de los rebeldes, pero su sucesor, Salmanasar III, tuvo que lidiar con una resistencia todavía mayor y entonces este civilizador tuvo que arrasar tanto Nínive como Assur para restaurar una «pax asiriana».

Aun entonces los problemas de Asiria no habían terminado. Los hurritas de Urartu atacaron en coordinación con los zeks que estaban debilitando Asiria desde el interior, por lo que Ashshurdan III sufrió lo que desde el punto de vista asirio debía de ser la peor ignominia: el fracaso militar en todos los frentes. Luego, su sucesor, Ashshumarari V, sufrió una ignominia todavía mayor al ser derrocado por una revuelta en su propia capital, Kalakh. Por todo ello, el leviatán asirio no empezó su carrera como engullidor de todos sus rivales hasta pasadas diez o veinte generaciones después de que Tukulti-Ninurta capturara los hititas abandonados.

Tiglatpileser III de Asiria, llamado Pulu el restaurador por

sus contemporáneos, fue otro de esos grandes innovadores en el amplio camino que lleva del barbarismo a la civilización. Los civilizados ya habían puesto en práctica la crueldad inhumana con anterioridad. La innovación de este monarca progresista consistía en deportar a poblaciones enteras: arrancarlas de los lugares de refugio que les eran familiares para arrojarlas a sitios desconocidos donde dependían de la generosidad del conquistador incluso para comer.

Hiram II de Tiro aparece en las tablillas asirias como un vasallo con buena voluntad, según parece, intentó comprar su indulto al tirano asirio. Ya hemos visto cuánto costaría a Tiro y a las demás ciudades fenicias este indulto.

Damasco, Edom y el pequeño Estado de Israel con su capital en Samaría, intentaron oponer resistencia a Pulu el restaurador, pero el rey Acaz de Judá y sus tropas se pusieron al servicio del deportador para ayudar a Asiria a reprimir a los resistentes. Muchos herederos de Moisés, personas y profetas, se rebelaron contra esta colaboración y Acaz fue sucedido por el rey Exequias, el cual amuralló su reino contra Asiria. Sin embargo, para entonces, el sucesor de Pulu, Salmanasar V, ya había golpeado o avasallado todos los demás leviatanes independientes del Levante, y el siguiente rey asirio, Sargón II, derribó las puertas de Samaría y se dice que deportó a toda su población, veintisiete mil personas. Judá era ya el último leviatán independiente del Levante.

El reinado de Sargón II representa otra gran zancada hacia la civilización. Este tirano está mucho más avanzado que su tocayo acadio en cuanto a la tecnología de la muerte, a la crueldad inhumana y al auténtico poder de matar. Como su tocayo, parte para conquistar el mundo. En Khorsabad construye un palacio que será desenterrado por nuestros contemporáneos. Su escultura y su arquitectura impersonales, intimidatorias y jerárquicas expresan una crueldad y un terror inigualables.

Este rey, igual que su tocayo, pone en movimiento fuerzas que se tragarían a sus sucesores. Ya durante su propio reinado, los caldeos y arameos fugitivos aliados con los elamitas ven un campeón en Merodac-Baladán, un antiguo zek, y no dan tregua al asirio.

El sucesor de Sargón, Senaquerib, asaltado por rebeliones continuas, saquea y masacra la mayoría de los habitantes de su imperio. Durante el reinado de este demente, los asirios por fin derriban el reino de Judá y deportan a la mayoría de su población, confiscan los barcos vacíos de Fenicia y masacran a los rebeldes caldeos y arameos en su bastión babilonio.

Luego, bajo Asharhadon, los asirios destruyen la ciudad fenicia de Sidón, cercan la empobrecida Tiro y proceden a la invasión de Egipto.

Ashurbanipal, el último tirano de Asiría, hereda un imperio

que abarca todo el mundo leviatánico conocido, y mientras vive, ve como su imperio se reduce al tamaño que tenía antes de que Pulu se dispusiera a restaurarlo. Para consolarse, Ashurbanipal se hace bibliotecario y contempla la grandeza pasada de Asiria en los miles de tablillas cuneiformes que recopila en Nínive. Es el precursor de historiadores eruditos que encontrarían consuelos similares en sus bibliotecas,

Egipto, el Levante y Babilonia emergen del leviatán asirio en descomposición, dañados e incapaces de levantarse.

Emerge algo más, algo que habían puesto en movimiento las máquinas de guerra asiria que han violado el mundo entero: una nueva federación de tribus provenientes de las estepas y las montañas.

Los avatares de este nuevo asalto desde el exterior son los medos, que se instalan con facilidad en casi todo Elam, que está devastado. Tras los medos están los hablantes de lenguas túrquicas e iránias que se han federado, a quienes los griegos llamarían escitas y persas. Estos recién llegados ayudan a Nabopolasar el caldeo a expulsar el poder asirio de Babilonia y luego también a poner punto final a la historia asiria.

Nabopolasar el caldeo, un hombre acorazado que ha pasado su juventud en la máquina de guerra asiria, parece pensar que los recién llegados han salido de las estepas

euroasiáticas para ayudarle a alzar Babilonia a la gloria de la caída Nínive. El caldeo destroza los últimos restos del poder asirio, que yace escondido en la antigua ciudad de Abraham, Barran, y luego se dirige al Levante.

El siguiente caldeo, Nabucodonosor, tirano de una Babilonia muy poblada, de riqueza reluciente y pobreza desdichada, reduce las ciudades levantinas a estas alturas empobrecidas e instala a Sedecías de Judá como gobernador títere de Tiro, Sidón, Moab y Judá. No obstante, cuando Sedecías se ofrece para realizar un servicio similar para el faraón de Egipto, los caldeos de Babilonia sitian Tiro, queman Jerusalén y deportan a Babilonia los judíos levantinos que quedaban.

Esto es lo más lejos que los caldeos logran extender su leviatán neobabilonio. Nabónido, el último heredero de Nabopolasar, igual que Ashurbanipal el último asirio, es un anticuario. Los pueblos procedentes de las estepas invaden cada bastión que en su momento habían dominado los sumerios, los acadios, los asirios o los neobabilonios.



VII

CON LA LLEGADA DE LOS MEDOS, LOS PERSAS Y LOS ESCITAS, podemos hacernos una idea, aunque solo sea eso, de lo que se ha estado cociendo en las marmitas de las brujas y los chamanes de las estepas y montañas de Eurasia.

Cuando llegaron los guteos, los casitas, los hititas y los

griegos, en cambio, no pudimos observar su pasado porque olvidaron o reprimieron todos sus recuerdos. El griego Hesíodo recordaba tan solo que el pasado era dorado en comparación con su época, pero olvidó la mayoría de los detalles.

Al llegar, los persas recuerdan un visionario (o un movimiento de visionarios) llamado Zaratustra y conservarán las huellas persistentes de esta memoria en los libros.

No se sabe si este Zaratustra vivió en las estepas o en las afueras del imperio neobabilonio, ni siquiera si fue un hombre o una comunidad.

Zaratustra reducía las cinco generaciones de Hesíodo en dos: una fuera del Leviatán, la otra dentro.

La generación exterior es luz, Ahura Mazda, y se asocia con los espíritus del fuego, de la tierra y del agua, con los animales y las plantas, con la Tierra y la vida. Ahura Mazda es la fuerza y la libertad de la primera generación de Hesíodo, la Edad de oro.

La generación interior es oscuridad, Ahriman, también llamada «la mentira». Ahriman es el Leviatán y también la armadura leviatánica que alteró la antigua comunidad.

Nietzsche reconoce que Zaratustra hace un llamamiento a los seres humanos para crecer, para que sean algo más que comerciantes de vino y olivas. Zaratustra anunció, e incluso

puede que proclamara, la guerra de Ahura Mazda contra Ahriman.

Esta guerra no sería un éxodo amable dirigido por un oficial. Zaratustra sabía que los seguidores conducidos como ganado no recobrarían su libertad. Ahriman se encuentra en el mundo y en los individuos. La guerra contra Ahriman se libra en el mundo y en los individuos. Se trata de una guerra contra el Leviatán y contra la armadura al mismo tiempo. Se libra con fuego, el gran purificador. Se quema la máscara, se consume la armadura, se incendia el Leviatán. ¡Y pobre del mundo si el fuego cae en manos de Ahriman, en manos de hombres acorazados!

A pesar de las advertencias y las precauciones de Zaratustra, el fuego de Ahura Mazda acaba cayendo en manos de un hombre acorazado, Ciro, el bisnieto de Aquemenes el persa. Ciro no dudó en dirigir a la gente como ganado. Educado por los miedos, que heredaron no solo Elam sino también todo lo que los elamitas aprendieron con un centenar de generaciones de leviatanes mesopotámicos, Ciro, igual que Moisés, se dejó arrastrar por su armadura.

Los que se dejan arrastrar como ganado no ven la armadura de Ciro, todo lo que ven es el manto de Ciro, el manto de Zaratustra. No creen que Ciro les esté llevando a la misma vieja trampa, sino a un sitio completamente diferente.

Entre estos seguidores se encuentran muchos forasteros

cuyas comunidades han sido heridas por el leviatán mesopotámico, gente de las estepas y las montañas, de Partia, Afganistán e India. También siguen a Ciro muchos autóctonos acorazados, los que anteriormente esperaban que los caldeos destruyeran (y no restauraran) el monstruo asirio.

Uno de estos hombres autóctonos acorazados, un hombre llamado Isaías que tiene una concepción de la liberación muy limitada, únicamente en términos de su círculo más inmediato, cree que Ciro es el mesías:

Del norte levante ¡yo, el Señor! a uno, y vendrá...
y pisoteará príncipes como todo, y como pisa el barro el alfarero.

Para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas.

Así dice Yahveh a su ungido, a Ciro, al cual tomé yo por su mano derecha, para sujetar naciones delante de él y desatar lomos de reyes; para abrir delante de él puertas, y las puertas no se cerrarán. Yo iré delante de ti, y enderezaré los lugares torcidos; quebrantaré puertas de bronce, y cerrojos de hierro haré pedazos...

Las expectativas de los que van menos acorazados son sin duda más amplias. El persa envuelto en el manto de Zaratustra puede crear tales expectativas porque desde el

estrecho de Gibraltar hasta el mar de la China existe una repugnancia, cuyo objeto es el Leviatán.

En la lejana China la gente dice que la armadura y la máscara del Leviatán no son la Vía. Están aprendiendo a disfrutar con el amanecer, con una fuente de la que fluye un arroyo, no con la derrota de un enemigo ni con una herida de la que fluye sangre. Empiezan a quitarse la armadura. Dicen que el ser humano, que había sido tan grande, está empequeñeciendo.

En India la gente afirma que el Leviatán y sus distinciones y jerarquías artificiales no son la realidad definitiva, que no son ningún tipo de realidad. Están rompiendo todos los lazos con el Leviatán y se concentran en quemar la armadura que se les enredaba en las tripas. Están determinados a eliminarla hasta el último pedacito, porque ellos también recuerdan que los seres humanos eran grandes, que volaban.

De un extremo a otro del gran continente, las mujeres bailan en círculos alrededor del fuego celebrando que renacen de las cenizas nuevos seres humanos. Toda Eurasia baila.

Si tuviéramos que etiquetar este baile lo llamaríamos rechazo generalizado a la civilización y a todas sus máscaras y armaduras.

No podemos llamarlo «religión». La vía de un ser humano

libre es el todo, no hay nada por encima. La religión es una parte de algunos leviatanes. Puede que empezara siendo una vía, pero ya no lo es, porque ha sido distorsionada y convertida en parte de la armadura de un leviatán.

No tenemos noticia de esta repugnancia o de las expectativas del renacimiento de los seres humanos de mano de las danzantes porque hay ejércitos ignorantes, principalmente el de Ciro, que quiebran los círculos.

Tenemos noticia de ello a través de sus hijas y nietas, las cuales no han bailado pero sí han oído hablar de ello.

En China, las visiones del contemporáneo de Zaratustra, e igualmente impreciso, Lao Tse se recopilan en libros y se dan a conocer como la Vía.

En India, se recopilan las visiones de alguien llamado Gautama y los enmascarados y acorazados las consideran técnicas para deshacerse de la máscara y la armadura.

En Grecia, las mujeres, que todavía bailan, conservan ecos de las esperanzas y recuerdan haber visto emerger un nuevo Dioniso de las cenizas. Todavía conservan ecos también los músicos que se reúnen con Pitágoras de Samos para renovar las esperanzas.

Los principales rasgos de lo que Turner llama «el culto de crisis», el cristianismo, tienen lugar unas veinticinco o treinta generaciones antes que este. Y los principales rasgos de la

inversión de este culto de crisis también lo preceden, por lo menos, el mismo número de generaciones. El persa Ciro, envuelto en el manto de Zaratustra, y el posterior indio Ashoka, envuelto en el manto de Buda, son ambos precursores de Constantino y los papas.

Los persas que invaden el imperio neobabilonio de los caldeos no reactivan la máquina de guerra asiria. Un giro tan drástico no hubiese encajado con las expectativas de sus seguidores.

Ciro se desplaza despacio, con escuadrones de elefantes, camellos y caballos. No necesita del terror asirio, simplemente lleva su ejército a través Eurasia. Tan solo el tamaño y la apariencia de su hueste en movimiento inspira terror, y el recuerdo de la crueldad asiria insta a la sumisión.

Durante los primeros años del reinado del hijo de Ciro, el leviatán persa incluye también Egipto y abarca mundos de los que los asirios tan solo habían oído hablar.

Mientras tanto, las visiones de Zaratustra son reducidas a una religión. Las personas que querían crecer son instadas a quedarse tal cual y a esperar. Los sacerdotes demuestran su firme compromiso copiando y conservando la Vía, el Avesta, en un libro. Estos mismos sacerdotes convencen a la gente

de que la renovación llegará igual que viene el día tras la noche, pero no durante el reinado de Ciro el Grande. La renovación tiene que llegar después de la muerte, porque entonces cruzarán el puente hacia el camino que lleva al reino de la luz y allí, y solo allí, Saoshyant el salvador les saca de las garras de la muerte.

Después de que Ciro el Grande vaya en busca de Saoshyant por el camino más allá del puente, su hijo Cambises guía a su hueste acorazada a través del Levante y hasta el final del Nilo. El simple exotismo del circo ambulante persa desarma a cualquier egipcio que se plantee resistir. Al llegar, el persa se burla de las antiguas prácticas del templo, pero lo compensa prometiendo dar apoyo al templo. Promete preocuparse por las necesidades de este para que el faraón y sus sacerdotes dispongan de todavía más tiempo para consagrarse a los dioses.

Lo que Cambises no dice es que algunos de sus secuaces, los comerciantes levantinos y babilonios, se quedarán allí cuando el gran ejército vuelva al Creciente Fértil. Egipto había alzado sus defensas para evitar la voracidad del comerciante mesopotámico, y se salvó de ella durante un centenar de generaciones. Pero en el momento en que los mercaderes asirios llegaron, ningún egipcio recordaba por qué se había construido el primer muro, y ahora que Cambises se marcha, pocos reparan en los hombres atareados con mercancías.

Cambises, triunfante, se marcha de Egipto, pero en vez de ser recibido con guirnaldas se da cuenta de que la mitad de su reino se ha alzado en su contra. Resulta que los primeros seguidores de Ciro creían de verdad que él y su hijo habían venido del norte para reducir a cenizas la máquina tributaria, no para arrancarla. Cambises se dirige a la antigua ciudad de Abraham, Marran, donde los últimos asirios intentaron esconderse de sus zeks en revuelta, y se dice que allí el hijo de Ciro se suicida.

Los persas se unen a los caldeos y los arameos para celebrar la muerte del tirano, y un seguidor de Zaratustra proclama el fin del leviatán.

Sin embargo, Darío, un primo lejano de Cambises cuyo título reside en su poder personal, se junta con hombres acorazados nostálgicos de Asiria y con ellos y sus métodos reprime a los rebeldes y repara el leviatán tributario.

Entonces Darío se proclama rey del reino «por la gracia de Ahura Mazda». Fuera cuales fueran las esperanzas que ha logrado conservar la gente, ahora se pudren en su interior como los barcos vacíos de Tiro.

Los his-storyadores apodan a Darío «el Grande» porque restaura los métodos asirios en un reino mucho más ancho, en un leviatán que se extiende por media Eurasia, desde el sur del Nilo hasta la cuenca del Indo.

Pero ahora, al fin, los egipcios recuerdan por qué construyeron el muro. Finalmente se dan cuenta de que lo que recaudan los comerciantes es mucho más que lo que recogen los recaudadores de tributos, quienes toman mucho más de lo que todos los templos egipcios necesitan y destinan solo una pequeña parte de ello a dichos templos.

Los egipcios intentan escapar del leviatán persa, pero el gran Darío tiene acceso a reclutas de medio mundo, y los reclutadores cada vez rebuscan más en los bosques y los valles del sur de Egipto, alterando comunidades, provocando oleajes que afectarían a África de la misma manera que afectaron a Eurasia.

El gran ejército demuele el muro egipcio definitivamente. En las épocas de apogeo persa, griego y romano, cuando estos han acabado con Egipto, el reino más rico del mundo será la colonia más pobre del mundo.

El leviatán persa ya ha devorado a todos los demás leviatanes del mundo. Hay sospechas sobre la existencia de un lejano leviatán chino, pero pocos se desplazan hasta allí y lo que cuentan de él los escitas no es fiable.

En cualquier caso, los persas saben que hay un mundo fuera del Leviatán mucho más cerca que China. Vuelven su atención hacia los escitas, esos jinetes veloces y artesanos del hierro que acompañaron a los primeros persas al Creciente Fértil, pero que todavía no han sido incorporados

al reino de Darío. Darío y su hueste salen para reparar este error. El enorme ejército retoma la abandonada ruta hitita a través de Anatolia, cruza el estrecho de los Dardanelos y llega a Tracia.

Sin embargo, los persas, con todas sus armaduras asirias y babilonias, parecen haber olvidado lo ágiles que eran y siguen siendo los pueblos de las estepas. Los persas capturan a un saqueador por allí, a otro por allá, pero no logran encontrar ninguna ciudad, ningún palacio, ningún templo, ni tan siquiera un campamento central. Los hombres acorazados no pueden ni imaginarse cómo la gente puede vivir de esta manera: en el bosque, sin cuadrillas de trabajadores. Para los hombres acorazados del Leviatán, esto es el territorio salvaje. Y Darío decide que su ejército, por grande que sea, todavía no alcanza a tragárselo.



VIII

AL REGRESAR DE TRACIA DIRIGIENDOSE HACIA EL ESTE, los persas se pelean con los griegos egeos y anatolios, pueblos llamados mushki en las antiguas tablillas. Los persas

encuentran que los que antes se llamaban mushki eran realmente civilizados en comparación con los escitas, que habían sido sus compañeros.

Es cierto que el mar Egeo y el mar Jónico son auténticos avisperos alborotados con disputas mezquinas, enemistades y guerras interminables entre ciudades menores.

Sin embargo, vistos de más cerca, los antiguos mushki no son para nada como los describen las tablillas asirias y babilonias. Hablan el dialecto griego de la lengua irania original de los persas, pero en todo lo demás, aquellos a quienes los asirios llamaban mushki son fenicios: no como los fenicios de la época de Darío, sino como los antiguos fenicios que abarcaban el mundo entero. Escriben su lengua griega con fenicios, visten ropas fenicias, explican cuentos fenicios, viajan en barcos fenicios, y cada una de sus pequeñas ciudades tiene un puesto comercial en todos los rincones del Mediterráneo, exactamente igual que los fenicios.

Todas las ciudades, llamadas polis, tienen templos dedicados a los dioses, algunos de los cuales son fenicios. Pero los dioses no están en el templo; están en el ágora, en el mercado.

Todos los hombres de la polis son comerciantes de vino y olivas –es decir, todos excepto los esclavos– y todos estafan y mienten tan bien como los fenicios. Aseguran que su fuerza física es fruto de los duros ejercicios que practican al

sol, pero los persas pronto se dan cuenta de que como mínimo una parte de su fuerza se debe a los cargamentos de trigo que llegan a diario y, aunque intentan mentir acerca del origen del trigo, Darío descubre que estos antiguos mushki no tienen ningún problema para ubicar a los escitas: igual que los auténticos fenicios, dan unos cuantos tarros de olivas y unas cuantas jarras de vino a algunos escitas importantes y regresan al mar Egeo con todo el trigo que son capaces de comer.

Instintivamente, los persas con armadura asiria ven el punto débil de estas minúsculas Fenicias griegas con imperios flotantes: las ciudades griegas no pueden alimentar grandes ejércitos, deben mantener su riqueza a flote para hacerla crecer e incluso para mantenerla. Los persas saben que pueden convertirse en amos de todas y cada una de las polis anatolias en una sola campaña.

Pero tal campaña resulta innecesaria. Los griegos también son conscientes de su propia debilidad y cada una de las ciudades jonias supera a las demás vaciando todos sus cofres y barcos visibles para agasajar a Darío el Grande con más regalos de los que su ejército puede transportar hasta Persépolis. Igual que Hiram II de Tiro, los griegos intentan comprar su huida de las entrañas del leviatán que abarca el mundo. Es probable que el gran Darío, cínicamente «rey por la gracia de Ahura Mazda», identifique un rasgo que hace que estos griegos sean distintos de todos sus predecesores.

Los griegos saben que sus dioses están muertos y que los templos están vacíos. Cuando escuchan una lectura de la descripción de Hesíodo sobre la época en que los dioses se mezclaban con los hombres, se concentran en contar las estrofas de los versos.

Darío debe de desear que los persas que escuchan lecturas de las visiones de Zaratustra aprendan a concentrarse en la métrica y las estrofas. Con toda probabilidad, el propio cinismo de Darío le permite identificar que los griegos se están volviendo en algo que llamamos secular, y seguramente piensa que son los únicos, porque no puede saber que, en este mismo momento, los lejanos chinos se están lanzando a un secularismo similar.

Los griegos todavía hacen sacrificios y ofrendas a sus dioses, o simulan hacerlos: no matan ni saquean en nombre de la muerte y el saqueo. Pero cuando se dirigen a sus templos y altares, no se concentran en los dioses, ni siquiera en los dioses muertos, sino que se fijan en las líneas, las formas y los colores de los techos y las columnas.

¿Cómo es posible? Los antiguos fenicios no podían soportar vivir sin su Baal muerto, no podían soportar concebirse como simples comerciantes de púrpura y marfil.

Los griegos tampoco lo aguantan mejor que sus mentores. Temen al pensar en un nuevo Hesíodo que describa una sexta generación hecha no de metal sino de vino y olivas

almacenados en jarras de arcilla. Hablan de todo excepto del vino y del aceite de oliva y de los esclavos que cosechan, exprimen y almacenan los jugos. No, no se conciben a sí mismos como comerciantes de vino y olivas, se consideran jueces expertos en líneas, formas y colores, incluso los que se encuentran en la parte exterior de las jarras de arcilla.

Los griegos son lo que llamamos «expertos en arte». Han llevado a cabo la proeza de transferir las actividades del templo al ágora. Lo pueden hacer porque pocas de sus actividades del templo vienen de su propio pasado, muchas vienen de Fenicia y nunca han tenido mucho sentido para los griegos.

Mientras desvalijan el templo, forjan actividades que ya no tienen ninguna conexión con su propio pasado o el de otros. Lo que para todos los demás es la única realidad, pierde todo carácter real para los griegos. Los grandes ritos son reducidos al teatro; los templos, a la arquitectura; las visiones, a la pintura y la escultura. La exteriorización de las visiones se convierte en arte, la exploración interior se convierte en filosofía, el hecho de compartir se convierte en retórica.

Los griegos invierten la relación entre el templo y el Leviatán. Para todos sus predecesores, la bestia artificial, por grande y fuerte que fuera, era una simple herramienta, un instrumento para alimentar a los dioses muertos en el templo. Sin embargo, los griegos han tomado los fragmentos de su templo destripado y los han convertido en simples

adornos de su leviatán. El único dios al que veneran es la polis, aunque solo veneren una polis bien adornada.

Su Aristóteles considera que los ritos y adornos sirven para purgar a la gente de su armadura, para purificarla, pero este hombre ve muchas cosas con unas lentes que le distorsionan lo que otros ven con claridad. Los ritos y los adornos de los griegos justamente sirven para evitar que la gente se purgue y se purifique, dado que cubren la armadura, la enmascaran, le dan apariencia de arte.

Con toda probabilidad, Darío el persa sabe que los griegos están mucho más avanzados que sus sujetos cananeos del Levante, los cuales, de hecho, veneran la abstracción del Leviatán, pero la tratan como si fuera un dios sumerio y a ella subordinan su leviatán real. Estos cananeos incluso persiguen a los amonitas, moabitas, edomitas, samaritanos, fenicios y a los demás cananeos que no adoran la abstracción en su templo.

Solo mucho tiempo después, los que aseguran ser herederos de Moisés aprenderán a adorar el leviatán real, pero en esto serán herederos de los griegos y de los posteriores griegos ingleses de la época de Hobbes, que tratarán de llevar a cabo la proeza de venerar a un leviatán sin adornos.

Darío y sus hombres fuertes aprenden cuanto pueden y muy pronto su capital, Persépolis, y su centro administrativo, Susa, se llenan de edificios que no son templos y de

monumentos que no son altares. La arquitectura florece por primera vez en el Creciente Fértil y los persas que habían visto la luz de Ahura Mazda descubren la luz artificial del arte.

Durante los reinados de Jerjes y Artajerjes, el leviatán persa cada vez está más adornado, y durante el de Darío II llega a ser tan bonito como una polis.

Cuando el tercer y último Darío huye del mundialmente famoso discípulo de Aristóteles, los persas saben de Zaratustra casi tan poco como los griegos, y aunque los griegos traduzcan su nombre por Zoroastro, tan solo saben el nombre.

Los dirigentes persas tratan de quedarse al margen de los avisperos del Egeo, donde cada pequeña polis intenta involucrar al gusano entero en enemistades mezquinas con alguna ciudad vecina.

En consecuencia, no todas las polis griegas caen en manos del leviatán persa. Los griegos que no han sido engullidos no dudan en explotar la desventaja de sus hermanos, como tampoco dudaron los fenicios a la hora de sacar provecho de

la ignorancia de sus compañeros cananeos, cuya cautividad en Egipto no les enseñó nada sobre el comercio.

En realidad, no todos los griegos egeos se benefician de la dificultad de sus hermanos anatolios. Algunos, como los espartanos, no logran obtener ningún beneficio de ello. Muchas generaciones antes, los espartanos intentaron quedarse en lo que Hesíodo llamaba la primera edad. Las mujeres seguían siendo importantes en la comunidad y los hombres se contentaban con comportarse más como adornos que como amos. Sin embargo, se equivocaron al tratar de conservar su comunidad evanescente forzando a otras a abastecerla, conquistando y esclavizando a sus vecinos mesenios. En vez de preservar algo que valiera la pena, estos actos convirtieron a los espartanos en heladas armaduras pegadas a sus lanzas, pues siempre temían que los antiguos mesenios, reducidos a ilotas, se sublevaran y eliminaran lo poco que quedaba de Esparta.

Los griegos que salen ganando del desconcierto de los jonios son los que no han conservado nada de su pasado, los de Corinto, Egina, Eretría y, sobre todo, los de Atenas.

Las leyes de Dracón han reducido a los labradores en deudores, y los antiguos deudores son ahora esclavos que adornan a los comerciantes de vino y olivas. Para los comerciantes, el mundo es un objeto de pillaje. La Tierra no es madre. Es un remolino de átomos en movimiento, exactamente igual que la polis.

Aunque para Darío sea un avispero, cada pequeña ciudad es en realidad la cabeza de un pulpo con tentáculos autónomos que rastrea toda cala y toda grieta de las orillas del Mediterráneo, con puestos comerciales y colonias en las costas de África, España e Italia. Los tentáculos griegos procuran no cruzar sus caminos con los tentáculos enviados por Cartago, Gades o Tartessos, dado que no se sienten suficientemente seguros de su poder comercial ante los fenicios actuales, que siguen operando desde estos lugares. Aún así, los griegos, en particular los atenienses, van a todos los demás sitios y nada les detiene a la hora de enviar navíos llenos de mercancías a los puestos y colonias de los desafortunados jonios, que tienen que vaciar sus barcos para satisfacer al persa Darío. Y al derrotar la flota que Jerjes, el hijo de Darío, les envía en su contra, los atenienses se libran de pagar tributos a Persia y no tardan en enriquecerse tanto como los herederos sobrevivientes de sus mentores fenicios: los cartagineses.

Ahora empieza el crecimiento de la cada vez más grande Atenas, tan admirada por el posterior espíritu occidental después de su llamado Renacimiento. Las siguientes seis generaciones rebosarán, a ojos occidentales acorazados, de un amplio abanico de «formas de libertad».

Las «formas de libertad» serán visibles para los que tan solo prestan atención a la retórica ateniense y no se fijan en los esclavos, la uva y las olivas.

La retórica ateniense proclama que las ciudades anatolias son ahora libres y pueden proseguir desde el punto en que se detuvieron. Pero la marina ateniense invicta las abarca a todas en la Liga de Delos, un nombre retórico para el Imperio ateniense. Las ciudades de Caria y Lidia, que educadamente rechazan ser absorbidas, sufren las coacciones del pulpo marino ateniense, sustituto del gusano terrestre persa.

La discordia alcanza la metrópolis. Se forman dos partidos, el Partido del Gusano y el Partido del Pulpo.

Los autoritarios del Partido del Gusano saben que un imperio necesita una gran concentración de poder militar para evitar el desmembramiento.

Los mercaderes del Partido del Pulpo, liderados por el tirano constitucional Pericles, saben que la riqueza de Atenas proviene de sus tentáculos que se mueven libremente y que una gran concentración militar acabaría con las fuentes de riqueza, vaciaría los barcos y echaría el imperio a perder. Los mercaderes saben que los tentáculos no son seres humanos libres sino pedazos de armadura, partes de la polis, astillas que, como las flechas, solo sirven si están sueltas.

Es por este buen sentido comercial que el arconte Pericles será reivindicado más tarde como un defensor de la libertad.

Pericles defiende la libertad de circulación de mercancías, no la libertad de las personas. Dos tercios de la población de la metrópolis propiamente dicha son zeks, cuadrillas de trabajadores empleados en la minería, en las canteras, en la artesanía y en el servicio doméstico personal. Y las ciudades del Imperio ateniense pagan tributos igual que las ciudades del Imperio persa.

El Partido del Gusano es derrotado, pero los atenienses no abandonan sus aspiraciones de gusano. Intentan integrar toda su tierra interior, la Beocia de Hesíodo, en el imperio. Esto conduce a la guerra con Tebas y con Esparta. Los atenienses, bajo el mandato de Pericles, inician la metamorfosis, la transformación casi diaria de pulpo flexible a gusano arraigado y viceversa, una y otra vez. Bajo Pericles envían tentáculos a Egipto y, sin embargo, también construyen muros. Derrotados por los espartanos y sus aliados, abandonan su imperio terrestre, pero se apresuran en reducir sus colonias marítimas Sumos y Bizancio.

En el interior mismo de la metrópolis aparece lo que Toynbee describe como trabajos de arquitectura sumamente bellos, que se pagan con tributos imperiales exigidos por las fuerzas armadas atenienses y, añadiría yo, por las artimañas comerciales.

La libertad de Pericles es la libertad de las zarpas y los tentáculos para agarrar todo lo que está a su alcance. La función del arte, la arquitectura y el teatro sumamente bellos es ocultar las zarpas y los tentáculos, en primer lugar, ante los atenienses mismos.

Aun así, los atenienses son conscientes de que existen estas zarpas y estos tentáculos porque son ellos quienes los manipulan. Solo los posteriores apologistas de otras garras no verán más que belleza suprema en la Atenas de Pericles.

Deslumbrados por la potencia de los imperialistas triunfadores, el arconte Pericles y sus compañeros mercaderes van demasiado lejos. Los atenienses mismos llaman este querer abarcar demasiado «*kybrix*»: arrogancia ciega. Tratan de dominar las colonias de ultramar de Corinto.

No obstante, Corinto no es una polis jonia incapacitada por los recaudadores de tributo persas: Corinto es una vecina cercana, ostenta el segundo puesto en posesiones de ultramar, solo después de Atenas. Aquí empieza ese episodio de violencia inhumana, por tierra y por mar, de esclavización, masacres y plagas conocido como la guerra del Peloponeso y conservado para la eternidad por el relato de Tucídides.

Todos los aliados atenienses, todos los confederados y todas las colonias se rebelan contra la forma de libertad que la Atenas de Pericles ha compartido con ellos.

Tras más de una generación de guerra fratricida y genocida, Atenas se ve reducida a una simple polis más, una polis saturada de monumentos de un pasado glorioso.

Y ahora los atenienses derrotados se vuelven devotos. Ordenan la ejecución de un hombre llamado Sócrates porque anuncia en público que los dioses de los atenienses están muertos. Están muertos desde hace una eternidad, pero no es el momento de anunciar su defunción. Sin el pretexto de los dioses, los atenienses son solo comerciantes de vino y olivas, y no son los mejores en este ámbito. Los fenicios de Cartago, en la orilla septentrional de África, resultan más astutos que ellos, y, entre los griegos, Siracusa ha superado a Atenas en dimensiones y riqueza, si no en obras hermosas.

La época dorada de Atenas ha terminado. Atenas ha ascendido y ha caído. Todo lo que queda es el intento de Platón de encontrar el leviatán ideal, la polis perfecta.

Platón es un ateniense típico. Habla del Leviatán con el lenguaje del templo. Se fija en los adornos para ocultar la armadura. Se refiere a los esclavos, a la uva y a las olivas solamente cuando explica que algunos han nacido para exprimir el jugo y otros, para venderlo. De hecho, cree que los esclavos alcanzarían la felicidad si alguien les contara esto.

Platón no sabe –no puede saber– que un contemporáneo

suyo en la lejana China está madurando una teoría casi idéntica usando el lenguaje del propio Leviatán, sin adornos.

Este contemporáneo exacto de Platón es Shang Yang, ministro del duque de Qin, que es heredero de un segmento de gusano en el extremo occidental de China, un segmento que podrían haber llevado hasta allí nómadas pastorales de influencia asiria o, incluso, grupos escitas.

La polis ideal de Shang Yang no tiene ninguna de las florituras de Platón. El rey-filósofo de dicha república empieza a alterarlo todo al hacer de las tierras de las comunidades campesinas un bien comerciable. Luego, los comerciantes empobrecen a los campesinos y les empujan a la deuda. Ahora, el duque expropia a los campesinos deudores o bien los propios campesinos venden sus tierras para saldar la deuda. En ambos casos, la antigua comunidad basada en el parentesco se ve quebrada, las tierras pasan a manos del duque y sus esbirros, y un gran número de campesinos ya sin tierra está listo para integrar las cuadrillas de trabajadores y los ejércitos. El Leviatán se construye sobre esta sólida base. Se sostiene mediante la coacción. Sus veteranos son la policía secreta. Su argumento es el terror. La música, la poesía y la moralidad subvierten sus objetivos y son totalmente eliminadas. El fin de la máquina es crecer mediante la guerra continua y la preparación permanente para la guerra.

Platón y Shang Yang encuentran, ambos, monarcas a quienes ofrecer sus servicios, pero solo a Shang Yang se le acepta la oferta. El tirano de Siracusa a quién Platón ofrece sus servicios no necesita de sus fiorituras. Siracusa ya no utiliza el lenguaje del templo.

Aristóteles, el admirador y discípulo de Platón, condensa la sabiduría de su maestro en manuales, un formato que se ajusta a la academia, y cuando Filipo de Macedonia encarga al filósofo a que explique a su hijo Alejandro todo lo que hay que saber sobre la polis, Aristóteles acepta la invitación.

Filipo mismo se las ha arreglado sin la sabiduría del filósofo. Empezó por reparar un segmento oxidado que Darío el persa había abandonado en Tracia durante la caza de los escitas. Filipo sabe cosas que Aristóteles no sabe. Sabe –puede que de manera intuitiva y puede que haya llegado a sus oídos la suerte de Fenicia– que el pulpo marino no es un contrincante para un gusano terrestre, especialmente ahora que todas y cada una de las polis del mar Egeo han sido agotadas por el intento ateniense de ser a la vez pulpo y gusano.

El último defensor del pulpo ateniense es un hombre llamado Demóstenes. Otros envían embajadas a Filipo. El Partido del Pulpo fundado por Pericles parece haber perecido con el imperio marítimo.

Demóstenes defiende al pulpo, pero él es ateniense y orador. Habla con retórica, el lenguaje adornado que oculta en vez de revelar. Si fuera Shang Yang, hablaría directamente del vino y las olivas y recordaría a sus compatriotas atenienses que su riqueza, tal y como es, aún proviene de la continua circulación de mercancías en sus barcos, y que una breve visita del ejército de Filipo bastaría para vaciar los navíos. Y si Filipo se quedara más tiempo, los barcos dejarían de navegar y los mercaderes atenienses llegarían a ser igual de pobres que sus esclavos,

Los que escuchan a Demóstenes también harían oídos sordos ante las claras advertencias de Shang Yang, porque los atenienses prefieren enfrentarse a varios Filipos antes que a otra guerra peloponesia, y otros griegos no pueden imaginar que los macedonios sean peores que la Confederación Ateniense. Invitan, o por lo menos fingen invitar al macedonio, silenciando a todos los que llaman a la resistencia. Y, por supuesto, se equivocan y Demóstenes, o mejor dicho Shang Yang, tiene razón. A Atenas no le va mucho mejor en las entrañas de un gusano macedonio de lo que le fue a Hiramí I de Tiro en el gusano asirio.

La historia de la polis griega y sus tentáculos móviles ha terminado por completo. La humanidad leviatanizada ha subido otro gran peldaño de la escalera. Filipo de Macedonia será un nombre que aprenderán todos los alumnos en el colegio.

La única polis que queda es la lejana Siracusa, situada en una isla a medio camino entre Italia y Cartago, y nunca será tan bonita como Atenas todavía es hoy. Los atenienses habían saqueado su templo y arrastrado todo lo que había dentro, hasta el ágora, ya habían profanado lo que había sido sagrado, pero lo habían hecho con pinceles de pintor, lo habían hecho con arte. Los siracusianos lo hacían con cuchillos de carnicero y muy pronto su Arquímedes vendería sus poderes de visionario a un tirano que los pondría en contra de la vida misma, en contra de la Madre Tierra. Este tal Arquímedes se jacta diciendo «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo», y cuando el tirano mata con las palancas y las poleas del inventor, este exclama «¡Eureka!». Siracusa ya no es una hermosa polis. Está situada entre el mundo adornado de la polis griega y el futuro mundo sin adornos de cuadrillas de trabajadores y máquinas de matar, cuyos visionarios disecados expresarán sus preceptos morales asesinos traduciendo «¡Eureka!» por «¡Funciona!».

Tan pronto como Filipo irrumpe, los griegos aqueos abandonan sus bonitas ciudades adornadas. Sus barcos empiezan a pudrirse y no tardarán en reunirse con los de Tiro en el fondo del mar. Los que habían sido mercaderes de vino y olivas se ponen a disposición de cualquier soberano con riqueza suficiente para contratar mercenarios. A partir de entonces hay griegos en los dos bandos de cada guerra que tiene lugar en Eurasia oriental, al oeste de China.

Al parecer, Filipo es asesinado por orden de la madre del

joven Alejandro. El valiente Demóstenes propone un decreto en memoria del asesino del tirano.

Sin embargo, el hijo del tirano no está dispuesto a poner en práctica los preceptos que aprendió de Aristóteles. Ni su madre ni los hombres fuertes de su padre cuentan con ello. Aunque Alejandro haya apuntado más allá de su maestro y haya adquirido conocimientos por su cuenta sobre la uva y las aceitunas, no puede hacer nada para hacer funcionar el pulpo.

De esta manera, con veinte años, Alejandro acepta ser «el Magno». Deja que un puñado de hombres fuertes le llamen general de los griegos y se dispone a convertirse, acompañado de sus secuaces, en el rey de los reyes y amo de los amos, siguiendo los caminos que le abrieron Ciro, los dos Sargón y Lugalzagesi, y acaba muriendo en Babilonia a los treinta y tres años.

Muchos de los griegos que permanecían allí abandonan la polis para ayudar al general de los griegos a subir al trono que ha dejado vacante el tercer y último Darío, y se enfrentan a sus compatriotas reclutados para evitar que el persa caiga del trono.

Estos griegos, por lo menos algunos de ellos, se convierten en administradores de los reinos del leviatán poco diestro de Alejandro. Reinos que han sido recortados por los hombres

fuertes que precisamente ya tenían esa idea cuando se alistaron con el discípulo de Aristóteles. Cada uno de estos hombres fuertes se convierte en un rey de reyes en una o varias de las incontables lenguas que se hablan en el leviatán descompuesto de Alejandro. Y al cabo de poco, los adornos griegos, las fiorituras que más tarde serían celebradas como «formas de libertad», adornan, ocultan y disimulan los colmillos y las garras de cualquier tipo de gusano artificial.

Después de la mayor de las victorias helénicas, los griegos que habían recibido a Filipo con los brazos abiertos se ven ahogados por la recaudación de tributos, la caza de reclutas y las persecuciones nocturnas: lo que llamaremos impuestos, ley y orden. El seno de la patria de la polis es invadida, ocupada, ornamentada y saqueada, primero por el antiguo hombre fuerte de Filipo, Antipatro, luego por la madre de Alejandro, más tarde por una serie de Antígonos, Demetrios y Filipos, hasta que el quinto Filipo corre la misma suerte que el tercer Darío y cae entre las garras del siguiente leviatán. Otra his-toria llega a su fin. Los entusiastas de la polis son ahora bibliotecarios y anticuarios.

Esta secuencia de atrocidades se verá reflejada en libros de his-toria como una serie de avances, pero quienes los experimentan no los viven como progresos humanos.

El dramaturgo Menandro expresa su profundo entusiasmo por el avance de la civilización con la siguiente reflexión: «El más sabio es el que tiene menos expectativas y el más feliz es el que muere joven».

El filósofo Zenón no conserva ni una pizca del patriotismo de sus predecesores Aristóteles y Platón. Desde su punto de vista, todo en el mundo leviatánico es un mal necesario. El entusiasmo de los constructores de polis da paso a la resignación de los zeks.

Epicuro también lo dice: el infierno está aquí mismo, es el mundo hecho por el hombre en el que vivís y los dioses están demasiado lejos para ayudaros, así que vivid discretamente y, con suerte, no tendréis nada que temer.

Otros, conocidos como cínicos, van incluso más lejos. Aseguran que el Leviatán no tiene nada de humano y que la única alternativa humana es dejar de lado cualquier consideración acerca de la política y vivir según la conciencia propia.

Desde la época de Hesíodo los griegos no habían dado la espalda a la civilización de una manera tan absoluta.

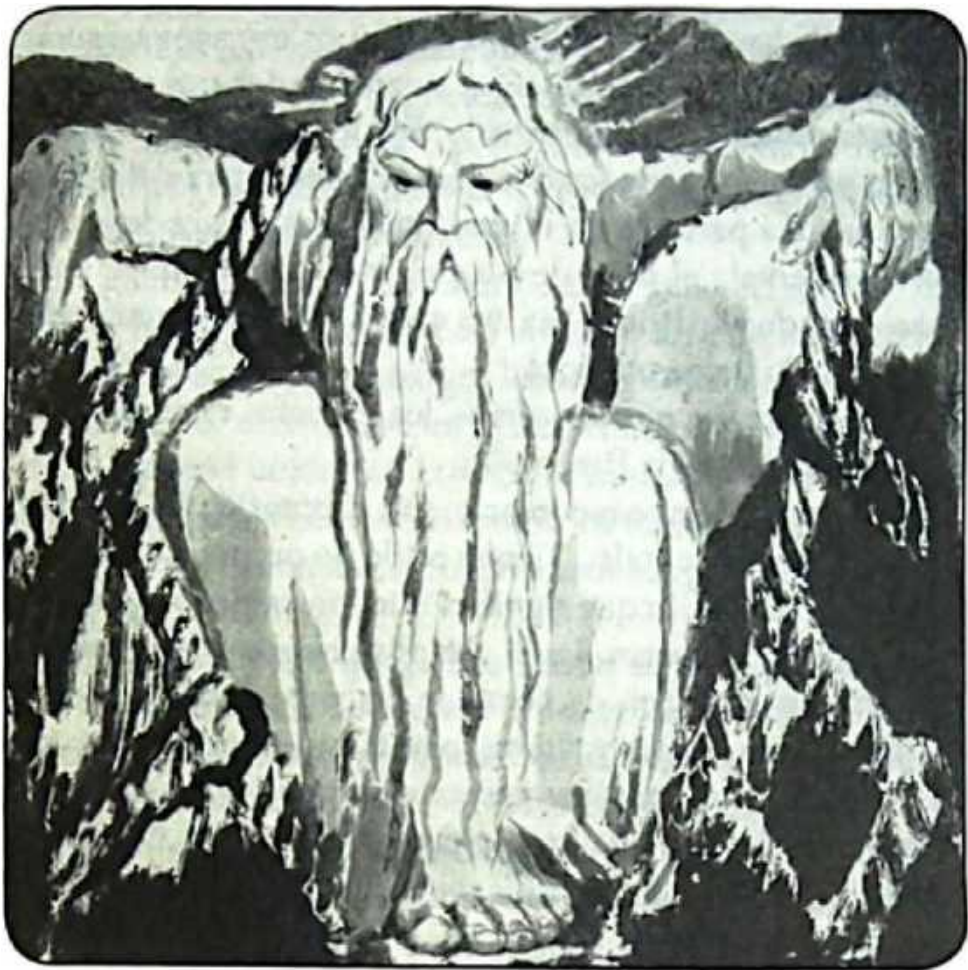
La resistencia, el rechazo y la huida, en los relatos de la his-toria, o bien se omiten, o bien se dividen en compartimentos y se justifican como «religión» con el fin de deshacerse de ellos. En cambio, son las únicas partes del

relato que tienen sentido humano. Lo demás es un cuento de gusanos, de gusanos artificiales enormes, que devoran personas y destruyen la Tierra.

La historia de los sucesores de Alejandro es un cuento de crueldad y guerra entre leviatanes rivales que intentan comerse el uno al otro. Acaban devorados por un gusano compuesto por nuevos pastores nómadas hartos de cazas de reclutas, de asaltos tributarios y de caravanas comerciales. Las tribus nómadas de partos, a través de cuyas tierras las caravanas se desplazan hasta China y regresan, se disponen a acabar con la carrera de la civilización, pero igual que tantos predecesores terminan por extender el leviatán parto en las provincias orientales del reino de Alejandro.

Cerca de Partia, Zheng pone en práctica los preceptos de Sliang Yang y se convierte en Qin Shi Huangdi, el primer emperador del leviatán chino unificado.

En el Mediterráneo, todo el mundo tiene los ojos puestos en Siracusa, la última polis griega próspera y poderosa que queda, que está empezando a pelearse con el pulpo cartaginés, Pero vamos a mirar hacia otro lado, porque sabemos que ambas, Siracusa y Cartago, van a ser engullidas (Cartago, de hecho, destrozada) por un gusano que nadie percibe todavía, un gusano llamado Roma.



IX

PODREMOS ANALIZAR ROMA DE CERCA, es un leviatán extremadamente bien documentado, porque está enamorado de su propia his-toria. Nos podremos preguntar si las tribus latinas realmente salieron de la «oscuridad» de las estepas euroasiáticas hacia la «luz» de la

civilización mediterránea porque las fuerzas productivas estaban listas y las estaban esperando, y si los «bárbaros» atacaron las puertas de la civilización porque estaban ansiosos por adoptar la finura y disfrutar de las comodidades del estadio superior. En el caso de Roma, en cambio, no nos hace falta especular: el relato está asentado y conservado.

Tan solo los inicios son imprecisos. Los romanos aseguran que descienden de dos gemelos amamantados por una loba. Se trata de un mito compartido con los turcos, por lo que puede ser que uno de los dos grupos lo adoptara del otro, o bien que una parte de un mismo pueblo cambiara de lengua pero conservara el mito de sus orígenes. En cualquier caso, en el pasado de Roma hay un animal totémico muy relevante, y se trata de una loba.

La primera vez que los vemos, los romanos están acampados en las afueras de Etruria.

Los etruscos, cabe recordarlo, son clientes de los fenicios. Son los griegos de Italia. Tienen estilo de pulpo. Los griegos les llaman piratas, lo que significa que son comerciantes cuya competencia rechazan. Igual que los griegos y los fenicios, los etruscos disponen de flotas de embarcaciones. Y tienen ciudades con templos y altares, como los sumerios.

Los latinos son para los etruscos lo que los mushki eran para los asirios y lo que los escitas eran para los griegos. De hecho, la lengua latina pertenece a la misma familia que la

de los mushki y la de los escitas. Además, es plausible que estos pueblos fueran parientes cercanos en un pasado no muy lejano y que las mujeres y las divinidades de la Tierra fueran tan importantes para ellos como todavía lo eran para otro pueblo emparentado con ellos llamado pueblo sármata.

Los comerciantes etruscos, para agradar y apaciguar a los dioses, abusan no solo de sus víctimas en el extranjero, sino también en su territorio interior, principalmente explotan a los samnitas, los sabinos y los latinos.

Las tribus explotadas forman una liga para defenderse de los explotadores.

Los etruscos intentan pacificar o exterminar a los resistentes asociados, pero igual que los fenicios y los griegos, no son muy fuertes en tierra firme. Son un pulpo, su fuerza yace en las bodegas de sus barcos.

Las tribus federadas de latinos, sabinos y samnitas no aspiran a instalarse en los negocios comerciales de los etruscos. Al contrario, luchan para erradicar la civilización etrusca de la península itálica. Lo que les mueve es la repugnancia por el «libertinaje», no la admiración.

La guerra contra Etruria dura cuatro generaciones.

Esta larga guerra mutila las almas y los objetivos de los combatientes. Y sin embargo, los antiguos forasteros no se apresuran a convertirse en lo que eran los etruscos. Dejan

que el imperio comercial etrusco se hunda en el mar. Dejan que se pudran los barcos. Los romanos todavía no se sentirán seguros con la navegación cuando, muchas generaciones más tarde, zarpen al mar.

Los latinos y sus confederados no se sienten seducidos por la «madurez de las fuerzas productivas». Rechazan estas fuerzas y se alían para destruirlas; pero tras cuatro generaciones de federación, algo les ocurre. Experimentan lo que P. Clastres llama una «revolución política», aunque la transformación sea gradual. Los generales se vuelven permanentes, también los soldados. Los campesinos que abastecen el ejército también se hacen permanentes y sus contribuciones acaban por ser esperadas y, finalmente, impuestas.

Durante cuatro generaciones, una comunidad de iguales se metamorfosea en una sociedad con tres clases y las tribus federadas acaban pareciéndose terriblemente a los etruscos derrotados.

Los narradores romanos hablan de dos clases: los plebeyos y los nobles.

Los plebeyos están bajo control. Han dejado de ser seres humanos libres, pero en algunos aspectos no han cambiado mucho: celebran festividades para la diosa Ceres, la Madre Tierra, que nutre sus semillas. Ceres es la hermana gemela de Deméter y de otras diosas indoiranias de la Tierra.

Los nobles han cambiado mucho. Su dios de la guerra es una abstracción que llaman Optimus Maximus y tiene un parecido sorprendente con un comerciante etrusco divinizado: al recibir una determinada cantidad de ofrendas, se espera que confiera un cierto número de ventajas o victorias militares. Los nobles se han vuelto sospechosamente parecidos a los etruscos. No son, en absoluto, hombres del pueblo como eran sus abuelos.

La dimensión del desafío ha mutilado la comunidad original y, en ese sentido, a pesar de su aparente victoria, los latinos han sido derrotados. Están mutilados porque en su mayoría no pueden lidiar con la ultimísima máquina militar y algunos de ellos solo pueden satisfacer sus necesidades más básicas coaccionando y expropiando a otros.

Llegados a este punto, los romanos parecen etruscos a ojos de algunos de sus propios aliados y de otros foráneos, pero ellos no lo perciben. No se dan cuenta de que los samnitas y los celtas están rechazando lo mismo que ellos habían rechazado con anterioridad. Puede que los soldados plebeyos sí que se percaten de ello, pero dependen del grano que los nobles expropiaban a los campesinos, y la nobleza militar romana es famosa por su inusual falta de imaginación. Los romanos vuelven sus fuerzas contra los igualitarios celtas como si estos fueran etruscos, y a continuación dirigen los ejércitos contra sus previos aliados, destrozando todas las poblaciones samnitas.

Los nobles romanos, igual que los espartanos, se han convertido en armaduras congeladas pegadas a sus lanzas, pero a diferencia de estos, intentarán extender dichas armaduras por toda la superficie de la Tierra. Empiezan por anexionar y reprimir a sus antiguos aliados sabinos.

Los plebeyos romanos se escinden y rehúsan seguir dando apoyo a los arrogantes nobles, quienes, altivos, encaran este desafío recurriendo a un truco de Pericles: ascienden a los soldados plebeyos al estatus de nobles menores y les otorgan plebeyos propios. Ahora, los intereses de los antiguos plebeyos coinciden con los de los nobles de mayor rango. Se trata de un recurso que se llama cooptación y recuperación.

Entonces, los romanos empiezan a engullir todas las demás tribus, federaciones y ciudades de la península itálica. La obsesión militarista de los romanos supera en todos los aspectos la de los asirios. Roma no solo tiene un ejército poderoso, Roma es un ejército poderoso. Y nada más.

Los romanos llaman a su ciudad la cosa pública. Saben que es una cosa, una cosa fabricada, un artificio, mucho antes de que Hobbes anuncie su descubrimiento. Los soldados romanos mueren en el campo de batalla, pero la cosa pública va de victoria en victoria, no muere, no puede hacerlo, es un leviatán. Los romanos se han civilizado.

No obstante, por extraño que parezca, su repulsión, su odio hacia la civilización les sigue estimulando todavía ahora.

Ayudan a Siracusa a expulsar a los cartagineses de Sicilia porque reconocen en ellos los rasgos fenicios que detestaban de los etruscos. Los romanos defienden Siracusa absorbiéndola y así convierten toda la isla en una provincia romana.

Luego se ponen en contra de las ciudades griegas de la península itálica. Las destrozan con la ferocidad que han dirigido hacia los etruscos y los cartagineses civilizados. A diferencia de los asirios y los persas, los romanos no se satisfacen con arruinar ciudades imponiéndoles un tributo. Los romanos arrasan las ciudades griegas por completo, confiscan la tierra, esclavizan a la población y reclutan a los campesinos para su ejército.

Encerrados en un leviatán con forma de gusano, todavía no logran sostener un leviatán con forma de pulpo. Y nunca lo harán. Siguen en guerra contra el ogro que sus ancestros consideraban la civilización, la ciudad-Estado etrusca. En ese sentido, todo el ascenso de Roma es una guerra continua contra la civilización.

Las regiones griegas de Italia son literalmente extirpadas por el ejército romano. Hasta la tierra se divide en inmensos terrenos que se ceden a los nobles menores y a los plebeyos.

Las antiguas tierras griegas se llaman latifundios y las trabajan grupos de esclavos encadenados.

Esa extraña combinación entre un leviatán grotesco y un odio feroz hacia los logros leviatánicos no es exclusiva de Roma, incluso entre los casos de los que existe documentación.

El leviatán de Qin Shi Huangdi se extiende por China durante la misma generación que Roma se extiende por Italia, con los métodos asirios recomendados por Shang Yang; guerra, traición, asesinato, matanza, deportación. Los militaristas de Qin están resueltos a erradicar todas las tradiciones y todos los logros de todas y cada una de las regiones que invaden, reduciendo todas las poblaciones a cuadrillas de trabajadores, quemando todos los libros a excepción de los de Shang Yang.

Al cabo de media generación, por toda China se levantan insurgentes contra la atrocidad y la tumban con éxito. Shang Yang no ha oído hablar de Pericles, sus escritos no incluyen el principio de que los potenciales insurgentes se pueden convertir en colaboradores fervientes si reciben latifundios.

Durante la misma generación, los herederos acorazados de Alejandro Magno, Antíoco y Seleuco, llevan sus ejércitos desde Egipto hasta los límites de China y tratan de reducir a las poblaciones a una miseria similar, pero a diferencia de sus homólogos chinos y romanos, estos herederos de un

leviatán griego intentan conservar parte de los adornos y las comodidades de la civilización.

Al esclavizar a los griegos de Italia, los romanos se dan cuenta de que la máquina de guerra puede embellecerse, adornarse. Aprenden arte a través de sus esclavos griegos, pero aprenden a regañadientes. Son casi modernos en su reticencia, están prácticamente a punto de decir que una máquina de matar es bonita si funciona. Pero no son tan modernos en la medida en que dejan que los artesanos griegos disimulen el militarismo brutal con la arquitectura, la escultura y la pintura. Aprenden estética, esa extraña habilidad por ver en la sangre que se derrama de una herida solo la belleza de la forma y el color.

Convertida toda Italia en un campamento armado llamado Roma, golpean a diestro y siniestro, como si todo el mundo fueran Etrurias perturbando su armonía, o como si los etruscos hubieran accionado una máquina en constante movimiento y desde entonces nadie pudiera pararla.

También llegan a Grecia, en un inicio para proteger a los «griegos libres e independientes» de los colmillos de Antíoco, el avaricioso hombre fuerte; luego, para protegerles de los colmillos del último Filipo; y finalmente, para protegerles de los propios griegos, que sabían mucho antes de que llegaran los romanos que otras maneras de llamar la libertad protegida son la subordinación, la sumisión y la esclavización. Roma es un ejército sediento y pronto el

único hombre relativamente independiente en cualquier antigua polis griega es el que exprime la ciudad hasta el límite para hacer bebidas para los romanos. La ciudad-estado griega ya es historia antigua.

Los romanos siguen con su reacción contra la civilización bajo forma etrusca al dirigir su inmenso artilugio de guerra contra Cartago, al norte de África. Los discursos de odio (los más conocidos son los de Catón) son irracionales e incomprendibles, teniendo en cuenta la amenaza que, de hecho, Cartago representa para Roma. En varias ocasiones los cartagineses intentan comprar su salida, de la misma manera que Iltam II compró su salida (la de su ciudad) de Asiria. El último recurso de los cartagineses es intentar atacar Roma, pero es bien sabido por las dos partes, que un pulpo marino no puede vencer a un gusano terrestre, ahora menos que nunca.

La destrucción final de Cartago no tiene precedentes en los pasados sumerio y acadio, ni siquiera en el asirio. La última ciudad fenicia independiente es aislada, asediada, atacada, destruida por completo y, por último, quemada. Esclavizan a la población y la dispersan a lo largo y ancho del mundo. Aún insatisfechos, los romanos demuelen todos los edificios y muros que han quedado en pie, incendian la tierra y la siembran con sal, para que jamás vuelva a haber ni una casa ni un cultivo allí donde se levantaba Cartago, para que cualquier recuerdo de la existencia de la ciudad quede borrado.

El resto de la historia es igual de repulsivo. El norte de África, Iberia, Galia, Macedonia, Tracia, Anatolia, el Levante, todo se convierte en Roma. Sus habitantes son asesinados, esclavizados o bien transformados en máquinas de matar. Los pequeños leviatanes y las comunidades libres son destrozados, las tradiciones antiguas son quebradas y olvidadas, los seres humanos son asesinados o mutilados.

¡Y cuántas páginas se consagrarán a la grandeza de Roma! ¡Y cuántas páginas al ingenio tecnológico de las máquinas de guerra de Roma! ¿Por qué no elogiar la muerte misma? La muerte es una asesina mucho mayor que Roma. ¿Serán los palacios y los monumentos griegos adornados de la capital lo que hace de la brutalidad algo tan honorable? Si es así, para ganar tales elogios, la muerte tan solo necesita emplear artistas griegos.

La grandeza de Roma es póstuma. Dentro de sus entrañas, tan solo les gusta a los pocos que están en la cabeza del gusano; todos los demás la odian y muchos intentan destruirla a diario.

Los que están en la cabeza son pocos: son la nobleza, incluidos los generales y los políticos, los latifundistas y los llamados équites.

Los équites son timadores a caballo. Son estafadores y

contratistas que obtienen resultados. Dirigen grupos de esclavos en los olivares y los viñedos. Se encargan de las importaciones, de las exportaciones y de la organización. Son recaudadores de impuestos y son piratas. Se cuelan en cada intersticio y en cada atasco de este imperio tan poco manejable. En una Roma futura, del otro lado del charco, estos timadores a caballo serán llamados hombres de negocio.

A todas estas personas les gusta Roma.

Al creciente número de parásitos deshumanizados para quienes se organizan los circos y los juegos, también les gusta Roma. Sin embargo, ya no piensan en la brutalidad y el saqueo como ofrendas a los dioses, sino que adoran el saqueo y la brutalidad como tales. Se están convirtiendo en lo que llamamos sádicos.

Los queridos de los sádicos son los masoquistas, pero la mayoría de la gente todavía no ha caído tan bajo. La gran mayoría de la población de la *res pública* son zeks, zeks de dentro y de fuera: esclavos y provinciales.

Tan solo en la capital hay un cuarto de millón de esclavos. Los zeks de dentro se rebelan continuamente, a pesar de la presencia intimidatoria de las guarniciones más fuertes del mundo. Algunas revueltas de los esclavos se convierten en insurrecciones que abarcan regiones enteras y en tres ocasiones conocidas, durante un período de dos

generaciones, los esclavos insurgentes plantan cara a los ejércitos romanos durante tres buenos años.

Los provinciales resisten tan ferozmente como los esclavos. Es difícil que transcurra un año sin que se envíen expediciones armadas para masacrar y reprimir a los rebeldes.

Y las legiones también provocan la aparición de rebeliones cada vez mayores. Hay que abastecer a los ejércitos. Los recaudadores de impuestos exprimen a los provinciales, que ya han sufrido el saqueo de las legiones que iban de paso. Y luego los soldados jubilados regresan a las provincias convertidos en propietarios de las tierras de los provinciales como recompensa por los años de servicio leal. Las rebeliones y las revueltas contra este régimen duran años, incluso décadas, y son demasiadas para ser enumeradas.

La represión continua de tantos rebeldes en todos los frentes da origen a los organizadores, ahora todavía más endurecidos, de asesinatos de masas, que ofician para obtener un estatus superior en la gradación de la *res publica*. César es el asesino que aplaca el oeste; Pompeyo, el asesino que aplaca el este; Craso, el asesino que bordea los caminos de Italia con seis mil esclavos crucificados.

Tres asesinos de masas no pueden compartir una sola corona y César, léase zar y kaiser, se convierte en el rostro de lo que Hobbes llama el hombre artificial.

La *res pública* que abraza el mundo se convierte en el juguete de un único hombre: un imperio.

Después de engullir Egipto y suprimir a los nobles que preferían la cosa pública previa, otro asesino de masas, Octaviano, se convierte en el Sol, el Pontífice Máximo, la encarnación en la tierra de la abstracción llamada Optimus Maximus, la versión latina del rey de los reyes y amo de los amos.

Roma se extiende desde Gibraltar hasta las montañas armenias, y Partia se extiende desde Armenia hasta India. El mundo ha caído en las entrañas del Leviatán, donde todo es oscuridad, donde la vida es desagradable, bruta y corta, donde los seres humanos están gobernados por el miedo a una muerte temprana y violenta, donde una persona no puede estar de pie, ni estirada ni sentada. Hobbes y sus contemporáneos proyectan los rasgos del Leviatán hacia el mundo exterior a él para justificar el aislamiento y la reducción de todo lo que todavía se encuentra fuera.

Para los zeks de Roma y Partia, el día en que Octavio Augusto se convierte en el Sol es todavía más oscuro que el día en que Darío se convirtió en Ahura Mazda. Ningún ser vivo puede calentarse con este sol.

Ya en los días del imperio neobabilonio de los caldeos, e incluso antes, existía un movimiento, en el exterior para purificar el mundo con fuego, para quemar el Leviatán que obstruye la luz.

Ahora, en los días del Pontífice Máximo Augusto, hay un movimiento todavía mayor, tanto en el exterior como en el interior. Lo que Turner llama «el culto de crisis» es solo una de las muchas partes del movimiento. Desgraciadamente para la humanidad y para la naturaleza, el culto de crisis que acabará engendrando el espíritu occidental se origina en un rincón oscuro donde se espera que el resplandor de la luz fluya de Optimus Maximus, la abstracción del Leviatán mismo.

Este «culto de crisis» no aparece de repente de la nada, sino de los intentos de los seres humanos por librarse del integumento que les deshidrata. Y no es un «culto», es una manera de vivir que se convierte en culto solo cuando se reintegra en el integumento del artificio.

Entre la época de los caldeos y la época de los romanos imperiales se dan algunas continuidades destacables.

En China, el Tao Te Ching, la Vía que reconoce el Leviatán como un obstáculo y nada más que un obstáculo para el bienestar, insta a la gente a abandonar todas las actividades altamente organizadas que ofrece el Estado. Puede que los chinos que salieron del sistema estuvieran influenciados por

los griegos posteriores a Pericles, ya que algunos de sus bajorrelieves parecen ser similares a los que elaboraron los griegos en la vecina Bactria y algunas de sus piezas de bronce parecen ser idénticas a las de los escitas. Sin embargo, en China no se da un movimiento de abandono masivo, por lo menos no todavía.

En el oeste de China, al parecer, se da cierta continuidad entre los que quieren prender fuego al Estado en épocas antiguas y los de épocas posteriores. Parece que la ostentación de Darío de agitar la vela no extinguió la luz por completo.

En las Sagradas Escrituras se encuentra un indicio fascinante de ello. Aparentemente aparece allí por el descuido de alguien. Estos descuidos no son extraños en el Libro. Ya hemos visto que los escritos de un tal Isaías, que reivindicó a Ciro el persa como mesías, se incluyen en un capítulo titulado con el nombre de otro Isaías que vivió varias generaciones antes que Ciro. Los escribas tenían mucho material y tenían que acoplar las visiones y las formulaciones edificantes en un capítulo u otro. Al parecer, cuando estaban cansados se equivocaban a la hora de comprobar que el material procediera de fuentes mosaicas autenticadas y certificadas. Uno de estos fragmentos se coló en el capítulo sobre Daniel.

Se dice que el Daniel principal era un israelita que vivió en el exilio entre los caldeos de Babilonia. Existe una figura

imprecisa, intercalada con este Daniel, que vive mucho más tarde, probablemente en la época de Roma y Partia, que no habla el lenguaje de Moisés, sino el de Zaratustra, y que no espera la llegada de Yahveh, sino la de Ahura Mazda. Este hombre habla de una consecución de épocas zoroástricas, que son imperios, y visualiza los imperios como leviatanes.

Y cuatro bestias grandes, diferentes la una de la otra, subían del mar. La primera era como león, y tenía alas de águila. Yo estaba mirando hasta que sus alas fueron arrancadas... Y he aquí otra segunda bestia, semejante a un oso, la cual se alzaba de un costado más que del otro, y tenía en su boca tres costillas entre los dientes; y le fue dicho así: Levántate, devora mucha carne. Después de esto miré, y he aquí otra, semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave en sus espaldas; tenía también esta bestia cuatro cabezas; y le fue dado dominio.

Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y he aquí la cuarta bestia, espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que vi antes de ella, y tenía diez cuernos. Mientras yo contemplaba los cuernos, he aquí que otro cuerno pequeño salía entre ellos, y delante de él fueron arrancados tres cuernos de los primeros; y he aquí que este cuerno tenía ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas...

Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra...

La cuarta bestia... a toda la tierra devorará, trillará y despedazará...

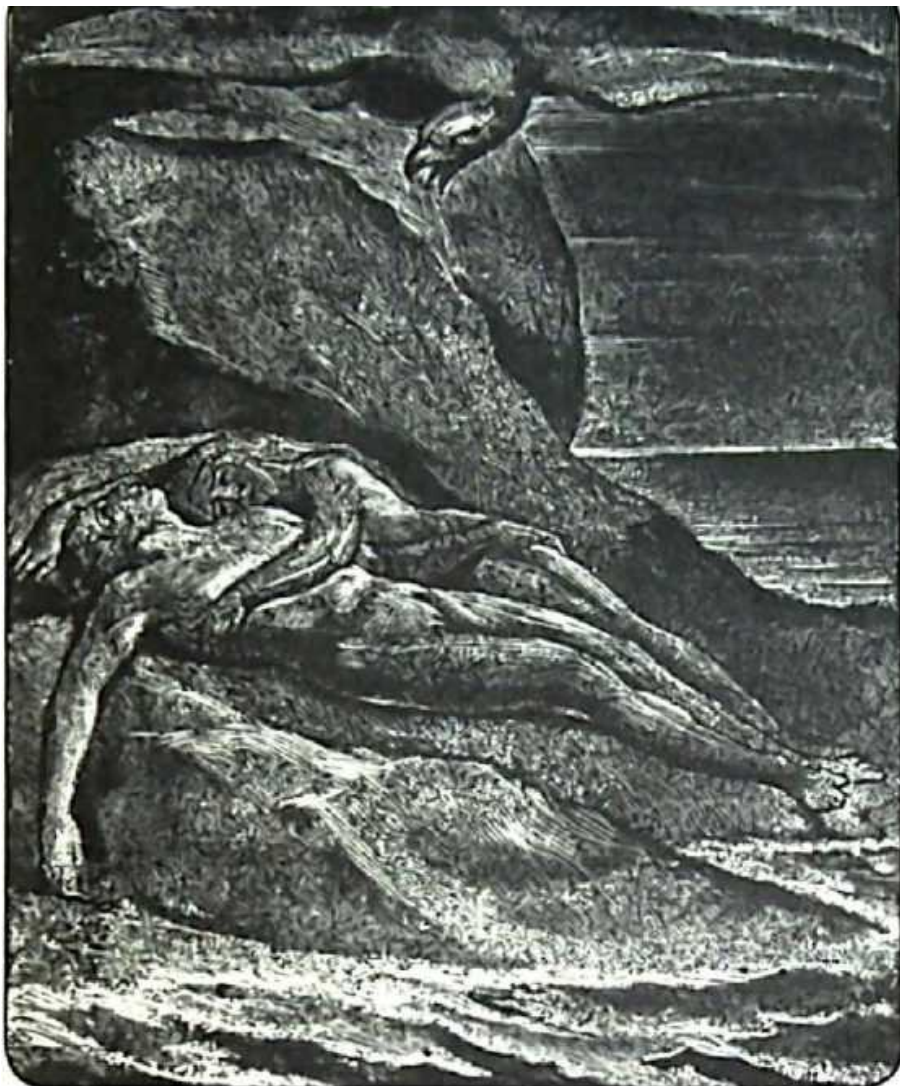
Pero se sentará el Juez, y le quitarán su dominio para que sea destruido y arruinado hasta el fin.

En la época del Pontífice Máximo Augusto, la identidad de las cuatro bestias se revela con claridad. La primera son los caldeos; la segunda, los persas; la tercera, los griegos helenísticos y la cuarta podrían ser los partos, pero es más probable que sean los romanos. Y después de la cuarta ya no hay más. Se acaba la secuencia. La cuarta quiebra el mundo en pedazos y está ella misma rota, Tras la cuarta bestia hay luz, la luz de Ahura Mazda.

La entidad que tumba la cuarta bestia es sobrenatural, pero no excluye la participación humana; al contrario, invita a participar. Los revolucionarios más fervorosos son los que piensan que los dioses luchan de su lado.

El mundo está hecho de sueños y estos son profecías autocumplidas. En medio del infierno en el que Roma ha convertido la Tierra, no falta mucho tiempo para que alguien llegue y anuncie: «Vengo para prender fuego sobre la Tierra». Con la Tierra se refiere a Roma, la cuarta y última bestia. Viene para anunciar el final de la his-story.

Roma arde. Pero removiendo sus cenizas, he aquí otra bestia al acecho. Una quinta bestia, con cuerpo de león y cabeza de hombre, una bestia que ha compartido cuna con el que trajo el fuego: la Iglesia.



X

EL REY PERSA SE CUBRIÓ CON EL MANTO DE LA LUZ, DE AHURA MAZDA, y la Iglesia cristiana se cubrirá con el manto del resucitado Osiris. Ambos deben mentir continuamente para negar que se han tapado la maquinaria con los mantos y para evitar que se deslicen.

El fuego que escupen las mandíbulas del Leviatán es un fuego robado. Robado a los que vienen para quemar el monstruo. Ni las vidas ni el fuego se entregan voluntariamente al monstruo; ambos caen en él como en una trampa, y una vez dentro intentan encontrar la salida, intentan quemarlo todo hasta la salida.

El reinado de Octavio Augusto, el primer emperador de Roma, no es una época de comienzos sino una época de finales, no es un amanecer sino un crepúsculo. Es la época en que la cuarta bestia, la bestia con grandes dientes de hierro y diez cuernos, ya ha devorado la Tierra entera, ya la ha pisoteado, ya la ha hecho añicos.

*¡Hipócritas! que sabéis distinguir el aspecto del cielo,
¡mas las señales de los tiempos no podéis!*

Se nos va a domesticar: veremos los monumentos arquitectónicos colosales levantados en la metrópolis y vamos a pensar que son bonitos, que son los signos del tiempo; oiremos las protestas dementes de aquellos que adoran a ídolos y se abandonan a orgías incontroladas y vamos a pensar que son una abominación.

Pero el aire está embrujado, ya que de repente las orgías se ven bonitas y los monumentos arquitectónicos se convierten en abominaciones.

Los anatolios en otra época se abandonaban a Cibeles, la

Tierra, la madre de toda vida. Los griegos de Anatolia y Acaya habían participado en orgias alrededor de la hija de la Tierra, Deméter, la semilla que cada año brota de la matriz de Cibeles, y alrededor de Perséfone, la nieta de la Tierra, que tomaba y mecía las semillas en el mundo inferior. El baile con Cibeles y su nidada era lo único que era real para ellos, lo único que tenía significado. Cuando los griegos se volcaron a la guerra y al comercio, intentaron olvidar a Cibeles, pero todavía recordaban a su hijo el lanzador de lanzas y a su hija la cazadora con flechas, y construyeron templos para los nietos de la diosa y los adornaron.

Las legiones romanas trajeron constructores y decoradores griegos, y entonces en Roma se alzaban templos, pero observemos de cerca: los templos adornados que se levantan en Roma no son para Cibeles ni para ninguno de sus nietos. A Deméter–Ceres, la hija de Cibeles, en Roma tan solo la recuerdan los esclavos, y ni siquiera ellos la recuerdan muy bien. Las copias erigidas en Roma, copias a una escala colosal e intimidatoria, están absolutamente vacías. No son templos. No son más que monumentos a las victorias de las legiones romanas, monumentos colosales a masacres colosales. La arquitectura romana es una celebración del sacrificio humano, es una abominación.

Los romanos que celebran la muerte levantan sus abominaciones en cada capital de provincia, desde el Nilo hasta el Ebro. Pero las plazas que se abren ante estos monumentos están cada vez más desoladas. Tan solo las almas muertas se

quedan en los alrededores de las abominaciones y solo mediante el soborno y el circo se evita que incluso estas almas abandonen las plazas. Las personas vivas se están marchando. Sienten en sus entrañas que «esta generación no va a pasar».

En el Nilo, la gente se apresura hacia los templos para proteger a sus dioses de la arquitectura romana. Es maravilloso que todavía haya personas en Egipto con tanta fuerza interior. Fueron doblegadas bajo el peso del tributo persa, demacradas por el saqueo del griego Ptolomeo, completamente destrozadas cuando los generales romanos tomaron todo lo que quedaba y se lo llevaron a Roma. Han abandonado los campos que el Nilo fertilizaba desde antes del primer faraón, y antes que forzar al Nilo a alimentar Roma, dejan que los campos se conviertan en arena. Si una vez fueron la envidia del mundo por su abundancia de grano, ahora se han convertido en mendigos; apenas comen.

Aun así, ahí vienen, sacando de los templos a Isis muerta, a su gemelo Osiris y al doble del gemelo, Serapis. Es la primera vez que a estos dioses ahogados les da el aire libre desde que se construyó el primer muro a su alrededor.

Y entonces los mendigos demacrados llevan a cabo una proeza que parece sobrehumana para personas en sus condiciones. Empiezan a bailar alrededor de los dioses muertos, siguen bailando y el baile mismo parece infundirles fuerza, porque dejan de sentir el agotamiento y la miseria, se

sienten ligeros y libres. Y los ojos de Isis, diosa que tiene forma de becerra, parecen estar vivos, y sus narinas parecen respirar. Obviamente, es una ilusión, puesto que la diosa está muerta desde ciento veinte generaciones atrás.

Sea una ilusión o no, otras personas menos demacradas ven también el resplandor y sienten la respiración. Los soldados romanos aplastados por sus armaduras irrumpen deprisa en los templos que todavía no se han convertido en arquitectura y también se apresuran a sacar a Isis, Osiris y Serapis al aire libre.

Los soldados transportan las divinidades egipcias a todas las regiones por donde desfilan las legiones romanas, a todas las regiones donde se recluta a soldados: el norte de África, Galia, Grecia, Anatolia, el Levante y hasta Italia.

Y en todas partes la gente reconoce en Isis su propio pasado abandonado, su edad de oro. Y también huyen de los monumentos arquitectónicos, también abandonan las plazas, también se unen a los círculos de baile y sienten como sus cuerpos recuperan la fuerza y como se les desembota la cabeza. Descubren la belleza lejos de las maravillas arquitectónicas, que son lugares de desolación.

¿Podéis distinguir las señales de los tiempos?

Isis no es ni un ídolo ni un culto y tampoco es desconocida para ninguna de las gentes que le dan la bienvenida. Donde

sea que la lleven, se la reconoce como la Tierra, la Tierra abandonada y traicionada, la madre y la hija, la tierra y la semilla. Este reconocimiento hace que las personas revivan y su vida le insufla vida a ella.

En Italia es reconocida como Ceres, la hija de la Tierra. Todavía la llamamos Cereal, pero se nos enseña a pensar que los agricultores o los zeks agrarios hacen el grano, y algunos de nosotros incluso creemos que lo hacen las máquinas.

En Grecia y Anatolia, Isis es reconocida como la hija de Cibeles, Deméter, y su hermano gemelo Osiris o Serapis es obviamente un alter ego de la hija de Deméter, Perséfone, la que se fue bajo tierra, la que Deméter intenta traer de vuelta a la superficie.

Y, por supuesto, Isis resulta familiar a todo el mundo en el Levante, incluso en Judea. Es la diosa alrededor de quien bailaron los israelitas fugitivos una vez alcanzaron el desierto, hasta que Moisés les atara a su ley.

Osiris, resucitado, también resulta familiar en el Levante. Es el Tammuz babilonio, el Attis anatólio, el Adonis griego. Se levanta cada primavera y desciende cada otoño, es la vegetación.

De la misma manera que cada primavera crece vegetación nueva, los danzantes se verán renovados tras la larga noche. Lo saben porque lo sienten en el cuerpo al bailar. Una fuerza

desaparecida se conserva en sus miembros raquíticos. Es una fuerza que vencerá a todas las legiones romanas.

Incluso los soldados se están quitando la armadura. Los que no encuentran a Osiris en Egipto hallan a Mitra en los confines de Partia, y se lo llevan a todos los rincones del reino. Este dios era una luz menor en la época de Zaratustra, pero desde que Darío aprisionó y apagó la luz de Ahura Mazda, la gente ha estado buscando al que todavía llevaba la luz. Los soldados romanos le llaman Mitra, el resucitado, el portador de la luz de Ahura Mazda. Se lo llevan hasta las islas británicas. En muchos lugares Mitra se fusiona con Osiris. Los que celebran a Mitra obtienen el fuego con el que se podrá traer el nuevo amanecer.

Los soldados destituyen a sus jefes, en algunos momentos desertan en masa. Los campesinos abandonan los campos sin labrar para evitar que la comida caiga en manos de los recaudadores de impuestos romanos. La gente de las ciudades se traslada al campo para no tener que participar en las actividades oficiales. Los famosos judíos inconformistas llamados esenios están apartados de las cargas y obligaciones tanto romanas como judeas.

Las formas son diversas. La huida es amplia y va en aumento. La podemos llamar una resistencia generalizada con tintes revolucionarios.

A diferencia de los primeros persas, estos resistentes no

embisten al Leviatán desde el exterior. Viven en su interior, y muchos son zeks, aunque no todos. A diferencia de los israelitas en Egipto, estos resistentes no se dirigen a ningún lugar en el exterior, porque creen que no hay exterior; la cuarta bestia ha devorado el mundo entero. A diferencia de Moisés, estos resistentes se quitan la armadura antes del gran advenimiento, para no encontrarse en el desierto sin nada más en su interior que otro leviatán. Roma revela todas las cualidades del Leviatán y nadie está dispuesto a meterse en el morro de una quinta bestia. Esto se comunica de muchas maneras y una de ella es: «el reino del cielo se acerca». Sea lo que sea lo que signifique «el reino del cielo», no quiere decir Babilonia, Persia, Roma ni ningún otro leviatán. Tampoco significa muerte, o todavía no. Una oda citada por Turner dice:

Y me vuelvo como la tierra que florece y se regocija con sus frutos.

La gente se deleita, no porque se acerque su final, sino porque se acerca el final del Leviatán. Se deleitan porque el nuevo día traerá algo tan diferente al Leviatán como lo son el día y la noche. «El reino del cielo se acerca» para los vivos, y como es un lugar vivo, es un paraíso terrestre, un Edén, una edad de oro, una comunidad de seres humanos libres en armonía con Isis, Osiris y todas las criaturas de Cibeles (las plantas así como las lobas, los pájaros y los peces y también los insectos). Un «reino» así es un nuevo amanecer, es el final de la his-toria, el final de la era leviatánica.

Además, la gente no está esperando este nuevo amanecer. Están todos ya bailando. Están recuperando la comunidad perdida antes del último día han dejado de distinguir entre jefes y esclavos: «todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas» como dice el Libro posterior. Han empezado a compartir desde el interior de las entrañas del Leviatán. El compartir es el corazón de la comunidad perdida, se opone a la existencia misma del Leviatán, como tan bien sabía Shang Yang. Al tenerlo todo en común, los resistentes derriten la bestia desde sus entrañas.

El declive del Imperio romano empieza cuando Roma todavía es una *res pública*. Lo que ocurre cuando Octaviano deviene en primer emperador es que el declive cobra fuerza. A partir de ahora Roma se encuentra en un estado continuo de descomposición, y el Leviatán también.

Partia está igual de plagada de resistencia, huida y rebelión abierta que Roma.

Y el tercer leviatán, el leviatán cuya existencia a penas se sospecha en Roma, es sacudido por la Rebelión de los Turbantes Rojos, que casi logra eliminar los segmentos a partir de los cuales podría reconstituirse otro dragón chino.

Es probable que la rebelión china no esté relacionada con el movimiento que se da en el extremo occidental de Eurasia, pero no está claro. Los pueblos llamados sármatas o alanos eran conocidos por los guardias fronterizos chinos y romanos. Los arqueólogos han descubierto que los campesinos llamados *sakae* de Turquestán tenían objetos griegos y budas manufacturados con estilos claramente greco-romanos y es sabido que los pueblos *sakae* se encontraban en la ruta de la seda entre Roma y China. La influencia entre ambos no va necesariamente del oeste al este. La Vía, el Tao, fácilmente puede haber viajado desde China hacia el movimiento mitra en Partia, y de ahí hasta Roma con los mitras.

La provincia levantina llamada Judea es tan solo una de las provincias romanas en las que las diversas formas de huida se combinan, se fusionan y se reformulan; pero es la provincia en la que se originan el cristianismo y el islam, que intentarán abarcar todo el mundo. Visto en retrospectiva, es una lástima para la naturaleza y para la humanidad que una experiencia tan liberadora pase por la puerta de una región tan duramente leviatanizada. Los métodos que se emplearán para bloquear, neutralizar e invertir la resistencia ya están en funcionamiento en Judea, y, de hecho, preceden a la resistencia antirromana.

Ya en la época de los primeros persas, poco después de que Isaías anunciara que Ciro había venido «para abrir los ojos ciegos, para sacar a los prisioneros de los calabozos», el

escriba Esdras y sus seguidores demostraron para qué iban a usar su libertad. Llegaron al Levante desde Babilonia como conquistadores, imponiendo un Libro escrito en babilonio a los judíos que no se habían movido del Levante y, envalentonados por su Libro y el persa Artajerjes, se erigieron en jueces. En tanto que jueces, invirtieron la política persa de tolerancia y regresaron a su tradición anterior, volviéndose en contra de los fenicios, los amonitas, los moabitas, los edomitas y los samaritanos, predicando la intolerancia y el odio y prohibiendo casarse con personas menos puras que ellos. Encerraron a los prisioneros en los calabozos y taparon los ojos avizores. Pusieron en funcionamiento un leviatán que tenía más en común con Asiria que con Persia, porque llevaban puesta la armadura acadiosumeria de la que Moisés no fue capaz de librarse, porque el dios de su templo no era un Ahura Mazda invertido, sino un Lugalzagesi abstraído.

Cuando los herederos de Alejandro barrieron a los persas del Levante, Judea estaba asolada por el odio, la intolerancia y una guerra civil continua, pero la suerte de los judíos empeora todavía más cuando la legión romana de Pompeyo invade el Levante. La gente se defiende y es devorada, sacrificada en pro del monumento arquitectónico que Pompeyo alza en la capital. Miles de personas son vendidas como esclavos por los hombres de negocio de Pompeyo.

En la época en que el emperador Augusto designa a Herodes como rey de Judea, la población de esta provincia

está tan ávida de buenas noticias como la población de cualquier otra provincia.

La resistencia en Judea la acaba simbolizando un individuo llamado Isaí o Joshua, el hijo de un carpintero. La ventaja de centrarse en un individuo es que el sujeto queda claro, dado que se trata de un mortal, un ser vivo, una persona. Es difícil hablar de una colectividad sin conferirle rasgos leviatánicos, porque las colectividades comparten algunos rasgos con el Leviatán de los cuales carecen los individuos. Sin embargo, los escollos de centrarse en un individuo son los mismos que anteriormente llevaron a los israelitas de las entrañas de una bestia a la garganta de otra.

En realidad, la resistencia judea contra el cuarto reino esquiva la mayoría de obstáculos porque tiene más elementos en común con la resistencia de cualquier lugar del Imperio romano que con la herencia de Moisés.

El «Seguidme» se minimiza notablemente en un contexto en que la gente valora el recuerdo de ancestros que fueron liberados de la cautividad. Este Isaí no promete guiarlos a ninguna nueva Canaan, y en vez de «Seguidme» dice «El reino de dios está en vosotros». Aquí radica una gran diferencia. Da a entender que se está reprimiendo algo tanto

interna como externamente, que la liberación solo puede empezar por la autoliberación, que hay que quitarse la armadura opresora o repelerla, Y eso es algo que el individuo solo puede hacer por sí mismo.

La idea leviatánica de «rey de los reyes y amo de los amos» también se minimiza notablemente, por lo menos en la resistencia inicial. El hijo de María no dice que la abstracción le habla desde una mata en llamas, ni que la voz de Lugalzagesi habla a través suyo, Él, invariablemente, dice: «Os digo». En otras palabras, habla por sí mismo, como un único ser humano, lo cual es bastante excepcional en un contexto en el que los oradores anteriores se ponían casi indefectiblemente el manto de Yahveh, la mismísima «alma» del Leviatán. Se presenta a sí mismo no como un agente, un ángel o un mensajero del abstracto Lugalzagesi, sino como un hijo de dios, o de mujer, o de hombre, en pocas palabras como un ser humano que come, caga y muere como las lobas, las águilas, las serpientes y los seres humanos. Deja bastante claro que considera que los sacerdotes de los reyes de reyes forman parte de este mundo tanto como los prestamistas y que ambos son parte del mundo que ha venido a incendiar.

El fuego no viene de la tradición de la mata en llamas, sino de la tradición de Zaratustra, y es un fuego de purificación. Daniel, el zoroástrico, se había referido a «llamas ardientes», a «ruedas de fuego» y a «una oleada ardiente» como atributos de quien o quienes consumirían la cuarta y última

bestia. En los tiempos de Isaí quien lleva este fuego es Mitra, porque Ahura Mazda fue engullido por el leviatán persa.

No podremos averiguar cuán familiares resultaban Isis, Osiris y Serapis para los resistentes judeos, pero las historias y los evangelios escritos por los amigos de Isaí dan muchísimos indicios decisivos.

En primer lugar, María, la madre, tiene un papel muy destacado en un rincón del mundo donde las mujeres han sido degradadas de forma sistemática durante decenas de generaciones. No se la llama explícitamente Madre Tierra, pero su hijo crucificado va bajo tierra y luego se levanta, como la vegetación, como Perséfone la hija de Deméter, como Osiris el hermano gemelo de Isis. Esta noticia no es secundaria, sino que constituye la base del mito.

Y la noticia va más allá. Isaí crucificado es como Serapis el toro, el doble de Osiris. Con su muerte, redime a los vivos. Las plantas caídas fertilizan los nuevos brotes. La muerte está vencida, se la despoja de su irreversibilidad, es reducida al estadio que precede la renovación. A partir de los fragmentos muertos surgen el pez del mar, el ave del aire y todos y cada uno de los seres vivos que se mueven por la Tierra. El toro o el cordero se ofrecen a sí mismos por amor a los vivos, por la renovación de la Madre Tierra.

Esta gran afirmación de la naturaleza y la vida es lo opuesto a «señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y

en todas las bestias que se mueven sobre la tierra». Moisés llamó al sacrificio de los vivos por el Leviatán, el hombre artificial. Los resistentes llaman a la guerra contra el Leviatán que odia la vida. Y no quieren esperar, puesto que «El reino del cielo se acerca». Ya tienen las antorchas encendidas. «No pasará esta generación hasta que todo esto acontezca.»

Esta generación no pasa. Esta generación ve como se incendia el mundo y mira cómo se quema. La dominación sobre los peces y todos los seres vivos cede el paso a celebraciones de la renovación de la naturaleza, a ritos que representan la muerte y el renacimiento de la vegetación, banquetes de amor (ágape), fiestas de gratitud a la Madre Tierra, Cibeles–Deméter–Isis–María.

A diferencia de los cautivos que huyeron de Egipto retirándose físicamente, los cautivos romanos huyen retirándose de la cáscara de la bestia artificial mientras todavía están en su interior. El efecto es bastante distinto. El gusano egipcio conservó su coherencia, mientras que el romano la pierde. Las entrañas se sueltan de la cáscara y adquieren vida propia. La cáscara desconectada, con toda su armadura, arquitectura y arte, a partir de ahora no es nada más que una corteza suelta con forma de embudo esparcida por el mundo, donde no llegan ni la luz del Sol ni el aire fresco.

Ya durante el reinado del primer emperador, la cáscara de

la bestia empieza a tener miedo de sus propias entrañas, por eso nueve mil guardias pretorianos protegen al emperador de su propio imperio. El segundo emperador, Tiberio, ya se convierte en una herramienta en manos de sus escoltas.

El tercer emperador, Calígula, ya saca todas las conclusiones: la cabeza, completamente desconectada de sus entrañas e incluso de sus extremidades, sin estar atada a la naturaleza ni a la gente y ni siquiera a su maquinaria, es libre de hacer lo que desee, aunque sea antinatural, inhumano o irracional. Tan solo el asesinato de Calígula por parte de sus guardas evita que la cáscara se quiebre en mil pedazos.

Nerón, el quinto, lleva todavía más allá la libertad artificial del príncipe. Se dice que era una persona honrada, así como bien dotada antes de su ascenso. Sea como fuere, Nerón rápidamente se da cuenta de lo que ya había visto Calígula: la cabeza suelta del Leviatán tiene acceso a una libertad artificial que no está al alcance de ningún ser vivo. Todos los demás son libres dentro de los límites que establece la naturaleza, son libres cuando no están condicionados por ningún otro límite. En cambio, el emperador romano no está condicionado por ningún tipo de límite, ni siquiera por los de su propio carácter, porque como emperador tiene tan poco carácter como Optimus Maximus. Puede ser absolutamente arbitrario, tanto puede hacer una cosa como la opuesta, y si vigila de cerca a sus escoltas nada ni nadie puede pararlo. Puede asesinar a su propia madre y divinizar a su esposa Popea Sabina. Puede destituir, torturar y matar con un

simple gesto. Puede sentirse como Palas Atenea y como Zeus al dar la libertad a los griegos y quitársela en el acto. Incluso puede sentir la alegría de los resistentes al incendiar Roma y observar cómo se quema. Puede volar tan libremente como los visionarios de las comunidades antiguas, pero a diferencia de ellos, que volvían a sus cuerpos y compartían su experiencia, Nerón sigue planeando por encima de la naturaleza y de la humanidad sin nada más que compartir que su ruina.

Algunas de las líneas más insólitas jamás escritas son elogios a la cáscara, desconectada pero letal, llamada Imperio romano. Gibbon se centra en el período que ocurre entre el duodécimo y el decimoséptimo emperador y lo llama «el período más feliz y próspero» de la humanidad. ¿Por qué? Porque es el único período en el que los emperadores romanos fingen no saber lo que Calígula y Nerón sabían, actúan como si el príncipe de Roma fuera un ser humano normal como cualquier otro, hacen ver que todo va bien en Roma. Rostovtzeff dice que hasta la llegada de los Estados Unidos y la Inglaterra modernos jamás «un número de personas tan grande había disfrutado de tanta comodidad... y nunca ¡tampoco en los Estados Unidos ni en Inglaterra, se había vivido en un entorno de edificios y monumentos tan bonitos!». La afirmación de Rostovtzeff revela exactamente lo que observará.

Este período tan elogiado es, ni más ni menos que la época en que la descomposición de la máquina alcanza su máxima

velocidad. Los resistentes del interior que intentan derrumbar la enorme máquina empiezan a recibir ayuda del exterior. Finalmente, la acción coordinada de los resistentes del interior y del exterior hará que la Tierra se libre de Roma.

Cuando empieza el período de bonanza de Gibbon, Nerva accede al trono romano mientras que Ban Chao, en el lado opuesto del mundo, conquista la cuenca del Tarim, empujando oleadas de nómadas pastorales hacia el oeste. Una oleada de escitas y de alanos llega a Dacia –a las orillas del Danubio– y a las fronteras de Anatolia. Algunos sármatas son adoptados por los dacios y luchan junto a ellos contra Roma. El sucesor de Nerva, Trajano, emperador por la gracia de su ejército, no puede ni expulsar ni absorber a los danubios, no logra reducirlos a una provincia romana. El ejército romano extermina a toda la población dacia y repuebla la región con romanos, igual que se hizo en Cartago. Sin embargo, los cartagineses eran los últimos fenicios, mientras que los dacios son la punta de un iceberg en expansión.

Roma ha proclamado una guerra genocida contra la población que queda de Eurasia, ya no puede reducir todavía a más seres humanos a meros provincianos. El siguiente militarista, Adriano, intenta levantar murallas ante los atacantes, pero los muros aprisionan al Imperio romano. A partir de este momento, la cáscara repugnante empieza a agrietarse y ningún pegamento la puede reparar.

La última victoria de Adriano es contra los resistentes

judeos y es una victoria tan «feliz» para Roma como la victoria sobre Dacia: los romanos masacran a los rebeldes, destruyen Jerusalén, expulsan a los judíos del Levante y, así, lanzan a los judíos a la diáspora y envían a los resistentes judeos inspirados por Isaí a hacer proselitismo por todo el reino.



XI

EL IMPERIO ROMANO SIGUE DESCOMPONIÉNDOSE A UN RITMO RÁPIDO, aunque no lo bastante deprisa para los resistentes. Cada año trae nuevas sorpresas, a cada estación saltan más resortes y se atascan más ruedas; pero el gusano artificial perdura, perdura demasiado tiempo para que todos los movimientos de resistencia permanezcan intactos.

Cabe recordar que las máquinas tienen la perversa habilidad de hacer lo mismo del mismo modo durante todo el

tiempo que funcionan. Se trata de una habilidad inherente a las máquinas, las personas no la tienen. Las personas cambian, mueren, son sustituidas por otras que sienten y se comportan de otra manera.

Los primeros resistentes tienen algunas ideas muy claras y potentes, mientras que las generaciones que les siguen acaban invirtiendo todas esas ideas y en su cabeza el compromiso inicial se transfigura.

En retrospectiva podemos ver que los caminos de la traición ya están trazados antes de que nadie los recorra, lo cual explica por qué la traición sigue estos caminos, pero no por qué tiene lugar la traición.

Yo considero que la explicación debe buscarse en primer término en el Leviatán, y solo luego en el bagaje heredado de los primeros resistentes.

El Leviatán sitúa a los seres humanos en una situación en la que no se encuentran en ningún otro lado de la biosfera, excepto en lugares poco corrientes como Sumer. En Sumer, el clima secaba los campos y los inundaba, y no en una o dos ocasiones a lo largo de una vida, sino una y otra vez. En ninguna otra parte, ni en las tierras que limitan con hielo ni en las tierras que limitan con arena, la naturaleza fuerza a los seres humanos a convertirse en reflejos de sus desastres. El Leviatán coloca a todas y cada una de las personas a las que alcanza en dicha situación. Sus recaudadores de

impuestos, sus reclutadores, sus proveedores, sus violadores y sus estafadores golpean a la gente con la regularidad de un reloj, forzándoles a llevar a cabo respuestas defensivas constantes, que poco a poco también asumen la regularidad de un reloj.

Los rebeldes que participan en los banquetes de los ágapes, en las fiestas de la reencarnación y de la renovación, de repente o gradualmente, se escabullen de las tareas que los guardianes del orden romano esperan de ellos.

El Estado responde a esta huida denigrando, persiguiendo y encarcelando a los resistentes, e incluso echa a alguno a las arenas con leones hambrientos para entretener a las masas que asisten al circo.

Los resistentes tratan de protegerse forjando lazos fuera de los banquetes de los ágapes, incluso buscando protección entre los guardas. Esto es comprensible, dada la magnitud de la persecución, pero a posteriori ya advertimos que dichos lazos, que no parten del amor y no se basan en el compartir, con el tiempo forman un nudo corredizo que estrangula el compromiso inicial. Los resistentes crean vínculos que más tarde les atan a lo que los militantes de nuestros días llaman la Organización.

Al principio, los visionarios rebeldes iban a una con todas las tendencias de afirmación de la vida, y por lo visto, podían tomar lo que quisieran de los otros con total libertad. Pero

nada más definirse como cristianos, deben dejar muy claro a sus adeptos y a sí mismos cómo se diferencian de los seguidores de Moisés, de los entusiastas de Mitra, de los que celebran a Isis, Osiris y Serapis. Y en cuanto queda claro, deben convencerse a sí mismos de que su grupo posee la concepción más válida o más verdadera, dado que si la tuviera otro grupo les faltarían razones para seguir siendo cristianos.

Una vez los cristianos se han desvinculado de los demás resistentes, no falta mucho para que se giren en su contra. Los cristianos ya no están unidos con todos los grupos que afirman la vida. Primero, se ponen en contra del modo en que los demás afirman la vida y, poco a poco, se vuelven en contra de la vida misma.

Llegados a este punto encuentran fórmulas que ya existen: los caminos que han trazado sus precursores para ellos. «No tendrás dioses ajenos delante de mí». Esto acaba con Isis, Osiris y Serapis. Los cristianos añaden el insulto a sus agravios al llamar idólatras a sus antiguos amigos. Se lo echan en cara de muy mala fe, porque los cristianos saben perfectamente que Isis y su hermano son grandes símbolos de acontecimientos primordiales, símbolos que han atribuido a su propio Isaí, a quien ahora llaman Jesús. Hablan de la idolatría vociferando sin prestar atención a su propio bagaje, sin ver que la abstracción que han heredado del Libro antiguo, el rey de los reyes, la abstracción de Lugalzagessi, no simboliza nada primordial, ni siquiera nada

natural. Vociferan contra la idolatría sin acordarse de que son ellos los que acarrearán un ídolo por todo el mundo.

La Organización parece tener su propia lógica. A algunos miembros se les da mejor que a otros dar explicaciones sobre su ídolo en su armario, quienes pronto se convierten en «pastores». El título de los que no saben explicarse tan bien es obvio. Pronto se habla de pastores que desorientan a su rebaño y de falsos profetas. ¿Pero quién puede decir que un profeta es falso? Solo los pastores más conscientes, que ahora se llaman presbíteros y diáconos. Pero incluso los diáconos desatinan, y sus errores solo los puede señalar un diácono de diáconos, un obispo.

Cada grupo que participa en los banquetes de los ágapes se convierte en una iglesia. Los compromisos pasados de muchos de estos cristianos los predisponen a aceptar jerarquías de algún tipo. Habían considerado a su Osiris un líder con apóstoles. Muchos se habían considerado seguidores del líder Moisés.

Aun así, para muchos de ellos las iglesias empiezan a parecerse a las provincias del Imperio romano, lo único que falta es el emperador. Un romano acorazado que consigue llegar al cargo de obispo anuncia que las agrupaciones son iglesias auténticas únicamente si sus obispos son «nombrados por Pedro y Pablo», lo que quiere decir, por un portavoz auto-proclamado como Pedro y Pablo. Como él mismo.

LOS DESCENDIENTES DE LOS RESISTENTES, AL RECLAR ANTE LA IMAGEN REFLEJADA DEL MONSTRUO, se han metido en sus fauces. Muchos lo saben y los pastores los deben manipular rápida y bruscamente para no perder a sus rebaños. Copian la artimaña de Darío de ponerse Ahura Mazda como vestimenta externa. Los jerarcas se presentan a sí mismos como la puerta de la salvación, pero todo el mundo se da cuenta de que no llevan a ningún lado, de que ejercen el poder sobre las congregaciones, tal como los oficiales romanos.

De esta manera, los oficiales de la Iglesia copian otra ardid a los persas: sitúan la salvación en el reino de la muerte. ¿Y quién puede estar seguro de que el obispo no es la puerta de dicha salvación?

La Iglesia seguirá este camino mucho más allá, pero ya hay algunos resistentes que se desvinculan de los cristianos por las mismas razones que otros abandonaron la Roma imperial.

Los visionarios llamados gnósticos rechazan todo intento de organizar contramonstruos para combatir al monstruo que encadena al mundo. Dicen que los arcontes, especialmente el arconte de los arcontes del Antiguo Testamento,

no solo somete el cuerpo, sino que también guarda en cautividad el espíritu de los seres humanos, lo encierra en la armadura y adormece a la gente. Los gnósticos pretenden quitarse la armadura, despertarse del sueño e insisten en que este despertar solo puede darse si uno mismo recuerda los acontecimientos primordiales que originaron el monstruo, no si los olvida.

En Anatolia, donde otrora bailaba Cibeles, un gran círculo alrededor de las profetisas Priscila y Maximilia y un hombre llamado Montano mantienen vivo el espíritu de la resistencia inicial y lo ahondan. Están convencidos de que el imperio se está derrumbando y hacen todo lo que pueden para que se derrumbe rápidamente, incluso se niegan a tener hijos para las legiones y las plantaciones romanas. Con la afirmación «El reino de dios está en vosotros» interpretan que todos los hombres y todas las mujeres son un visionario en potencia. Más tarde la Iglesia cristiana los liquida por haber fracasado en reprimir la humanidad de las mujeres. Los cristianos oficiales no reconocen a las profetisas de este grupo y se refieren a ellas como los montañistas, partiendo del nombre del hombre. Los que forman parte del círculo de Priscila consideran que las mentiras y los acuerdos de los cristianos oficiales son abominaciones y están convencidos de que estos no conocerán el paraíso ni en este mundo ni en ningún otro.

Muchos otros resistentes repelen la romanización de los cristianos y algunos vuelven a los círculos alrededor de Isis y

siguen afirmando y experimentando la alegría de la generación y regeneración de la Tierra.

A otros les atraen las visiones de un hombre llamado Mani, el cual adopta las clarividencias liberadoras de los budistas, los zoroástricos, los gnósticos y de los primeros cristianos, pero rechaza el Antiguo Testamento y su dios leviatánico. Las palabras de Mani se expanden desde Persia por todo el Imperio romano, y se extienden por el este hasta la muralla china, pero él mismo acaba siendo víctima de Shahanshah, el rey de los reyes de un Imperio persa renovado.

El Imperio parto estaba en declive cuando las legiones dirigidas por el romano Trajano y, más tarde, aquellas que envió el romano Marco Aurelio debilitaron las últimas fuerzas de Partia. El vacío que quedaba no lo colmó la luz zoroástrica, sino el ejército de un persa llamado Ardashir, el nieto de Sasán, que se proclamó a sí mismo rey y luego Shahanshah por la gracia de Ahura Mazda.

Es en este contexto que Mani, un joven zoroástrico familiarizado con la filosofía griega y con varias tendencias del movimiento de resistencia del mundo romano, experimenta una visión. Ve la riqueza y el poder de los nuevos soberanos persas como presentes del devorador de luz Ahriman, no como presentes de Ahura Mazda.

Expulsado de Persia por el sacerdocio zoroástrico que desarrolla, Mani encuentra refugio entre los budistas indios,

que confirman lo que ya sabe, a saber, que el Leviatán no es la realidad última, que no es ninguna realidad,

Mani regresa a una Persia renovada durante el reinado del rey Sapor, más tolerante, pero observa que la gente quien ama a Zaratustra, los labradores que celebran la fertilidad viva de la Tierra, son los más oprimidos del reino, están sujetos a impuestos inasumibles sobre la tierra y sobre las personas, a trabajos forzados y a reclutamiento militar.

Mani no se reconcilia con el oscuro mundo leviatánico, está convencido de que la luz prevalecerá, aunque hagan falta mil cuatrocientos años de fuego incesante para reducir el monstruo a cenizas. El sucesor del rey Sapor, Valiram, encarcela al rebelde envejecido y los sacerdotes zoroástricos oficiales le asesinan en la prisión.

Al oeste de Persia, la gran cáscara todavía llamada Imperio romano se desvincula de sus contenidos humanos hasta tal punto que la gran extensión pierde por completo toda lógica.

Las legiones acorazadas, con todas sus tecnologías avanzadas, todavía invaden las provincias de un extremo a otro, pero ya no forman parte del gusano artificial. Las legiones

también se han soltado, no funcionan por otros objetivos que los suyos.

El monstruo ya no tiene cabeza, dado que hasta la metrópolis ha sido reducida a otra simple provincia, a otro simple objeto de pillaje para la legión más poderosa.

El emperador Septimio Severo exhibe la cabeza de su predecesor en Roma, pero presenciar este tipo de espectáculo es el único privilegio que todavía conservan los que viven en la capital. El Senado hace tiempo que es una reliquia sin poder. Las leyes las hacen y las aplican los guardas pretorianos y los dirigentes militares reclutados en otras provincias.

Los cristianos y otros resistentes son perseguidos. A los propietarios de tierras se les presiona hasta el endeudamiento y se les reduce a la misma condición que los esclavos: son siervos en los latifundios propiedad de héroes militares ausentes.

El emperador Caracalla impone todavía otro impuesto oneroso al llamar ciudadanos a todos los sujetos y, por lo tanto, los considera deudores del impuesto ciudadano, que los siervos pueden pagar en especie.

La actividad de toda la población esclavizada sirve para abastecer a las odiadas legiones, cuyo principal objetivo es que su hombre fuerte llegue a emperador.

La putrefacción interna del leviatán romano se encuentra en un estadio tan avanzado que nadie entiende por qué el monstruo todavía se mantiene en pie. Ya no quedan poetas ni arquitectos que adornen la brutalidad. Los únicos pensamientos que se expresan son los de los resistentes. Los únicos pensamientos sobre Roma son especulaciones sobre cuál será el agente que acabará por derrocar al cadáver languideciente.

El agente que acaba derrocando el ya descompuesto leviatán romano toma la forma de tribus federadas provenientes de las estepas euroasiáticas. Lo que las incita a moverse no es solo Roma, sino el complejo leviatánico entero que ahora se extiende por la mitad sur de Eurasia.

En China, los campesinos inspirados por el Tao, la Vía, se atavían con turbantes amarillos, se arman con cualquier utensilio que pueda usarse como un arma e intentan expulsar el Leviatán de su parte del mundo.

Mientras los ocupantes chinos de la cuenca del Tarim regresan a China para reprimir a los campesinos, los cómplices acorazados de aquellos, se apresuran en sustituirlos e invaden las tierras de las comunidades de xiongnu. Muchos xiongnu permanecen en sus tierras natales y se defienden. Sus descendientes invadirán China tres o cuatro generaciones después. Otros xiongnu huyen hacia el oeste. Cuando llegan a los confines de Roma, se les llama hunos.

Durante los reinados de Septimio Severo y de su sucesor, estos hunos se alían con los alanos, los godos y otros pueblos de las estepas, y atacan a las caravanas que se desplazan entre Roma y la cuenca del Tarim. Puede que guarden rencor contra los comerciantes estafadores que dirigen estas caravanas, pero no lo sabemos.

Los ataques de los pueblos de las estepas y los contraataques de los ejércitos romano y persa provocan olas de movimiento en todos los rincones de Eurasia. Los godos, los alanos, los hunos y otros grupos aparecen en las fronteras septentrionales de Persia, en Anatolia, e incluso en Tracia por mar. Los francos, federados con los alanos de lengua túrquica, invaden las provincias galas conocidas más tarde como Francia y España.

Estos pueblos no llegan para reparar el leviatán romano, sino para enterrarlo, visto que usan las esculturas e inscripciones romanas como piedras para construir sus moradas.

Roma responde a los recién llegados como respondió a los Jacios: esclavizándolos y masacrándolos. Sin embargo, algunas legiones romanas son vencidas por las federaciones de recién llegados y, en una provincia tras otra, los soldados romanos, y a veces legiones enteras, unen sus fuerzas contra Roma con los recién llegados.

Y entonces ocurre algo que nadie esperaba. Ocurre el mismo año en que los xiongnu y otros grupos nómadas, en el extremo opuesto de Eurasia, invaden y desmiembran el Imperio chino.

Un legado y su legión, mayoritariamente compuesta de soldados cristianos, reprimen una revuelta en Bretaña y proceden a la invasión de Italia, donde destituyen al emperador y se instalan en los aposentos del poder. Este hombre fuerte, un tal Constantino, devoto tanto de Optimus Maximus como del Sol, atribuye su victoria al dios de sus soldados cristianos y se proclama él mismo cristiano.

Ahora el emperador es el Pontífice Máximo, es decir el gran sacerdote, no de Optimus, sino de Yahveh, y así la abstracción de los israelitas se convierte en el dios de las legiones romanas. Constantino es emperador por la gracia de Jesucristo y la mayor tendencia del movimiento de resistencia interna es recuperada.

De ahora en adelante el dios cristiano marcha al frente de las legiones romanas. Y cualquier dios que marcha al frente de las legiones romanas es un gemelo de Optimus Maximus.

En el Concilio de Nicea, el teólogo recién llegado Constantino insiste en el hecho de que el Padre, el Hijo y el Espíritu están en el mismo nivel y están hechos de la misma

materia. El Hijo ya no es Osiris–Serapis el reencarnado. Los tres son ahora una nueva abstracción con tres cabezas y sus atributos colectivos son los de Optimus Maximus. El Padre no representa un problema para los teólogos del concilio, porque ya tenía los atributos de Optimus. En cambio, el Hijo no puede ser reducido e invertido tan despiadadamente. Bueno, sí que puede. Calígula y Nerón demostraron que el emperador de Roma puede hacer cualquier cosa. Constantino lo vuelve a demostrar.

Todos los que se oponen a esta mutilación son llamados cismáticos y herejes. La resistencia ha llegado al poder, pero su primer objetivo es liquidar toda resistencia. Las guerras de los israelitas contra los amonitas, edomitas y moabitas se recuerdan ahora como precedentes de una guerra santa y los que ahora persiguen a los resistentes llevan aureolas.

Optimus Maximus, ese algo o alguien, no se había implicado en los asuntos de otras divinidades, pero ahora que se ha convertido en Yahveh, el dios celoso que no quiere a ningún dios delante, detrás o a su lado, proclama una guerra sin precedentes contra todos los demás dioses (sin precedentes salvo en Judea). Los primeros en caer ante el acorazado ídolo de los ídolos son los dioses que simbolizan los acontecimientos naturales primordiales: Isis, Osiris, Serapis, Mitra. Y en cuanto se han barrido todos los creyentes excepto los cristianos, la ira de las legiones teológicas se vuelve en contra de los cismáticos y los herejes cristianos.

La caza a la herejía invierte todos los principios que habían defendido los cristianos. A partir de entonces, la fórmula «Os digo» solo puede pronunciarla el Pontífice Máximo. Cualquier otro individuo que exprese sus visiones es un falso profeta o, aún peor, un instrumento de Satanás.

Las historias que cuentan cuatro amigos del Jesús crucificado se acoplan entre las páginas de un libro, llamado los Evangelios, y se proclama que son las palabras definitivas, el último testamento. No habrá más visiones, no habrá más especulaciones, no habrá más revelaciones, no habrá más sueños. Si Optimus–Lugalzagesi tiene algo que decir a Su congregación, lo transmite a través de los oficiales de la congregación.

Las lanzas y las dagas, los motores de guerra de los ejércitos romanos apuntan ahora no solo a los invasores y a los conspiradores, sino también a la imaginación de los soñadores y los visionarios. Los barrotes y las cadenas que encerraban cuerpos ahora encarcelan mentes. Los gnósticos ya no salen de sus lugares de estudio, los maniqueos huyen para salvar sus vidas. Los anatólios inspirados por Priscila, Maximilia y Montano para expresarse libremente y compartir sus visiones, sienten repulsión ante la perspectiva de que se les impongan los obispos del emperador Justiniano, así que se encierran en sus iglesias y les prenden fuego.

Este es el momento en que el cristianismo deja de ser una

vía, un movimiento de resistencia, para convertirse en religión, en culto. Ya no lleva a ninguna parte y no promete nada, porque sus curas y obispos ya han llegado, están situados exactamente donde querían: son a la vez pastores del culto y oficiales del Imperio romano.

¡Y ahora se dice al rebaño de ovejas que la brutalidad inhumana y antinatural del Leviatán no reside en el monstruo, sino en sus víctimas!

Los curas llaman pecado a la abominación y lo sitúan en los individuos que padecen sus estragos. Una vez más, el Antiguo Testamento cumple con los objetivos de las legiones acorazadas, porque explica que la primera mujer fue corrompida por Satanás, comió el fruto prohibido y cayó del Edén, llevándose con ella a toda la posteridad. Los misóginos romanos unen sus fuerzas con Moisés y declaran que los corruptos son las personas, no el rey de los reyes.

Los maniqueos manifiestan que las desgracias de la gente son miserias y no pecados, que los pecadores son los responsables de las brutalidades y no sus víctimas, y ahora los maniqueos son perseguidos por los cristianos romanos, de igual manera que anteriormente los cristianos eran perseguidos por los paganos romanos.

El leviatán romano intenta reconstituirse engullendo su negación, pero ya es demasiado tarde. El emperador cristiano cabizbajo camina hacia Bizancio para fundar una nueva

capital, mientras los escoceses celtas y los pictos con el cuerpo pintado y armados con flechas invaden la gran isla situada más allá de la provincia más occidental del imperio, mientras los francos y los visigodos se establecen permanentemente en Galia, y mientras los alanos, los godos y los hunos no muestran ningún respeto por el muro del emperador Adriano.

Por fin, la bestia artificial se quiebra. El imperio se divide en dos. Bizancio la griega se convierte en la nueva capital, pero tan solo de medio imperio. Las provincias del oeste, por su lado, corren la misma suerte que la isla más occidental y al caer, dirían los curas, pecan porque abandonan el refinamiento que les había concedido la civilización romana.



XII

LA ANTIGUA CIUDAD GRIEGA LLAMADA BIZANCIO hereda todo el refinamiento de la civilización romana, y también toda su podredumbre. Se convierte en la cabeza de la mitad del gusano anterior. Retiene la maquinaria del gusano entero, mientras la cabeza sigue descomponiéndose y disminuyendo.

Los antiguos límites del Imperio romano son el único reino del cielo con el que están comprometidos los emperadores de Bizancio. Las abominaciones que los primeros cristianos aborrecían son ahora el paraíso para los cristianos bizantinos.

Todo lo que el cristianismo aporta a este heredero oriental de Roma es «No tendrás dioses ajenos delante de mí», el intento fanático de imponer lo que los imperialistas posteriores denominan *Gleichschaltung*: la eliminación de todas las festividades excepto una, la reducción de los seres humanos a ejércitos desfilando al compás de la tonada oficial. Esta *Gleichschaltung* la aplicarán leviatanes muy posteriores que aprenderán a reducir a la gente a meros apéndices de la tecnología.

El Imperio bizantino no logra cumplir ni sus objetivos romanos ni los cristianos, porque no es sino una secuela languideciente del leviatán romano en rápida descomposición.

La guerra contra todo dios excepto el Optimus Maximus de tres cabezas se desarrolla con el fanatismo y la perfección de los israelitas, de quienes se hereda este extraño compromiso.

El Estado-templo se inaugura ya durante el reinado de Constantino y se saquean los centros paganos para decorar la iglesia del Estado. Los obispos y los curas están exentos de pagar tributos y, puesto que las fortunas de los ricos se legan

a la Iglesia, sus administradores se enriquecen tanto como los amos de latifundios.

Quienes pagan los tributos, de hecho, son los siervos, los campesinos fijos en plantaciones, a quienes se obliga a entregar un tercio de sus cosechas.

En la provincia del norte de África, los campesinos armados con garrotes se rebelan para restaurar su igualdad perdida y los dirigentes bizantinos declaran una guerra santa contra los curas que están del lado de los campesinos. Estigmatizan la rebelión como una herejía donatista.

La guerra contra el paganismo y la herejía se detiene brevemente cuando un veterano llamado Juliano trata de restaurar los dioses paganos por la misma razón que Constantino eligió el dios cristiano: para incrementar la capacidad asesina de las legiones. Aun así, Juliano aniquila toda fe en la capacidad asesina de los dioses paganos cuando dirige una legión para devastar Persia, ordena que sus navíos se quemen tras suyo y fallece junto con el grueso de su legión antes de alcanzar la capital persa.

Es inútil especular sobre si la victoria de Juliano habría restaurado la respetabilidad de los dioses paganos; en cambio, sabemos que su derrota sella su destino. Sus sucesores inmediatos prohíben todas las prácticas salvo el cristianismo, cierran los templos, los expropián e instauran una inquisición. Los que celebran a Isis, Osiris y Serapis se

convierten en criminales perseguidos por la policía teológica. A los maniqueos se les niegan todos los derechos y pasan a ser objeto de pillaje y persecución.

El intento de eliminar la diversidad humana fracasa. Tan pronto como todas las creencias y ceremonias no cristianas son eliminadas, la misma diversidad de creencias y ceremonias reaparece entre los cristianos y la guerra contra los paganos se convierte en una guerra contra la disidencia interna de los cismáticos y herejes.

Si el cristianismo consistiera tan solo en el Lugalzagesi-Optimus, sería una prisión muy angosta y la *Gleichschaltung* podría ser un objetivo asequible. En cambio, como observa Gibbon, el cristianismo es una amalgama de politeísmo, ceremonias paganas, mártires míticos, reliquias, milagros, santos, incienso y cirios. Antaño intentó abarcar un ancho movimiento de resistencia y retiene su pasado como un bagaje permanentemente fijado en sus Evangelios.

Los llamados campesinos donatistas que se rebelan contra sus amos son herejes, porque piensan que los dueños de tierras ataviados con cruces, los oficiales ricos y los escuadrones militares violentos que reprimen a los campesinos no tienen nada en común con Jesús ni con los apóstoles de los Evangelios. Estos campesinos africanos se encuentran entre los primeros de una larga tradición de rebeldes que acusan

a los cargos cristianos de ser anticristos. Bizancio envía una legión para reprimir a los campesinos y a los herejes, pero fracasa. Los campesinos invitan a una tribu gótica que los bizantinos llaman vándalos, quienes se establecen en el norte de África como salvadores de los donatistas. Los vándalos construyen una gran flota, toman el control de la mayor parte del comercio mediterráneo y contienen a los ejércitos bizantinos durante cuatro generaciones y media.

Pero no todos los herejes encuentran salvadores. Ya hemos echado un vistazo a las profetisas Priscila, Maximilia y a otros anatolios que consideran que los Evangelios pretenden fomentar la imaginación creativa y no reprimirla. Estigmatizados como herejes montañistas y perseguidos por la policía del emperador Justiniano, estos cristianos feministas se oponen a la persecución a la herejía inmolándose.

Los emperadores bizantinos declaran la guerra a los nestorianos egipcios y levantinos, que insisten en que el Hijo era un ser humano, y luego a los monofisitas, que insisten en que era dios.

Aun así, las victorias contra ídolos, idólatras y herejes no tienen más resultados para Bizancio de los que tuvieron para los israelitas. Los restos del Imperio romano siguen descomponiéndose. Los visigodos y los ostrogodos instalan campamentos justo en los confines del imperio decididos a quedarse. Los hunos se establecen justo en el norte de la frontera, vencen a todos los ejércitos que Bizancio envía

contra ellos y consiguen que los pagos tributarios deje de recibirlos el emperador romano para que los cobren los «pastores escitas».

Los hunos ya no huyen del Leviatán. Acorazados con rasgos y tecnologías leviatánicas durante su larga guerra defensiva, ahora atacan todos los frentes. Han invadido China. Han destruido el Imperio gupta de India. Han derrotado los ejércitos bizantinos. Vencen al soberano zoroástrico Peroz y se instalan en las provincias orientales de Persia.

Tras la caída de los ejércitos persas a manos de los hunos, empieza una revolución social en Persia. Los maniqueos y los zoroástricos radicales se rebelan contra el clero y la nobleza, redistribuyen las tierras y establecen comunidades sin clases donde el compartir sustituye la acumulación. La aristocracia sasánida y el clero zoroástrico son derrocados. El emperador bizantino escoge este momento para invadir Persia.

La perspectiva de una esclavitud bizantina atemoriza a los revolucionarios persas, porque conocen de sobras el gran número de herejes cristianos perseguidos que se han refugiado en Persia. Los aristócratas persas reclutan un ejército de hunos y árabes para aplastar la revolución y masacrar a los maniqueos. La nobleza y el clero persas son restaurados, pero no por mucho tiempo. Tanto los bizantinos como los persas ensanchan sus ejércitos con reclutas de Arabia. No saben que están entrenando a quienes los enterrarán.

Ahora, otro gran hombre de la civilización accede al trono de Bizancio: un belicista llamado Justiniano que intenta volver a los tiempos en que las legiones acorazadas devastaban el mundo de una punta a otra.

El autócrata Justiniano envía un gran ejército marino al norte de África para devastar el reino de los vándalos que habían salvado a los campesinos donatistas.

Entonces el ejército bizantino intenta reincorporar Roma en el Imperio romano expulsando a los godos y, para ello, se dispone a invadir y despoblar Italia. Los campesinos que se salvan de los ejércitos mueren debido a las hambrunas. Las ciudades italianas son abandonadas por sus habitantes hambrientos. Los bizantinos, en efecto, aplastan a los ostrogodos y recuperan Roma, por lo menos hasta que llegan los lombardos y acorralan a los oficiales bizantinos hasta sus últimos puestos de apoyo, Venecia y Rávena.

Tras despoblar Italia, los bizantinos se dirigen contra Persia.

Estas guerras agotan a los dos leviatanes que quedan en el oeste de China. Estas grandes empresas militares, con sus caras tecnologías y sus enormes ejércitos, las sostiene el campesinado esclavizado, no una red mercantil. La Persia sasánida es heredera de los gusanos terrestres del Creciente Fértil, y no queda nada de griego en el Imperio bizantino salvo su localización y su lengua.

Bizancio no tiene más de pulpo de lo que tenía su pariente romano. Bizancio es un gusano con flota y su riqueza no es fruto de la circulación de mercancías en las bodegas de los navíos, sino de las cargas que soporta el campesinado. Por ello los campesinos son hospitalarios con los invasores que hacen incursiones en el territorio bizantino. Los invasores crecen en número a medida que los leviatanes agitan más las estepas y Arabia.

Los bizantinos sobornan al pueblo avaro para saquear y destruir las comunidades de eslavos.

El mismo año, los persas sobornan a algunos turcos que disponen de armas de hierro para saquear a los hunos y a otros turcos.

Más tarde, los eslavos y los turcos desmembrarán ambos imperios y los campesinos les acogerán como liberadores de una opresión insoportable.

En sus guerras continuas entre sí, Bizancio y Persia recurren a cada vez más reclutas provenientes de Arabia. Los persas, atacados por los árabes en coalición con Bizancio, ocupan el Levante y Egipto, además de una parte de Anatolia, Llegan a alcanzar las murallas de la capital de Bizancio con un ejército de avaros, búlgaros, judíos y eslavos.

El emperador bizantino Heraclio contraataca con un ejército de jázaros. Los bizantinos y sus tropas turcas invaden el Levante y plantan la Vera Cruz en Jerusalén para celebrar su victoria sobre los zoroástricos, los judíos y los herejes.

Si los bizantinos saben que un hombre llamado Mahoma y sus seguidores, en este preciso instante, están ocupando Medina, no lo consideran una información muy relevante.

Cuatro años más tarde, los seguidores de Mahoma vencen a un ejército bizantino en el sur del Levante. Durante los siete años siguientes, estos árabes que ahora conocen al dedillo la tecnología y la táctica militar bizantinas ocupan toda la provincia romana de Siria, incluyendo Jerusalén y la capital provincial Cesárea, todo Egipto con la griega Alejandría; y una generación y media más tarde, todo el norte de África, que había sido recuperado muy recientemente de los vándalos a un alto precio, incluyendo la bizantina Cartago. Y donde sea que lleguen los invasores, los campesinos oprimidos y los herejes perseguidos de Bizancio les reciben como liberadores.

A estas alturas el Imperio romano está confinado en Anatolia y los Balcanes. Ahora todo Bizancio se interesa por los seguidores de Mahoma, mientras que las antiguas provincias romanas remotas tan solo interesan a los anticuarios.

El sucesor del monstruo que en su momento comprendía un tercio de los pueblos de Eurasia todavía existe, pero ya

no es un leviatán viable. La capital, que todavía simula ser la cabeza de un leviatán que abarca el mundo entero, sigue manteniendo una corte imperial y sus cuerpos de guardas, una nobleza cuyos antiguos latifundios remotos son tan lejanos como las antiguas provincias romanas, suficientes curas para guiar a un continente de ovejas, así como el ejército imperial.

Se puede decir que los campesinos que quedan están expropiados. Las consecuencias son evidentes. Los campesinos búlgaros se unen a un soberano local que se autoproclama Krum, los campesinos eslavos se autoproclaman independientes de los bizantinos y, por último, los campesinos anatolios acogen a los turcos selyúcidas como liberadores de una opresión humanamente insoportable.

Los caballeros francos y normandos llegan de las antiguas provincias occidentales de Roma, pero no como aliados, sino ávidos del botín de lo que queda del imperio.

El momento más miserable llega cuando los venecianos, descendientes de los últimos bizantinos de Italia, desvían la cuarta cruzada y hacen de Bizancio la víctima del fanatismo avaricioso de los caballeros occidentales.

La polis de Constantino es lo único que queda del Imperio romano.

La caída ha sido larga, tanto que nadie recuerda lo que se supone que debía llegar después de la caída del cuarto reino. Así pues, a nadie le sorprende que el ejército turco de un tal Osmán cruce Anatolia (una región que los turcos llaman «Roma») y convierta la polis de Constantino en la capital de un quinto reino.

Ya antes de que los turcos den el golpe de gracia, queda claro que la liquidación del paganismo y la herejía no ha contribuido a frenar la descomposición del Imperio y que la persecución de la herejía tampoco ha logrado acabar con la resistencia.

Bien mediante el contacto con turcos que recordaban a Mani o el contacto con persas que recordaban la gran revuelta del campesinado persa contra la nobleza sasánida y la aristocracia zoroástrica, los conversos búlgaros de Bizancio redescubren la herejía maniquea. Se consideran a sí mismos bogomilos, «los que aman a Dios» y consideran a los curas cristianos de Bizancio agentes de Ahriman, a quien llaman Satanás. Están convencidos de que los campesinos no son pecadores, sino que el pecado es que los opriman. Dicen que los malvados no son los pobres y miserables, sino los dueños de tierras y los recaudadores de impuestos que hacen a la gente pobre y miserable. Incitan a los campesinos

a alumbrar sus vidas y el mundo negándose a entregar sus cosechas y sus servicios a los agentes de Satanás.

Los búlgaros llevan el mensaje a los serbios y a los bosnios, quienes lo comparten con los italianos que habitan y visitan Dubrovnik. A su vez, los italianos llevan la antigua visión de Mani, formulada en la lengua del papa, a sus vecinos lombardos, normandos y francos.



XIII

CUANDO EL EMPERADOR BIZANTINO JUSTINIANO envió a Persia el ejército que había devastado Italia levantó más olas de las que seguramente pretendía.

El asediado dirigente persa Cosroes I Anusirvan, «el inmortal», era el responsable de la aniquilación y la masacre de los campesinos y maniqueos que se habían levantado contra la nobleza persa. Incapaz de contar con la lealtad de los campesinos persas recientemente reprimidos, el Inmortal envió reclutadores a Arabia y se enfrentó a los bizantinos con un ejército de nómadas a camello.

Los nómadas lucharon bien, entonces ambos leviatanes mandaron reclutadores a Arabia. Luego, los dos intentaron establecer guarniciones permanentes en la península.

Los bizantinos, aliados con los abisinios cristianos, ocuparon Yemen y destruyeron un reino judío donde los cristianos habían sido perseguidos. El año en que nació Mahoma, el ejército persa entró en Yemen y expulsó a los cristianos.

Mahoma y sus compañeros están al corriente de los poderes y las usanzas de los leviatanes.

En los tiempos de Mahoma probablemente hay poquísima gente en Eurasia y en gran parte de África que no esté acostumbrada a los leviatanes. Incluso las grandes islas de más allá del extremo oriental del continente han sido aprisionadas por un emperador, y un sucesor del primer emperador japonés ya ha aprendido o reinventado la estratagema de ponerse sus vestiduras «por la gracia de Buda».

Los árabes han estado más cerca que los japoneses de los mayores centros de actividad leviatánica. De hecho, han estado más cerca de ella que la mayoría de pueblos, y durante mucho tiempo.

Los acadios, que fueron los herederos del primer leviatán, eran muy cercanos a los árabes, igual que los cananeos y los arameos. Y algunos de los parientes abisinios de los árabes, al lado opuesto de una estrecha vía acuática, eran faraones de otro leviatán.

La mayor parte del comercio entre la India y el Mediterráneo ha cruzado Arabia durante generaciones y generaciones. Las caravanas de camellos árabes se han usado para transportar muchas de las mercancías. Y los árabes se han convertido en mercenarios y víctimas de los dos leviatanes que se baten en sus fronteras. Por lo tanto, saben todo lo que hay que saber sobre los leviatanes, y se han guardado bien de no encadenarse en uno propio.

EL HOMBRE LLAMADO MAHOMA CONDUCE CARAVANAS desde La Meca hasta Damasco para una mujer que se llama Jadiya. Está acostumbrado a tratar con los bizantinos como con los persas y con los cristianos tanto como con los judíos.

Ha conocido a hombres que han trabajado de mercenarios

para un ejército y para el otro, muchos de los cuales regresan orgullosos, no de sus cualidades, sino de las de sus pagadores. Creen que el sha inmortal o el emperador despótico es un dios y que Ctesifón o Constantinopla es el paraíso. Algunos de estos hombres convertirían Arabia entera en tal paraíso.

Mahoma está familiarizado con los hombres ricos, como los quraysíes de la Meca, que atribuyen con agradecimiento el origen de su riqueza a sus propias cualidades y su bienestar a su riqueza y que no comparten ni la riqueza ni el bienestar con nadie más. También conoce bien a algunos que atribuyen y agradecen su riqueza y su bienestar a una piedra.

Mahoma sabe por experiencia que puede llevar sus caravanas sin problema hasta Damasco solo gracias a los numerosos oasis, el buen clima, la fuerza de los camellos y la disponibilidad de alimento a lo largo del camino. Sabe que ni la riqueza, ni el emperador de Roma o el sha de Persia, ni una piedra le protegen durante la ruta. Sabe que estos no son dioses. De hecho, los asalariados de los ricos, los mercenarios bizantinos y persas y las piedras son algunos de los obstáculos del camino. Formula este conocimiento tal como lo hacen los judíos: «No hay más dios que dios».

Le desconciertan los judíos que insisten en que este dios es más violento y celoso que el sha y el emperador juntos.

Según su experiencia, el dios tiene una generosidad incalculable y es infinitamente clemente. De no ser así, pocas caravanas lograrían alcanzar Damasco desde La Meca. En esto, está más cerca de los cristianos, que consideran que el dios ama y es misericordioso. Pero ellos, en vez de expresar su gratitud hacia el dios misericordioso, pasan el tiempo filosofando sobre si el dios es uno o tres.

Los ejércitos persas invaden Siria, expulsan a los soldados romanos y a la Vera Cruz de Jerusalén, y llegan hasta Egipto.

Muchos Quraysíes se enriquecen enviando caravanas para abastecer a los invasores persas.

Los antiguos mercenarios bizantinos conspiran con agentes del ejército expulsado, a la espera de una riqueza todavía mayor con el regreso de los romanos.

Arabia cada vez está más leviatanizada.

Durante incontables años, Arabia ha estado rodeada de lugares abominables donde los ricos extorsionan a los pobres, donde los parientes y los amigos se engañan, donde los jefes eternos tratan con prepotencia a los subordinados hereditarios. Y ahora hay árabes que consideran que tales lugares son el paraíso y quieren convertir Arabia en un sitio así.

Al camellero y a sus amigos eso les entristece, o puede que les enfurezca. Saben que el mundo romano y el mundo persa

no son el paraíso clemente de dios, sino el del diablo. El visionario Mahoma sabe que el paraíso es igual que el lugar que los judíos llaman Edén, un lugar real situado en alguna parte de Yemen o Abisinia antes de que llegaran los grandes ejércitos y los comerciantes extorsionadores. Sabe que Arabia ya no es el paraíso, pero tampoco es su opuesto. La gente todavía trata a sus parientes como parientes; pocos descuidan a los pobres, las viudas y los huérfanos. Algunos son indecentemente ricos, pero no son prepotentes con nadie, porque saben que su fortuna es perecedera.

Mahoma y sus amigos no pueden hacer nada con los romanos y los persas, pero sí pueden asaltar las caravanas de los quraisíes y repartir los suministros entre los pobres.

Obviamente, los quraisíes empiezan a atacar a los saqueadores de caravanas.

El visionario y sus amigos huyen a Medina y se disponen a defenderse y organizarse un poco más seriamente. Aceptan en sus filas a cualquiera que comprenda que no hay más dios que dios y que demuestre dicha comprensión mostrando gratitud hacia el dios misericordioso.

Incluso se unen a la organización algunos judíos. Sin embargo, otros nómadas judíos camelleros son rechazados por sus ostentosas demostraciones de gratitud al arbitrario y violento todopoderoso. Estos se vuelven hostiles hacia la

organización y luego hacia los saqueadores. Los judíos hostiles son expulsados de Medina.

Llegados a este punto, el camellero y sus seguidores se han convertido en una «umma». Esta palabra se traduce como «comunidad» y en este caso se refiere a una comunidad de creyentes. Pronto, la umma deja de ser un círculo indefinido de amigos o una comunidad de parientes. El criterio de admisión no es el parentesco, sino el reconocimiento de que no hay más dios que dios. Los griegos la habrían denominado una polis, yo lo llamaría una Organización. Todavía no es un leviatán y Mahoma todavía no es un rey, pero ya es un *hakim*, un juez, algo bastante diferente a un pariente anciano.

Mientras los ejércitos del emperador bizantino Heraclio expulsan a los persas del Levante y del interior, hasta las murallas de Ctesifón, Mahoma y sus aliados de Medina se enfrentan a bandas de quraysíes en dos batallas y, contra todo pronóstico, los derrotan en ambas ocasiones. Los vencedores concluyen que el dios misericordioso está de su lado. Su ímpetu es imparable.

Nadie lo dice en publico, porque el profeta no lo hace, pero muchos sospechan que las postraciones al dios misericordioso no solo son buenas por sí mismas, sino que también contribuyen a las victorias ante las remotas posibilidades. El dios es, sin duda, pariente del Optimus Maximus de los cristianos, y hasta puede que sea la misma entidad.

El profeta fallece y su leal yerno Alí espera sucederle en su cargo, pero el suegro del profeta, Abu Bakr, es elegido califa, «sucesor». Abu Bakr tan solo vive dos años más, pero durante este tiempo la umma se convierte en un leviatán árabe y el sucesor se convierte en algo muy similar a un lugal, un sha, un rey.

El criterio para pertenecer a la umma se estrecha ligeramente: ahora es preciso reconocer que no hay más dios que dios y que Mahoma es su profeta. Aun así, más allá de eso no hay otras condiciones y muchos soldados bien entrenados se sienten atraídos por los ejércitos claramente triunfadores de la umma.

En dos años toda Arabia está unificada por ejércitos que parten de La Meca y Medina. Nadie es capaz de oponerse a ellos. Y el dios misericordioso recompensa a los soldados vencedores con botines incalculables.

Sin embargo, hay algo que se está obviando y es el hecho de que hasta entonces Arabia nunca había vivido bajo la invasión de los ejércitos, es decir, que jamás se había unificado bajo un gobierno militar.

No se obvia del todo, puesto que se producen revueltas y rebeliones por toda Arabia; ejércitos enteros desertan del mando de Abu Bakr. Los rebeldes seguramente están tan

furiosos como el mismo profeta en sus inicios, no creen que Arabia se esté convirtiendo en el paraíso.

Umar, un hombre bien instruido en materia militar y en métodos leviatánicos, sucede a Abu Bakr y toma el relevo de la insurgencia en todas partes de Arabia. Este hombre esquivo la ira dirigiendo sus ejércitos hacia el exterior, hacia la conquista del extranjero. Elige a sus generales entre los insurgentes y entre los odiados quraysíes.

Los ejércitos del califa invaden el Levante, toman Heliópolis, Emesa, Jerusalén, Alepo, Antioquía y Cesárea, acaban con cuarenta generaciones de civilización romana, se enriquecen con botines con los que jamás nadie había soñado.

Si algún soldado había pensado que el dios misericordioso no estaba de su lado, ahora ha cambiado de opinión. Claramente, el dios está luchando junto con los «musulmanes», los sumisos, y el botín es la recompensa del dios por el «islam», la sumisión.

Los guerreros musulmanes subestiman escandalosamente la ayuda que les brindan los campesinos cristianos y los zeks urbanos que, desde hace generaciones, sueñan con librarse de sus yugos. La mayoría de los cristianos reciben con los brazos abiertos a los musulmanes y de inmediato se someten al dios misericordioso, que por fin les libera.

Pero para los pocos que se resisten a los ejércitos del islam, el dios invasor tiene reservados todos los atributos de Lugalzagesi y de Optimus Maximus.

Bajo el mando de Umar y el de su sucesor Uzmán, los ejércitos musulmanes son recibidos como liberadores en la mayoría de provincias que quedan del Imperio romano y también en toda Persia, donde los campesinos no han olvidado su revolución sofocada.

Los gobernantes persas y sus sacerdotes zoroástricos encuentran refugio en la capital china Chang'an, donde se unen a los cristianos nestorianos expulsados de Bizancio por la policía de la herejía, y donde pronto les acompañarán los hunos que los ejércitos musulmanes han expulsado del palacio imperial de Bactria. Luego, llegan también a Chang'an embajadores bizantinos para pedir ayuda al emperador chino contra los ejércitos del islam.

EL NUEVO LEVIATÁN DEVASTADOR TROPIEZA CON DIFICULTADES justo al comienzo. Las intenciones de sus fundadores no pueden dejarse de lado con tanto desparpajo, o por lo menos no todas.

El tercer califa, Uzmán, es el yerno del profeta, pero también es descendiente de las familias Quraysh y Omeya que

lucharon contra este. Inmediatamente después de su ascensión sustituye a los generales y gobernadores elegidos por Abu Bakr y Umar por miembros de su familia. Estos hombres se enriquecen a base de botines. Sepultan cualquier vestigio de igualitarismo que quede en la umma y, por encima de todo, Uzmán asegura que su versión del mensaje del profeta es el único Corán válido y manda destruir todos los demás.

Los musulmanes coléricos atacan la casa de Uzmán en Medina y asesinan al califa.

Tras una guerra civil entre las dos facciones, Alí, marido de la primera hija del profeta, Fátima, finalmente accede al puesto de califa.

Sin embargo, las circunstancias de la ascensión de Alí, igual que los intereses materiales de los omeyas, conspiran contra él, que también es asesinado. Su hijo Hassan cede ante un omeya y, entonces, cuatro generaciones de califas omeyas y sus ejércitos extienden el islam hacia el oeste hasta las costas atlánticas africanas y hacia el este hasta la muralla china.

Pero la brecha entre las dos facciones no se superará.

Los defensores de Uzmán intentan reconciliar las comodidades de la vida leviatánica con los preceptos del profeta.

Los defensores de Alí, llamados chiitas, jamás se reconcilian con el poder que los odiados quraysíes ejercen en el

propio entorno del profeta. Tan solo unos pocos conciben su causa como un compromiso con las usanzas igualitarias de los nómadas camelleros árabes como el profeta, mientras que otros perciben la lucha puramente en términos genealógicos.

Otros, los jariyíes, rechazan tanto a Uzmán como a Alí e incluso en algunas de sus primeras manifestaciones rechazan también el Leviatán. Dicen que los musulmanes honrados eligen a un simple maestro, un imam, no a un dirigente. Dicen que los avariciosos en busca de poder en los palacios vigilados no son en absoluto musulmanes, sino infieles.

Los rebeldes igualitarios de todas las provincias del gran Imperio islámico, especialmente los chiitas, derrocan a los omeyas, que tan solo seguirán gobernando en España.

Sin embargo, los califas abasíes que llegan al poder, primero como aliados y después como represores de los igualitarios, no restauran ni la forma ni el espíritu de la umma de la época del profeta. Bien al contrario, lo que restauran es el leviatán aristocrático que la primera invasión musulmana había barrido de Persia.

Bajo el gobierno del segundo califa abasí, al-Mansur, se restaura la corte persa sasánida e incluso el protocolo, es decir, todo excepto el sacerdocio zoroástrico. Los recaudadores de impuestos extorsionan a los campesinos para

sostener las guerras, la ostentación, el arte, la arquitectura, como en tiempos pasados.

El Leviatán, esa excrecencia accidental que surge de las comunidades y luego las aniquila, se viste de nuevo con el manto de otra comunidad aniquilada.

El califato abasí es heredero de Sumer y Acad, de Fenicia, Babilonia y Persia. Su relación con el profeta es similar a la relación del Imperio bizantino con los apóstoles. En vez de gobernar por la gracia de Ahura Mazda, el califa y sus aristócratas gobiernan por la gracia del dios misericordioso. La persecución de los que celebran la naturaleza, la Madre Tierra, bajo la forma que sea, se ejecuta con tanta meticulosidad como en Bizancio y se captura a los maniqueos igualmente sin piedad.

A diferencia de sus vecinos bizantinos debilitados, los musulmanes no persiguen aquellas vías que se han convertido en religiones, como el cristianismo, el judaísmo, el hinduismo o el budismo, porque se dan cuenta de que las religiones son vías que han llegado a un acuerdo con el Leviatán.

El islam abasí es heredero de algunos de los mayores gusanos terrestres, pero también lo es del pulpo fenicio.

Es la primera vez desde la debacle de la Atenas de Pericles

que se combinan las dos formas de Leviatán en un mismo cuerpo durante largo tiempo. Esto hace a los musulmanes, cuya capital es Bagdad, mucho más griegos que los cristianos, cuya capital es Bizancio.

Los cristianos bizantinos son herederos de la antipatía congénita de Roma por cualquier clase de pulpo, una antipatía reforzada por el rechazo que tenían los primeros cristianos por todo tipo de leviatanes, los que tienen garras y los que tienen tentáculos. Por la gracia de Lugalzagesi-Maximus, los cristianos se reconciliaron con las garras, pero sus orígenes romanos no les predisponen a aceptar tentáculos independientes.

En cambio, el islam llega al mundo con tentáculos independientes. Los tentáculos no han llegado al islam a partir de los antiguos centros cananeos del Levante, puesto que estos perdieron prácticamente todos sus rasgos fenicios durante la larga ocupación romana.

Los tentáculos del islam proceden de la península arábiga, llegaron con los fundadores de este leviatán.

Las caravanas de mercancías cruzaban la península arábiga incluso antes del apogeo del imperio comercial fenicio y siguieron haciéndolo después.

Los primeros musulmanes, igual que el profeta, eran conductores de caravanas y transmiten el ambiente, los

preceptos y la experiencia de las caravanas en el libro que sirve de pretexto y de guía para todo el Imperio islámico, el Corán.

Los califas abasís y su red de gobernadores y ejércitos son tan solo una parte del leviatán islámico. Esta parte está formada por una oligarquía terrateniente con todas las tradiciones persas sasánidas excepto la lengua oficial, que en algunas regiones también vuelve a ser el persa. El monarca es un autócrata absoluto que gobierna mediante un visir, un cuerpo de policía, espías y ejércitos. La clase dirigente entera se sustenta con los métodos tradicionales de expolio y extorsión; que se imponen, en el exterior, sobre los extranjeros, expropiados y esclavizados, y, en el interior, sobre las mujeres, esclavizadas, y sobre los campesinos, reducidos a zeks agrarios.

Hasta aquí, el leviatán islámico no se diferencia de Asiria.

Pero esta no es la parte del islam que expande el Corán por el sur hasta África central y por el este hasta indonesia. El fervor inicial de los ejércitos de igualitarios que se embarcaban en guerras santas contra los monstruos oligarcas desaparece cuando los oligarcas dirigen los ejércitos. Este leviatán sería de un tamaño pequeño si los que lo extienden fueran visires y generales.

Tras el éxito militar inicial, es la otra parte del islam la que lo expande: una parte integrada por los herederos de los

nómadas árabes camelleros. No son los visires, sino los camelleros los que estiman el Corán, los que son imames (maestros) y ulemas (hombres instruidos), los que llevan el islam hasta reinos que los ejércitos del califa no alcanzan. También son ellos los que persiguen y aniquilan a quienes aman la naturaleza, a los maniqueos y otros «idólatras y herejes» que se niegan a verse reducidos a elementos supeditados en una red de circulación de mercancías.

El pulpo funciona dentro del gusano de manera casi totalmente independiente, en una situación de contacto mínimo. Los comerciantes, que se consideran los auténticos herederos del profeta, y sin duda lo son, no están vinculados a la jerarquía militar por ningún tipo de mediación. No tienen ni sacerdotes designados por el Estado ni un templo amparado por este.

En eso, los musulmanes se parecen a los judíos. No a los judíos antiguos que tenían un Estado, un rey, un templo y sacerdotes amparados por el Estado, sino a los judíos de la diáspora, que se congregan alrededor de un rabino, un maestro. Es comprensible, puesto que los primeros musulmanes, que se basaron mucho en las tradiciones del Antiguo Testamento, tan solo tenían contacto con los judíos de la diáspora, para quienes los sacerdotes y el templo amparados por el Estado eran algo exótico, reliquias a penas recordadas de un pasado desvanecido.

Los comerciantes musulmanes reconocen a las

autoridades militares por prudencia, no por convicción. Como observa M. Hodgson, los musulmanes consideran que los individuos son responsables ante Alá, no ante el visir, y –en principio– las únicas restricciones que aceptan son las que impone el dios misericordioso, no las que impone un mando del ejército. Dado que rechazan el concepto judío de «pueblo elegido» o nación, insisten en la libertad de movimiento sin restricciones de todos los camelleros que demuestran comprender el hecho de que no hay más dios que dios y que Mahoma es su profeta. Extienden estos derechos a otros comerciantes, aunque no sin reservas.

Por lo tanto, a pesar de que pagan de mala gana tasas fronterizas bajo el chantaje de altos cargos militares, no reconocen ningún límite nacional. Todas las provincias del reino son regiones apropiadas para el expolio comercial, aunque siempre dentro de los límites de la decencia impuesta por el Corán.

Los documentos dan a entender que los preceptos del Corán tan solo se aplican al comercio efectuado con otros musulmanes. No se impone ningún límite de decencia en el comercio con extranjeros considerados sucios, idólatras o demoníacos. El comercio con foráneos toma forma de piratería, expolio y expropiación, y los comerciantes en el extranjero no dudan en reducir a mercancías incluso a los seres humanos.

Así pues, el leviatán islámico no está formado exclusiva ni

fundamentalmente de colmillos y garras, sino que es una amplia red de tentáculos que se mueven tanto por tierra como por mar. Dichos tentáculos son caravanas comerciales que transportan mercancías empleando dromedarios, caballos, camellos o las bodegas de barcos.

El expolio de la biosfera mediante sofisticados aparatos tecnológicos avanza a pasos agigantados. En Asia central, se explotan grandes minas de plata. Después se refina el metal y se transporta a China, donde se intercambia por seda y porcelana. En India se intercambia por especias y marfil. Los mercaderes ya no tienen que tomar notas en tablillas de barro o en papiros egipcios. El papel y, más adelante, las técnicas para fabricarlo, salen de China hacia todos los centros de comercio islámicos. Se utilizan molinos de agua en la producción agrícola de Mesopotamia y se hacen mejoras tecnológicas en todos los vehículos terrestres así como en los medios de transporte marítimos. El ingenio humano se derrama en los aparatos y los recipientes que contienen y conservan lo precioso y lo perecedero.

(No puedo evitar mencionar de nuevo la estúpida teoría que explica cómo las fuerzas productivas «maduran» hasta «originar» o «hacer posible» la «transición hacia una nueva forma social». Estas «fuerzas productivas» no existen fuera de la «forma social». Los artificios son partes integrales del gusano artificial, no son sino sus atributos. Las tecnologías son los colmillos y las garras del Leviatán. Las minas de plata

y las ruedas hidráulicas no originan el leviatán islámico, sino al contrario, el leviatán origina las minas y las ruedas, El tipo de tecnologías que desarrolla un cierto leviatán depende principalmente del tipo de leviatán en cuestión, no del «estado de desarrollo de las fuerzas productivas globales» citadas por los fetichistas de artificios. Los fenicios desarrollaron, muy poco después del nacimiento de la civilización, una tecnología marítima sin parangón hasta la aparición de un leviatán con tentáculos de alcance parecido).

Las caravanas comerciales islámicas son la primera gran red de tentáculos de largo alcance desde la desaparición del pulpo griego en manos macedonias. Son los musulmanes, y no los bizantinos, los sucesores de los griegos antiguos. Y lo saben. Traducen las principales obras griegas de filosofía, literatura y ciencias naturales al árabe y al persa. Los cristianos occidentales descubrirán más tarde lo que llamarán su legado griego no en Grecia, sino en la España musulmana, y tendrán que aprender árabe para recuperarlo.

Los mercaderes musulmanes, igual que los griegos, reducen las mujeres a esclavas domésticas. Se reúnen en la plaza del mercado y debaten sobre todo, desde la astronomía ptolomeica hasta la filosofía aristotélica. Son conscientes del conflicto entre el racionalismo calculador que exigen sus negocios y la piedad que exigen sus dioses (uno solo en el caso del islam). Los griegos trasladaron sus actividades especulativas del templo a la plaza del mercado; los musulmanes jamás tuvieron templo. Los griegos redujeron sus templos a

ornamentos que ocultaban sus tentáculos comerciales; y los musulmanes ocultan sus tentáculos con ornamentos prestados de los romanos, los persas y los indios, quienes los habían adquirido de los griegos.

Las dos formas de Leviatán coexisten en el islam, pero sin acabar de encajar, y ambas dan pie a dos tipos de fuerza que descompusieron y terminaron por derrumbar leviatanes previos.

Los comerciantes que no son demasiado escrupulosos con respecto al origen de sus beneficios, ven a los cortesanos como objetos adecuados para el pillaje y a menudo les empujan a la deuda y a la ruina. Por supuesto, los cortesanos militares contraatacan con tasas exageradas y a veces desvalijan a los comerciantes.

Y ambos, las clases dominantes militar y mercantil, explotan sin cesar a quienes Toynbee llama el proletariado interno y externo, es decir, tanto a los trabajadores y campesinos con demasiada carga laboral, como a los extranjeros sujetos al pillaje, la expropiación y la esclavitud.

El califato abasí, y hasta el califato unificado, son destruidos por una combinación de agentes internos y externos parecida a las que ya se han visto antes.

Los campesinos de la provincia central del Imperio se levantan contra los dueños, derrotan a los ejércitos del califa, redistribuyen la tierra, restauran algunas medidas de igualdad y sostienen sus logros durante una generación entera.

Para someter al campesinado, el califa hace lo mismo que su predecesor sasánida: recluta su ejército en el extranjero, esta vez entre los turcos. Los mercenarios turcos sofocan la rebelión campesina, conocida como la revuelta de Babak, y se les retiene como la guarda personal del califa, algo parecido a los pretorianos.

Las sublevaciones se suceden. Los esclavos se levantan en la baja Mesopotamia y, junto con los jariyíes igualitarios, tratan de restaurar una comunidad sin clases en una región donde tal comunidad ha estado ausente durante más tiempo que en cualquier otra parte del mundo, también son derrotados por el califa y sus tropas turcas, pero India, Persia, Egipto y el norte de África se escinden del Imperio, y muy pronto también cae Arabia.

Los turcos se convierten y el reino del islam crece, pero los imperios de los soberanos independientes, cada vez más numerosos, se encogen mientras que, poco a poco, los antiguos guardas turcos y las tropas de mercenarios entrenadas para sofocar revueltas se van apoderando de los palacios de estos soberanos.

Los dirigentes turcos obtienen refuerzos con tropas de nómadas pastorales turcos, quienes destruyen la riqueza de la oligarquía terrateniente asesinando a los campesinos y convirtiendo las tierras agrícolas en pasturas. Los nómadas no hacen ningún uso de las tierras agrícolas, ni de las ciudades, ni de los administradores, y destruyen muchas de las fuerzas productivas que «habían madurado» antes de su llegada.

Los dirigentes turcos que reclutan tropas nómadas son destituidos por sus propias tropas, y nuevos dirigentes turcos logran poner en funcionamiento las fuerzas productivas disponibles. Para ello, les basta con quebrantar el espíritu de las tropas nómadas. Los dirigentes fatimíes de Egipto tropiezan con problemas similares con las tropas nómadas bereberes.

Los dirigentes turcos, aunque convertidos al islam, suelen tener menos respeto que sus predecesores por las casas de comercio y las caravanas, de modo que imponen tasas y a menudo saquean a los comerciantes para financiar empresas militares. Tienden a convertir los diversos leviantes islámicos en gusanos.

En consecuencia, los tentáculos comerciales islámicos prosperan en los lindes del islam e incluso fuera del imperio de creyentes. Los mercaderes islámicos controlan el comercio exterior de China y sus caravanas transportan seda y porcelana chinas a lo largo de las rutas terrestres del este de

China. Dichas caravanas a menudo cruzan tierras habitadas por los mongoles que hacen uso de caballos y del hierro.

Puede que sea el comportamiento de los conductores de caravanas hacia los que consideran idólatras lo que enfurece a los mongoles contra los civilizados, si es que no están ya coléricos por los ataques continuos de los mercenarios y guardas fronterizos chinos.

Durante una única generación, los asesinos dementes conocidos por los musulmanes como francos occidentales y los mongoles montados enfurecidos de los confines de China se abalanzan sobre las provincias centrales del islam con la determinación de destruir todo rastro de la civilización.

Las provincias centrales mesopotámicas y levantinas jamás se recuperan de dichos asaltos, pero el islam como leviatán de alcance mundial sí que se recobra, en gran parte gracias al método chino de absorber a los invasores. Ocho o nueve generaciones más tarde, el islam se enfrentará a un reto todavía mayor, esta vez bajo la forma de representantes del espíritu occidental que llegan como comerciantes y pretenden ser herederos de los griegos y los romanos.



XIV

PARA DAR UNA IDEA GENERAL DE LO QUE TURNER LLAMA «EL ESPÍRITU OCCIDENTAL», debo retroceder hasta la época en que el hombre fuerte Constantino traslada la capital romana a Bizancio.

Este traslado no es bien recibido en Roma. A Cristo, el Imperio romano le parecía una abominación, pero Roma está decidida a seguir siendo la capital de la abominación, aunque tenga que mentir.

El engaño se convierte en el mayor arte de Occidente. Desde el momento en que un cargo de la Iglesia se nombra a sí mismo vicario de Cristo y un godo exhibe a su títere como emperador de Roma, hasta el momento en que el mayor imperio de zeks de toda la historia del Leviatán se autodenomina el mundo libre, todo es mentira en Occidente.

La mentira se hace necesaria y luego compulsiva, porque la gente que hereda los escombros del límite más occidental del Imperio romano está tan deshumanizada por la lucha contra su adversario que olvida no solo sus intenciones iniciales, sino también sus orígenes y su identidad.

Todo lo que queda de su ser anterior es la violencia de su lucha para conservarse y la violencia pura no puede mirarse al espejo, sino que debe engañar, debe cubrirse con máscaras y más máscaras, unas encima de otras, porque la violencia no deja de traspasar.

El subtítulo de Turner es demasiado educado. El espíritu occidental no solo va en contra de lo salvaje, va en contra de la naturaleza y en contra de la humanidad, en contra de la verdad y en contra de la belleza. El espíritu occidental es

experto en mostrar las excepciones en vitrinas, mientras que en la vida real las reprime.

La historia del espíritu occidental empieza mucho antes de que Constantino traslade la capital a Grecia (por lo menos veinte o veinticinco generaciones antes). Empieza cuando la *res publica* romana, estimulada por su victoria frente a los etruscos, vence y luego somete a los galos y los celtas, los esclaviza, los convierte en zeks y luego los encierra. En la larga península conocida como Galia y, posteriormente, como Francia y España, los romanos republicanos fuerzan a los celtas, los íberos y los fenicios ibéricos a trabajar en minas de oro y plata, les expolian sus cosechas, les engañan, y masacran a quienes protestan.

Los habitantes del norte de Galia, gente libre que se había desplazado a sus anchas por cualquier parte, se detienen antes de pisar la Galia romana, porque si entran en ella arriesgan sus vidas. Al regresar a Galia en otra estación, ven que una porción todavía mayor de tierra del mundo se ha convertido en algo letal para la vida y la libertad. Es como si el mundo conocido se hundiera en el mar.

La pérdida es trágica. Nos podemos imaginar cómo se sintieron estos nórdicos en relación con el calor y la belleza de las costas mediterráneas, porque sabemos cómo se sentirán respecto a ello los más tardíos.

Puede que haya gente inhospitalaria y belicosa, pero nadie

puede restringir una parte del mundo a ningún pájaro, animal o persona. La mera idea es repulsiva para las personas libres. Ni siquiera los dioses tienen el poder de negar a las personas que vayan donde les plazca.

Los nórdicos meten a los guardas fronterizos romanos en escaramuzas, pero pierden sistemáticamente, son masacrados. Los romanos luchan como seres increíbles, se tiran de cabeza a las emboscadas, no huyen aunque hayan caído la mitad de sus hombres, tan solo siguen avanzando y matando, hay miedo en las miradas de los individuos pero la columna no se asusta, la columna no es humana.

No se sabrá absolutamente nada de esta parte de la historia, porque las personas que la viven se llevan su conocimiento a la tumba; pero no hace falta mucha imaginación para suponer que la mayoría de nórdicos en poco tiempo se dan cuenta de que el sur del mundo les está prohibido, que la mitad del mundo está ocupada por algo asesino e inhumano.

Se sabrá por los escritores romanos que dichas escaramuzas son cada vez más frecuentes y que varias bandas federadas se unen y se alzan contra los bastiones romanos. La primera vez que se menciona a los francos con este nombre, han llegado con los alanos de lengua túrquica, originarios de cerca de China. Puede que estos dos grupos no comprendan la lengua del otro, pero se entienden a la perfección. Comprenden que la mitad inferior del mundo

está ocupada por algo extraordinariamente violento; entienden que si eso sigue expandiéndose, se han acabado la vida y la libertad.

Ya hemos visto cómo responde Roma a los ataques: con masacres genocidas, asesinando a todos y a cada uno de los miembros de una banda hostil.

Una guerra de veinte años es terriblemente larga. Una guerra que dura veinte generaciones es inconcebible para el entendimiento humano. El clima de Sumer es benevolente en comparación con tal sufrimiento.

En el momento en que los francos, los ostrogodos, los visigodos, los burgundios y otros grupos por fin logran traspasar las fronteras romanas, luchan como seres increíbles, se tiran de cabeza a las emboscadas y no huyen cuando sus hombres caen, siguen avanzando y matando. Todavía se recuerdan a sí mismos como seres humanos libres (franco significa libre), pero todo lo que recuerdan de su libertad es que mataban a romanos y que deseaban destruir Roma.

Cuando el escriba del emperador escribe que los francos tienen permiso para asentarse en una parte de Galia, los burgundios en otra y los visigodos en otra, el escriba se encuentra en el palacio imperial en Bizancio, el ejército del emperador está formado por godos, hunos, alanos y árabes, y el permiso es una mentira que el escriba puede creerse perfectamente, porque no puede hacerse a la idea de que la

parte más occidental del Imperio romano se ha descompuesto por completo. Los escritores posteriores tampoco se lo creerán, lo encubrirán haciendo una lista de varios soberanos del «imperio occidental», pero en la lista aparecerán diferentes soberanos cada año y varios soberanos durante algunos años.

Los francos, los burgundios y los visigodos ya no necesitan el permiso de nadie: ahora se enfrentan unos a otros. Pero tampoco esto se lo pueden creer. Aquello contra lo que lucharon tan ferozmente durante tanto tiempo no puede haber desaparecido. Un general franco llama a su títere emperador de Roma y los godos siguen luchando contra Roma hasta que establecen a su propio títere como emperador. Cada mentira es un pretexto para más violencia y la actividad principal de Roma, el sacrificio humano, se convierte en la actividad principal de los que han destrozado Roma.

Las mentiras se vuelven más estrambóticas cuando aparece en escena un cargo de la Iglesia en la ciudad que ha dejado de ser la capital del imperio. Sin duda alguna, este oficial hierve de frustración. Se ha pasado más de media vida escalando hasta ese cargo y ahora se encuentra rodeado de francos y godos en la capital de una provincia que –¡Dios no lo quiera!– ya no forma parte del Imperio romano.

Este funcionario cristiano se declara a sí mismo Pontífice Máximo, un título venerable en la Roma pagana y atribuido

a todos los emperadores paganos desde Augusto, pero poco apropiado para un cristiano. Así pues, proclama que es descendiente del apóstol Pedro e incluso que él mismo es Pedro en persona. Arbogaste, el general franco, todavía le escucha y por eso el oficial se enaltece aún más. Como pontífice y Pedro en persona, es más que un simple apóstol, es el vicario de Cristo; y como vicario de Cristo se encuentra por encima del emperador, es supremo, es Optimus Maximus.

El eclesiástico puede decir lo que quiera, porque Arbogaste el franco sabe que este simplón es un mentiroso grosero y no le preocupa cómo quiera llamarse este hombre. Lo que interesa a Arbogaste es el hecho de que nadie les impedirá a él y a sus «hombres libres» violar a las vírgenes vestales que quedan y saquear lo que hay en los palacios de los augures, pontífices y sibilas. Los francos pueden continuar con su guerra contra «Roma» impunemente, pues los mandos de la Iglesia y los soldados bizantinos consideran santos y piadosos a los que realizan tales actos,

Con la aprobación del autodesignado vicario de Cristo, Arbogaste y su banda de asesinos libres llevan a cabo violaciones, saqueos, asesinatos y expropiaciones a personas que consideran al pontífice un hazmerreír. El nombre que daremos a tal atrocidad es «pogromo». Los escribas del pontífice lo llaman «la conversión de los habitantes de Roma al cristianismo».

Empapados de sangre y cargados con el botín, los francos

de Arbogaste empiezan a reclamar su recompensa. Entran en Galia, se adentran en el paraíso que fue negado a sus ancestros durante veinte generaciones. Pero no entran para gozar del calor o la belleza de las tierras mediterráneas; entran para violar, saquear y expropiar. Es todo lo que saben hacer, es todo lo que han conocido durante generaciones.

En Galia, las víctimas ya son cristianas, pero el agente del pontífice que acompaña a los francos no parpadea ni un segundo. Las víctimas fueron convertidas por Arrio y Arrio es un hereje, por lo cual merecen ser enviadas al infierno junto con los paganos. Nadie puede cuestionar el cristianismo de los francos, porque son el castigo de dios contra todos los enemigos de Santo Siricio, el vicario de Cristo.

Arbogaste y su banda no gozan de todo el terreno para ellos, ya que los francos no habían sido el único pueblo privado del sur. Todo el mundo estaba encerrado en el norte. Ahora otros se apresuran a cruzar la fisura, todos tan marcados por la eternidad de la guerra como los francos.

Los visigodos arrasan Italia y el siguiente Pontífice Máximo no aprovecha nada de la habilidad de su predecesor. El general Alarico considera al pontífice un hazmerreír. Este Alarico considera que la licencia para saquear reside en los brazos entrenados de sus hombres, no en la aprobación del pontífice, y el visigodo persigue al pontífice y a sus sacerdotes hasta Rávena, donde un ejército bizantino protege a los hombres sagrados y su misión incumplida.

A los visigodos les acompañan feroces nómadas pastorales a caballo, procedentes de todas partes de las estepas euroasiáticas, pueblos cuyos nombres se conservan como alanos, suevos, vándalos, burgundios y muchos otros. El general Alarico se pone a la cabeza de estas bandas diversas, se hace llamar rey de los Godos y dirige a sus veteranos curtidos para invadir la mayoría de ciudades de Italia.

Todas las generaciones de frustración, de odio contenido, por fin encuentran salida en una orgía de violencia probablemente sin precedentes. Los saqueadores despojan y asesinan a voluntad. Sus animales convierten los latifundios de Italia en pasturas. Los italianos que todavía viven en ciudades mueren de hambre y los que todavía comen mueren por la peste.

Las hordas de Alarico proceden al famoso saqueo de Roma. Les acompañan cuarenta mil esclavos. Los anteriores esclavos se habían levantado para recobrar su igualdad perdida, para restablecer una comunidad humana. De eso hace muchas generaciones. Los esclavos que se unen a los saqueadores visigodos solo quieren venganza, quieren sangre. Entienden a los recién llegados perfectamente.

Cuando los visigodos están saciados y regresan a Galia, llegan los hunos, con aliados que han captado a lo largo de la ruta entre Mongolia y el Danubio.

La civilización romana se convierte en lo que será para

siempre: ruinas colosales. Este es el holocausto que deseaban los primeros cristianos. Es el juicio final, el día del ajuste de cuentas, el final del cuarto reino.

Desde el hundimiento de los hititas, ningún gran leviatán se había descompuesto de tal manera.

Mientras que los nómadas de los bosques y las estepas convierten cada vez más tierras en pasturas, las ciudades van siendo abandonadas, se vuelven lugares de desolación donde los ornamentos que en su momento decoraban templos griegos ahora esconden los cuerpos en descomposición.

Las maravillas arquitectónicas romanas se convierten en refugios para la lluvia y al cabo de poco sus ornamentos e inscripciones se incorporan a las paredes de las casas de pueblo construidas por los antiguos esclavos y extranjeros. Grandes partes de Italia están completamente despobladas.

El emperador de Bizancio paga un generoso tributo a Atila el huno para disuadir a los recién llegados de devastar los últimos ínfimos bastiones del poder imperial en el oeste: Rávena y Venecia.

Un escriba registra, para la memoria, que el emperador romano títere del hombre fuerte suevo Ricimero exime a sus súbditos de todas las deudas con el Estado, rescinde todos

los impuestos, elimina los pagos tributarios y concede autogobierno a los habitantes de las ciudades. El escriba recuerda días mejores, no puede escribir que el Imperio romano se ha convertido en un sálvese quien pueda, en un territorio salvaje.

Hobbes también va a mentir. Dirá que el Leviatán ha vuelto al estado de naturaleza. Rousseau será el primero en decir que Hobbes es un mentiroso. Este «salvajismo» no existe en la naturaleza, y ningún elemento en él es natural. Este salvajismo es tan artificial como el Leviatán mismo. Las actividades que tienen lugar en este momento, el saqueo y el asesinato, son las mismas actividades que tenían lugar cuando el Leviatán estaba fuerte y sano. La única diferencia es que ahora se efectúan de manera desordenada y antaño se efectuaban de manera ordenada.

Las personas deshumanizadas por el Leviatán están jugando con los segmentos en descomposición de la bestia artificial, están jugando con los artificios que llamamos tecnologías.

Esta es una especie de juego, algún tipo de danza, pero no es una danza que se pueda encontrar en la naturaleza, ni entre los animales, ni entre los seres humanos, es el estertor de la muerte de un leviatán en descomposición.

Si los cristianos occidentales, los que lo eran solo de nombre, convertidos precipitadamente, sabían algo de las esperanzas de sus precursores levantinos, debían de saber que se están cumpliendo tales esperanzas.

El cuarto reino se ha derrumbado y ningún quinto reino toma el relevo.

Lejos de las ruinas y lejos de las principales rutas tomadas por las bandas vagantes de saqueadores, los antiguos esclavos y los zeks se unen con los saqueadores más sosegados y fundan pueblos nuevos, pueblos libres de campesinos y pastores.

La única persona que sueña con el quinto reino es el Pontífice Máximo y su sueño es restaurar el cuarto. Mediante una mentira seguramente sin parangón, este hombre y su equipo de sacerdotes ha metamorfoseado la resistencia contra la abominación que había sido Roma en el último depósito de todo lo que fue Roma. Ya solo la mentira es de una magnitud increíble. Y lo que es todavía más increíble es hasta qué punto tienen éxito estos manipuladores. No lo logran en los inicios. Esperan el momento adecuado. Su paciencia es inhumana, es diabólica, se mantiene de generación en generación, persiste como solo puede persistir un leviatán. Gracias a esta paciencia todos los primeros vicarios de Cristo serán proclamados santos por sus futuros herederos.

Los vicarios, también llamados papas, no actúan sobre los aldeanos independientes. Todavía no. Actúan sobre los líderes de las bandas de saqueadores.

El papa Siricio abrió el camino al actuar sobre Arbogaste. No obtuvo resultado. Poco importa, hay cientos y miles de Arbogastes. El suevo Ricimero es un jefe de banda todavía más duro que Arbogaste. Ricimero inviste al títere Mayoriano, luego al títere Libio Severo, luego al títere Antemio, y los llama a todos emperadores de Roma, mientras que el pontífice León inviste a cada emperador con autoridad. Ricimero es el poder tras el trono, el pontífice es el dios detrás de este. Antemio se toma el papel demasiado en serio y el propio Ricimero lo mata. Antes del entierro, Ricimero es asesinado a su vez por los godos, los hunos y los burgundios que saquean Roma de nuevo.

El dirigente burgundio Gundobado inviste a su candidato, sin éxito. Entonces, Genserico, el vándalo, lo intenta con otro enfoque. Invieste a Odoacro, pero no como emperador de Roma: Odoacro es nombrado patricio de la diócesis italiana del papa, en teoría bajo la protección de los ejércitos bizantinos. Esto parece funcionar, pero solo hasta que la tribu entera de ostrogodos invade Italia y destituye a Odoacro.

Así pues, nada surge de allí y el papa debe volver a empezar, esta vez con el jefe ostrogodo Teodorico. Se abandona el uso de títeres y Teodorico se proclama a sí mismo rey de

Italia. Esto funciona y el papa es quien consagra a los reyes ostrogodos durante una generación, hasta que el ejército del emperador bizantino Justiniano despuebla Italia cuando trata de volver a integrarla en el Imperio romano.

El emperador oriental la destroza por completo. Los papas, que ahora consagran a los reyes, no quieren volver a ostentar cargos de una Iglesia cuyo cuartel general se encuentra en Bizancio, Son leales al Imperio romano, al imperio de verdad: el de Octaviano, no el de Justiniano.

Los papas son precursores de hombres. Saben que un leviatán en funcionamiento necesita de una sola cabeza. El cielo está gobernado por un solo rey. Así en el cielo como en la tierra. El problema es que la cabeza del leviatán actual se encuentra en Bizancio y el mundo de los papas está invadido por numerosos cabecillas de guerra violentos y sus caballeros. El leviatán bizantino es inaceptable porque no tiene ningún cargo para un Pontífice Máximo, o no lo tiene por lo menos para los santos de Roma.

Entonces, se trata de rehabilitar el leviatán difunto mediante las bandas de caballeros saqueadores. Para ello es imprescindible una manipulación constante, minuciosa y calculada.

Bloqueados por la despoblación de Italia que ha llevado a cabo el Imperio bizantino, los papas no tienen la capacidad de iniciar nada en las inmediaciones de su sede. Les va mejor cuando se dirigen a los favoritos de Santo Siricio en Galia, los descendientes del general Arbogaste, los mortíferos francos.

Uno de los caballeros francos, un asesino llamado Clodoveo, nieto de Meroveo, parece saber cómo ascender de saqueador a rey.

La mayoría de los francos se han casado con sus vecinos galos y latinos y se han asentado para cazar e incluso para cultivar. Todavía recuerdan las épocas de violencia, pero en sus vidas ya no hay tantos grandes momentos como en las vidas de sus antepasados. Los que no solo se acuerdan de la violencia, sino que también siguen viviendo como sus ancestros son los caballeros con sus pandillas de seguidores.

El nieto de Meroveo es uno de los grandes caballeros. Este Clodoveo actúa desde una isla fortificada en el río Sena, un lugar que antaño había habitado un pueblo llamado parisio, un clan celta. Para evitar disputas sobre quien podrá y quien no podrá acceder a la fortificación, Clodoveo contrata a asesinos para liquidar a sus hermanos, primos y a cualquier otro adversario. El acceso de Clodoveo es indiscutible.

No hay nada en la tradición franca que absuelva de tal fratricidio y los espíritus de los parientes asesinados visitan a Clodoveo en sueños. Estos visitantes espectrales

aparecerán descritos en el relato de Shakespeare sobre las experiencias del posterior homólogo escocés de Clodoveo, Macbeth.

A diferencia de Macbeth, Clodoveo sabe de un latino llamado papa que tiene el remedio para absolver prácticamente cualquier acto. Aunque Clodoveo no es cristiano, el papa le absuelve porque el rey de los cielos no reservaría su gracia a un hombre que, por sus actos, ya es casi un rey.

Clodoveo aprende del chamán latino que la tierra no es lo que sus parientes francos creen que es. Los francos creen que la Tierra es la madre de todos los seres vivos y que no puede ser del dominio de ningún hombre o grupo de hombres. Han luchado durante veinte generaciones contra los romanos, que intentaron convertir una parte de la Tierra en un terreno privado. Clodoveo aprende que la Tierra puede ser el terreno de un hombre y puede recibir el mismo trato que cualquier otro botín de guerra.

El jefe absuelto y sus caballeros saqueadores elevan sus aspiraciones: su objetivo es la tierra. Si los latinos fueron capaces de convertir una parte de la Tierra en un territorio romano, también pueden los francos. Dan la vuelta a la larga lucha de sus ancestros, pero esto no molesta a nadie. La fama de los caballeros no radica en su conocimiento de las consideraciones éticas, su honor reside en la espada y la lanza.

Los aventureros espoleados juran lealtad a Clodoveo y se disponen a matar a todos los soldados imperiales que todavía quedan en Galia, todos ellos buenos cristianos. Luego van a por los turingios y los atamanes. Cuando los tozudos atamanes lo frenan, Clodoveo vuelve a recurrir a los hombres santos latinos que acompañan a su banda. Les propone un trato. Si el dios de los hombres santos ayuda a los francos a vencer al enemigo, Clodoveo accederá a recibir el agua bendita junto a sus hijos.

Optimus Maximus hace para Clodoveo lo que había hecho anteriormente para Constantino, y el saqueador franco se convierte en Clovis, un soldado católico romano de la fe.

Clovis designa amablemente obispos entre los hombres santos y también entre sus saqueadores más leales; se trata de una formalidad que tan solo sirve para divertir a los caballeros cómplices.

Acorazados con mentiras, los aventureros francos dirigen ahora sus lanzas hacia enemigos que, al parecer, son visigodos, burgundios y ostrogodos, pero que ahora los francos católicos consideran herejes, seguidores de Arrio, demonios disfrazados. Cada expedición de saqueo es, a estas alturas, una guerra santa.

El nieto de Meroveo por fin es frenado y sus bisnietos heredan el botín de guerra, que básicamente está formado por tierras. Entonces, resulta que el nombramiento de los

obispos ha sido tan importante como la conquista de las tierras.

Los obispos designan curas y los curas se mezclan entre la gente y predicán.

Los curas hablan latin a una población que habla dialectos germánicos.

La gente no entiende ni lo que dicen ni lo que quieren. Los habitantes del antiguo Imperio romano, los celtas y los latinos así como los francos, que han contraído matrimonios mixtos y que ya no se distinguen unos de otros, viven ahora bajo la ley franca: la Tierra se comparte entre todos, entre los antiguos esclavos y zeks y también entre sus rebaños de animales.

Los curas aseguran ser los guardianes de la ley, pero su ley es romana, es la ley de los latifundios.

Los habitantes, ya fueran anteriormente esclavos o sier-vos, son ahora francos, todos. Llevan sus rebaños a donde les place por primera vez desde que los romanos sometieron a los celtas. Si no se aventuran muy lejos no es porque reconozcan las fronteras, sino porque temen a los saqueadores.

Y, sin embargo, los curas hablan de fronteras, de dominios, de un reino de dios y de un reino terrestre.

Los sueños romanos de los curas cristianos se ven frustrados y pospuestos debido al hundimiento absoluto de las instituciones y los hábitos de subordinación. El antiguo siervo o esclavo romano no es del todo libre y el antiguo hombre tribal franco ya no es libre, pero ni uno ni otro son un sujeto. En principio son tan libres como un caballero.

Los caballeros están unidos entre sí tan solo por juramentos prestados libremente. Alguien que jura ser el hombre de otro hombre es un vasallo y el vasallaje, entre los francos, es equivalente a la camaradería. En un grupo de hombres libres, jurar fidelidad es un honor.

Los pastores y campesinos libres no están unidos por ningún otro vínculo. Juran fidelidad al saqueador local siempre y cuando acepte saquear en otros lares. Le acompañan en algunas expediciones y en las temporadas buenas le hacen regalos. Y esperan lo mismo de él. Es una relación recíproca. Es una relación de apoyo mutuo entre personas que han perdido la mayoría de sus tradiciones, pero que conservan la fidelidad y cultivan la violencia.

La fidelidad no elimina la violencia. Hace que la violencia sea un poco menos azarosa: los compañeros que se han jurado lealtad no se atacan entre ellos.

Los impuestos, los tributos, las deudas y cualquier forma de trabajo y servicio obligatorio prácticamente se han esfumado. No hay ningún leviatán en funcionamiento en Occidente. Eso es lo que provoca la desesperación del clero romano: hay orden en el cielo pero no en la Tierra,

Los defensores posteriores de un leviatán reconstituido dirán que las relaciones de fidelidad, que denominarán feudalismo, son más humillantes que las relaciones leviatánicas de servidumbre, esclavitud y trabajo asalariado. Hablarán de «tiempos oscuros», de épocas en que la gente comía hierba; inventarán nombres repugnantes para todas las relaciones preleviatánicas.

De hecho, la fidelidad no está en auge, sino que anda de capa caída. Es parte de la cultura que los godos y los francos han ido perdiendo. Enseguida también perderán sus lenguas. Muy pronto no quedará nada de su cultura antigua aparte de la violencia de la guerra librada para preservar dicha cultura. Los invasores que ocupan las ruinas del Imperio romano descompuesto dejan que perezcan todas sus tradiciones. Su cultura queda reducida a un único tema. todas las canciones y los cuentos, y la mayoría de las festividades son celebraciones de actos de violencia.

Los griegos antiguos también alimentaron tradiciones de violencia, pero ellos se mezclaban con las comunidades conquistadas que todavía celebraban el renacimiento anual de la hija de la Madre Tierra.

Los invasores godos se mezclan con una población de esclavos, zeks y hombres acorazados que pueden aportar menos cualidades humanas que los propios invasores.

En un contexto de tanta violencia sin canalizar, todas las relaciones son inestables, no solo las relaciones de fidelidad. En un mundo donde la grandeza se mide con el recuento de cabezas de víctimas mortales, los cabecillas dejan de ser iguales a los débiles. Los juramentos libres que el débil presta al fuerte se convierten en deberes; los regalos que los aldeanos entregan libremente a un caballero de la zona se convierten en constreñimientos.

Al final, los deberes y los constreñimientos se hacen obligatorios, pero no enseguida. Los aldeanos libres no aceptan tal degradación. Se alían entre ellos y matan al jefe. Se retiran a los bosques y los montes para defenderse.

Los caballeros no se convierten en aristócratas por herencia en una sola generación. Esta transformación lleva mucho tiempo y la principal razón por la que llega a ocurrir es que hay algo que está sobre la espalda de los aldeanos en todo momento, algo que les absorbe toda su energía, algo que reduce seres humanos orgullosos, libres y violentos a zeks sumisos, subyugados y violentos.

Este algo es el cura con hábitos negros que sigue a todos y cada uno de los aldeanos como su sombra, incluso en los montes y los bosques.

El cura tiene la jerarquía gravada en la cabeza. Dios está en el peldaño más alto, los ángeles en el siguiente, los demonios en el más bajo y cada uno se arrodilla ante el peldaño superior. Esto es el orden. La resistencia de los aldeanos es el caos y el autor del caos es Satanás.

Eso no tiene muy buena acogida entre la gente libre. Quieren saber por qué debe ser así.

El primer ardid del cura es sacar a colación milagros o espíritus e incluso recurre a artimañas como mover los labios de una estatua de santa María, pero solo a los bobos les gustan esos trucos. Entonces, el cura intenta valerse de la «mentira necesaria» de Platón. Trata de explicar que unos están hechos de oro, otros están destinados a extraerlo; unos están hechos para ser transportados y otros, para transportar.

Aun así, los aldeanos también detectan esta mentira: todavía recuerdan que el caballero de la zona es el nieto de un aldeano que no era más dorado ni delicado que ellos.

Llegados a este punto, el cura recurre a la mentira realmente gorda, la contribución del pseudoapóstol Pablo al espíritu occidental. El cura culpa a la víctima de su desgracia. Dice que los aldeanos son pecadores y que su pecado es la causa de su miseria. Los seres humanos eran afortunados hasta que Satanás les condujo a pecar, a comer el fruto prohibido. Pecando, pues, es como la gente se precipitó de la

felicidad a la miseria. Al continuar pecando no han salido de la miseria desde entonces. La causa de la miseria no es el caballero, sino ellos mismos, los aldeanos. Son su mayor enemigo.

Los aldeanos relativamente libres no se dejan engañar con facilidad, ni siquiera por el chamán vestido con túnica y parecido a la muerte que murmura cantos en una lengua incomprensible. Sin embargo, el patrimonio de estos aldeanos es pobre y todos recuerdan las veces que han asesinado, saqueado o violado, o que han tenido la intención de hacerlo. Se reconocen como pecadores, como seres humanos caídos. Esto, no obstante, sigue sin explicar por qué ellos deben caer mientras el caballero se erige. Ahora aparece en escena la otra explicación del cura. Dios creó a algunos hombres para asesinar, saquear y violar con impunidad y creó a otros para soportar la miseria.

Los aldeanos que se tragan tales mentiras se convierten en villanos serviles bajo el dominio de un señor, y el orden terrestre empieza a adoptar los atributos del cielo católico romano.

El compromiso de aquellos que llegaron para prender fuego al leviatán romano se ha invertido. Los curas son los mayores aliados de los dirigentes que reprimen la resistencia. El poder de la Iglesia crece porque es romana, no porque es cristiana.

Los grandes saqueadores no tardan en darse cuenta de que los curas les hacen un favor mucho mayor que simplemente ofrecerles la ayuda de su dios en la guerra. Los curas apaciguan a los villanos, convierten a los pastores y campesinos rebeldes en servidores obedientes. Prestan este servicio a los Tulga y Ervigio visigodos, a los Oswy y Penda anglosajones, a los Ariberto y Grimoaldo lombardos, a los Teodorico y Ghildeberto francos. Me voy a centrar en el reino de los herederos de Clodoveo, porque es donde los curas tienen más éxito. Les sale bien la jugada no porque sean leales a los herederos de Clodoveo, sino porque son leales a Roma, la antigua, la de Octaviano.

Los bisnietos de Clodoveo, todos ellos saqueadores, dejan de tener interés en los asuntos de sus villanos para preocuparse por la caza y por las formalidades de divertir a los invitados. Durante la séptima generación después de su progenitor letal, los caballeros francos, ahora denominados reyes, ceden las cargas administrativas a un alcalde de palacio.

Tras el asesinato de un alcalde llamado Ebroino, un hombre llamado Pipino de Heristal toma su cargo. Pipino es contemporáneo a los sacerdotes y gobernantes zoroástricos que buscan refugio en la capital de China porque los califas

omeyas y los ejércitos musulmanes han tomado el poder en tierras persas.

Pipino de Heristal no sabe nada de China ni de Persia, pero tiene constancia de que los ejércitos musulmanes también están en las fronteras meridionales de su reino. Los han invitado todos los hijos del dirigente visigodo Witiza, salvo uno. Uno de los hijos de Witiza, llamado Rodrigo, tomó el palacio de su padre e intentó seguir el ejemplo de Clodoveo, pero no fue lo bastante rápido. Los demás hijos invitaron a los renombrados musulmanes a que vinieran desde el norte de África para ayudarles a derrocar a su hermano usurpador Rodrigo.

Los ejércitos del islam son bien recibidos en España por parte de la mayoría de pastores y campesinos y por todos los cismáticos, herejes y judíos. La acogida que hallan es tan cálida que siguen avanzando más allá de los Pirineos, hacia el reino de los francos.

Los herederos de Clodoveo están ocupados con la caza y el divertimento. Ni Childeberto, ni Dagoberto, ni Chilperico prestan atención alguna a los recién llegados de África y de la lejana Arabia.

Pero el hijo natural del alcalde Pipino, un caballero llamado Carlos, alista a los agentes del papa para que le ayuden a reclutar un ejército para una guerra santa.

Los clérigos del papa le dan el sobrenombre de «Carlos Martel» y consideran que su causa es justa porque sirve a las intenciones del papa romano. La capital efectiva del Imperio romano, Constantinopla, está asediada por los mismos enemigos musulmanes de la cristiandad, pero su defensa no es considerada santa por el papa, que niega al emperador bizantino su demanda de ayuda.

El alcalde es el hombre del papa. Carlos Martel empuja a los musulmanes bajo el mando de Abd al-Rahman hasta el otro lado de los Pirineos.

Caudillo del mayor ejército del norte de los Pirineos, el alcalde deja que el rey se limite a sus actividades de caza y divertimento. Tras la muerte de Martel, su hijo Pipino el Breve destituye a los últimos herederos de Clodoveo con el consentimiento del papa. A cambio de este consentimiento, dirige sus tropas hacia Italia, vence un ejército lombardo y dona una parte de la península al papa.

El gesto de Pipino no solo disgusta a los que ponen en duda el derecho de Pipino a donar un pedazo de Italia, sino también a los que preguntan: ¿Quién es Pipino? Para responder a ambas cuestiones, los escribas del papa falsifican un documento que demuestra que el emperador Constantino ya había concedido esa parte de Italia al papa. Armado con estas dos donaciones falsas, el papa se encuentra en la tierra más firme que ha pisado jamás.

Carlos, hijo de Pipino, llamado «el magno» ya durante su vida, establece los fundamentos de un nuevo imperio, y el papa romano es su patriarca.

Carlos el magno, hijo de Pipino el Breve, acaba con todos los conflictos sobre las tierras del papa al conquistar a los lombardos y al coronarse a sí mismo como «rey de los francos y los lombardos». Carlos se alía con el musulmán Ibn al-Arabi de Barcelona para atacar al emir omeya Abd al-Rahman de Córdoba, pero los guerreros vascos destruyen la retaguardia del ejército franco.

Carlos el magno, entonces, dirige sus ejércitos hacia el norte para hacer realidad el sueño del papa y perpetrar una de las ironías más horribles de la his-toria leviatánica. Los ejércitos católicos de Carlomagno, muy poco después de aliarse con un musulmán para luchar contra otro, se desplazan hacia el norte para emprender una guerra santa contra los infieles.

Los infieles del norte de la Galia franca son sajones, frisonos, daneses, avaros. Son descendientes de los pueblos que Roma bloqueó por el sur durante veinte generaciones. Los que lucharon contra la ocupación romana son ahora francos y lombardos. Los que se retiraron y se defendieron del monstruo romano y de la deshumanización todavía se encuentran en los bosques y en las orillas de los ríos donde se refugiaron.

Los que se quedaron atrás mantienen el recuerdo de la larga guerra de sus ancestros, pero a diferencia de los que invadieron el Imperio, no se han visto reducidos a saqueadores y asesinos compulsivos. Sus comunidades libres todavía conservan muchas de las tradiciones antiguas. Los caballeros saqueadores no están del todo ausentes en el norte, pero ninguno de ellos ha logrado imponer tributos o trabajo forzoso a los aldeanos libres.

Ahora, por primera vez, los ejércitos romanos se adentran más allá de las antiguas fronteras e invaden las tierras del norte, algo que jamás habían logrado. Los católicos romanos consiguen avanzar porque los nórdicos están más divididos que nunca. Los caballeros, que tienden a monopolizar las armas, desertan hacia los ejércitos de Carlomagno, atraídos ante la perspectiva de botín y de poder.

Las comunidades libres de sajones resisten ferozmente frente a los ejércitos católicos durante más de una generación. Desarman a los caballeros que se pasan del lado de los cristianos. Vencen a los ejércitos de Carlomagno.

Los asesinos entrenados de Carlomagno masacran a varios miles de sajones en Verdún; capturan y esclavizan a otros miles. Los sajones siguen resistiendo. Uno de los combatientes de esta guerrilla de resistencia llega a un acuerdo con Carlomagno, pero los sajones siguen con la lucha.

Los belicosos católicos recurren a la estratagema asiria de

las deportaciones en masa y a la estratagema romana de conceder las tierras conquistadas a héroes militares.

Por fin los papas han hecho realidad su sueño. El leviatán romano parece reconstituido. Y lo gobiernan los herederos de Arbogaste.

Los invasores llevan la desolación a los avaros, los escandinavos, los eslavos y los hunos. Los avaros acaban destruidos por completo.

Los escandinavos forman flotillas y dan continuidad a la resistencia asaltando y saqueando las fortalezas católicas. Los eslavos resisten creando un leviatán moravo propio. Los hunos montan caballos veloces y atacan tanto los asentamientos como los ejércitos católicos.

Las masacres y las deportaciones convierten a la mayoría de europeos del norte al cristianismo. Las libertades protegidas durante tanto tiempo ante el leviatán romano cada vez se ven más limitadas. Los bosques septentrionales se convierten en el botín del ejército invasor. El saqueador jefe regala porciones de bosque a los mayores y más fieles asesinos de su banda, que a partir de ahora reciben el nombre de condes, obispos y reyes.

La fidelidad ya no es un juramento entre iguales, se ha convertido en algo jerárquico, todos los jefes son ahora vasallos de un vasallo de rango superior y todos son vasallos

del emperador. La tierra es la recompensa que otorga el jefe de los vasallos.

Los habitantes de comunidades libres caen al rango de campesinos en las tierras de un señor y paulatinamente se convierten en lo que Roma no les pudo convertir: en siervos. Todos los servicios y regalos que otrora ofrecían libremente ahora los violentos guardas del orden leviatánico los obtienen a la fuerza. Los campesinos, muchos de ellos descendientes de nómadas pastorales, todavía dejan pasturar a sus animales en el bosque, en el ejido, pero lo hacen con el consentimiento del dueño del bosque. La Madre Tierra se está convirtiendo en el territorio de los déspotas más letales.

Los seres humanos cristianizados aprisionados con cadenas de esclavitud (cadenas de las que algunos se habían librado y que otros jamás habían experimentado) no se reconcilian pasivamente con la servidumbre que se les impone. Su resistencia deviene descomunal.

La Iglesia trata de impedir dicha resistencia actuando sobre la violencia, que es el núcleo de lo que Turner llama *el espíritu occidental*. Ya hemos visto como los agentes del papa usaban la doctrina del pecado para desplazar la culpa de la opresión hacia las víctimas miserables.

Tras las conquistas de Carlomagno, los curas llegan a todas partes, convierten todos los pueblos, todos los señoríos y todas las aldeas en parroquias, mientras que los tristemente célebres campos de entrenamiento y cárceles conocidos como monasterios empiezan a salpicar el paisaje.

Tanto caballeros desheredados como resistentes frustrados son reclutados en los monasterios y transformados en adeptos de la fe. En dichas instituciones, que no son nada más que colegios tempranos, se quiebra a los seres humanos de forma sistemática, del mismo modo en que se quiebra a los caballos y los bueyes para que transporten pesos y tiren de cargas. Se les separa de su humanidad, de las actividades y orden naturales, y se les enseña a ocuparse en actividades artificiales y a identificarse con el orden leviatánico. Devienen resortes y ruedas disciplinados atrapados en una rutina que no tiene nada que ver con los deseos humanos ni con los ciclos naturales.

El reloj lo inventarán seres monásticos porque no es más que un monasterio en miniatura, cuyos resortes y ruedas están hechos de metal en vez de carne y sangre.

Una represión tan absoluta rara vez funciona con seres que no están hechos de metal. Los escribas de los monasterios no documentan las formas con las que la humanidad reprimida responde, aunque los reclusos y graduados de los monasterios siempre atribuirían a infieles con quienes apenas tenían contacto una práctica que llaman sodomía.

Ello podría o no esbozar en qué consistía la vida nocturna no reprimida de un monje.

Los curas y los monjes llevan a todas las aldeas la represión de lo natural y la devoción por lo artificial. Tratan de convertir a todos los campesinos en monjes reprimidos.

Esta violenta represión de todo lo natural es el principal nexo entre el catolicismo de Occidente y el judaísmo del Levante. La fórmula «dominad el pez del mar, el ave del aire y todos y cada uno de los seres vivos» es interpretada por los pacificadores de los campesinos libres de Occidente como una declaración de guerra contra los impulsos naturales de resistir a la esclavización. El pez y el ave son la libertad y la independencia del campesino.

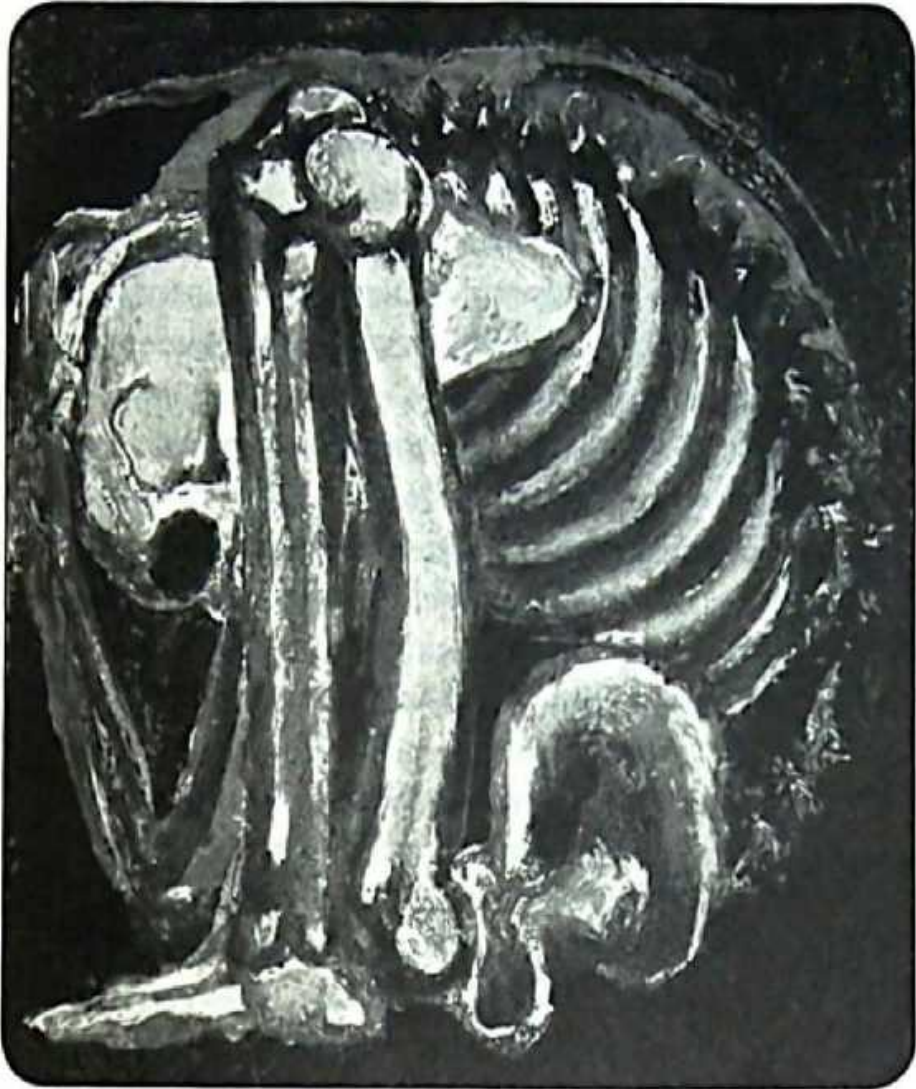
Combinado con la doctrina del pecado, una gran mentira sobre otra, el llamamiento a la dominación es una invitación a lo que denominaremos autogestión. Los campesinos deben infligirse a sí mismos el trato que dios propina al mundo y que los nobles propinan a los campesinos. Deben continuar siendo violentos y dirigir la violencia contra sus propios impulsos y deseos naturales, especialmente contra los deseos de recuperar su libertad. El campesino debe declarar la guerra a su propio ser, a su cuerpo y a todas sus necesidades y pulsiones.

Aquellos que no tienen la lucidez de resistirse a los curas empiezan a aparecer por los caminos de Europa con látigos,

autoflagelándose. Los nórdicos libres y los sureños liberados de Occidente están desposeídos por completo. La Europa occidental, donde los musulmanes que se postran ante su dios cinco veces al día son considerados infieles satánicos, se convierte en un circo de penitentes que expían sus pecados infligiendo torturas de lo más creativas a sus propios cuerpos.

Los mayores penitentes, los que la Iglesia ha elevado a la categoría de santos, en palabras de Turner, «han sido responsables de los mayores pecados contra la creación», «torturándose sobre ruedas, grabándose emblemas religiosos en el cuerpo, enterrándose parcialmente en tumbas o colgándose de la horca, quemándose en hornos, lamiendo el vómito o bebiendo la sangre de los enfermos».

Ningún leviatán anterior jamás había degradado tanto a sus miembros humanos. La gente nunca había dirigido la violencia del Leviatán contra sí misma. Los papas y su institución han conseguido una victoria sin precedentes. Su Lugalzagesi–Optimus Maximus, sinónimo de la muerte, ha logrado el hito de imponer su dominación sobre los vivos mediante sus propias mentes y manos, el hito de que los seres humanos se inflijan a sí mismos una muerte lenta y dolorosa.



XV

EL PROYECTO DE LA IGLESIA DE REHABILITAR EL LEVIATÁN ROMANO en sus tierras de Eurasia occidental triunfa, pero solo por unos instantes, un momento fugaz que da pie a ilusiones duraderas.

El imperio neoromano de Carlomagno vestido al estilo franco no es ni una cuarta bestia rehabilitada ni una quinta bestia. No es más que el último estertor de la muerte del gusano romano moribundo, una llama que se enciende entre las cenizas de un fuego consumido.

El hedor que emana de la carcasa en descomposición sin enterrar seguirá atacando los orificios nasales occidentales, pero el artificio no volverá a ponerse en movimiento.

Los musulmanes, los bizantinos, los turcos y los mongoles buscan un nombre leviatánico para Occidente, pero siguen llamando francos a los europeos porque otrora existió un leviatán franco, no porque siga existiendo.

Eurasia occidental será tratada como una única entidad con una historia ininterrumpida porque el monopolio de la conservación de los anales de Occidente estará en manos de falsificadores preparados.

Los cronistas católicos romanos del leviatán celeste y terrestre están instruidos para ver unidad y continuidad donde no la hay, para ver lo que están buscando y no lo que tienen enfrente. Hablan de la ciudad terrena a pesar de que en Occidente están desapareciendo las ciudades, cuando no hay un leviatán único y continuo, sino solo desmembramiento y descomposición.

Los siglos de militancia, preparación y propaganda no

reportan a la Iglesia ninguna ciudad terrena. El campeón elegido por la Iglesia, el imperio franco-romano, es como el antiguo Pirro, rey de Epiro, que iba de victoria en victoria hasta que fue aniquilado por completo.

Sin embargo, los escribas de la Iglesia describirán los triunfos de su causa como si cada vez fueran mayores. Están instruidos para no reconocer la derrota. La Iglesia occidental, autodenominada católica, es decir que lo abarca todo, busca una dominación tan absoluta, un imperio tan vasto, que todo hundimiento de su verdadero imperio parece pequeño y efímero, incluso el hundimiento de su último imperio.

Igual que los militantes de épocas posteriores, los militantes católicos persiguen fines tan amplios que prácticamente cualquier medio parece contribuir a ello. Su práctica diaria degenera en un oportunismo sin escrúpulos y al servicio del poder, un oportunismo que siempre está dispuesto a ensuciar los objetivos previos y a cometer atrocidades contra los antiguos aliados. A los ojos de estos oportunistas, el emperador Carlomagno era grande, pero el santo emperador romano Otón es aún mayor.

Sin embargo, si Carlomagno era poco más que el jefe de una banda de saqueadores, Otón no es ni santo, ni romano, ni emperador.

La Iglesia no es capaz de aceptar la caída del Imperio romano porque considera que el Imperio es el mundo y que

ella misma es el alma del Imperio. Durante todos estos siglos en que ningún leviatán se menea en Occidente, todo el aparato de la Iglesia sigue actuando como una enorme administración al mando de un leviatán que abarca el mundo entero.

El efímero Imperio franco de Carlomagno le sirve a la Iglesia para confirmar que la bestia efectivamente se mueve, pero con una mirada más atenta advertimos que la bestia no solo es efímera sino también ilusoria. No es una máquina en funcionamiento. Se trata de una amalgama compuesta de piezas que provienen de diferentes máquinas, piezas que no encajan unas con otras. Son como proas de barco combinadas con resortes de reloj. Los relojes pueden ser útiles en los barcos, pero un montón de proas y resortes no originarán ni un barco ni un reloj.

Otra metáfora sugerente podría ser un sistema nervioso sin cuerpo. La Iglesia instruye y despliega una enorme burocracia que perfectamente habría podido actuar como administración y policía para el emperador romano, los gobernadores provinciales y los recaudadores de impuestos de la época de Octaviano. No obstante, en los tiempos de los saqueadores francos, esta burocracia colosal pende en el vacío, y ninguna cantidad de agua bendita puede pegar tal burocracia con tal ejército y hacer de ello un leviatán funcional.

Los francos siguen siendo hombres libres que demuestran

su valor con su bravura y la única lealtad que honoran es la lealtad a sus hermanos y compañeros que les ayudan a obtener botín. La lealtad a un emperador y la devoción por el funcionamiento disciplinado de la máquina imperial son tan ajenas a ellos como lo es la fidelidad para los papas romanos.

Los francos estuvieron bien contentos al considerar que hasta la tierra podía ser un botín de guerra, pero ello no les ha convertido en oficiales de un Estado territorial. Al contrario, los francos han convertido las tierras en atributos de la gente. Lotaringia, por ejemplo, no es ni una colonia ni una provincia, como lo era Galia en la época romana, sino que es la suma de las propiedades de Lotario en un año concreto, lo cual puede cambiar de un año a otro, igual que los trajes de Lotario.

Esto vale no solo para Lotario, sino también para sus compañeros de armas leales, sus vasallos. Cada vasallo recibe como recompensa un botín formado por tierras de las que él es el amo, y a su vez recompensa a los vasallos inferiores con grandes parcelas de sus tierras.

Las parcelas, llamadas señoríos, no son unidades fiscales y administrativas de un Estado territorial. Los cargos desplegados por la Iglesia a todas esas «parroquias» trabajan en el vacío. El amo de un señorío solo sirve a su señor, este cerca o lejos, y si su señor está en guerra contra su vecino, luchará contra su vecino. Estas guerras son habituales. Esto explica

por qué las paredes de la morada de un señor tienen tres pies de ancho, por qué hay un foso enfrente de la entrada, por qué el señor y sus siervos se desplazan con pesadas armaduras y arrastran lanzas de la largada de un árbol. En este contexto, los instruidos administradores de las unidades territoriales son seres exóticos procedentes de un mundo diferente.

Los señores francos todavía conocen únicamente las relaciones personales de su comunidad desaparecida, mientras que a los clérigos se les forma para pensar que las relaciones jerárquicas del Imperio romano son la única comunidad posible.

El señor y el cura no solo son exóticos el no para el otro. También son incompatibles. El mundo de cada uno excluye al otro. El señor probablemente se siente agradecido porque el cura pacifica a los labradores con historias de los males de esta vida y las glorias de la próxima. El señor está agradecido porque recibe alimentos, no de la tierra, sino de quienes la cultivan.

Los campesinos dan de comer al señor y a todos sus compañeros, familias y caballos. Los campesinos construyen el foso y los muros anchos. Muelen el trigo del señor y transportan su agua. De vez en cuando incluso se les recluta para luchar en sus guerras.

Los campesinos, sean descendientes de francos, latinos,

celtas, levantinos o africanos, ya no son libres. Algunos resistieron, otros trataron de huir, pero los vasallos del señor se unieron contra ellos. Forman parte del señorío. Vienen con la parcela que un vasallo recibe como botín. Han sido reducidos a siervos.

Entre los siervos es allí donde los curas llevan a cabo su oficio. Para los curas, los siervos son iguales que los señores a ojos de Dios. Todos son ciudadanos del Imperio, como lo eran para el emperador Caracalla, y por lo tanto tienen todos la misma obligación de pagar un impuesto personal, un diezmo o un décimo de todos sus productos.

Dicho diezmo se envía a Roma y desde Roma desciende por la jerarquía de un modo muy propiamente leviatánico, sustentando el aparato administrativo del imperio inexistente.

Pero el diezmo supone un montón de comida que no llega a la mesa del señor, quien detesta ver cómo el diezmo abandona su señorío y pronto intentará controlar no solo el diezmo sino también al cura de su señorío. Quiere el producto excedente del campesino en su mesa, no en la del papa parasitario. Dicha actitud no podría divergir más de la del cura, cuya formación romana le predispone a querer reunir todo el producto excedente y enviarlo al centro, desde donde podría descender por la jerarquía de una manera absolutamente leviatánica.

En la práctica, el señor y el cura se adaptan el uno al otro, pero durante todas las generaciones en las que coexisten, cada uno de ellos dibuja una línea que no va a cruzar, Son y permanecen antitéticos. Cada uno representa un componente de una entidad distinta.

Se escribirán libros para explicar a los lectores que los «modos de producción» del Leviatán aparecen en Occidente cuando «maduran las fuerzas productivas», que los señoríos «se transforman en» Estados mercantiles territoriales con los clérigos como «comadronas».

Muchos de estos libros se parecerán a descripciones del «antes» y el «después» con una elaborada argumentación que demuestra cómo la estructura previa «se transforma en» la estructura siguiente. Escritos por dialécticos expertos en demostrar cómo las cosas se convierten en sus opuestos, muchos de los argumentos resultarán convincentes y algunos realmente elegantes, pero lo explican todo a los lectores, salvo el hecho de que la estructura previa se ha incendiado.

El hecho es que Occidente ya ha heredado las «fuerzas productivas» de Roma, de las más «maduras» del mundo, y las ha dejado perecer. El hecho es que el señorío seguirá

siendo un señorío durante más tiempo de lo que duró cualquier dinastía egipcia y jamás se convertirá en un Estado territorial, un leviatán propiamente dicho. El hecho es que la Iglesia no es la «comadrona». La Iglesia está comprometida con la Roma de Octaviano, no con los Estados comerciales territoriales del Occidente más tardío. El imperio carolingio será lo más cerca de lo que la Iglesia estará de su objetivo.

Las formas leviatánicas llegan de la mano de los extranjeros. No es que las adopten los occidentales cristianos flexibles, que tan solo existirán en historias posteriores, sino que se imponen sobre las ruinas del desmembrado imperio católico franco. Y las «comadronas» que iniciaron los avatares del último leviatán occidental son enemigos de los francos, de Roma, de la Iglesia o de los tres a la vez.

Son los ejércitos de los hombres libres de Carlomagno quienes ponen en movimiento a los enterradores de su propio Imperio, el único imperio occidental efectivo del catolicismo. Dichos ejércitos prueban su libertad y su virilidad convirtiendo a todos cuantos se encuentran dentro de los límites de Europa en enemigos inveterados de los francos.

Sin embargo, al atacar a los musulmanes del sur para luego dirigirse hacia el norte contra los vecinos de los sajones diezmados, los francos dejan de pelearse con comunidades más débiles. Ahora se pelean con pueblos tan bien acorazados con rasgos leviatánicos como ellos mismos. Los musulmanes

de España representan la provincia más occidental del leviatán más poderoso de Eurasia aparte de China. Los daneses, los eslavos y los hunos avaros de los bosques del norte, aunque no tan acorazados como los musulmanes, hace tiempo que emplean armas propias del Leviatán para tratar de preservar lo que queda de sus comunidades. Cuando todos estos pueblos responden atacando a los francos, el imperio del oeste se derrumba definitivamente.

Los escandinavos (cuyos descendientes serán conocidos en Occidente como vikingos, hombres del norte o normandos) son los primeros en responder a la violencia de los francos. Los daneses ya habían tomado las armas para defender a sus vecinos sajones de la masacre franca. Al mismo tiempo en que los francos someten Sajonia despoblando el noroeste de Germania, los daneses están organizando una flota contra los cristianos de Carlomagno.

Tras esta, llegan numerosas flotas todavía mayores que ya no son defensivas. Los nórdicos organizan enormes empresas militares contra el imperio franco en descomposición. Empiezan incursionando los límites periféricos del imperio: Frisia, Inglaterra, Irlanda.

Los vikingos llevan caballos de las estepas en sus grandes

navíos, aterrorizan a toda Europa, saquean y destruyen los bastiones francos situados en los grandes ríos, asaltan Asturias, así como Portugal y París. Llegan como *conquistadores* de amplias porciones del Imperio carolingio, como desmembradores del último Imperio romano de Occidente. Los vikingos invaden partes de Galia, Apulia (Italia), toda Sicilia, toda Inglaterra. Adoptan lenguas francas y se sirven de los burócratas romanos para imponerse como gobernantes, para socavar el poder de los amos de los señoríos y, a continuación, se lanzan al mar con este imperio franco renovado, para perpetrar expediciones de pillaje y grandes empresas comerciales de piratería y conquista.

Los nórdicos, a quienes los católicos romanos invasores de Sajonia han incitado a unas represalias tan amplias y duraderas, conocen los métodos del Leviatán tan bien como los francos. Que los vikingos no se nombren explícitamente en la documentación de los leviatanes anteriores al de Carlomagno sugiere que no han querido combatir los leviatanes hasta que se han visto obligados a ello.

Puede que los vikingos estuvieran entre los nórdicos que lucharon contra el cerco del suroeste de Eurasia que protagonizó el Imperio romano. A diferencia de los francos y los godos, los escandinavos no sostuvieron la guerra durante veinte generaciones, no son de los que desmembraron el verdadero Imperio romano. Regresaron a la seguridad de sus fiordos, separados de los ejércitos del Leviatán por mares helados, y avivaron su lengua, su mitología y sus

antiguas costumbres, hasta un cierto punto. No se resignaron al encierro brutal de la mitad cálida del mundo. Y efectivamente se abrieron camino. Pero a diferencia de los francos, lo hicieron sin arremeter contra los muros de Roma. Encontraron una ruta hacia el Mediterráneo que bordeaba el Imperio romano y todas sus legiones, un camino que iba desde el mar Báltico hasta el mar Negro recorriendo los ríos que cruzan Rusia. No se sabe desde cuándo los escandinavos conocían este camino, ni tampoco si formaban parte de los «escitas» con quienes los griegos comerciaban en las orillas del mar Negro.

Cuando los ejércitos francos se pelean con los vikingos, los puestos avanzados situados a lo largo de la ruta oriental escandinava ya son imperios mercantiles con relaciones comerciales y políticas con el Imperio bizantino. En una época en que en el Occidente franco no existen ni las ciudades ni el comercio, los vikingos que se autodenominan rus y a quienes los bizantinos llaman varegos, despliegan flotas comerciales desde las ciudades de Novogorod y Kiev.

Del mismo modo que los fenicios y sus sucesores árabes, e igual que los ottawas de otra época y lugar, los escandinavos intentan compensar la pérdida de medio mundo convirtiéndose en intermediarios que transportan objetos entre las tierras encerradas y su tierra.

De la misma manera que evitaron Roma para alcanzar el Mediterráneo, bordean Bizancio para llegar al Levante e

intercambiar sus pieles, sus infusiones y su miel por las sedas, las especias y la plata de los musulmanes. Lo hacen por su cuenta, sin intermediarios cristianos. Cuando recurren a escribas e iconos bizantinos es para mostrarse ante los mercaderes musulmanes como la tercera Roma, no como una provincia de Bizancio.

Sin duda con la esperanza de mejorar sus vidas y sus costumbres mediante dichos transportes, en un momento dado dejan de ser lo que eran para pasar a ser lo que hacen.

Los rus escandinavos se convierten en los gobernantes del primer Estado ruso, un imperio comercial fluvial, un pulpo. Empiezan a transportar los tentáculos leviatánicos hacia partes de Eurasia que ningún leviatán anterior había alcanzado. Al pelearse contra los vikingos, los francos están cavando la tumba de su propio imperio de siervos, amos de señoríos y relaciones de fidelidad. Los escandinavos del norte de Sajonia no se van a convertir en vasallos de un señor, de hecho no van a dejar demasiado espacio donde puedan desarrollarse las instituciones francas.

Muchas de las grandes transformaciones de Occidente no vienen de la mano de las dinámicas internas de los señoríos feudales, ni de la mano de la Santa Sede, sino de Escandinavia, al igual que la plata musulmana, que en la Europa occidental monopolizan los hombres del norte durante varias generaciones.

Los vikingos no son el único pueblo a quien los francos católicos romanos saqueadores provocan la ira. Estos romanos tardíos consagrados por el papa también combaten a los eslavos, los magiares y los musulmanes, aunque los vikingos solos se bastan para desmembrar el imperio de los caballeros. Los francos convertidos no corren mejor suerte cuando se enfrentan a los otros pueblos que cuando luchan contra los vikingos.

La mayoría de los eslavos viven en comunidades agrícolas alejadas de los leviatanes en la época de Carlomagno, pero no es el caso de los eslavos atacados por los francos.

Tras la completa devastación de Sajonia, los francos se disponen a atacar a los lituanos, los srabi o sorabos del norte (posteriormente llamados vendos) y los moravos. Los lituanos y los sorabos van a provocar muchos problemas a los católicos más adelante. Los moravos se los causan enseguida.

Los moravos son comunidades de cultivadores que están acostumbradas a las relaciones leviatánicas desde tiempo atrás. No se sabe si algunos de sus ancestros formaban parte de los escitas que comerciaban con los griegos o si algunos antepasados posteriores participaron en la larga guerra

contra el Imperio romano. Lo que está claro es que, ya en la época del franco Clodoveo, los moravos formaron una alianza de defensa similar a la de los antiguos guíeos y sus sucesores. Los jinetes hunos avaros en guerra contra Bizancio habían intentado convertir a los moravos agricultores en meros abastecedores de alimento permanentes y los moravos se defendieron de esta ofensiva uniendo sus fuerzas tras un cabecilla.

Los francos de Carlomagno exterminan a los avaros. Otros pueblos menos violentos habrían creado una alianza duradera con los moravos agradecidos; pero los caballeros consagrados por los agentes de Optimus Maximus no forman alianzas. Los saqueadores francos empiezan a tratar a los moravos como los avaros les habían tratado.

Los cultivadores moravos no se prestarán más a ser zeks agrarios de los francos de lo que se prestaron con los ávaros, por lo que vuelven a recurrir a su liga de defensa, esta vez tras un hombre fuerte llamado Moimir.

La amenaza franca no recula y los moravos permanecen en dicha liga. Rastislav, el hijo de Moimir, invita a los prelados serbios Cirilio y Metodio a Moravia para que le ayuden a organizar una institución defensiva más duradera, que cuente con escribas y documentos redactados en el alfabeto de Cirilio, un auténtico leviatán como el que tienen los eslavos del sur y los búlgaros para defenderse de los reclutadores y recaudadores de impuestos bizantinos.

Cada vez más enredados en relaciones leviatánicas creadas por ellos mismos, mientras pierden inconscientemente lo que tratan de defender, los moravos logran repeler por lo menos dos grandes ejércitos de invasores francos y expandir su liga defensiva a zonas más tarde llamadas Eslovaquia, Bohemia, Hungría del norte y Polonia del sur.

Llegan de Serbia más burócratas cirílicos para ayudar a administrar ese Estado, pero Serbia está lejos y los prelados no llegan suficientemente rápido, por lo que el siguiente dirigente moravo, Svatopluk, invita a prelados latinos a ocupar los cargos administrativos.

Con su burocracia renovada, Moravia contiene a más fuerzas invasoras francas, pero se derrumba frente a unos parientes de los jinetes avaros, es decir los hunos magiares, espoleados tanto por los bizantinos como por los francos.

Los escribas de Roma describirán la renovación de la burocracia morava como una hazaña de la Iglesia romana, un logro denominado «la conversión de los moravos». La Iglesia militante avanza de victoria en victoria, como Pirro: cada victoria le acerca más a su ruina.

El leviatán moravo; en vista de su población de cultivadores que comparten una lengua y unas tradiciones comunes, de su organización militar centralizada y su burocracia de clérigos eclesiásticos; podría tener alguna afinidad con la temprana *res publica* romana. En cambio, no

tiene ninguna afinidad con los imperios romano y franco. Es un precursor de lo que vamos a llamar «estado nación», un enterrador precoz de todo lo franco, romano, católico e imperial.

Los que celebran «la conversión de los moravos» muy oportunamente olvidan lo que su institución apoya. Si el objetivo de la Iglesia romana hubiese sido prestar sus servicios burocráticos a cualquier otro ente que no fuera un Imperio romano rehabilitado y que lo abarca todo, se podría haber dirigido hacia Bizancio, que por lo menos tenía recuerdos de imperio y pretensiones imperiales. Jactarse de ser la cola que meneas al perro es descarado. Jactarse de ser la cola de Svatopluk exige el cinismo fortalecido del propagandista, del mentiroso público.

Es cierto que las comunidades de cultivadores moravos no ganan nada humano con los burócratas católicos que administran su liga, al principio, defensiva. Sin embargo, resulta que los moravos son de los pocos que lo saben y actúan en consecuencia. Serán de los pocos que han leído realmente el Libro de los clérigos católicos y anunciarán en voz alta las mentiras de la institución católica. Es cierto que el Estado moravo tan solo se prolonga durante una generación, antes de ser demolido por los hunos magiares enfurecidos, pero a este Estado inmediatamente le sigue una larga línea de sucesores. Y es el prototipo de forma leviatánica que eliminará del mapa los señores feudales y sus señoríos.

Mientras que su imperio se cae a pedazos, los saqueadores francos siguen, no obstante, atacando a los escandinavos, los eslavos y los magiares.

Los atacados siguen replicando igual, pero también responden de otro modo. En una secuencia muy rápida, se organizan en leviatanes defensivos al estilo moravo, administrados por burócratas instruidos en la Iglesia romana, al servicio de sus respectivos dirigentes.

Los parientes y vecinos de los moravos establecen un leviatán bohemio encabezado por Wenceslao y Premysl.

Les siguen los vikingos, que fundan un leviatán danés encabezado por Gorm el Viejo y Haroldo Diente Azul.

Los hunos magiares se reúnen en un leviatán húngaro encabezado por Arpád.

Las comunidades de cultivadores libres, *poletvfi* en eslavo, se integran en la dinastía de los Piast encabezada por Mieszko.

Y la proliferación sigue y sigue. Se está dibujando la geografía europea.

Los católicos francos no ponen punto final a los asaltos de los vikingos y los magiares. Los dirigentes escandinavos contienen a los vikingos y los dirigentes húngaros contienen a los atacantes magiares. Todos y cada uno de los leviatanes

autóctonos, posteriormente llamados Estados nación, con siguen imponer a sus miembros humanos aquello que ni los romanos ni los francos pudieron infligirles: la domesticación.

Pero las formas de domesticación no son ni romanas ni francas. Las fronteras de dichos Estados son los límites que los amos y los señoríos no pueden superar. Cada uno de estos leviatanes tan solo sirve a sus propios fines. Solo son leales a su propio imperio. Solo pueden devenir provincias de otro imperio al ser destruidos, dado que se constituyeron como estrategia defensiva para evitar convertirse en provincias del gobierno franco o de Roma. Y este sigue siendo su principal objetivo. Reconocen la supremacía del papa siempre y cuando la Santa Sede no deje de ser un lugar supremo de formación de burócratas que son leales, en primer término, al dirigente nacional y cuya principal devoción es por las campañas genocidas contra otros Estados nación católicos o incluso contra los restos del imperio franco.

Estas naciones son católicas tan solo en la medida en que los católicos son nacionales. Más adelante, cuando se instruye *in situ* a los burócratas y los servicios de Roma dejan de ser necesarios, la profundidad de todas las «conversiones» se revelará en «reformas» del día a la mañana.

La moravización de las fronteras de Europa, o más bien la proliferación de leviatanes bajo la forma de Estados nación

que rodean y encogen la Roma del imperio franco, excluye la posibilidad de rehabilitar un imperio de Occidente, sea romano o no. El sueño romano del papa solamente será recuperado dos veces, y mucho más tarde, con dos megalómanos, pero sus Romas serán París y Berlín, y ninguno de ellos perseguirá la consagración del Pontífice Máximo ni tampoco hará el sueño realidad. El Imperio de Carlomagno no es un principio sino un final.

Los escribas de Roma no ven las debacles del norte del imperio franco como derrotas, pero reconocen que las aventuras del sur de su imperio no llegan a victorias.

Ya en la época de Carlomagno, los orgullosos francos buscan deliberadamente la enemistad de los dos leviatanes del oeste de China. Con toda probabilidad, el hecho de ignorar la existencia del leviatán del lejano oriente es lo único que les impide dirigir sus lanzas y espadas también hacia dicho adversario.

Los francos intentan someter el último puesto de avanzada de Bizancio en Occidente, la Venecia comercial, e intentan cruzar los Pirineos para perseguir a los musulmanes españoles.

La antipatía del imperio católico por Venecia es un legado

de los francos, los romanos y los cristianos. Los francos, reciente e incompletamente leviatanizados, todavía consideran el comercio como una práctica que se ejerce contra los enemigos. Entre los francos, los eclesiásticos adoctrinadores comparten la vieja antipatía de Roma por cualquier tipo de pulpo con tentáculos independientes, sea etrusco o cartaginés. Esta antipatía romana se complementa con la descripción del Libro acerca del trato que da Cristo a los cambistas.

Los occidentales consideran que el comercio es degradante para los cristianos. Lo consideran pecado. Las pocas especias y ropajes que usan les llegan a través de los judíos, cuya existencia en Occidente no se ha reconocido públicamente. Los invisibles judíos son considerados extranjeros, aunque hayan morado en Galia e Italia durante más tiempo que los godos.

Los venecianos son cristianos y también herederos de las tradiciones mercantiles de los griegos adriáticos. Desde que los ejércitos del Islam someten la metrópolis bizantina, su propia ciudad se convierte en un pulpo independiente, o por lo menos en un tentáculo del pulpo islámico.

La relación de Venecia con los centros mercantiles árabes del Levante probablemente se parece a la relación de los griegos antiguos con los fenicios.

Los venecianos, igual que los vikingos rusos que se abren

paso hacia el Levante desde el mar Negro, son aprendices de los musulmanes. Reparten madera por el Levante, que en su día había sido boscoso, y también seres humanos esclavizados, no siempre «paganos». Se llevan del Levante bienes de lujo, algunos de los cuales proceden de India y China.

Los venecianos responden a la amenaza franca lanzándose al mar y los caballeros, con fama de pésimos navegantes, no logran ni someter ni eliminar a los mercaderes cristianos.

Los francos dejan de acosar Venecia solo después de que la metrópolis bizantina reconozca el aparato de los caballeros francos como el imperio de Occidente, es decir, tras otra victoria pírrica. El reconocimiento bizantino no alargará la existencia del imperio franco ni un solo día, mientras que Venecia socavará todas las antipatías y principios que este imperio sostiene.



XVI

LOS VIKINGOS, LOS ESLAVOS, LOS MAGIARES Y LOS BIZANTINOS confinan al imperio franco romanizado a un terreno cuyas dimensiones son más bien modestas para un imperio que lo abarca todo, es decir, el imperio católico.

El islam debilitará y cortará a ras el desarrollo de cualquier tipo de proyecto franco aunque se dé en el pequeño terreno que le dejan los demás.

La incursión del ejército de Carlomagno en la España islámica no aporta nada a los francos y advierte a los musulmanes de la existencia y la índole del imperio franco.

Ni siquiera hay una guerra. Hay demasiada desigualdad entre los bandos. Debemos ir con cuidado de no proyectar rasgos occidentales posteriores en acontecimientos previos. Los musulmanes están acorazados con armas y tecnologías de los leviatanes de Eurasia central. Los caballeros francos están acorazados con cotas de malla que les eran más útiles en los combates cuerpo a cuerpo dentro del bosque.

Los caballeros se habían hecho una idea exagerada de su misión y su poder debido a sus consejeros espirituales megalómanos, pero tan solo resultaron aterradores cuando atemorizaron y masacraron a los campesinos sajones. Les fue peor ante los vikingos, los magiares y los moravos. Se desintegran ante el islam.

El hijo de Carlomagno, Luis, llamado el Piadoso, se conforta acerca de la bravura franca acercándose a los iconos que prometen el mundo a los francos y alejándose de las mandíbulas abiertas de todos los leones que los acechan. El papa corona a Luis como emperador de Occidente, pero ello fortalece al imperio occidental tanto como el reconocimiento bizantino. Luis el Piadoso es derrocado por sus propios hijos, que inmediatamente dirigen sus lanzas y vasallos unos contra otros.

Los musulmanes contraatacan las incursiones de su abuelo Carlomagno asaltando y luego conquistando Sicilia. El leviatán católico decapitado, que los nietos de su fundador han sumido en una guerra civil, ya ha perdido la capacidad de responder. Los musulmanes del norte de África se suben por la costa de Italia, y Palermo y más tarde Bari, situados justo en las costas de la península, les sirven de bases para adentrarse en tierra firme. Pronto saquean Nápoles, se fortifican en Apulia y se dirigen hacia el territorio que los papas aseguran haber recibido de parte de Constantino.

Los invasores musulmanes alcanzan Italia desde una región que llaman Ifriquiya, una zona conocida como Cartago antes de convertirse en la provincia romana llamada África. Los musulmanes tunecinos están vengando inconscientemente y con demora a los cartagineses a la vez que los últimos romanos dividen su imperio en tres reinos, ninguno de los cuales es capaz de salvar Roma.

El patético vicario de Cristo, el pontífice supremo de un imperio que ya no existe, tiene que enfrentarse a los sucesores de Aníbal por su cuenta en una batalla que no es ni memorable ni romana. León IV se salva tan solo a sí mismo encerrándose en alguna parte de Roma. Su cárcel se llamará la ciudad Leonina, aunque no tenga ningún parecido con un león más allá del nombre. Todavía más tarde se denominará el Vaticano.

Y el imperio de los francos, perseguido durante largo

tiempo por el papa y que ahora se encuentra dividido en tres reinos francos, abandona al papa en su cárcel, porque los nietos imperiales no son ni capaces de lidiar con sus propios problemas. Carlos el Calvo no puede evitar que los vikingos saqueen las costas de Galia ni que consigan llegar a París. Su hermano Luis, llamado el Germánico, no logra hacer frente ni a la Moravia unida ni a los vikingos que saquean las costas del norte. El hermano Lotario, señor supremo de Lotaringia, corre la misma suerte que su padre al ver Lotaringia dividida en tres parcelas de imperio todavía más pequeñas. Otra división como esta y las parcelas imperiales no excederán el tamaño de Moravia.

Se puede pensar que, llegados a este punto, los herederos de los francos copiarían a sus vecinos y se constituirían en Estados nación. No ocurre. Habiendo saboreado el imperio, los francos están entregados a los fantasmas de formas pasadas de una manera tan inflexible como el pontífice de Roma. Serán los extranjeros los que les impondrán los cambios a ambos.

De hecho, los francos y los papas simularán que el imperio jamás dejó de existir. El papa consagrará a cualquier heredero de Carlomagno que consiga llegar a Roma, y cuando se hayan extinguido los herederos francos, los papas coronarán a cualquier aventurero que se alíe con el pontífice. Los papas llamarán a dichos consagrados «santos emperadores romanos», es decir, emperadores a ojos de dios y del papa.

Los herederos de Carlomagno, cercados de invasores, no caen defendiendo el imperio franco, se destruyen entre sí antes de que los invasores los alcancen.

Frente a los moravos independientes y a los magiares asaltantes, la parte más oriental del imperio franco estalla en contiendas que acaban con los últimos herederos. Los francos son sustituidos por jefes de frontera sajones católicos que se dedican a tratar a los demás como los francos trataron a los sajones. El primero de ellos, Enrique el Pajarero, y su sucesor Otón, siembran la desolación entre los escandinavos, los magiares, los vendos eslavos y los polacos. Otón visita al papa y requiere una corona imperial por sus hazañas sumamente francas y católicas.

El papa, Juan XII, que se autodenomina Octaviano, príncipe de Roma, ya sabe que el único Imperio romano que queda es su propia ciudad Leonina. Sin embargo, el papa corona a Otón porque el ejército fronterizo sajón y genocida son los últimos restos del proyecto imperial católico. La parte lotaringia del Imperio franco ya no existe y la base occidental de los francos se ha desintegrado ante las incursiones vikingas y musulmanas.

Cuando los musulmanes se establecieron en la costa provenzal y los vikingos asediaron París, un congreso de caballeros destituyó al último emperador franco con tal de resistir frente a los invasores. El nieto de uno de estos

caballeros, Hugo Capeto, ostenta el título de rey de los francos, pero su dominio se limita a París. Sus descendientes expandirán este dominio solo tras haber sido completamente vikinguizados e islamizados.

Los hombres del norte que asedian el corazón del imperio franco han llegado a Galia para quedarse. Toman una gran porción de Galia y la llaman Normandía. Su jefe Hrolf o Rollón deviene el duque de los normandos. Conocedores profundos de sus viejos enemigos, estos vikingos sostienen, con ironía, que Normandía fue una donación del último emperador franco al duque Rollón. A la larga también adoptan la lengua y algunas usanzas de los francos. Y transforman el imperio franco en una entidad que a nosotros nos resultará familiar, pero que para los francos es exótica y antagónica a ellos.

Los normandos llevan el comercio marítimo, que los católicos llaman piratería, al corazón del imperio franco. Los normandos, igual que sus parientes nórdicos e igual que los venecianos, son clientes de las casas mercantiles del Levante. Normandía es un tentáculo más del pulpo marítimo islámico.

Los vikingos francófonos sustituyen a los judíos en el

transporte de bienes de lujo exóticos. Sus parientes nórdicos transportan ropas y plata musulmanas a Islandia y Groenlandia; y Erik el Rojo transporta lujos islámicos hasta Vinlandia, en «América del Norte», veinte generaciones antes de que otros europeos descubrieran la existencia de tal lugar.

Los navíos de los nórdicos vuelven al Levante cargados con pieles, madera y seres humanos esclavizados, a pesar de que los barcos de Vinlandia no regresan. Los de Vinlandia parecen haber descubierto algo más importante que la plata musulmana, algo que casi habían perdido, y dejan de comunicarse con sus parientes leviatanizados.

El año en que su pariente Knut o Canuto deviene rey de Inglaterra y Dinamarca, y convierte el mar del Norte en una gran ruta comercial, los normandos francófonos, cristianos de nombre, acompañan a un mercenario llamado Ranulfo a la Sicilia musulmana en busca de fortunas, bien como agentes de los mercaderes islámicos de la isla o bien como sus sucesores. Tras emplearse como mercenarios, los normandos, al igual que sus contemporáneos turcos de más al este, se convierten en los jefes y sucesores de sus patronos.

Rápidamente otros normandos siguen el ejemplo de Ranulfo y en menos de una generación los normandos mercantiles ocupan los puestos de los mercaderes musulmanes en toda Sicilia y en la mayor parte del sur de Italia.

Según parece, los cristianos han expulsado a los musulmanes de Italia. Sin embargo, los papas, vistos los acontecimientos, no se dejan engañar: saben que la única diferencia entre los antiguos mercaderes y los nuevos es que estos se niegan a postrarse ante el dios misericordioso y que son más codiciosos.

Incluso los cristianos bizantinos ven en los normandos una amenaza mayor que el islam.

En una alianza insólita, el papa aúna fuerzas con el sagrado emperador romano y con el emperador bizantino para intentar expulsar a los normandos de Apulia y Sicilia.

Los normandos vencen la insólita alianza y capturan a León IX, el papa. Tras una reunión sin documentar donde juegan el chantaje, el oportunismo, o ambos, el papa excomulga a sus aliados bizantinos y acepta que los normandos islamizados sean sus vasallos personales. Los primeros papas que le suceden son títeres de los normandos, a quienes los papas invisten como duques de Apulia y Calabria.

En Italia, los normandos que suceden a los musulmanes y los sustituyen en sus bastiones osan hacer lo que los musulmanes italianos jamás habían hecho: atacan la Bizancio cristiana por el oeste.

Dos de los antiguos aliados, el sagrado emperador romano

y el bizantino reanudan su alianza, esta vez en contra del ejército musulmán bajo las órdenes del normando Roberto Guiscardo, que lucha del lado del papa. Los dos emperadores son derrotados y los musulmanes y normandos celebran su victoria saqueando Roma antes de dirigirse hacia el este para conquistar el Imperio bizantino.

A la vez que los normandos bajo el mando del duque Guillermo vencen y sustituyen a los gobernantes anglosajones, daneses y noruegos de Inglaterra y se convierten en reyes de Inglaterra y Normandía; los normandos bajo el mando de Roberto Guiscardo invaden Bizancio e intentan coronarse reyes de Italia y Grecia, o más bien emperadores de los restos del Imperio romano.

Asolado por los hombres del norte sicilianos, el emperador bizantino Alejo renuncia a reconquistar Anatolia a los turcos selyúcidas, quienes la llaman Rum o Roma. El emperador Alejo se enfrenta a los normandos con fuerzas mercenarias compuestas de venecianos y varegos y hombres del norte rusos.

Roberto Guiscardo no tiene tanto éxito como Guillermo el Conquistador. Cae en Bizancio al igual que el imperio romano normando.

Los vencedores principales son los turcos y los venecianos.

Los antiguos emperadores jamás volverán a cuestionar la

conquista turca de Rum, desde entonces están confinados en la capital de su antiguo imperio y poco más.

Y la Venecia mercenaria, que había sido la flota principal de Bizancio, lucha contra la normandización del imperio a cambio de adueñarse de todo su comercio marítimo.

Los venecianos logran lo que los normandos no lograron. Convierten el Mediterráneo en una gran ruta comercial veneciana. Tras haber sido aprendices de los mercaderes levantinos durante mucho tiempo, igual que los etruscos y los griegos antes que ellos, ahora despliegan un pulpo propio independiente. Lo consiguen en este momento no solo porque su mayor gobernante, Bizancio, ha sido inhabilitado de forma permanente, sino también porque sus maestros levantinos islámicos han sido engrilletados por un leviatán turco que, dada su orientación terrestre y su forma de gusano, tiende a reprimir el movimiento libre de los tentáculos comerciales musulmanes.

Los normandos católicos y los venecianos bizantinos, enemigos en los campos de batalla navales, que habían sido aprendices de los mercaderes árabes y que ahora son los maestros, importan no solo mercancías sino también costumbres mercantiles árabes al corazón de Europa. Los

venecianos van a conservar su monopolio del comercio marítimo durante mucho tiempo. A los normandos, los favoritos del papa metamorfoseados, se les unen rápidamente los lombardos, los burgundios, los flamencos y hasta los francos.

Afloran mercados en los caminos que comunican los señoríos que antaño eran autosuficientes. Los siervos, a quienes al principio los señores mandaban a inspeccionar las mercancías exóticas, se colocan como aprendices de los mercaderes y pronto compran su salida de los señoríos.

Los mercados crecen hasta convertirse en ciudades mercantiles y toda ciudad intenta ser una Venecia. Todas las ciudades envían tentáculos al exterior e intentan imponer un monopolio de comercio en su propio «Mediterráneo».

Los habitantes mercantiles de las ciudades, llamados *burghers* en el imperio franco, conservan su independencia respecto a los saqueadores armados que les rodean gracias al método árabe de proveer y sobornar a los nobles a caballo.

Mientras en el sur del imperio franco ocurre esto, los antiguos bastiones escandinavos situados en sus fronteras septentrionales anuncian la formación de una liga de ciudades comerciales, la Liga Hanseática, y anuncian al mundo su monopolio sobre todo el comercio marítimo entre Londres y Novgorod.

Me tienta denominar esta transformación una «islamización» de Europa, pero este término expresaría una exageración. Los mercados árabes, los métodos comerciales, las caravanas y las mercancías se expanden por toda Europa, pero los europeos no empiezan a postrarse ante Alá el misericordioso. Los europeos siguen encomendados al dios de las legiones romanas, Optimus Maximus. El único rasgo islámico que adquiere su religión es que empiezan a adorar a Optimus Maximus bajo la forma de provisiones de plata musulmana. Esta suerte de idolatría está claro que no es islámica.

El hecho de que los mercados de productos y las ciudades repletas de *burghers* y monedas de plata lleguen a Europa de la mano del islam es un misterio para los teóricos profundos, quienes buscarán los orígenes del aumento de la producción de bienes en los señoríos francos autosuficientes. En cambio, para los europeos que viven la transformación no hay misterio alguno. En cuanto se deshacen de su antipatía romana por el intercambio de productos y de su antipatía católica por las transacciones financieras, los europeos, en especial los del sur, antaño europeos francos, esperan que el islam les brinde lo que falta para completar la armadura que acompaña los métodos comerciales.

El vasallaje franco y la absolución católica no conceden ni calidez ni plenitud a las vidas de los *burghers*, así que los

Europeos occidentales comerciantes empiezan a leer ávidamente los textos islámicos traducidos al latín por eruditos judíos políglotas de la España musulmana. La filosofía de Avicena y las matemáticas de al-Biruni son más importantes para los *burghers* que las vidas de los santos. El Platón y el Aristóteles de la «tradición occidental» posterior forman parte de la cultura islámica que ahora absorbe Occidente.

El gusano romano que la Iglesia intentó resucitar durante un milenio es sustituido por una plétora de leviatanes terrestres y marinos con forma de pulpo, por Mecas, Medinas y diminutas Bagdades, por una red de Venecias, cada uno entregado a monopolizar todo el terreno, cada uno considerándose una Atenas.

Y justo en este preciso momento, el papa de Roma, llamado Urbano, anuncia una guerra santa contra el islam, la primera cruzada:

Volved las armas que habéis manchado ilícitamente en las masacres mutuas contra los enemigos de la fe y del nombre de Cristo.

Frederick Turner analizará lúcidamente la guerra santa como una externalización de la violencia que antes se ejercía hacia el interior. Mediante su limpieza genocida, la magnitud

de su mentira y la explotación de la represión y el resentimiento, la proclamación del papa anuncia ya todo aquello en lo que se convertirá Occidente.

La guerra santa empieza en el interior, contra los judíos, en un momento en que los occidentales ya no los necesitan, porque los lombardos y los francos se empiezan a dedicar al transporte de mercancías.

La antipatía piadosa que los francos y los católicos sienten por el comercio se convierte en una cuestión activa y de principios que se expresa en forma de masacres, justo cuando aquellos que perpetran dichas masacres empiezan a competir con los judíos por los bienes y los mercados.

Los que odian a los mercaderes judíos emprenden una cruzada codo a codo con quienes detestan a los competidores judíos, en una santa alianza entre explotadores y sus propios clientes victimizados. De un solo golpe, unos consideran que se han regenerado y han devenido una comunidad de francos libres, mientras que los otros creen que se han regenerado y se han convertido en griegos traducidos al latín franco a partir del árabe.

Igual que toda la propaganda occidental posterior (religiosa, política o comercial), la guerra santa contra los infieles es un tejido de mentiras que tiene algo que ofrecer a todo el mundo, aunque lo que ofrece a cada uno es incompatible con lo que ofrece a los demás. A unos les brinda la

posibilidad de convertirse en lo que ya no son y a otros, la posibilidad de convertirse en lo que nunca han sido.

Bajo la bandera de la gran mentira, las personas cuyas comunidades libres son reprimidas sin reparación posible, recuperan sin embargo algunas comunidades perdidas, parentescos perdidos y la libertad perdida, pero tan solo durante el instante en el que masacran a los supuestos enemigos de todo lo que han perdido.

Los campos de cadáveres confirman la regeneración de los occidentales. La humanidad perdida se recupera mediante un acto de sacrificio. Y la ofrenda consiste en la humanidad de los otros.

La masacre interna de judíos no es más que una preparación, un mero ensayo del primer acto de la guerra santa. Turner expondrá:

Son las cruzadas lo que realmente da comienzo al modelo de violencia cristiana a gran escala, internacional, contra todos los infieles y que finalmente da sus frutos de ceniza en las ruinas de Tenochtitlán.

Los católicos occidentales, que no saben dónde se encuentra el Levante, y que durante un milenio han considerado Roma el centro del mundo, de repente, a través de los mercaderes normandos y venecianos, se dan cuenta de que, en realidad, el centro es Jerusalén. Llegan a

Jerusalén siguiendo los caminos de los pioneros mercantiles y una vez allí abatieron, sin distinción alguna, a todos y cada uno de los enemigos con los que se encontraban (en palabras del arzobispo de Tiro, citado por Turner).

En todas partes había matanzas espantosas, en todas partes se amontonaban cabezas cortadas, de modo que al poco tiempo resultaba imposible pasar o ir de un lugar a otro sin pasar por encima de los cuerpos de los asesinados... Se ha documentado que, tan solo en el recinto del templo, perecieron unos diez mil infieles...

El exterminio de poblaciones náhuatl, quechuas, algonquinas, iroquesas, polinesias, africanas y asiáticas orientales ya ha sido anunciado. Cortés, Pizarro, Cass, Andrew Jackson, Cecil Rhodes, Adolf Hitler y Richard Nixon serán más tarde nombres de otros caballeros sin rostro similares que perpetrarán el mismo genocidio en otras Jerusalén. El rostro humano se anula detrás de una máscara leviatánica, la cual también se enmascara, se cubre con un velo, se esconde. El propósito de los velos es mostrar el europeo occidental como algo que ya no es o que nunca fue, a la vez que esconder aquello en lo que se ha convertido.

Era todavía más horrible observar a los vencedores, goteando sangre de pies a cabeza, explica el arzobispo, contemplando las máscaras leviatánicas a través de los velos.

Los vencedores, sin embargo, tan solo se fijan en los velos. Inspirados por los trovadores que cantan sobre la gloria pasada del imperio franco y por los curas que cantan en latín sobre la resurrección, los caballeros se consideran salvadores de Tierra Santa frente a los infieles, se consideran sucesores de los rebeldes que quisieron incendiar el mundo leviatanizado, se consideran algo que nunca fueron y en lo que jamás se convertirán.

Todas y cada una de las mentiras se visten como un velo más. Las lágrimas derramadas por la difamación de Jerusalén por parte de los infieles árabes se complementan con las lágrimas por la desolación de Bizancio ante los infieles turcos. Los cruzados demuestran su amor por la pobre Bizancio haciendo pedazos de lo que queda de ella.

Tras estos piadosos holocaustos enmascarados, el franco Balduino se erige rey mercader de la levantina Edesa, el normando Bohemundo, mercader de la levantina Antioquía y un tercero, un católico pío, rey de Jerusalén. En vez de prender fuego al mundo leviatánico, han clavado las lanzas y las dagas a sus habitantes. Luego proceden a la expropiación de los muertos, apropiándose de sus ropas y también de sus roles. Los francos y los normandos se encuentran ahora en el origen mediterráneo de las ropas y las especias orientales. Dirigen casas mercantiles que suministran los barcos venecianos. Sus hijos se casan con mujeres musulmanas y alaban a Alá cinco veces al día por su infinita misericordia.

Los parientes occidentales de los hombres del norte levantinos siguen comprometidos con Optimus Maximus, el dios de las legiones cruzadas, y con Lugalzagesi, el patrón de los agresivos leviatanes.

Los occidentales, a través de las ciudades, las redes comerciales y las instituciones políticas centralizadas que les han impuesto los musulmanes, los vikingos y los eslavos, se están acorazando apresuradamente con todos los rasgos leviatánicos que están a su alcance. Los mercaderes locales de cada barrio complementan y luego sustituyen tanto a los judíos como a los normandos. Muchas ciudades burlan a los monopolistas venecianos y se enriquecen abasteciendo a los cruzados extranjeros y regresando con especias y plata del Levante. Tras saquear Bizancio, los cruzados vuelven con tejedores secuestrados y crean pequeños Levantes productores de tejidos en el corazón de Galia e Italia.

Pronto, los siervos que huyen de los señoríos en busca del aire fresco del comercio no hallan sino la coacción del trabajo asalariado en ciudades textiles como Florencia, Gante y Brujas. Puesto que han quemado los puentes que dejaban atrás, los antiguos siervos no tienen más alternativa que aceptar lo que encuentran.

Los siervos no tienen ninguna forma segura de abandonar sus señoríos, pero muchos otros aspectos de su humanidad todavía no les han sido expropiados. La actividad, los animales y las cosechas les pertenecen y abastecen a su amo no por la fuerza o según el mercado, sino por costumbre.

Esto se acaba. El señor empieza a saltarse la costumbre, exige mayores tributos y sus exigencias cada vez son más desorbitadas.

El señor ahora vende su excedente de grano a los comerciantes a cambio de dinero, porque necesita el dinero para comprar artículos de lujo de la ciudad, y también para comprar bienes de primera necesidad. Incluso llega a comprar tejidos, porque los que producen los tejedores urbanizados son más económicos y, a menudo, de más calidad que aquellos que producen los siervos.

Los tejedores concentrados en los núcleos urbanos ya no son siervos. Son zeks, reclusos en campos de trabajo, instrumentos. Ni su actividad ni su producto les pertenece.

Los teóricos del progreso explicarán el antes y el después al describir el «desarrollo» de los tejedores artesanos hacia tejedores industriales. Los teóricos pueden hacerlo porque, una vez se impone el comercio, los mercaderes obtienen sus tejidos por todos los medios posibles y cualquiera de los medios más modestos puede ser considerado como una transición hacia los mayores. Pero el hecho es que Florencia,

Brujas y Gante son ciudades industriales, es decir, ciudades con campos de trabajo forzado, incluso tres generaciones antes de que los mongoles inhabiliten los homólogos levantinos de estas ciudades. Lo que pasa luego es que los campos se extienden y sustituyen las demás formas de producción de tejidos.

La actividad de los *burghers* presiona al orgulloso señor a volverse él también un calculador económico. Ahora compara los beneficios de los tejidos con los del grano antes de mandar a sus siervos tejer, y si va a la ciudad a por tejidos, necesita dinero. Para conseguirlo necesita más productos de sus siervos. Designa a un *niaire*, un *bayle* o un *bauermeister* para supervisar el trabajo de los siervos y a menudo el señor caballeresco, aunque suele desempeñar el papel de supervisor, adquiere un interés sin precedentes por la tecnología agrícola.

El caballero, experto en caballos, descubre ahora que ¡los caballos son animales de tracción más rápidos que los bueyes! Él mismo o el capataz bajo sus órdenes se encargan de que los campesinos usen arneses de hombros para que el caballo are y labre.

Y el caballero empieza a indagar acerca de los molinos de agua, que se dan por asumidos en la Mesopotamia islámica, pero que otrora tan solo hubiesen provocado bostezos al caballero.

De repente, justo cuando los atacantes mongoles empiezan a bloquear la ruta de Kiev –por la cual los vikingos transportaban esclavos hacia el islam y plata hacia el oeste– los antiguos francos abren minas de plata en la sierra de Harz y en los Alpes. La plata siempre ha estado en las montañas, pero los francos, que no usaban dinero, hubiesen aborrecido el simple hecho de pensar en cavar túneles para extraerla.

Las llamadas fuerzas productivas no dan más pie a relaciones sociales leviatánicas en la Europa occidental que en otros lugares. La tecnología no es más que el arsenal del Leviatán, y ambos llegan juntos a Occidente. Los colmillos y las zarpas se originan en China, Persia, Arabia y en otras partes; y arriban a Occidente a través del islam, de manera directa o bien mediante los transportadores vikingos. El tan cacareado ingenio tecnológico de los *burghers* será otra de las mentiras occidentales. El principal propósito de dicha mentira no será hacer que la gente esté orgullosa de Occidente, sino hacer que los zeks estén orgullosos de los colmillos y las zarpas que les convierten en zeks.

Ahora, en Europa occidental aparece un fenómeno nuevo, algo que llamaremos «crecimiento demográfico»: un aumento constante de la población tan continuo y persistente como el propio Leviatán. Parece que dicho fenómeno solo tiene lugar entre los seres humanos leviatanizados. Tanto los animales como las comunidades humanas en el

estado de naturaleza no prolieran hasta el punto de echar a las demás especies del territorio.

Ignoramos cómo los animales, por ejemplo las lobas, limitan su número de crías, pero sabemos que lo hacen. También sabemos que a algunos animales, como las langostas, no se les da muy bien, pero éstas periódicamente acaban auto-expulsándose del territorio, con lo cual ni siquiera ellas experimentan un crecimiento demográfico continuo.

En el caso de las comunidades humanas sabemos, a partir de su mitología, que existen en un contexto cósmico donde cada ser vivo y cada miembro de la comunidad tiene un significado especial.

Estas comunidades reproducen la parte que les corresponde del contexto significativo de la misma manera que la Tierra reproduce la variedad de partes que le corresponden. Tan solo se aventuran en el sinsentido cuando se les molesta o se les amenaza con la extinción, y ni siquiera entonces recurren automáticamente al «crecimiento demográfico».

Los zeks, tanto urbanos como rurales, del Occidente cada vez más leviatanizado ya no existen en un contexto. Los mitos que les llenaban de sentido están más allá del alcance de la memoria.

De hecho, los cada vez más numerosos zeks urbanos concentrados en fábricas han sido despojados de todo rastro de comunidad y, en este sentido, se asemejan más al ganado domesticado o a borregos que a seres humanos en el estado de naturaleza. Los zeks no reproducen un contexto con sentido. Simplemente se reproducen. Ninguna parte del contexto depende de ellos, porque no forman parte de un contexto natural. Las supuestas comunidades de trabajo, léase las cuadrillas de trabajadores, son tan artificiales como el Leviatán. De hecho, son los resortes y las ruedas del Leviatán, sus entrañas, tanto en el Occidente de las cruzadas como en la primera Ur sumeria. Los tejedores concentrados son los primeros zeks de Europa desde la caída del leviatán romano.

Sin embargo, los siervos huyen de los señoríos para respirar el aire fresco de los zeks urbanos porque se les está degradando al nivel de zeks agrícolas. Los adoradores posteriores de un hijo de Optimus Maximus llamado progreso van a ocultar el despojo de los plantadores y cultivadores; describirán un ascenso continuo de una edad oscura infernal a un ciclo iluminado con electricidad.

Habrá que rebuscar entre bibliotecas de mentiras para descubrir que los cultivadores mutilados por la civilización romana reconstituyeron alguna comunidad tras la defunción del leviatán. Los caballeros francos acorazados, con sus redes de vasallos y su código de honor marcial, violaron profundamente la integridad y la libertad de las

comunidades de labradores, pero sus cotas de malla y sus lanzas largas como un árbol no estaban bien adaptadas a las empresas leviatánicas. El dominio caballeresco era un leviatán coherente tan solo en los sueños de los clérigos católicos. Los adoradores del progreso caracterizarán este período como una edad oscura precisamente porque carecía de una His-story coherente, de desarrollo leviatánico. Tras la alteración inicial de las comunidades agrarias por parte de los caballeros, las relaciones y los tributos de los señoríos empezaron a regularse por las costumbres, lo que significa que se mantuvieron intactas de una generación a otra.

Cuando el mercado y la fuerza sustituyen las costumbres, las comunidades agrarias no solo se ven alteradas, sino que son destruidas sin reparación posible. Los labradores de repente pierden su mundo. La tierra, que hasta entonces pertenecía a todos los seres vivos, ahora está invadida por capataces y equipos de trabajo que quieren que la Tierra produzca para el mercado de la ciudad. Los bosques, que proporcionaban presas y madera, así como forraje para los animales domésticos, de repente están fuera del alcance de los siervos, igual que el Imperio romano estaba fuera del alcance de los nórdicos. Todos los regalos libres de la Tierra empiezan a llamarse «desperdicios», y lo contrario del desperdicio es el expolio de la Tierra, de los animales y de las personas en aras de los productos vendibles en mercados urbanos.

A todo esto, la Iglesia se sitúa a primera línea de semejante

cambio. La Iglesia es esa tosca bestia que, cuya hora llega al final, cabizbaja caminó Belén para nacer y, de nuevo, cuya hora llega al final un milenio más tarde: le toca renacer. Más tarde se considerará que la Iglesia es enemiga del progreso y partidaria de la «economía natural». La Iglesia siempre se presenta a sí misma como algo que no es y algunos siempre se creen sus engaños.

La Iglesia en cruzada es sin duda el mayor mercader de Europa. Sus prelados son oportunistas con experiencia. Optimus Maximus es el padre del progreso y Lugalzagesi es su padrino. La antipatía de Optimus por el comercio es una aversión por el comercio de los otros y el llamamiento de Lugalzagesi a dominar los peces, las plantas y los animales es una antigua invitación a transformar todas las formas de vida de la Tierra en mercancías. En las lenguas vernáculas de uso cotidiano, Optimus Maximus se traduce por producción óptima para el máximo beneficio.

Los piadosos monjes cistercienses se cuentan entre los primeros católicos en precipitarse de cabeza a la agricultura comercial con el objetivo de obtener beneficios. Los proyectos cistercienses son negocios agrícolas desde el primer momento, no son «economías naturales» que se «desarrollan» hasta convertirse en proyectos comerciales debido a alguna dinámica o dialéctica interna. Los monjes de negocios cistercienses reúnen granjas dispersadas, centralizan las funciones de dirección y contratan a los que llaman «hermanos seculares», es decir, trabajadores agrarios

remunerados, los contratan a montones. Los monjes expulsan a los campesinos independientes de las tierras y venden sus productos en los mercados urbanos.

El papa introduce los servicios de la Iglesia en el circuito comercial. Su almacén de reliquias es un bazar que nada tiene que envidiar al de Bagdad o al del Cairo e incluso comercia con cosas intangibles, como las absoluciones o los perdones, sobre las cuales ostenta un monopolio absoluto y sin rival. La Iglesia cubre su voracidad con ropajes de santos y apóstoles mientras se apresura en colocar al pontífice a la cabeza del nuevo leviatán. Solo después de fracasar en el intento de convertirlo en el vicario de la nueva bestia, la Iglesia pasará a ser devotamente moral.

El Occidente en cruzada ya está anunciando aquello en lo que se convertirá. Un poco más de engrasado le va a convertir en el devorador del mundo más formidable que jamás haya emergido del *Spiritus Mundi*.

Las ciudades Estado del sur de Europa y las naciones Estado del norte se apresuran en formar tentáculos tan largos como los del islam, y los sucesores al puesto de sagrado emperador romano tratan de abarcar todos estos emiratos independientes en un califato unificado.

Desde la alianza del papa con los normandos y los musulmanes, el emperador ya no es el consagrado del papa. El conflicto entre el papa y el emperador no es acerca de la islamización del reino, sino sobre quién lo va a gobernar. A partir de Barbarroja, el emperador desea que la Iglesia se convierta en el personal clerical del imperio designado por el emperador y bajo sus órdenes. El emperador no se afana más que el papa en defender antiguos principios y antipatías. De hecho, durante las cruzadas contra el islam, el emperador Federico II recluta a musulmanes sicilianos para su guerra contra el papa. Los nuevos sagrados emperadores únicamente son sucesores de los francos de Carlomagno en cuanto a su devoción por la violencia y su ambición por el botín en forma de tierras.

Sin embargo, la islamización de Occidente no es total. Los occidentales no se postran ante Alá el misericordioso, que tiene algunos pero no todos los atributos de Optimus y Lugalzagesi. Los occidentales actúan de un modo que Mahoma prohibió a sus seguidores. Se postran ante una piedra. Adoran a Optimus bajo la forma de plata musulmana y ya le están adorando también bajo la forma de plata alpina y de la sierra de Harz. La plata forma parte del esqueleto de la Tierra, pero extraída de su cuerpo es una cosa muerta. Esta cosa muerta es lo que exige a sus adoradores dominar a los seres que vuelan, que caminan y que trepan y también a la biosfera, la Tierra misma.

Los fenicios, los griegos y los árabes ya expoliaron la

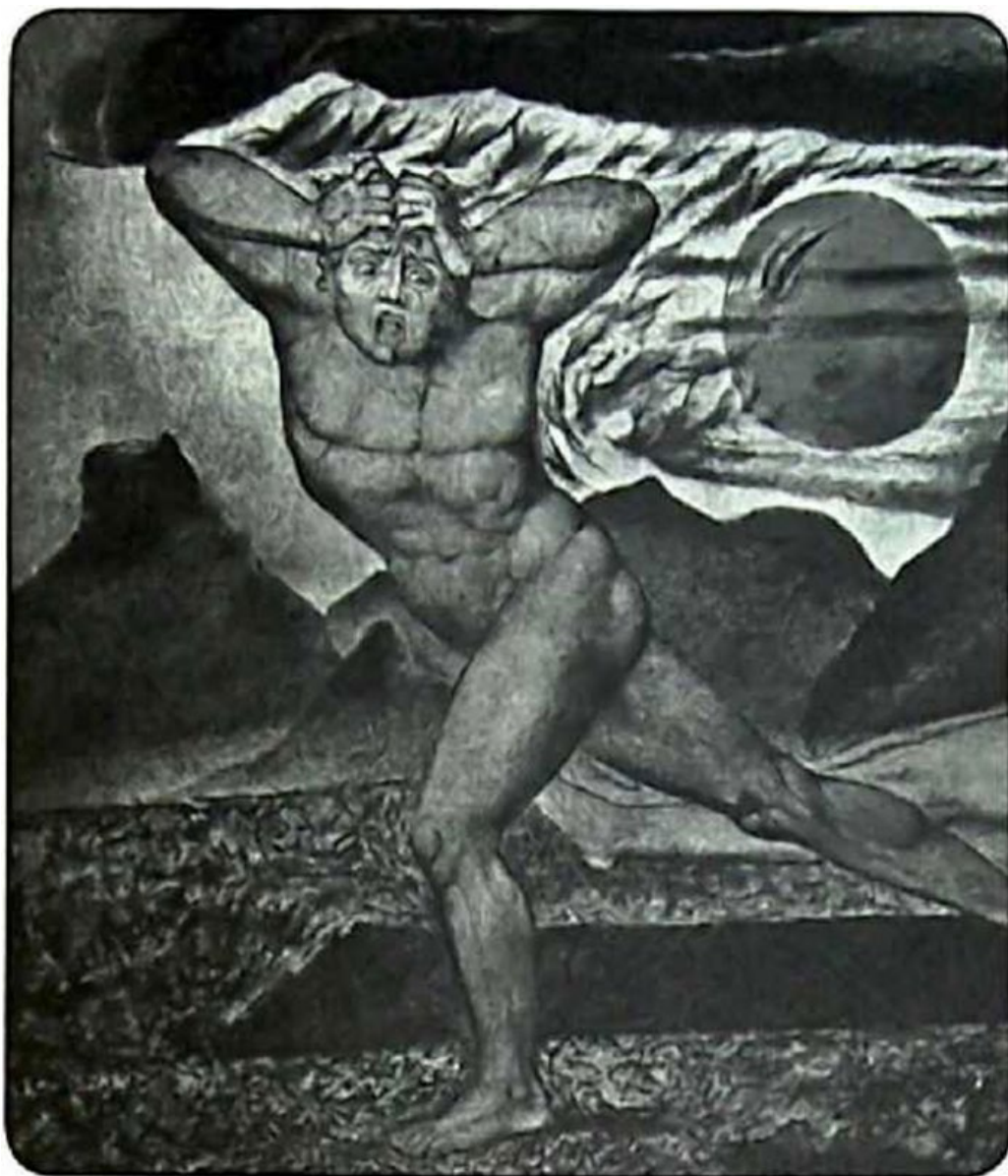
superficie rebosante de vida de la Tierra, pero lo hicieron con una pizca de mala conciencia. Baal, Hera y Alá todavía conservaban una relación difusa con la Tierra.

Los cristianos saquean con la conciencia tranquila. Su pillaje no ofende a su dios. Es más, es el dominio que predica.

Y los mercaderes cristianos añaden otra dimensión al saqueo: otorgan a la tierra un carácter espiritual o líquido. Los caballeros católicos ya trataron la tierra como botín de guerra, ahora los *burghers* católicos dan un paso más: tratan la tierra como una mercancía. La codicia de los francos por la tierra se democratiza. Una cantidad de monedas de plata equivale ahora a una parcela de tierra. El dinero del comerciante representa sus bienes líquidos. Cuando compra una finca puede apalancarse en sus bienes reales.

Los señoríos empiezan a convertirse en líquido bajo los pies de los señores que no llegan a comprender los tiempos que corren. Incluso los nombres de los caballeros se vuelven líquidos y fluyen hacia las familias de *burghers* adinerados.

El mundo entero se está volviendo líquido, se reduce al valor, cuyo equivalente sólido es la plata. Los herederos de los *burghers* tratarán de dar un carácter líquido a la Tierra de manera irreversible, reduciéndola al valor que encarna otra piedra, una piedra fisible: el uranio.



XVII

LAS VÍCTIMAS DE ESTE PROGRESO SE RESISTEN A ÉL con vehemencia. Aquellos que se refieren al leviatán occidental

como «nosotros» utilizarán alternativamente la negación y la difamación de la resistencia.

Los campesinos crean ligas de autodefensa contra los señores y los supervisores de trabajo, de repente obsesionados con obtener beneficios.

Los tejedores se ponen en contra de los mercaderes que los contratan.

En toda Europa, tanto la gente de las ciudades como la del campo se pone en contra de la jerarquía eclesiástica. En Flandes atacan a los curas y rehúsan entregar el diezmo, no porque los clérigos sean enemigos del comercio, sino porque son los mayores traficantes.

Un tal Tanquermo de Amberes dice que la Iglesia es un burdel y que los curas y el papa son sus proxenetas. Ponen precio de venta a los santos, los apóstoles y la virgen María; y están siempre dispuestos a venderse a sí mismos.

En Bretaña, los campesinos desposeídos se organizan en torno a un auténtico ejército y atacan iglesias, monasterios e incluso celdas de ermitas ascéticas.

Muchos, si no la mayoría de los campesinos en rebelión, son herederos de una larga tradición de violencia heroica glorificada. Tienen la capacidad de echar de Europa a los curas parroquianos, los abades, los obispos y hasta al papa. Y los prelados lo saben.

Por eso los curas hablan del pecado: para que la gente dirija esa violencia hacia el interior, contra sí misma.

Por eso el papa proclama una cruzada contra los no creyentes: para desviar la violencia, para dirigirla hacia otros. Una violencia que en el pasado pudo redirigirse de Roma hacia las comunidades sajonas también puede redirigirse de los prelados católicos hacia los judíos locales y los lejanos árabes. La Iglesia también orientará la violencia de los resistentes contra sí mismos, pero no saldrá ilesa de tal hazaña.

Un hombre llamado Norman Cohn, amigo de la autoridad, la ley y el orden, documentará en nuestros tiempos un milenio de resistencia difamando todos sus episodios.

Un erudito serio es aquel que se toma al papa al pie de la letra y menosprecia las palabras de los rebeldes. Un energúmeno es aquel que se toma a los rebeldes al pie de la letra y menosprecia las palabras del papa. Cohn es un erudito serio, fiable, no un extremista fanático y vociferador. Lo que dice la autoridad, especialmente la policía, es su piedra de lo que, su prueba científica, su His-story. Cohn afirma que los dignatarios de la Iglesia protegen a los judíos que son atacados por extremistas fanáticos. Describe toda la resistencia como precursora del partido nazi (esta será su tesis) y no le falta mucho para afirmar que cualquier rebelde es un Hitler.

Un energúmeno frívolo, en otras palabras, el que no se toma en serio la His-story, el que se refiere a la autoridad

como «ellos» y no como «nosotros», verá algo totalmente distinto al observar la misma resistencia.

Cohn sabrá que la autoridad suprema de Occidente, el papa Urbano II, recibe los aplausos de todos los dignatarios del reino cuando dice:

Volved las armas que habéis manchado ilícitamente en las masacres mutuas contra los enemigos de la fe...

Cohn se servirá de métodos académicos comprobados y seguros para afirmar que el papa realmente no quería decir eso.

Cuando un obispo da cobijo a su proveedor de artículos de lujo, que es perseguido, y lo aloja en las dependencias del servicio de su palacio, Cohn sostiene que el obispo está consternado por la violencia y no le tranquiliza el hecho de que esta violencia se dirija hacia la casa del infiel en vez de hacia la suya.

Los compañeros de Cohn, profesores universitarios que masacrarán a los campesinos vietnamitas desde sus despachos de las universidades públicas, querrán hacernos creer que están consternados por las atrocidades de los William Calleys –quienes llevan a la práctica las palabras de los profesores. Sin embargo, en realidad, los profesores están furiosos con los resistentes que se levantan en armas contra los Calleys. Los profesores serios colocarán todo el peso de

la violencia que se ha desviado, la violencia de la autoridad, sobre los hombros de los rebeldes que luchan contra la violencia de la autoridad.

La resistencia es el único componente humano de toda la His-story. Todo lo demás es progreso leviatánico.

Y la resistencia no llega despacio. En cuanto Occidente deja de ser terreno de juego donde segmentos incompetentes e incompatibles de diferentes leviatanes se atacan entre sí con caballos acorazados, lanzas largas y cotas de malla, en cuanto nuevos resortes y ruedas funcionales ponen en movimiento los tentáculos letales de un leviatán mercantil coherente, Occidente es acribillado por la resistencia igual que la Roma antigua. Incluso se redescubre el «culto de crisis», que estaba destinado a prender fuego al mundo leviatánico, aunque no enseguida. Un milenio de deformación y distorsión hizo que el «culto de crisis» estuviera más al servicio de los represores que de los resistentes.

Los flamencos que retienen el diezmo y dicen que la Iglesia es un burdel seguramente se basan en las propias palabras de los clérigos, que los rebeldes contraponen con la forma de actuar de los mismos clérigos. Los campesinos que crean ligas de autodefensa probablemente se inspiran en uno o varios ejemplos de labradores que, igual que los moravos, formaron ligas para protegerse de las incursiones leviatánicas.

La inspiración de otros grupos de rebeldes viene de más atrás en el tiempo y de más allá en el espacio.

Doy por sentado que la resistencia es la respuesta humana natural a la deshumanización y por ello no tiene por qué explicarse o justificarse. Las formas de resistencia pueden ser originales, pero suelen inspirarse en formas anteriores.

El movimiento de resistencia más grande, más profundo y más duradero llega a Europa procedente de la misma zona que los nuevos componentes leviatánicos, de Oriente, y se establece en el corazón mismo del imperio franco.

Al principio conocidos como cátaros, los rebeldes se inspiran en la doctrina de los bogomilos búlgaros. Esta doctrina contiene elementos del zoroastrismo persa que preceden el «culto de crisis» cristiano y que fueron adoptados por este, cuando todavía era una herejía judía.

Esos elementos zoroástricos aparecieron en Bulgaria bajo la forma que Mani les dio.

El maniqueísmo tuvo que llegar a los búlgaros a través de la Persia islámica, donde muchos rebeldes campesinos se inspiraban en el contenido antileviatánico de las formulaciones de Mani, o a través de las estepas, donde los

parientes túrquicos de los búlgaros, antaño de lengua túrquica y ahora de lengua eslava, fueron, de hecho, convertidos por militantes maniqueos.

Las ideas de Mani llegan a los serbios adriáticos de la mano de los militantes búlgaros, viajan a través del Adriático desde Dubrovnik hasta Venecia mediante los marineros bizantinos y a través de Italia hasta Galia de la mano de italianos migrantes. Pronto, la mayoría de habitantes de Provenza, la región más inferior del imperio franco, se convierten en maniqueos modernos o albigenses, que es su nombre contemporáneo, dado que la ciudad de Albi es uno de los centros rebeldes.

Aunque siguen usando términos que conocen bien debido a las numerosas generaciones de cristianismo, los albigenses no son ni puristas cristianos ni herejes cristianos. Son anticristianos. Traducen el libro sagrado de los cristianos en lengua provenzal, no para recobrar su cristiandad caducada, sino para convencerse de que el «culto de crisis» antirromano que describe el Libro no tiene nada que ver con un vicario y sus obispos, abades y curas. En efecto, consideran que el personaje central del Libro es un profeta, pero tan solo uno entre muchos, y no creen que el don profético esté reservado a un único individuo o a una única época.

Los albigenses no necesitan, para nada, la doctrina inspirada en la culpa del pseudoapóstol Pablo, la doctrina del

pecado. Por ello son inmunes a todo el aparato represivo de la Iglesia, el aparato formado por confesiones y perdones, salvaciones inminentes y prometidas, amenazas de excomunión y comercio de absoluciones. A su parecer, el mayor pecado es la miseria de los desposeídos, que no se deriva de la caída de Adán, sino de la voracidad de los señores, curas y monjes comerciantes, a quienes llaman malos.

Conservan los términos cristianos del bien y el mal, pero les dan un significado zoroástrico: el bien es Ahura Mazda o la luz y el mal es Ahriman o la oscuridad. El dominio del cristianismo es una era de oscuridad, siglos de un pétreo sueño contrariados hasta la pesadilla, tanto al parecer de esos bogomilos occidentales como, más tarde, a ojos del poeta Yeats.

Hasta donde yo sé, los albigenses no recogen el simbolismo del fuego de Mani como un instrumento para destruir el gran artificio, pero sí que consideran que a través de su esfuerzo el mal será vencido y desmembrado, no en algún cielo cristiano lejano, sino en Galia.

Los cátaros del sur de Galia no son los únicos radicales en el Occidente que se está leviatanizando a toda velocidad, aunque los demás, en su mayoría, se inspiran directa o indirectamente en ellos.

Mientras que la gente seria, los que se consideran a sí mismos los «hombres pudientes», está ocupada en

introducir molinos de viento, arados tirados por caballos y altos hornos en las granjas y las minas; los desposeídos, considerados «extremistas», se están volviendo en contra de los campos de trabajo progresistas,

En Galia, justo al norte de los albigenses, se encuentran unos resistentes llamados *Vaudois* que se autodenominan los «Pobres de Lyon». Restos de su radicalismo anticatólico sobrevivirán hasta hoy entre los valdenses.

Aparecen grupos similares en la Italia del papa, bajo nombres como *Pauperes Lombardi* y *Humilliati*.

No todos los resistentes son maniqueos, algunos se siguen llamando católicos, pero, del mismo modo que los cátaros provenzales, rechazan la jerarquía de la Iglesia, las doctrinas del pecado y la purgación y, por lo tanto, el aparato de perdones e indulgencias. Además, ninguno de ellos acepta la desposesión del campesinado de Europa como algo natural u ordenado por Dios.

Incluso un monje cisterciense llamado Joaquín de Fiore, abad de Corazzo, tiene una revelación que le inspiran directamente sus contemporáneos anticatólicos. Joaquín redescubre la secuencia zoroástrica de bestias (las épocas leviatánicas) y aplica esta nueva percepción a su propia época. Hace revivir elementos del «culto de crisis» original. De igual manera que la primera época, la época del miedo y la servidumbre al padre (así es como se refiere al primer

judaísmo), fue sustituida por la época del hijo; la segunda época (la época de la sumisión a la Iglesia) está a punto de ser sustituida por una tercera época: la época del espíritu, caracterizada por el amor, la alegría y la libertad. Así pues, la Iglesia, en contraposición a las enseñanzas de Agustín, no es el reino de dios en la Tierra, y las actuaciones de la Europa en cruzada no anuncian los primeros días sino los últimos.

Joaquín incluso se aventura a predecir que tres años y medio antes del final de la segunda época, el anticristo, un monarca mercantil rapaz (de hecho, se refiere al rey Federico II), destruirá la Iglesia corrupta y que, a continuación, también el emperador será expulsado por una humanidad liberada.

Muchos de los resistentes están convencidos de que con sus esfuerzos lograrán evitar las transformaciones que invaden Europa, transformaciones que a su parecer solo pueden sumir a los seres humanos en la miseria y mutilarlos.

La inspiración y las ideas provienen, en gran parte, del exterior, pero no es el mero contacto con el zoroastrismo, el maniqueísmo y otras doctrinas lo que provoca que las personas se conviertan en resistentes activos y, a menudo, en militantes.

Un individuo en contacto íntimo con la voracidad cotidiana puede permanecer inmóvil ante quienes critican dicha

voracidad. Ella o él debe tomar una decisión, ella debe decidir ponerse en contra de las autoridades y unirse al círculo de resistentes. Semejante decisión altera toda la vida de una persona y tiene que estar respaldada por muy buenas razones. Esas buenas razones se expresan en el lenguaje de la época, no en el lenguaje de alguna época futura. Una revelación o una visitación son muy buenas razones. Una revelación puede venir en sueños, en una visión o en lo que llamamos una crisis nerviosa total. Antes de esta experiencia, todo era ruido y nada tenía sentido; tras esta, todo está claro. Ahora el individuo se pregunta por qué los demás están tan ciegos. Ella puede que se impaciente y les abandone a su ceguera o puede que decida volver a ellos y ayudarles a ver.

Hasta aquí, todo es muy comprensible, muy humano, y ha ocurrido durante mucho tiempo en las comunidades humanas, pero tales rupturas repentinas en las vidas individuales también son rupturas en la existencia del Leviatán. Tras tales experiencias, un individuo abandona la secuencia de intervalos sin sentido del tiempo leviatánico y recupera algunos de los ritmos de las comunidades en el estado de naturaleza.

Por eso los his-toriadores leviatánicos menospreciarán, calumniarán e intentarán exorcizar este tipo de experiencias. El desdén y el ridículo serán las armas favoritas de los serios eruditos que alardearán de hacer informes imparciales.

Norman Cohn, por ejemplo, hace un esfuerzo excepcional para hablar sobre las revelaciones de los resistentes milenarios. No necesita decir más. Los lectores con la misma armadura inmediatamente compartirán el desdén de Cohn hacia individuos que son tan dementes que se dejan guiar por sus sueños y visiones. El erudito y sus lectores acorazados darán por sentado que tan solo son válidas las revelaciones de los jueces y académicos.

El escarnio de Cohn alcanza la cima de desdén de los eruditos cuando habla sobre los individuos que se consideran mesías y que están convencidos de que sus esfuerzos pueden ayudar a salvar la humanidad de la deshumanización, esclavitud y destrucción leviatánicas. Cohn no necesita exclamar «¡Qué ingenuos! ¡Qué criminales! ¡Qué merecidos el encarcelamiento, la tortura, el ahorcamiento, la quema!» Estas exclamaciones vendrán automáticamente a la cabeza de los lectores que consideran a las autoridades constituidas como es debido, las únicas salvadoras posibles de la humanidad y al Leviatán, el único mesías posible.

Cohn condena a los resistentes únicamente en el papel, y lo hace demasiado tarde para dañar algo más que lo que recordamos de ellos. Quien realmente detiene, encarcela,

tortura, quema y asesina son la Iglesia y sus largos brazos seculares. Tras un milenio de experiencia en engaño, manipulación y represión, la Iglesia no es un verdugo principiante.

La primera acción consiste en apadrinar a un tal Giovanni de Bernardone, de sobrenombre Francesco, que habría sido un resistente similar a muchos otros si no se hubiese dejado convertir en un instrumento de la Iglesia.

Francisco tiene una visión y abandona su vida y su riqueza para vivir entre los pobres y los desposeídos. En un momento en que las tierras se transforman en propiedades privadas, en que la voracidad se recompensa con riqueza y poder, este hombre predica la pobreza, la comunidad y la generosidad. En un momento en que la Tierra y todos sus seres vivos se convierten en objeto de saqueo comercial, él habla del parentesco de las personas con los animales, con la Tierra, con el Sol.

Antes, en cualquier momento de su primer milenio, la Iglesia habría condenado a Francisco, el adorador de la naturaleza, por hereje o infiel.

En la época de los cátaros y los *Humilliati*, la Iglesia recupera de la antigua Persia el truco de reprimir a los zoroástricos colocándose el manto de Ahura Mazda.

Un pontífice muy astutamente llamado Inocente, el tercero con este nombre, invita al adorador de la naturaleza

y le apadrina. Francisco se deja usar así, tal vez porque le hacen creer que ha convertido al papa.

Mediante esta recuperación, la Iglesia finge ser todo aquello que son sus enemigos. Los individuos proclives a la resistencia son introducidos en la orden franciscana, que se parece a otros grupos de resistentes y actúa del mismo modo. Una vez dentro, la mayoría de los que eran partidarios del parentesco universal son manipulados y transformados en una policía de la herejía, mientras que a una pequeña minoría se le permite seguir exhibiendo el manto del fundador.

Francisco se da cuenta de la trampa al final de todo. Muere marcado con los estigmas de un antiguo resistente, intentando de este modo comunicar con su último acto que toda su vida ha sido deformada y traicionada como la vida de su predecesor judeo.

Por supuesto, la Iglesia, que mil años antes ya había transformado los estigmas de Isaí o Jesús en meras decoraciones de su manto, de repente añade otro conjunto de ornamentos escarlatas a su capa. Convierten a Francisco en santo y a la orden franciscana, en garrote contra los resistentes. Esta detestable recuperación será extraordinaria hasta nuestros tiempos, cuando la metamorfosis de partidarios de la liberación universal en policías y carceleros se producirá tan a menudo que ya no parecerá extraordinaria.

Ya durante la vida del adorador de la naturaleza, el papa Inocente demostró cuánto había comprendido y apreciado a Francisco impulsando, al mismo tiempo, una orden completamente diferente: la orden dominicana. El fundador de esta orden era un reloj humano, sus reclutas eran archivadores de carne y hueso, y su objetivo era imponer a la vida social la regularidad del mecanismo de un reloj. Se trata de la orden tecnológica, la orden de la inquisición. Sus miembros se acercan a la naturaleza con instrumentos de tortura. Profesar una fe correcta, igual que para la hora correcta, es cuestión de ajustar resortes y ruedas.

En cuanto se ha dispuesto el aparato represivo, un aparato que los franciscanos engrasan reclutando a resistentes para la guerra santa contra los resistentes, el papa proclama la cruzada contra los albigenses.

Si la invasión occidental de la Constantinopla cristiana y el desmembramiento del Imperio bizantino cuentan como la cuarta cruzada, la guerra santa contra los infieles del interior es la quinta.

Los sucesores de los francos que habían despoblado Sajonia, asentados en París, repiten la hazaña de sus predecesores, esta vez contra la población franca del sur de Galia. Luis VIII, soberano de París llamado el León, dirige a los cruzados cristianos que convierten las palabras del papa en actos sangrientos. Se destruyen todas las ciudades y pueblos de los albigenses. Desde las montañas meridionales hasta las

costas del Mediterráneo, los maniqueos de lengua franca y sus simpatizantes son cazados como animales. Una población entera es exterminada. El León parisino expropia a sus víctimas y se convierte en el rey de un reino del tamaño de una nación.

La cruzada contra los infieles del interior, proclamada y ejecutada por las autoridades debidamente constituidas y no por los resistentes, es la precursora de la cruzada nazi contra los judíos.

Este aparato de exterminio de infieles del interior y del extranjero, la Europa en cruzada que convierte la piedad y la resistencia en instrumentos de las expropiaciones más groseras a gran escala, ya es el Occidente moderno.

Todo lo que vendrá después es más de la misma hipocresía, que más tarde se llamará razón y ciencia, y más de la misma armadura, que más tarde se llamará tecnología. Incluso el cinismo de los comerciantes posteriores no superará el de los mercaderes que se enriquecen aprovechando el fervor de las cruzadas: organizan una cruzada infantil, transportando y vendiendo a piadosos jóvenes ávidos de sangre a los traficantes de esclavos levantinos.

Los santos guerreros saqueadores que expropiaban a los judíos, los musulmanes y los cristianos bizantinos tienen un equivalente nórdico en una orden santa de caballeros teutónicos. Muy vinculados a los dirigentes mercantiles de las ciudades en crecimiento de la Liga hanseática, estos nobles caballeros y curas ya están reaccionando ante los mundos recién descubiertos mediante la masacre de los habitantes indígenas y el saqueo de su entorno. Todavía no sospechan que existe un nuevo mundo de la talla de un continente al otro lado del océano occidental, aunque sus contemporáneos mongoles ya disponen de un mapa que incluye Vinlandia, que recientemente han visitado los marineros vikingos.

Vinlandia occidental, lo que será América para nosotros, todavía no interesaría a los caballeros teutónicos. Los mongoles conocen bien la extensión de Eurasia, pero los caballeros comparten con otros europeos un provincianismo que considera que los límites de la ecúmene², el mundo que importa, se encuentran a pocos días de Roma a caballo. En cualquier caso, Vinlandia está muy lejos, hay mucha agua de por medio y los europeos, que solo piensan en tierras y riqueza, todavía tienen «nativos»

2 La ecúmene (del griego οἰκουμένη, oikouménē, «[tierra] habitada») es el conjunto del mundo conocido por una cultura. Generalmente se distingue como aquella porción de la Tierra permanentemente habitada.

sin conquistar al este, a quienes pueden alcanzar por tierra. Los «nativos» son fineses de lenguas túrquicas, y lituanos y prusianos de lenguas bálticas, entre muchos otros.

Los teutones no saben nada de los incas ni de los algonquinos, pero ya son *conquistadores* y pioneros. Su objetivo es exterminar la población indígena, expropiar las cosechas, los campos y las casas y repoblar la tierra con colonos católicos germánicos domesticados, destinados a ser agentes o víctimas de los mercaderes hanseáticos. Allí donde lo logran, por ejemplo, en Prusia, lo único que sobrevive es el nombre de los habitantes bálticos indígenas. La gente y su cultura se extinguen. Así, los caballeros, igual que sus sucesores, transforman los nuevos mundos en el viejo mundo o, tal como lo expresará Turner, eliminan lo salvaje.

Esta manera de ampliar la ecúmene no es nueva, pero si la observamos de cerca podemos percibir algunos elementos novedosos. Los antiguos asirios y romanos exterminaron y deportaron a las poblaciones extranjeras, pero en general solo actuaban así con quienes se resistían a ser reducidos a reclutas y contribuyentes tributarios. El exterminio romano de Cartago se presenta como una excepción. Los predecesores inmediatos de los caballeros teutónicos, los francos de Carlomagno, masacraron a los sajones por el botín material de los vencedores y la salvación espiritual de las víctimas, pero la coherencia leviatánica del aparato militar franco era menos duradera y menos firme que la del aparato romano,

o incluso la del asirio, por lo que una liga rudimentaria al estilo moravo pudo mantenerlos a raya.

La orden teutónica se parece en muchos aspectos al antiguo ejército franco, pero se trata de semejanzas que engañan. Al ejército posterior no resulta tan fácil mantenerlo a raya, y ello se debe a que los teutones están conectados a una red de ciudades comerciales. Esta conexión proporciona a los militaristas teutones una continuidad y una coherencia de la que sus predecesores francos habían carecido. Los teutones pierden batallas, pero la guerra sigue, y seguirá hasta que lo salvaje quede reducido a formas susceptibles de ser manipuladas comercialmente por los mercaderes hanseáticos.

Si los antiguos fenicios hubiesen actuado de común acuerdo con los militaristas asirios, en este sentido también habrían sido predecesores de la red de ciudades que fundaron los fenicios del norte, los vikingos. El pulpo fenicio trató al gusano asirio como un objeto de pillaje, un enorme mercado para los productos fenicios. Pero las dos entidades no iban a una. De hecho, eran enemigos mortales. En cuanto la garra asiria tocó el navío fenicio, este volcó.

Las ciudades hanseáticas, igual que Venecia, Génova,

Barcelona y otras ciudades del sur, están protagonizando un hito que los fenicios no alcanzaron.

Los *burghers* de Europa, en efecto, se sirven de los segmentos de gusano anacrónicos que abandonó por todas partes el leviatán franco abortado (por así decirlo).

Al abastecer las máquinas militares para las cruzadas contra los musulmanes, los albigenses, los bálticos y los eslavos, los *burghers* otorgan a los fragmentos de gusano la condición de mercados y los saquean hasta la última gota. Y los caballeros aún devuelven el favor a los comerciantes al procurarles nuevas fuentes de materiales explotables para el comercio y al exterminar a los obstáculos humanos que se oponen a la explotación comercial.

La novia burguesa sabe que se trata de un matrimonio muy afortunado, de hecho, es muy provechoso para sus hermanos comerciantes. El novio noble no sabe que semejante unión es casi tan mortífera para sus compañeros cruzados como para las víctimas de las cruzadas.

Los *burghers* exprimen la nobleza hasta el final. Se apropian de toda la riqueza extraída de los siervos mediante los tributos señoriales, de las casas, de las tierras y, por último, se apropian hasta de los nombres de los señores nobles. Los *burghers* hacen todo esto mediante el intercambio de mercancías.

Los señores no saben que están cavando su propia tumba. Las causas de su rápido y repentino empobrecimiento son invisibles para ellos porque su código de honor marcial los vuelve necios y porque quien sella el matrimonio es un buen cura de la Iglesia católica romana.

Los hijos de este matrimonio son buenos cristianos y todos ellos extienden el dominio de Pedro por una ecúmene cada vez mayor. El primero con lanzas, el segundo con mercancías y el tercero con palabras; el primero como caballero, el segundo como *burgher* y el tercero como cura. La pérdida de uno es la ganancia de otro y las llaves del cielo se quedan en la familia.

Los *burghers* están muy contentos con este acuerdo y hacen todo lo que está en sus manos para prolongarlo. Incluso tratarán de reproducir el mismo acuerdo cuando sus compañeros cruzados desaparezcan. Cuando las máquinas militares aristocráticas dejen de ser proveedores eficientes, los burgueses se verán obligados a formar sus propias máquinas militares. Este acontecimiento se conocerá bajo el nombre pretencioso y exagerado de «revolución burguesa». Ocasionalmente, y tan solo en caso de necesidad extrema, los burgueses se organizarán en milicias, pero tales compromisos alteran el negocio y los burgueses los repulsarán. Los burgueses los eludirán rehabilitando la institución extinguida que dirigía las cruzadas.

Establecerán y pagarán estados mayores para encabezar

las bandas de asesinos profesionales altamente armados y tendrán exactamente en la misma consideración su propia institución militar que la institución de las cruzadas, es decir, como un enorme mercado del cual cosecharán beneficios extraordinarios si lo abastecen de todo lo que necesita.

Igual que otros matrimonios afortunados que sellan los curas, el matrimonio entre la caballería franca senil y rural y la joven burguesía urbana de inspiración musulmana está plagado de conflictos.

Aunque los *burghers* están profundamente contentos con el acuerdo, su felicidad se concentra en sus bolsillos y en realidad no la experimentan como una emoción viva. Lo que ocurre es que, como en los tiempos de los asirios y los fenicios, los segmentos de gusano sí que intentan tragarse los tentáculos independientes, a pesar de que todos formen parte de una única familia católica. Los *burghers.*, siempre a la caza de campeones que les protejan de las mandíbulas de los gusanos, se encuentran a menudo encajonados en el gusano de su campeón.

Este conflicto se mantendrá vivo hasta nuestros días, mucho después de la desaparición de los caballeros y los

curas guerreros. Los *burghers* serán engullidos por las instituciones militares que han establecido y mantenido ellos mismos, porque algunos de los dirigentes altamente armados seguirán sin entender las reglas del juego.

El conflicto se enrarece y se complica cuando los tentáculos se convierten en segmentos de gusano, y viceversa. Apenas una descripción resumida de esas metamorfosis ya llenaría una biblioteca. La Inglaterra normanda, por ejemplo, expulsa a los mercaderes judíos y se convierte en un formidable tentáculo mercantil de la Liga hanseática en cuanto a sus relaciones con Galia e Italia, pero toma la forma de gusano militarista en sus relaciones con los galeses, los escoceses y los irlandeses.

En el otro extremo se encuentra la Santa Sede de Roma, la cual se concibe a sí misma como un gusano y aspira a ser el único, el imperio que todo lo alcanza, pero en sus prácticas seculares cotidianas se comporta exactamente igual que un pulpo comercial rapaz.

Hasta este punto, los leviatanes tipo gusano y tipo pulpo se podían diferenciar, aunque esta distinción ya empezara a difuminarse en el mundo islámico. En Occidente, ambas formas de Leviatán están tan entrelazadas que se hace imposible caracterizar el leviatán occidental como una bestia o la otra. La bestia de Occidente es algo que el mundo jamás había visto.

He demostrado que el Occidente emergente no es un «hijo», un vástago, del imperio romano franco, pero se asemeja a una entidad así porque es un compuesto de elementos previamente incompatibles y ajenos entre sí. El compuesto anterior jamás llegó a ser una máquina coherente que funcionara, pero eso es precisamente en lo que se convierte el Occidente en cruzada.

Por fin, se realiza el sueño del papa romano de rehabilitar la bestia difunta, pero la bestia tiene una forma que el papa no reconoce y se encuentra fuera de su control.

Incluso los últimos vestigios del imperio católico ya no son lo que el papa deseaba que fueran.

Los mayores vestigios de esa entidad son un reino francés y un santo imperio romano.

El reino francés tiene más en común con un Estado nación al estilo moravo que con su predecesor imperial. Su soberano, rey de los parisinos hasta que la cruzada albigense y la consecuente expropiación de las víctimas maniqueas le eleven al puesto de rey de Francia, es la cabeza de un territorio limitado, habitado por gente que en gran parte comparte un idioma. Este reino no es un imperio y claramente no es católico, es decir, ni es universal ni lo abarca todo. La monarquía francesa, de hecho, tiene tan poca necesidad de Roma y de su vicario que trata de reducir la Ecclesia ecuménica a una policía espiritual francesa. El rey Felipe IV termina

instalando un papa propio en el corazón de la Provenza, que había sido albigense, reduciendo el catolicismo a un departamento nacional de ideología y propaganda, anticipándose así ocho o nueve generaciones a la Reforma posterior.

El segmento de gusano que acaba por llamarse reino de Francia forma parte de una entidad mayor, pero tal entidad no es ni franca ni romana ni católica. La ironía del caballero cruzado que se convierte en vendedor de mercancías islámicas se repite en Francia cuando el primero de los compañeros nobles montados deviene un campeón de los *burghers* que están secretando una red comercial en forma de ferias en todo el territorio galo. Los tentáculos burgueses apoyan y mantienen el gusano real para usarlo como escudo y garrote contra la llamada aristocracia, es decir, los segmentos de gusano más pequeños que la entidad franca descompuesta abandonó en Galia. Con esta alianza, la burguesía introduce la monarquía francesa en una red que se extiende desde el Levante hasta Islandia y decora el palacio real con tejidos y metales que provienen de lugares tan lejanos como China y Senegal. La inserción del soberano en el imperio del intercambio de mercancías provoca que todos y cada uno de los franceses dependan de los costes de producción, de los precios y de las crisis comerciales cíclicas.

Los sacros emperadores romanos guardan más afinidades con sus predecesores francos que los monarcas franceses, pero incluso estos anacronismos van en contra de la mano

de quien les consagra. La institución imperial, estabilizada por la dinastía Hohenstaufen y luego perennizada por la dinastía Habsburgo, no es, de hecho, la continuación del Imperio de Carlomagno (tal y como era), sino del de Otón, el garrote fronterizo de la santa Roma contra las comunidades de esclavos.

A pesar de su fervor por las cruzadas, los emperadores no son herramientas o extensiones del Pedro de Roma. Son tan poco generosos con la Santa Sede como el rey francés. Desde que el papa reclutó a los normandos y a los musulmanes para luchar contra el emperador, el papa y el emperador se han encontrado más como enemigos mortales que como aliados, y desde Barbaroja los emperadores han tratado de obligar a los clérigos a ejercer de meros supervisores espirituales de las tierras imperiales. Pero los sacros emperadores necesitan dicha conexión con el vicario de Cristo, porque eso es lo que les hace santos y emperadores, dado que en la realidad mundana ni siquiera son reyes.

Si la monarquía francesa ya es un estado nación, el imperio de los Habsburgo es una operación de propiedad inmobiliaria. Existe para adquirir, poseer y arrendar tierras. Igual que la Lotaringia de Lotario, el imperio de Rodolfo o Alberto de Habsburgo podrían también haberse llamado Rodolfania o Albertingia, puesto que no se trata de un lugar concreto con fronteras definidas, sino de una lista cambiante de las propiedades de Rodolfo de Habsburgo o de su hijo.

El imperio, que se mantiene gracias a una organización militar de vasallos que poseen siervos y que sacan su parte de botín, sigue siendo sacro porque sigue siendo el garrote de la cristiandad contra los pueblos eslavos, bálticos y túrquicos de la frontera del noreste. Tras exterminar las comunidades bálticas, el imperio se dirige hacia los estados nación eslavos transformando Moravia y Bohemia en propiedades imperiales. Los matrimonios de conveniencia y las leyes de sucesión se añaden a la guerra como instrumentos de adquisición de tierras.

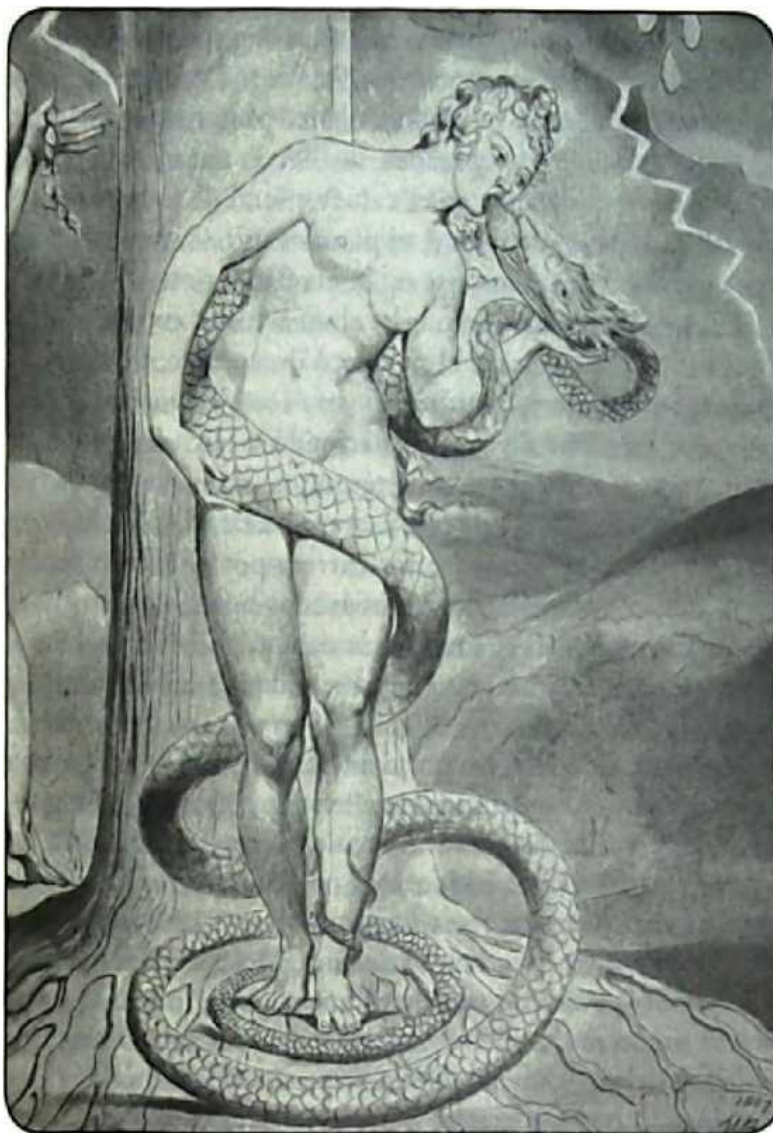
El objetivo de todas las incautaciones, confiscaciones y expropiaciones es extremadamente cristiano y tan santo como el imperio mismo. Su propósito es tener dominio sobre los peces, sobre las aves y sobre todo lo que se mueve en las tierras robadas.

La democratización que acompaña las operaciones de robo de riquezas protagonizadas por los *burghers* obstinados hace que la gran meta del emperador descienda hasta cada uno de los europeos. Ya hemos visto como los activos líquidos de los *burghers* son intercambiables por fincas, llamadas propiedades privadas, donde incluso los *burghers* devotos tienen dominio sobre todo lo que se mueve. Los europeos describen esta posibilidad gloriosa con la expresión «todo hombre es emperador en su casa». Esa «casa» puede ser cualquiera, desde la cabaña de un siervo a una posesión del tamaño de una nación, y hasta los siervos con vistas a ser aprendices de los *burghers* urbanos

empiezan a soñar en poner en práctica el mandamiento de dios.

Los europeos conversos, en particular los siervos, se han entrenado durante varias generaciones para dominar su propio ser pecador. Han encadenado sus emociones, deseos, impulsos y todo lo que vivía en su interior. Muchos de ellos, sucesores de los albigenses y de otros resistentes que se escondieron de los inquisidores o que simulaban adaptarse, tratan de recobrar su humanidad perdida; ya hablaré más de ellos. Sin embargo, muchos otros, quizás una mayoría, son domesticados, gravemente mutilados y cargan una pesada armadura.

El europeo acorazado ansia reprimir a otros seres pecadores como se ha reprimido a sí mismo. El dominio sobre todo lo que se mueve en un bien inmueble de propiedad privada es lo que hace de alguien un cristiano que se respeta a sí mismo; un buen cristiano es a partir de entonces, por definición, un devorador del mundo.



XVIII

DEVORADOR DEL MUNDO (ENGULLIDOR DE MUNDOS Y DESTRUCTOR DE LA BIOSFERA) es un nombre adecuado y funcional para describir el leviatán occidental cuando da

comienzo a sus cruzadas contra los infieles. Sin embargo, un nombre tan descriptivo no será aceptable para los occidentales hasta que el clérigo posteclesiástico Hobbes y sus contemporáneos Bacon y Descartes sientan la vocación de hacer publicidad de los poderes de su bestia.

En la época de las cruzadas, un Bacon anterior ya ojea la biosfera con codicia, pero el carácter letal de la bestia occidental todavía no es visible, ni para los que se encuentran en sus entrañas ni para los que están en el exterior.

La Iglesia universal, que lo abarca todo, es decir católica, ha llevado adelante el proyecto de un dominio absoluto durante un milenio, pero ni siquiera los clérigos logran ver que su sueño por fin se está haciendo realidad, porque no se cumple según sus propios términos. Los eclesiásticos se han acostumbrado a relegar su dominación al más allá, y en el aquí y ahora se arrojan a una carrera por el botín. Debido a su miopía codiciosa, los eclesiásticos no consiguen situar su Organización en el timón, a la cabeza de la nueva bestia, y en cuanto se dan cuenta del descuido, ya han perdido su oportunidad.

Vistos desde fuera, los occidentales en cruzada no parecen garras y tentáculos de un nuevo leviatán, sino más bien invasores bárbaros asaltando los muros de la civilización. Para los bizantinos y los musulmanes, los occidentales siguen siendo francos, y los francos mortíferos no son los únicos bárbaros que llaman a sus puertas. Bizancio es golpeada

simultáneamente por los santos guerreros francos por el oeste y por los santos guerreros turcos otomanos por el este; mientras que el islam es atosigado por los mismos católicos por el oeste y golpeado por los mucho más temibles chamanistas por el noreste, los mongoles.

Los occidentales son francos también para los otomanos y los mongoles. Aunque los turcos no forman causa común con sus semejantes dedicados a derribar leviatanes, los mongoles sí que consideran a los occidentales como aliados, o por lo menos como posibles aliados.

Kublai Khan recibe a los emisarios católicos italianos en la corte mongola y los católicos acompañan a los chamanistas que invaden el leviatán del oriente lejano y derrocan la dinastía Song. Los católicos occidentales no solo son testigos de la transformación mongola de los valores chinos, sino que participan en ella. Los católicos forman parte de una administración que eleva a los antiguos bárbaros a la categoría de jefes, mientras que rebaja a los chinos Song a bárbaros sin derechos.

El famoso Marco Polo es uno de los occidentales que regresa para contarlo. Otros se quedan en China, entre los cuales hay enviados del papa que se consagran a la santa tarea de convertir al cristianismo católico a los chinos que ya son cristianos nestorianos.

A los euroasiáticos del extremo occidental se les recuerda

la existencia de los del extremo oriental, y viceversa. A partir de entonces los occidentales saben que un leviatán resplandeciente se extiende por el este, mientras que los orientales no tienen razón alguna para modificar su opinión de que, a mayor distancia de la muralla china, mayor es la barbarie.

Tanto los chamanistas como los cristianos que se quedan en China acaban absorbidos por el leviatán ininterrumpido más antiguo del mundo y también aprenden a pensar que el Sol se acuesta entre los bárbaros.

Los occidentales dejan cicatrices en China, pero poco más; en cambio, a través del efímero imperio mundial de los mongoles, se importan al oeste muchos platos de la cocina china, además de la imprenta y los explosivos.

Los contemporáneos occidentales de Marco Polo, de Kublai Khan y de un oscuro emir turco conocido como Uthman o Osmán se están encerrando en un leviatán propio. Este leviatán occidental acabará finalmente encerrando toda la biosfera, transformará la Madre Tierra en un archipiélago de campos de trabajo repletos de esclavos, zeks, ensis, lugals y escribas; pero ningún contemporáneo del gran viajero italiano todavía reconoce la potencia leviatánica de Occidente, y quienes que menos la advierten son sus contemporáneos católicos.

Los occidentales están terminando de aprender con sus maestros vikingos y musulmanes, pero todavía no se valen

por sí mismos. Están perdiendo su identidad, están dejando de ser lo que eran para convertirse en lo que eran sus enemigos. No inventan, descubren o desarrollan nada nuevo. Todo les llega de parte de sus tutores.

El único elemento que puede decirse que es propio de los occidentales es su costumbre de mentir acerca de lo que hacen. Es lo que mejor se les da. Los han entrenado las legiones de vicarios de Cristo. A su parecer, los occidentales no se están apropiando de los beneficios y los puestos de los infieles islámicos, están salvando almas, las suyas propias y las de sus víctimas. Una oligarquía de propietarios de capital líquido se ha situado ya a la cabeza del leviatán occidental, pero según ellos, tanto los oligarcas como sus clientes se están acercando al cielo, al reino de Dios, al Edén, a la inolvidable comunidad en el estado de naturaleza.

Durante mil años, los occidentales vieron un Imperio romano donde no había ninguno. Ahora que por fin se están leviatanizando (aunque a la manera inaceptable de los infieles) los occidentales no perciben ningún leviatán donde sí lo hay. Esta costumbre de negar lo que son hará que los europeos occidentales no paren de correr frenéticamente desde su centro hasta los confines más lejanos de la Tierra.

Los europeos occidentales no son los primeros seres humanos leviatanizados que creen ser lo que ya no son o lo que nunca fueron. Hemos visto que los primeros seres humanos leviatanizados, los de Ur, fueron pioneros en este

aspecto, así como en muchos otros. Los sumerios convirtieron su mundo anterior en algo salvaje, pero se encargaron de trasladar partes del mundo convulsionado al jardín de su templo. Dentro del jardín podían pensar que jamás habían abandonado el estado de naturaleza, o por lo menos que no se habían alejado demasiado. Estaban tan cerca de su comunidad olvidada como la muerte lo está de la vida.

Los europeos occidentales saben que abandonaron el estado de naturaleza, pero todavía no quieren enterarse de que han entrado en las entrañas del Leviatán. En Occidente, los seres humanos que no tienen ningún reparo en reconocerse como segmentos de un gusano artificial, como resortes y ruedas, no aparecerán hasta bastantes generaciones más tarde, cuando los contemporáneos del escriba inglés Hobbes instauren el culto al Leviatán, crudo y sin adornos.

Aunque la Iglesia, con su compromiso romano y su divinidad máxima, ya contiene más que una simple semilla de culto al Leviatán, los adoradores del gusano posteriores tendrán que romper con la Iglesia para instaurar su innovación. Ello se debe a que la Iglesia no consigue librarse del bagaje que heredó del culto de crisis antirromano.

La Iglesia de Roma, como el templo de Ur, conserva vestigios de una época olvidada y de un lugar desaparecido. Esos vestigios son lo que da a la Iglesia el aura de ser algo que no

es. Los vestigios, tanto para la Iglesia como para el templo primitivo, son vestigios de la antigua comunidad humana en el estado de naturaleza. Los sumerios pensaban en la comunidad en términos temporales, la concebían como la edad de oro. Los cristianos piensan en ella en términos espaciales, la conciben como un lugar llamado Edén. El templo sumerio daba a sus confinados la ilusión de que todavía vivían en esa comunidad, o por lo menos en una versión moribunda de ella. La Iglesia católica ofrece la misma ilusión a algunos de sus confinados, pero incluso a esos les hace sentir culpables por estar donde se creen que están, y deja a todos los demás colgando en una disyuntiva que llama limbo.

La Iglesia induce a sus creyentes, a quienes da el nombre de rebaño, a una enfermedad que algunos de nuestros contemporáneos llamarán esquizofrenia. Ello se debe a que la Iglesia se formó con resistentes que tenían la voluntad de participar en el derrocamiento del leviatán dominante y esperaban que el reino del cielo o el Edén sucediera la caída de la bestia. La Iglesia, como muchos otros monstruos, redujo a los primeros resistentes a pinturas y estatuas decorativas en columnas, paredes y vitrales, mientras que trataba como herejes a todos los resistentes vivos que albergaban compromisos y expectativas similares.

La Iglesia logra tal proeza gracias a la doctrina del pecado original. Esta doctrina se conforma a partir de una historia acoplada en el primer libro del Antiguo Testamento, de la mano de escribas misóginos del antiguo reino de Judá, patrocinado por los persas. La historia original consiste en una polémica férrea contra la diosa primaria, la Madre Tierra, e implícitamente contra todas las mujeres.

Según esta historia, la mujer, Eva, no es la madre. La madre es el hombre: Adán. Es él quien le da la vida a ella, con la ayuda del padre de los padres, que desempeña el papel de comadrona. Se resta importancia al hecho de que será la mujer quien después parirá a los seres humanos. Lo que se resalta es su veleidad hacia los padres y su asunto ilícito con una serpiente. Al consumir su relación, arruina la armonía de los machos que el polemista supone y obliga al padre de los padres a expulsar del Edén a toda la familia.

Los antiguos israelitas y sus sucesores utilizaron esta historia como sus autores pretendían: para insultar y desdeñar a las mujeres. Los judíos no extrajeron de ella una doctrina del pecado original. Al contrario, se convirtieron en la niña de los ojos de dios, el pueblo elegido, y hasta el garrote divino contra los edomitas, los moabitas y otros.

Los cristianos, empezando por el pseudoapóstol Saúl o Pablo, dan un uso totalmente diferente a esta historia; la usan para justificar su traición al movimiento de resistencia original. Exactamente igual que Adán y Eva traicionaron el

Edén cometiendo el pecado original de comer fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, los cristianos traicionan las usanzas de sus fundadores antileviatánicos convencidos y se precipitan hacia aventuras leviatánicas oportunistas.

Al considerar arbitrariamente que la primera traición es la causa de todas las traiciones posteriores, los cristianos expían su culpa por todos sus crímenes y mentiras oportunistas. Toda la culpa la tiene Eva, la pecadora original. Al comer la fruta, provocó la caída de toda su progenie.

Hasta este punto, la historia es todavía un mito, uno entre la gran cantidad de mitos originarios. Pero llegados a este punto, la Iglesia transforma el mito de los orígenes en un garrote, en un instrumento de extorsión. Del mismo modo que la suciedad de los clérigos puede lavarse y atribuirse a Eva, los pecados de todos los caídos pueden purgarse y otorgarse a Satanás. Los humanos caídos, pecadores, pueden limpiarse, se pueden salvar. Jesús y sus apóstoles bajaron a la Tierra para salvar a los caídos. El papa es el vicario del salvador y su único apóstol vivo. La Iglesia es la puerta del paraíso. Para salvarse, un pecador tan solo tiene que servir a la Iglesia con fidelidad, entregar el diezmo sin escatimar, pagar enormes sobornos para el perdón de los crímenes más graves y legar todas sus propiedades a la Iglesia.

Aquellos que consagran sus vidas enteras al servicio de la Iglesia como monjes o monjas son recompensados con

edenes terrestres llamados monasterios y conventos, réplicas cerradas y sin vida del estado de naturaleza, las versiones cristianas de los jardines de los templos sumerios. Estos elegidos llegan a recuperar algunas de las usanzas de la comunidad de parientes perdida: lo comparten todo y se consideran todos hermanos y hermanas.

Los elegidos más meticulosos dedican muchos de sus días y noches edénicos a meditar con culpabilidad sobre su gracia no merecida, dado que, como descendientes de Eva, son tan pecadores como el mayor de los emperadores y el menor de los ladrones. La culpabilidad lleva a los elegidos a servir a la Iglesia con todavía más devoción.

En cuanto a los que no son elegidos, no pueden ni acostarse, ni estar de pie, ni sentarse en el mundo cristiano, deben moverse sin cesar y si corren bastante rápido puede que alcancen el paraíso, pero solo en la vida después de la muerte. Esta vida después de la muerte es un cordón umbilical, algo parecido a una placenta, pero mucho más importante. Según el pensamiento cristiano, el verdadero nacimiento es la muerte y la descomposición tras la muerte es la vida que cuenta. El cordón umbilical es lo que proporciona la Iglesia, o más bien, es aquello que la Iglesia es: la puerta.

Ofreciendo y negando este cordón umbilical, la Iglesia manipula a una generación tras otra de euroasiáticos occidentales.

La clave del poder de la Iglesia yace en la doctrina del pecado original. Por eso la Iglesia no puede deshacerse de los componentes que conforman dicha doctrina. La caída del Edén es la pieza fundamental de la doctrina, y por ello, la Iglesia misma es el vehículo que transmite el recuerdo de un Edén a los seres humanos que nunca han vivido fuera de las entrañas del Leviatán.

La Iglesia despliega una enorme policía del pensamiento conocida como la Inquisición y recurre a cacerías de brujas y de herejes con tal de eliminar inferencias y conclusiones diferentes a las suyas. Aun así, la Iglesia no consigue reprimir las mismas noticias que no puede sino transmitir. Aunque es probable que este fracaso se deba a numerosos factores, algunos son obvios.

En primer lugar, la práctica cotidiana del papa, los curas, los monjes y las monjas no está a la altura de las normas que la Iglesia impone a los seglares, y quienes consideran que la Iglesia es una prostituta y los clérigos, unos proxenetas, seguramente no se dejarán intimidar por la policía de la piedad que los quiere obligar a renunciar a sus propias conclusiones.

En segundo lugar, los discretos sucesores de los albigenses siguen extendiendo un mensaje bogomilo entre los buenos cristianos, y este mensaje maniqueo actúa como un ácido poderoso sobre la doctrina del pecado original y, por lo tanto, sobre todo el aparato represivo de la Iglesia.

El resultado es que un movimiento de resistencia generalizado –tan convencido y entregado como el culto de crisis antirromano y más extendido que el movimiento albigense, geográficamente localizado– se revuelve contra el reciente leviatán occidental con el propio lenguaje de la Iglesia.

Los resistentes posteriores, seculares y, en lo fundamental, más dóciles, incluso aquellos que no adoran el progreso, despreciarán el movimiento postalbigense aduciendo que los resistentes que se oponen al leviatán occidental y a su Iglesia manifiestan un interés en la salvación y en el reino del cielo aún mayor que el de los represores oficiales del movimiento. Tendremos que recordar que los resistentes normalmente se expresan en el lenguaje de su época y lugar. Además, los términos que usan los postalbigenses no son términos católicos conservadores a los que los resistentes otorgan significados radicales. Al contrario, los términos eran en su origen expresiones radicales que la Iglesia llenó de connotaciones represivas, por lo que podemos decir que los resistentes están retomando su propio lenguaje.

Los resistentes anticatólicos, o mas precisamente anticristianos, llegan a ser tan numerosos como los *burghers*

en la Europa occidental en proceso de leviatanización precipitada. Los resistentes –como siempre, atrasados a sus tiempos– dirigen todos sus golpes contra el antiguo poder central, la Iglesia; todavía no saben que algunos *burghers* ya han sustituido al papa en la cabeza de una bestia recientemente constituida.

En cambio, un montón de *burghers*, que tienen mucho que perder, ya advierten que los resistentes representan una amenaza para cualquier poder leviatánico, no tan solo para el poder de la Iglesia. Esos *burghers* rápidamente hacen causa común contra los resistentes tanto con curas como con caballeros. Y van más allá. De la misma manera que la Iglesia fundó una orden franciscana para canalizar a los posibles resistentes hacia un callejón sin salida, los *burghers* crean movimientos propios para conducir otros posibles radicales hacia callejones sin salida parecidos.

Los eclesiásticos, al verse atacados, pierden los estribos y así los principales conservadores de documentos aumentan la confusión llamando herejes a todos los inconformistas, sean zeks o *burghers*, maniqueos o cristianos, radicales o recuperadores.

Y en los círculos de los radicales, tal como ocurre entre los otros occidentales, todos piensan ser otro y los demás los consideran, aún, otra cosa distinta.

Las comunidades albigenses del sur de Francia fueron

exterminadas por los ejércitos de cruzados, pero algunos cátaros aislados logran escaparse de Provenza y transmitir su mensaje bogomilo por todos los rincones de Europa. Los cátaros maniqueos, que en apariencia son menos sectarios que muchos radicales anteriores y posteriores, construyen relaciones de amistad y se unen con los *Humillati*, los valdenses, los joaquinistas, los Hermanos del Libre Espíritu y otros con los que comparten el honor de ser perseguidos por la Inquisición. En cambio, no se unen con los franciscanos, pues se dan cuenta de que esos pseudoresistentes están emparentados con la policía dominicana inquisitorial.

Los radicales propagan sus noticias por toda Europa occidental. Los documentos relatan persecuciones, quemas y ahorcamientos de herejes en la mayoría de rutas entre Italia y Escandinavia, desde Inglaterra hasta Hungría.

Los «Pobres de Lyon», por ejemplo, recorren todo el camino hasta Bohemia–Moravia después de que ochenta compañeros suyos fueran quemados en Francia por los verdugos de la policía inquisitorial. Más tarde se les conocerá como valdenses, a partir de Pedro Valdo, uno de los Pobres que se refugia en Moravia y muere allí.

Las mujeres desempeñan un papel destacado entre los radicales. Entre las más conocidas se encuentran Marguerite Porète y Jeanne Dabenton, ambas capturadas y quemadas por la Inquisición. Las mujeres de mentalidad independiente evitan las tribunas y los pedestales oficiales dominados por

los hombres y viajan de ciudad en ciudad, normalmente solas o junto con un compañero varón, para difundir nuevas que socavan las jerarquías represivas de los curas y los caballeros. La mayoría de ellas son visionarias y militantes, y algunas son teóricas y escritoras. Sus contemporáneos las llaman beguinas y sus compañeros hombres se conocen como begardos.

Estos radicales migratorios encuentran alojamiento en todas las ciudades, en moradas de simpatizantes. En las ciudades y localidades más grandes las beguinas y los begardos son demasiado numerosos para alojarse en casas privadas, por lo que se les aloja en pensiones que llevan nombres como «Compañía de los pobres» o «Casa de la pobreza voluntaria». El mero nombre de esas pensiones ya anuncia que esas mujeres y hombres no están en sintonía con su época. En esos lugares de reunión comparten novedades sobre amigos en común, sobre la policía de la herejía y sobre las insurrecciones grandes o pequeñas contra los poderes gobernantes.

Esta red informal compuesta por amistades y casas de acogida permite que los radicales itinerantes estén mejor informados que los funcionarios de los reyes y obispos encargados de recopilar información. Los radicales no comparten la información con los funcionarios, ni siquiera con los Hermanos de la Vida Común, otra orden de tipo franciscano creada por la Iglesia para atrapar a posibles begardos.

Los numerosos radicales itinerantes serán llamados de todas maneras, desde herejes cristianos a apóstoles modernos. Algunos dirán que son precursores de los protestantes, otros que son sucesores de los primeros cristianos.

Las categorías ocultan más de lo que revelan. Rebajan y a veces ridiculizan y difaman a los radicales. Cuando los hombres de negocios escriben sobre las personas consagradas a la pobreza apostólica esperan que sus lectores sonrían con condescendencia. Las categorías, en general, se crean para desarmar a los radicales con la palabra.

Los radicales son un montón, muchos son muy imaginativos, su inspiración proviene de lugares y tiempos lejanos, se estimulan unos a otros para reconsiderar sus compromisos y volver a empezar. Son tan variados como pueden serlo los seres humanos. Sin embargo, comparten algunos compromisos importantes, y son esos compromisos lo que los sitúa en el punto de mira de las autoridades eclesiásticas y laicas.

Los radicales están comprometidos de manera explícita con la libertad y con la comunidad. Los nombres que dan a sus agrupaciones informales, como Hermanos del Libre Espíritu, exponen ambos compromisos.

Es falaz llamarles cristianos, ya sea apostólicos o bien heréticos. Los apóstoles, al fin y al cabo, eran judíos cuyas

historias se convirtieron en los evangelios de la Iglesia cristiana. Si el cristianismo es la religión instaurada en el Imperio romano gracias a los evangelios apostólicos, el Antiguo Testamento y las formas de organización imperiales, personas como Marguerite Porète o los Hermanos del Libre Espíritu no son cristianas en absoluto, puesto que esta religión es justamente aquello que rechazan. Los posteriores reformadores protestantes del cristianismo tomarán prestadas, domesticarán y desvirtuarán algunas de las concepciones de los radicales; lo que provocará que el protestantismo contenga elementos anticristianos, pero en ningún caso transformará a los radicales de antaño en protestantes cristianos.

Yo los llamaría an-arquistas. Los albigenses con quienes van los ayudan a desprenderse de la doctrina cristiana del pecado original y a considerar que el pecador es el arconte, no la primera mujer. Incluso el nombre de an-arquista es engañoso si asocia a esos radicales con algunos de los que más tarde llevarán este nombre.

Las beguinas, los begardos, los Libres Espíritus y sus amigos no forman parte de lo que Yeats denominará «la oscuridad», los «veinte siglos de un pétreo sueño». Representan un despertar del pétreo sueño.

Cuando el antiguo Egipto cayó en las entrañas del leviatán romano, algunos egipcios despojados de todo salvo de vagos recuerdos se precipitaron hacia los templos e infundieron

vida a sus divinidades muertas mucho tiempo atrás.

Cuando los europeos empiezan a caer en las entrañas del leviatán que los aprisionará hasta nuestros días, muchos repiten la hazaña egipcia. Los europeos ya no recuerdan a Isis ni a Osiris, ya no conocen la Madre Tierra ni el ciclo de la vegetación bajo ninguno de sus antiguos nombres. Y, aun así, igual que los egipcios, infunden vida a las divinidades muertas tiempo atrás que ahora ni siquiera tienen nombre.

Los Espíritus Libres rechazan identificar a la divinidad con el jefe supremo ausentista del papa. Son panteístas. Dicen que la naturaleza es la divinidad, que cada cosa que existe y cada ser vivo es divino. La relación del individuo con dicha divinidad no es una relación de temor, sumisión u obediencia, sino de respeto, admiración y amor. Los europeos pronto entrarán en contacto con pueblos lejanos que llaman a esta divinidad el Gran Espíritu.

A diferencia del San Francisco recuperado, los radicales saben que no necesitan una Iglesia, ni curas, ni sacramentos para mediar entre ellos y la divinidad. La Iglesia no es más que un obstáculo: genera divisiones donde había unidad, daña el parentesco y usurpa la comunidad. Las separaciones son el único pecado de verdad y los agentes que las provocan son los malignos. El objetivo de los radicales es vencer las separaciones, quitarse las máscaras y las armaduras, volver a la unidad original, la comunidad perdida de parentesco libre y tierno.

Marguerite Porète incluso escribe una especie de manual para ayudar a los demás a sacarse la armadura. Titula su libro *El espejo de las almas simples*. Es un texto profundamente anticristiano. Cuando un cristiano reprimido se mira al espejo, es un ser humano libre quien devuelve la mirada. La humildad y la abnegación cristianas no son el objetivo, sino que forman parte de la enfermedad que hay que superar. La luz zoroástrica, una luz tan brillante que ciega, conmociona tanto al individuo que le saca del oscuro hoyo leviatánico, le saca de los siglos de pétreo sueño. Fuera del hoyo encuentra una alegría inesperada, exultación. No la halla en la vida después de la muerte, sino en la vida misma. La persona que se despierta reconoce el carácter represivo y pecador de las separaciones, reconoce también su unidad, su parentesco con todo lo existente, se reconoce a sí misma como la vida, la Tierra, la divinidad. Ella se empareja con la misma libertad que los otros seres divinos, disfruta del acto sexual y sabe que el pecado está en los curas y su doctrina. Redescubre la antigua comunidad de seres libres, sin pecado, y ve la comunidad cercada por los poderes represivos, por los obstáculos artificiales. Sin miramientos, se pone a eliminar dichos obstáculos: los sacramentos y los predicadores y su maquinaria de salvación, la Virgen, los santos y hasta Dios. Las comunidades de seres humanos libres deben reapropiarse sin reservas de los poderes que les han usurpado los leviatanes, «en perfecta paz de corazón, tal como hacen con la tierra sobre la que caminan».

Este mensaje no es una herejía cristiana. Dista tanto de cualquier asunto judeocristiano como la sabiduría de los dakotas, los ojibwas y otras comunidades que los europeos todavía ignoran.



XIX

LA INQUISICIÓN QUEMA A MARGUERITE PORÈTE. La Inquisición quema a miles de sus hermanas y hermanos. La Iglesia está resuelta a que Europa siga siendo cristiana, aunque tenga que despoblarla.

Este reino del terror no lo instauran los radicales, extremistas o revolucionarios. Lo instauran personas serias y responsables, las autoridades, los doctores en teología y los obispos, los consejeros reales y alcaldes. Y no se trata de una irrupción repentina, de un único acontecimiento, sino de un proceso continuo de asesinato institucionalizado.

Los europeos que no ven la luz de Marguerite Porète tienen menos razones para alegrarse que los radicales perseguidos.

La vida fuera del templo es un valle de lágrimas, un territorio salvaje atravesado por ejércitos codiciosos de hombres pecadores que se despedazan unos a otros. Y el templo no ofrece ningún refugio, ninguna salvación; el templo no es nada más que una cámara de espantosos instrumentos de tortura.

Cada vez son más los europeos que huyen de la Iglesia, de Europa, de sí mismos. Los que habían participado en las cruzadas contra los infieles se instalan en las redes mercantiles musulmanas en las islas del Mediterráneo, en las costas del Magreb, en el Levante. Los europeos se apresuran para convertirse en aquello que eran sus odiados enemigos. Se apresuran para ser cualquier cosa que no son. El sentido, la libertad y la comunidad se encuentran en otra parte, a partir de entonces los europeos no dejarán de llegar a esa otra parte para hallarlos.

Los europeos ya buscan América, mucho antes de «descubrir» o nombrar el mundo que se encuentra más allá del océano, fluyen porque Europa es un hoyo vacío, son las mazmorras de la Inquisición.

Más tarde, los defensores dirán que a los europeos les entusiasma difundir su cultura, su modo de vida. Si por cultura entendemos las usanzas y la sabiduría de las comunidades de seres humanos libres, Europa no es ninguna cultura ni tiene ninguna cultura. Los últimos europeos que tienen cultura son los radicales que quema la Inquisición. Lo que queda es la civilización, algo muy diferente de la cultura. La civilización es una red de limitaciones no naturales carente de significado humano, es la organización de la represión en las entrañas del Leviatán. La civilización es la «cultura» de los resortes y las ruedas del Leviatán. Y los europeos saben que sus Estados no son comunidades, que sus leyes por el mantenimiento del civismo no son una cultura, que sus tareas impuestas no son usanzas de seres humanos libres, aunque esas tareas reciban el nombre de «oficios». Persiguen la cultura aprendiendo latín y griego y leyendo obras lejanas en el tiempo y en el espacio.

Esta huida frenética de uno mismo es exactamente lo contrario de lo que ocurría en las comunidades de seres humanos libres. En ellas, el fin era la realización del individuo, la exploración de todas sus potencialidades y la inserción de ese ser completamente desarrollado en un contexto cósmico lleno de significado. Las comunidades que

proporcionaban a los individuos tales contextos significativos tenían, o eran, culturas.

El europeo sin cultura de las últimas cruzadas, ya en proceso de transformarse en un resorte o una rueda, se abalanza a toda prisa, desde donde está y desde lo que es, hacia algo completamente diferente, hacia algo nuevo, hacia América. Por el momento, este objetivo sin nombre no es nada más que un lugar mítico de una saga escandinava y un secreto muy bien guardado de los pescadores de bacalao vascos. Aun así, el europeo ya descubre pequeñas Américas en la plata musulmana, en el oro senegalés, en las especias indias y en las sedas y porcelanas chinas. La riqueza que obtiene del comercio le permite comprar lo que ha dejado de ser. Ya hemos visto que incluso un siervo que se hace mercader y acumula suficiente riqueza puede devenir un franco tan libre como sus ancestros, o por lo menos, nominalmente.

Los viajes en búsqueda de riqueza, cada vez más frecuentes y cada vez más largos, de los navíos venecianos y genoveses alteran los equilibrios de la biosfera, y no tan solo aquellos que los mercaderes pretenden desestabilizar. Los barcos regresan a Génova y Marsella con algo más que oro y especias extranjeras. Regresan con ratas extranjeras.

Las ratas no son nada nuevo en Europa, pero las ratas que salen de los barcos llevan algo para lo que los europeos no están preparados, algo que sus cuerpos son incapaces de resistir. Las ciudades recientemente fundadas, que rebosan de antiguos siervos que aspiran a ser nobles pasando por la burguesía, ofrecen al visitante un contexto social favorable en el que llevar a cabo su tarea mortífera.

El visitante, consecuencia involuntaria del comercio exterior, es un asesino de masas más tremendo que la Inquisición. Aunque más tarde se conociera como peste bubónica, los contemporáneos describen a este forastero recién llegado a Europa como la muerte misma, a caballo y armada con una guadaña, que mata a un tercio de la población del subcontinente en su primer ataque.

Finalmente, los europeos desarrollan una inmunidad que les permite que el bacilo de la peste se aloje con ellos sin destruirlos, una inmunidad que primero adquirieron las ratas que transportaron los bacilos a Europa. En otras palabras, los europeos se transforman en portadores del bacilo. Aun así, desarrollar la inmunidad lleva muchas generaciones.

En un brote mucho anterior de una plaga distinta, cuando las legiones romanas alteraron otros equilibrios, una gran parte de romanos adultos murió a causa de la viruela durante un período de varias generaciones, antes de convertirse en portadores, y entonces tan solo morían de

ello las criaturas. Así, los europeos posteriores también siguen muriendo debido a la peste en grandes cantidades durante varias generaciones.

Entre los dos asesinos que están diezmando la población de Europa, la Inquisición carga con menos muertes que los primeros brotes de peste bubónica, pero la peste es más democrática. El asesino extranjero se lleva a militantes de las casas de pobreza voluntaria y a cargos de la Iglesia católica, a zeks pobres y a burgueses ricos, a siervos y a caballeros.

Algunos radicales creen que la peste anuncia el fin, el juicio final. Creen que la naturaleza, la Madre Tierra, la divinidad, por fin se gira contra las garras y los tentáculos leviatánicos, arrancándose el cabello y desgarrándose los intestinos. Resulta ser una ilusión. Tal vez la Madre Tierra sea perfectamente capaz de llevar a cabo tal hazaña, pero por el momento no da indicios de tener tales intenciones.

En realidad, el leviatán europeo sale fortalecido de la peste, y no solo por la adquisición gradual de la inmunidad.

En una comunidad de seres humanos libres, la llegada de la peste hubiese supuesto un desastre absoluto, pero un leviatán es una comunidad invertida. Su his-toria es una secuencia de desastres humanos. Los seres humanos atrapados en un leviatán son reflejos de sus desastres. En un leviatán, como observan breve y cínicamente sus reclusos, la pérdida de una persona es la ganancia de otra.

Los comerciantes pierden muchos clientes, pero también pierden muchos contrincantes, lo cual es muy importante para ellos. Durante varias generaciones, han estado reclamando la expulsión de los rivales judíos. Los mercaderes posteriores dirán, con veracidad cristiana y cierta burla, que la competencia es el motor del comercio, pero no les cabrá ninguna duda de que el motor es el monopolio.

La aniquilación de los contrincantes no es todo lo que los *burghers* supervivientes obtienen de la peste.

De la misma manera que el ritmo de las catástrofes naturales moldeó las actividades cotidianas de los primeros sumerios, el traslado y el aislamiento de las víctimas de la peste conforma las instituciones civiles de las ciudades europeas.

Las instituciones de salud e higiene, igual que los puestos de detención preventiva y las habitaciones de cuarentena, se conservarán cuando los europeos dejen de ser víctimas y se conviertan en portadores de la peste. Las plazas vacantes que dejan las víctimas de la peste serán ocupadas por visionarios, cuya pobreza ya no será voluntaria. Las instituciones civiles permitirán a los *burghers* dar continuidad a la tarea de la Inquisición en nombre de la cordura, la racionalidad, la salud y la medicina.

Los *burghers* se consideran gente apacible y calmada y desean que sus ciudades funcionen con la misma

apacibilidad y calma que los relojes, y donde nada se menee salvo los resortes y las ruedas del comercio. Por supuesto, se trata de una ilusión, porque el comercio sigue alterando la biosfera y provocando respuestas violentas por parte de los sujetos humanos que se resisten a verse convertidos en meros resortes y ruedas.

Los *burghers* no quieren con más ansia que los demás europeos ni ser lo que son, ni estar donde están. Su presente es un mero tránsito de un pasado miserable a un futuro noble. Su posterior doctrina del progreso convertirá todos los lugares presentes en un simple vehículo que vuela a través del tiempo hacia un lugar futuro.

Oímos a alguien que preguntaba: ¿quién desearía abandonar las comodidades de la civilización para volver a un estado de naturaleza primitivo? Ahora nos damos cuenta de que quien pregunta es el Leviatán mismo simulando una voz humana. Los seres humanos, hasta los que están encerrados en el leviatán más tremendamente civilizador, intentan con todas sus fuerzas escapar –cavando, corriendo o incluso volando– de los escombros de las comodidades que se acumulan y les entierran vivos. No solo lo hacen los radicales, sino todos.

Los radicales simplemente hacen más explícito su deseo de huir que los otros. Y los radicales sobreviven a las dos plagas. De hecho, la insurgencia, diezmada por los inquisidores locales y por las ratas extranjeras, toma impulso.

Por toda Europa, los campesinos se rebelan contra la sustitución de los tributos consuetudinarios por las obligaciones onerosas que les imponen los señores comerciantes y los curas codiciosos.

Las noticias de las revueltas se propagan por todas partes gracias a los radicales itinerantes, mucho más rápido de lo que los periódicos modernos transportarán esas noticias y sin la distorsión y la censura que impondrán los reporteros, editores y propietarios de esos periódicos.

En Flandes, los tejedores que durante generaciones han vestido a los *burghers* y caballeros europeos mientras ellos mismos se veían desnudos, se rebelan contra la coalición de curas, nobles, aristócratas, mercaderes y maestros artesanos que se despliegan contra ellos. Los zeks en rebelión toman los palacios de los poderosos e intentan destruir el poder de las instituciones civiles, organizándose alrededor de asociaciones o hermandades que llaman *compagnonades*. Atacados por los ejércitos leviatánicos, los tejedores asociados se defienden recurriendo a una liga al estilo guteo o moravo encabezada por un caudillo militar.

Los comerciantes de tejidos astutamente trasladan sus

inversiones a Inglaterra, donde el rey les promete una protección férrea y donde esperan encontrar a zeks más dóciles que los flamencos. Los tejedores flamencos son insurgentes con experiencia. En una revuelta anterior colgaron a curas, tomaron las propiedades de la Iglesia y distribuyeron entre los pobres la riqueza de la institución supuestamente celestial.

Los comerciantes de tejidos se decepcionan con Inglaterra. El canal de la Mancha no ha evitado que ni las noticias ni los propios radicales alcancen las islas más occidentales de Eurasia. Incluso un dignatario de la Universidad de Oxford ha tratado a los clérigos de proxenetas y al papa de anticristo.

Este profesor, llamado Wyclif, no encuentra más utilidad que cualquiera de los radicales para una Iglesia que lo abarca todo. Él no es un radical, es cristiano con firmeza, pero considera que la jerarquía de curas, obispos y papas y toda la maquinaria de salvación por la absolución, en otras palabras, la totalidad de la cristiandad institucionalizada desde la época de Constantino hasta sus días, es un enorme fraude.

Anticipando la Reforma anglicana, Wyclif considera que el único tipo de leviatán válido es el Estado nación y apuesta por dividir la Iglesia universal en varias pequeñas iglesias, todas ellas leales a los soberanos civiles del reino nacional, todas ellas preocupadas por el bienestar espiritual de los sujetos de su reino y no por la acumulación de riquezas.

Los radicales divulgan las lecciones de este profesor y hasta algunos descendientes de los fundadores del primer Estado nación de Europa viajan en grupo de Moravia a Oxford para escuchar a Wyclif. Los estudiantes –menos comprometidos con el cristianismo y la respetabilidad que el profesor de Oxford– se juntan con aquellos que, según la ilusión de los comerciantes textiles flamencos, eran más dóciles que los tejedores radicales de Flandes.

Para la consternación de los comerciantes y el deleite de los estudiantes, los ingleses resultan ser más radicales que el honesto profesor de Oxford, de hecho, están tan bien informados como cualquier beguina o hermano del Libre Espíritu continentales. Es más, los radicales ingleses no son unos pocos visionarios que se mueven por parejas de una ciudad a otra. Son más numerosos que en cualquier otro lugar del continente.

Toda Inglaterra parece levantarse contra el Leviatán: tanto los campesinos como los artesanos, e incluso los curas pobres. Los rebeldes tienen claro lo que no quieren y también lo que quieren. No quieren la civilización, a la cual llaman usurpación. No quieren que los amables señores engullan los bosques, ni que los amables curas devoren las tierras, ni que los amables mercaderes se traguen las cosechas. No quieren servir, vestir ni alimentar las redes de usurpadores que cada vez se vuelven más amables gracias al trabajo de zeks y siervos despojados.

Los curas pobres, llamados lolardos, con la traducción inglesa de Wyclif del Libro en mano, se mezclan con los rebeldes y leen en voz alta pasajes sobre un lugar llamado Edén donde no había ni curas ni señores ni mercaderes, donde los seres humanos eran hermanos y lo compartían todo.

Para los ingleses, este Edén no es tan distante como lo será más adelante. Puede que no se acuerden de los primeros progenitores, pero sí recuerdan la usurpación de las condiciones igualitarias. Muchas de las usurpaciones son tan recientes como la invasión normanda y se siguen produciendo.

El Edén es lo que los rebeldes desean, y no están pidiendo que el rey se lo garantice, están determinados a tomarlo con la fuerza de sus propias manos.

Los rebeldes avanzan por Inglaterra hacia Canterbury y Londres. El campo y las ciudades se vacían a medida que los que cultivan, los que tienen un oficio, los que no lo tienen, los que no tienen trabajo y los errantes se unen a los insurgentes de camino al edén. Se dirigen a las prisiones, las asaltan y acogen a los reclusos liberados.

Uno de esos reclusos es un cura pobre llamado John Ball, un bardo encarcelado por sus canciones. Este bardo resume todo el programa de la insurrección con el siguiente pareado:

*Cuando Adán araba y Eva hilaba,
¿Quién era entonces el caballero?*

El lolardo advierte:

Buena gente, las cosas no pueden ir bien en Inglaterra, ni lo irán, hasta que todo sea puesto en común y no haya ni villanos ni nobles, hasta que seamos todos de la misma condición.

Los lectores deberían volver a leer esta advertencia, porque no anuncia una utopía en la que todo el mundo será villano (u obrero).

La voluntad espantosa de universalizar los campos de trabajo, que más tarde se hará pasar por radicalismo, es contra lo que luchan los rebeldes ingleses. Los insurgentes anuncian el fin del mundo leviatánico, no su compleción. Lo que desean los insurgentes no es el vasallaje universal, sino la libertad universal; que es la condición de las comunidades de seres humanos libres en el estado de naturaleza, sin el estorbo de las separaciones y las usurpaciones leviatánicas.

Los rebeldes afirman que las personas de a pie pueden deshacerse de su yugo si quieren, todos pueden recolectar el trigo y quemar la cizaña. El trigo es el edén. La cizaña son los curas, los señores, los abogados y los jueces, los jefes y los comerciantes.

La cizaña no son las personas, sino los roles, las máscaras,

las armaduras. Un rebelde, Wat Tyler, hombre sin pelos en la lengua, osa invitar al rey Ricardo II a quitarse la máscara y la armadura para unirse a la humanidad, pero la máscara del rey no se va a desenganchar. Los agentes reales asesinan al hospitalario Wat Tyler, y ahora los rebeldes se alzan en armas contra los que llevan máscaras y armaduras muy pegadas, incluso contra el arzobispo.

Ningún comerciante flamenco volverá a albergar la esperanza de encontrar en Inglaterra mano de obra dócil para la producción concentrada de tejidos. A partir de entonces, los inversores no se atreverán a salir sin la compañía de los guardas armados y los verdugos del rey.

Un sinfín de revueltas sacuden la Inglaterra de Ricardo hasta que el monarca y muchos de sus dignatarios se ven forzados a abdicar. El sucesor que usurpa el cargo no corre mejor suerte, los insurgentes no se han levantado en armas para sustituir a un Plantagenet por un Lancaster. De hecho, durante el reinado del primer Lancaster, muchas de las gentes más nobles logran el hito de quemar sus máscaras y armaduras, tanto los señores terratenientes como los ciudadanos ricos unen su destino al de los rebeldes.

La efervescencia insurgente continúa en Inglaterra hasta que el segundo Lancaster, el príncipe Hal de Shakespeare, abandona al ebrio Falstaff y recurre a la guerra extranjera, el método más antiguo para aplastar la rebelión local. Enrique V cruza el canal de la Mancha con ingleses armados para que

gasten su fuerza y sus vidas luchando contra curas, señores, comerciantes y otros gentilhombres franceses.

El año en que los ingleses invaden Normandía y llegan a París, los comerciantes portugueses armados vencen a los musulmanes de Ceuta y se instalan en el puesto avanzado, antaño fenicio, de la costa septentrional de África, en el lado de Gibraltar que da al Atlántico.

Los hombres armados ingleses y portugueses saldrán al extranjero, pero mientras tanto los estudiantes moravos se han marchado de Inglaterra y han regresado a casa, algunos inspirados por las lecciones de Wyclif y otros, por los sueños y las acciones de los insurgentes.

No son los estudiantes de regreso a casa, con el diploma en mano y la rebelión en el corazón, quienes prenden el fuego que empieza a propagarse en Praga y que rápidamente se extiende por toda Europa; ellos simplemente añaden un poco de leña a un fuego que ya está ardiendo.

Ni Inglaterra ni el radicalismo son extraños en Bohemia-Moravia. Los ingleses dejaron de ser extranjeros cuando la hermana del rey Wenceslao de Bohemia se convirtió en la reina Ana de Inglaterra, esposa de Ricardo II, y el radicalismo

ha tenido morada en Europa central desde que los eslavos procuraron protegerse del ataque de los ejércitos de Carlomagno. Cuando el movimiento bogomilo llegó por primera vez al sur de Francia, Cosmas de Praga ya recordaba a los bohemios y moravos el hecho de que no siempre habían vivido en las entrañas de un leviatán imperial, que sus ancestros lo habían compartido todo y que vivían en comunidades sin ladrones ni gente pobre.

Hasta este punto, el radicalismo se restringía a las palabras honestas de individuos que divulgaban las nuevas de los albigenses y de los Libres Espíritus hasta las fronteras más orientales de la cristiandad, y a los actos de los campesinos tenaces que rechazaban pagar tributos y diezmos a las jerarquías imperial y papal. Los valdenses y otros refugiados provenientes de Provenza han llevado el movimiento bogomilo a los vecinos de los serbios y los búlgaros que, entre tanto, han sido engullidos por el leviatán turco otomano, devolviendo de esta manera el movimiento casi a su punto de partida.

Ni la Iglesia, ni el imperio, ni el comercio están bien considerados por la gente del campo y de las ciudades que canta una crónica rimada que compara las usanzas de la comunidad antigua con las instituciones imperiales comerciales, que aplaude a Jan Milic de Kromeriz cuando tacha a la Iglesia de ser el anticristo y que coincide con Jan de Brno cuando dice que el pecado original es la propiedad privada.

Incluso las ramas más eruditas del radicalismo se han cocido, tanto en Praga como en Oxford, desde el momento en que el padre de Wenceslao y Ana, el rey Carlos, consagrado emperador por el papa, instauró en Praga la única universidad del Sacro Imperio Romano.

Cuando los testigos de la insurrección inglesa regresan a casa, Europa central está tan lista como Inglaterra para escaparse de las entrañas del Leviatán, el único interrogante es cuándo y cómo.

El papa aviva las brasas al ordenar que se recojan más fondos para la Iglesia a través de la venta de indulgencias y reliquias. La universidad de Praga es un baúl de tesoros que guarda reliquias como los paños de Jesús, clavos de la cruz y hasta una provisión de leche de la Virgen.

Sin embargo, el rector de la universidad, un hombre llamado Jan Hus, tiene una integridad excepcional para ser un dignatario católico y está rodeado por radicales sinceros entre los cargos y profesores asociados. Uno de ellos, Nicolás de Dresde, afirma que la Iglesia es la prostituta babilonia del apocalipsis, «ebria por la sangre de los santos»: una imitación de César más que de Cristo. Otro, Jakoubek de Stribro, dice que las usanzas de la antigua comunidad humana eran usanzas cristianas, y no las instituciones del imperio católico.

El rector Hus se niega a recaudar fondos para el pontífice

romano, condena la venta de reliquias e indulgencias y llama públicamente simoníaco al papa, mercader de bienes espirituales, en otras palabras, proxeneta religioso.

El pontífice responde excomulgando al rector y las autoridades papales de Praga ejecutan a tres estudiantes radicales.

Estos hechos atizan un fuego que al principio solo chamuscará a la Iglesia, pero que con el tiempo arruinará el imperio del vicario romano.

Los jóvenes ejecutados son inmediatamente venerados como mártires. El pueblo de Praga ataca a curas y magistrados de la ciudad.

Las noticias de los acontecimientos se extienden hacia el campo y luego hacia Hungría, Polonia, Lituania. Las palabras de Hus, abreviadas en eslóganes, atraen a los campesinos, a los comerciantes y a los nobles. ¡No paguen el diezmo a los simoníacos! ¡Tomen las propiedades de la Iglesia! Los *burghers* y los nobles lo entienden como una llamada a nacionalizar y apropiarse de enormes extensiones de tierra de la Iglesia.

Los campesinos y los zeks entienden algo del todo diferente. Sus sueños y deseos reprimidos durante tanto tiempo añaden leña a un fuego que quema cada vez con más intensidad en el corazón del Leviatán, y muy pronto el movimiento

es mucho más radical que el rector de la universidad o que la mayoría de sus asociados.

Hus, honesto, se desplaza a Constanza, a un concilio de la Iglesia, para desmentir lo que no dijo y defender lo que sí dijo. Como muchas de las víctimas del juicio por conspiración de una época posterior, sigue siendo leal al poder que le condena. Confía en el salvoconducto que le ha dado el emperador Segismundo y cree que sus dignos compañeros reunidos en Constanza, teólogos filósofos como Jean Gerson, Pierre d'Ailly y Pawel Wlodkowicz, son hombres tan íntegros como él.

Wlodkowicz, de hecho, llegó a Constanza poco después de que los poloneses y los lituanos derrotaran un ejército de caballeros teutónicos en un campo de batalla cerca de Tannenberg. El rector de Cracovia quiere que el papa reconozca el hecho consumado y prive a la orden teutónica de su poder en Europa oriental. Su argumento es que los caballeros católicos no tienen derecho a conquistar pueblos que consideran infieles. Pero Wlodkowicz y sus razonables compañeros no tienen la paciencia de escuchar los argumentos de Hus. Deben sus posiciones a la Iglesia, no a las comunidades libres. No entienden cómo alguien puede, en su sano juicio, considerar a los dignatarios de la Iglesia simoníacos crueles, poderosos, ostentosos, fornicadores y codiciosos. Ignoran el salvoconducto ficticio del emperador y ordenan la quema de su antiguo compañero.

El fuego que quema a Hus enciende toda Europa, transformando una controversia teológica en una revolución social de tal alcance que las revoluciones posteriores francesa y rusa parecerán golpes de Estado conservadores, aunque también muy sangrientos.

Los profesores asociados del rector martirizado siguen llevando la lucha teológica desde sus cátedras en la universidad de Carlos, pero el resto de la población de Moravia pasa a implantar los sueños y los deseos que su mártir desmintió en el concilio que le condenó.

Artesanos, ayudantes, sirvientes, mendigos, prostitutas, ladrones y chabolistas se unen a los labradores para recuperar la comunidad perdida de parentesco y amor. Una población se retira literalmente en masa de los centros de poder leviatánico, las ciudades y las haciendas. Con la determinación de dar un nuevo comienzo, la gente se apropia de los cerros, las riberas y los bosques deshabitados, y en cada lugar fundan una comunidad de parientes donde todo es común, donde no hay ni jefes ni trabajadores, ni nobles ni siervos, donde los agentes de la Iglesia ni siquiera pueden entrar.

Incluso mientras recuperan las comunidades y libertades que habían existido justo en los mismos cerros y bosques, los bohemios y moravos revolucionarios, igual que los demás europeos, todavía creen que son lo que no son y que están en un lugar donde no están. En un cerro cerca de

Praga, los radicales de una comunidad reciente se consideran contemporáneos hebreos de los apóstoles y dan a su colina el nombre de monte Tabor, aludiendo al nombre de un lugar del Levante donde algunos esperaban que Jesús volviera a aparecer.

Sin embargo, los taboritas no esperan a que Jesús reaparezca. Cada uno de los miembros de la nueva comunidad ya es su propio salvador o salvadora, e incluso los que eran ciegos y mudos antes de llegar a Tabor empiezan a ver y a expresar sus visiones poco después de su llegada.

Los taboritas que habían sido valdenses, más radicalizados por los acontecimientos, merman todo tipo de reverencia por los curas ordenados y los oficiales que persista entre los miembros de esta comunidad liberados recientemente.

Los valdenses rechazan todos los mandamientos religiosos porque los consideran inútiles. Dicen que tanto el papa y todos sus cardenales como el emperador y todos los reyes, duques, príncipes y jueces burgueses son usurpadores e impostores.

Dicen que el único purgatorio es la pobreza en la que tanta gente está obligada a vivir. Dicen que los cristianos son idólatras porque se postran ante una cruz y ante imágenes de santos.

El anticristianismo de los valdenses, influenciados por los

cátaros, seguirá siendo algo exótico para la mayoría de los taboritas, pero las confrontaciones continuas con los brazos seculares del cristianismo provocarán que cada vez más taboritas se acerquen a los bogomilos.

Llegan noticias de las comunidades bohemias y moravas a todos los rincones de Europa a través de la red informal de beguinas itinerantes y sus compañeros. A pesar de la guerra del rey inglés Enrique, que convierte todos los caminos de Galia en trampas mortales, quienes se enteran de las noticias peregrinan desde cualquier lugar hasta las comunidades taboritas.

Entre los peregrinos destacan muchos begardos flamencos de Lille, Tournai y Bruselas. Los taboritas les llaman pikarti.

Esos radicales, probablemente antiguos tejedores que reconocen sus propios sueños y deseos en las comunidades moravas, se instalan con los taboritas e introducen elementos que profundizan todavía más la ruptura con la vida social leviatánica. Rechazan no solo la autoridad bajo cualquiera de sus formas, religiosa o secular, sino también la represión bajo cualquiera de sus formas, especialmente en forma de trabajo deshumanizador. Si para fabricar tejidos es preciso concentrar a seres humanos en cárceles sin sol, los espíritus libres pueden prescindir de los ropajes con la misma facilidad que pueden prescindir de los curas y nobles.

Los pikarti, también llamados adamitas y que enseguida

cuentan con muchos taboritas en sus filas, recuerdan o redescubren la libertad de las comunidades humanas en el estado de naturaleza. Al expresar sus sueños con símbolos zoroastriacos que han aprendido de los maniqueos, los joaquinistas o incluso de los mismos Testamentos, los adamitas esperan que se derrumbe el último leviatán en cuanto todos los espíritus libres huyan de él y se encaminen hacia las cinco ciudades liberadas en los montes.

Cuando llegue ese día, nadie deberá trabajar:

Tendréis tal abundancia que la plata, el oro y el dinero tan solo os supondrán una molestia.

La gente volverá a disfrutar de la generosidad de la naturaleza como en su momento la disfrutaron Adán y Eva. Entre tanto, a la espera del día del colapso final, tampoco hay necesidad de trabajar, ni de morir de hambre:

Ya no pagaréis alquileres a vuestros amos, ni estaréis sujetos a ellos, sino que dispondréis libre y plácidamente de sus pueblos, estanques, praderas, bosques, y de todos sus dominios.

En otras palabras, los adamitas atajan la llegada de la comunidad igualitaria en el estado de naturaleza redistribuyendo la generosidad del mundo que ha sido monopolizada y, para ello, saquean los dominios de los ricos.

La esperanza del colapso inminente de la última bestia no

es una mera ilusión. En nuestros días, esas esperanzas, expresadas en el lenguaje de nuestra época, se llamarán teorías revolucionarias, y algunas personas, totalmente inmersas en el lenguaje dominante, incluso calificarán esos pronósticos de científicos.

Las esperanzas no son ilusorias porque los revolucionarios no esperan a que los astros cumplan sus deseos. Al contrario, los revolucionarios se asignan el papel de decapitar a la bestia. Sus previsiones son compromisos, declaraciones de intenciones.

Y la santa bestia romana, efectivamente, se derrumba ante «las cinco ciudades» (así se refieren los taboritas a su liga de más de cinco comunidades).

Cuando los taboritas se enteran de que el emperador Segismundo –el que dio a Hus un salvoconducto para llegar a la muerte quemado– pretende colocarse en los aposentos del poder imperial, los radicales derrocan el gobierno de Praga. Los taboritas, desde sus comunidades en lo alto de los montes, convergen en Praga y toman los gremios, los cuales de inmediato se sitúan en todos los puestos de poder.

No se dan muchos combates. El emperador tiene pocos seguidores en Praga. A los pocos que defienden la Iglesia o

el imperio, arzobispos o dignatarios imperiales, se les mata lanzándolos desde las ventanas de sus despachos.

El emperador Segismundo recurre al papa, el cual proclama una cruzada contra los infieles en el corazón de Europa central. Este acontecimiento alarga la era de las cruzadas hasta la época de la pólvora y del *Quattrocento* italiano, el llamado Renacimiento; hace que los últimos cruzados sean contemporáneos del imperio comercial ultramarino de Portugal.

El ejército imperial instala campos de exterminio en diversos castillos y empieza a liquidar a los taboritas capturados de la misma manera que los antiguos cruzados liquidaban a los albigenses. Sin embargo, estos cruzados no se las apañan tan bien contra los taboritas como contra los albigenses, que eran mucho más pacíficos. Cinco ejércitos imperiales de cruzados provenientes de Alemania, Hungría e incluso de Francia atacan las «cinco ciudades» de los taboritas, y esos cinco ejércitos cruzados sufren una derrota tan contundente y decisiva como la que padecieron los caballeros teutónicos en la batalla de Tannenberg,

Los analistas militares posteriores a la Revolución francesa estimarán que los dos lados son muy desiguales y que las debilidades se encuentran en el lado de los imperiales. Los terratenientes nobles alemanes y húngaros, con sus bandas de sirvientes caballerescos y sus siervos reclutados para faenas militares, son reliquias de otra época. Simplemente,

no pueden resistir ante una revuelta popular, contra una población armada que lucha por la vida, por un hogar y por un bello porvenir.

Los taboritas luchan furiosa y agresivamente. No respetan ninguna regla de la guerra de los caballeros. Son los primeros que recurren a la pólvora. Los ejércitos taboritas hunden a los cruzados en Hungría, Silesia, Sajonia y Turingia e incluso persiguen a sus enemigos imperiales en Lusacia y Brandenburgo.

La cruzada contra los wyclifistas, los husitas, los taboritas y otros infieles de Europa central supone una derrota católica tras otra. El papa no proclamará ninguna cruzada más. Las llamadas cruzadas húngaras contra los otomanos sirven para proteger la frontera oriental ante los turcos que llevan a cabo una guerra santa islámica.

La época de las cruzadas termina. En menos de tres generaciones, los nobles de Europa central, muchos de ellos nietos de cruzados que lucharon contra wyclifistas y husitas, eliminarán el catolicismo de sus dominios al expropiar las tierras y riquezas de la Iglesia. Desde el punto de vista de la Iglesia que lo abarca todo, que el golpe provenga de los soberanos de los Estados nación y no de las comunidades libres, no lo hará menos mortal.

Las comunidades de las «cinco ciudades» no son vencidas por la combinación de los ejércitos de la Iglesia católica y del Sacro Imperio Romano. La historia es mucho más triste. Los taboritas hacen la guerra durante más de una generación y son vencidos por sus propias victorias militares. Corren la misma suerte que los guteos que se levantaron contra los militaristas sumerios en el Creciente Fértil, y que sus propios ancestros moravos que formaron una liga contra los avaros y luego contra los francos.

La autoderrota de los taboritas no es un asunto simple ni algo predeterminado. De hecho, los taboritas son más conscientes de esta encrucijada que los resistentes posteriores, y los primeros taboritas son mucho menos adeptos a la violencia que la mayoría de europeos.

En sus filas, los husitas conservadores, mayoritariamente curas pobres que tienen un papel similar al de los curas lolardos en la revuelta inglesa anterior, aborrecen los enfrentamientos armados.

Además, los valdenses radicales, muy destacados entre los taboritas, son pacifistas por principios y consideran que la guerra es la principal institución leviatánica que deben superar las nuevas comunidades de hermanas y hermanos.

Los más violentos de los primeros taboritas son los adamitas radicales, para quienes el apacible Edén del futuro inminente justifica todas las atrocidades del presente. Según

los adamitas, «todos los malos que se queden fuera de las montañas serán engullidos en un instante»: todos los malhechores deben ser asesinados; todas las casas, destruidas y cualquier entidad restante del viejo mundo debe ser eliminada.

Pero los adamitas no pueden llevar a cabo una guerra. A lo sumo pueden efectuar asaltos con éxito. Rechazan todas las instituciones, también aquellas que requiere una máquina de guerra en funcionamiento. Los adamitas combinan los rasgos de los que llamaremos guerrilleros y de aquellos que llamaremos terroristas. Militarmente, los adamitas son los taboritas más débiles.

No es la violencia adamita la que se expande en el seno del movimiento. Al mismo tiempo que organizan su institución militar, los taboritas se deshacen de los radicales adamitas. Los taboritas que organizan los ejércitos invencibles que mantendrán a raya toda la maquinaria militar de la Europa en cruzada son compañeros de los husitas pacifistas, no de los violentos adamitas.

Parece que hay dos movimientos que estiran hacia direcciones diametralmente opuestas. El primer movimiento impulsa la salida de las entrañas del Leviatán y el segundo promueve la autodefensa contra los ataques del monstruo.

El movimiento de salida es un período de abandono de uno mismo, un momento de quitarse la máscara y la armadura.

Los radicales y visionarios atrevidos son recibidos con los brazos abiertos, toda nueva secta tiene su oportunidad, todos son escuchados e integrados y todo el mundo se aventura en reinos por descubrir.

Este panorama se acaba bruscamente cuando empieza la autodefensa. El abandono de uno mismo da pie a una rigidez nueva, se visten de nuevo máscaras y armaduras y, en cuanto a los visionarios exóticos, primero se desconfía de ellos, luego se les aísla y por último se les elimina.

La mayoría de los taboritas abominan la violencia. El propio Tabor es un refugio de la violencia diaria provocada por el ahogo leviatánico. Como dice un radical, en Tabor las personas «no pueden ser dominadas por nadie, ni excomulgadas, ni se les puede prohibir nada; ni el papa, ni ningún arzobispo, ni ningún ser vivo tiene autoridad sobre ellas, pues son libres». Sin embargo, los taboritas aborrecen más la perspectiva de volver a vivir la imposición del ahogo leviatánico por parte de los ejércitos del imperio de lo que aborrecen la violencia. Y los cruzados imperiales ni siquiera prometen volver a imponer las antiguas restricciones, sino que están ahí para exterminar a los taboritas.

Tal vez, los valdenses pacifistas prevén las consecuencias de organizar una autodefensa militar, pero no están en condiciones de evitar que la gente defienda no tan solo sus logros humanos, sino sus vidas mismas.

Los preparativos para el primer enfrentamiento armado no anuncian un cambio de dirección de Tabor, ni el final de un movimiento de liberación cada vez más profundo, o un giro hacia el militarismo. Ningún general noble está invitado a instaurar la maquinaria militar con los taboritas. Quienes hacen el llamamiento a la defensa y la organizan son los campesinos con revelaciones, los radicales itinerantes y los curas pobres husitas, es decir los auténticos militantes que han tendido a monopolizar el discurso y definir las prioridades desde el principio.

Algunos generales posteriores como Jan Zizka, Zbyněk de Buchov, entre otros, en un principio no son más que lolardos, predicadores pobres. Zizka, por ejemplo, es un campesino que había formado parte del ejército de un señor polonés en la batalla de Tannenberg. También los pacifistas celebran la batalla que pone fin a siglos de violencia teutónica. Todavía no se sabe que los nobles poloneses y lituanos vencedores impondrán al noreste de Europa el mismo vasallaje que los teutones vencidos.

Zizka no pretende volver a imponer ninguno de los adornos visibles de una organización militar de caballeros. Sigue siendo tan pobre y carente de adornos como cualquier cura husita. Además, es ciego. Lo que ofrece a sus compañeros taboritas no es una jerarquía militar visible sino sus visiones interiores.

Quizás, si la guerra hubiese terminado tras la primera

batalla, los taboritas habrían vuelto a actividades fuera del ámbito militar, a los problemas de la vida en un paraíso terrestre, a los problemas relacionados con la reconstrucción de comunidades libres basadas en el amor y el parentesco.

Sin embargo, la derrota del ejército de Segismundo en Vysehrad no marca el final de la guerra, sino el principio. El ejército anacrónico del emperador es el ejército del Leviatán y, igual que el clima de Sumer, sigue atacando, sigue amenazando con inundar y destruir las «cinco ciudades». El Leviatán no es nada más que una máquina de fabricar ejércitos. Y los taboritas continúan defendiéndose, forman una alianza de comunidades similar a la que crearon sus ancestros moravos, depositan su confianza en los dirigentes militares.

El visionario militar ciego Zizka, él mismo campesino, no intenta transformar a los campesinos y a los antiguos zeks en legiones entrenadas de caballeros acorazados. Incita a los que conocen a los flagelantes a atacar al enemigo con manguales con punta de hierro. Insta a los campesinos a ir al combate con sus carros de granja y a montar cañones en ellos. Incluso las fuerzas numéricamente superiores de los caballeros cruzados son descuartizadas por las armas que más tarde se llamarán tanques, y la potencia militar combinada de la Iglesia y del imperio no logra abrir ni una brecha en el muro de los carros de granja blindados.

Los taboritas, como los sumerios, se vuelven un reflejo de aquello que están combatiendo. Se convierten en una fortaleza inexpugnable y se autoimponen todas las restricciones que el Leviatán no logra imponerles.

Los defensores de Tabor son campesinos y ciudadanos, así como nobles husitas que se apropian de las tierras de los eclesiásticos y nobles católicos expulsados.

Los adamitas no aciertan a distinguir entre los nobles husitas compañeros y los nobles católicos hostiles y saquean las propiedades de los aliados tanto como las de los enemigos. Los adamitas, como otros radicales, siguen comprometidos con la libertad y contra el trabajo forzado, a pesar de que la generosidad que podría abastecer las comunidades libres se encuentra en los dominios privados de los barones y *burghers*.

Mientras que los adamitas desvalijan a los barones e instan a los campesinos a abandonar su miseria de pecadores, Zizka y otros militares negocian con esos mismos barones para que aprovisionen los ejércitos taboritas con el producto del trabajo forzado de los campesinos en sus dominios.

La defensa todavía es una prioridad en Tabor y los adamitas claramente perturban el aparato defensivo. Enseguida, los adamitas –exóticos pero atractivos– pasan a ser exóticos pero peligrosos según muchos taboritas, en especial para los curas husitas que están más predispuestos

a aliarse con los barones husitas que con los pikarti anticristianos.

Los curas husitas eligen a un anciano para arbitrar las disputas teológicas. En la práctica, se trata de un obispo encargado de juzgar los puntos de vista de los taboritas equivocados. El sacerdocio husita se convierte en una Iglesia. Los juicios del obispo son excomuniones. Los adamitas, los Libres Espíritus, las beguinas, los begardos y sus numerosos simpatizantes son condenados por herejes y varios centenares son expulsados de Tabor.

Los radicales se dirigen hacia los bosques y las islas fluviales para hallar comunidades libres que les pertenezcan, comunidades sin obispos, ni trabajo forzado, ni ejércitos permanentes, en algunas parece que ni siquiera usan ropa. No dejan libros sobre sí mismos, tan solo se les conocerá por los escritos de sus difamadores, escritos que afirmarán que los adamitas son muy numerosos, vivarachos y que tienen pocas inhibiciones, o ninguna.

Uno de los radicales, un cura llamado Martin Húska, se deja engañar para regresar a Tabor a defender sus puntos de vista. Igual que Jan Hus en Constanza, Martin Húska permanece leal a la institución que le condena. Como Hus, defiende sus opiniones, en su caso la opinión anticristiana según la cual «la orden de Pablo de reunirse en la iglesia no debe ser observada». En vez de congregarse en una iglesia, los adamitas se reúnen en comidas o banquetes que llaman

festines del amor. Los juegos amorosos y el sexo forman parte del festín, pues los adamitas rechazan todo lo que recuerde a la doctrina cristiana del pecado.

También como Jan Hus, Martin Húska reniega de prácticas que jamás ha defendido, como los saqueos de los adamitas. Esto es todo lo que sus jueces quieren oír. Húska es encarcelado y el mismo general Zizka, aliado con un barón, dirige un ejército taborita contra un asentamiento de adamitas cercano.

Los violentos saqueadores resisten con ferocidad, pero la violencia de los adamitas no es comparable con la violencia institucionalizada de los taboritas.

Entonces, los taboritas invencibles emprenden una cruzada, o un terror, contra las últimas comunidades de radicales expulsados de las «cinco ciudades». Tan solo sobreviven los nombres de algunas víctimas adamitas, como María, Rohan el herrero, Peter Kanish.

Los radicales que sobreviven al terror vuelven a deambular, de dos en dos o en grupos pequeños, como beguinas o begardos; otros se unen a los valdenses desencantados. Martin Húska, como antes Jan Hus, es quemado por sus compañeros adversarios, por sus jueces.

Tras haberse librado de los radicales, Tabor continúa por derrotar a los últimos ejércitos de cruzados de Europa,

primero bajo el mando del general Zizka y luego bajo el mando del general Procopio.

Sin embargo, Tabor, vencedora, no es el reino del cielo, ya ni siquiera es una liga de ciudades libres. Tabor es ahora una ciudad Estado independiente abastecida por un campo dependiente. Tiene más en común con el leviatán al que se opone que con las comunidades libres que anunciaban sus radicales. Puede que sea el primer Estado moderno con un ejército popular motivado por el patriotismo en vez de por la fidelidad, pero ha dejado de ser un faro de libertad.

La destrucción del radicalismo es lo que sigue al exterminio de los radicales. La heterodoxia inicial de las «cinco ciudades» se sustituye por una ortodoxia cada vez más rígida y conservadora. La defensa sigue siendo la prioridad y, por ello, los curas taboritas continúan estrechando incluso sus diferencias religiosas con los barones husitas, los mercaderes y los teólogos de Praga, cuya religión se diferencia del catolicismo tan solo en el significado que se otorga al ritual de tomar vino y comer pan.

El enfrentamiento final no se produce entre taboritas y cruzados católicos, sino entre los taboritas que se unen con los husitas conservadores y los taboritas que deciden que, a estas alturas, los acuerdos ya han llegado suficientemente lejos. Es demasiado tarde para esta decisión. Los resistentes no tienen donde apoyarse, más que en las concesiones que efectuaron justo el día antes,

A lo largo de una generación de victorias espectaculares, Tabor como comunidad de seres humanos libres se suicidó poco a poco. Ha empezado la Reforma del cristianismo.

La visión de una comunidad reconstituida de seres humanos libres en el estado de naturaleza sobrevive entre los radicales expulsados de Tabor, quienes la llevan en primer lugar a toda Alemania, donde se reclutaron la mayoría de ejércitos antitaboritas.

Al cabo de poco, son miles o decenas de miles los campesinos de lengua alemana que se llaman entre ellos hermanos y hermanas, que se niegan a pagar impuestos o diezmos y que insisten en el hecho de que toda la madera, toda el agua y todos los campos y pasturas deben ser disfrutados por todo el mundo, como ocurría antes de la usurpación leviatánica. Enormes insurrecciones sacuden Europa desde Holanda hasta la Hansa.

Los escribas europeos se concentrarán en el progreso de su leviatán con tal de disimular el hecho de que el leviatán europeo, como el antiguo leviatán asirio, se encuentra en un estado de descomposición continua. Huir es la respuesta humana al progreso, y los agentes del Leviatán lo saben.

Todas las formas de inmersión en las entrañas del Leviatán presentarán un rostro humano que simula una retirada, como en Sumer.

La Iglesia pronto dejará de ser el templo de Europa, lo que no quiere decir que Europa deje de tener un templo. Los sucesores de la Iglesia, si cabe, serán más sumerios que la Iglesia.

Los herederos de los primeros taboritas, por fin, quebrarán el dominio católico de la Iglesia, pero los herederos de los últimos husitas esquivarán el golpe. Un Lutero y un Calvino repetirán, esta vez conscientemente, la hazaña franciscana de conducir a los posibles resistentes hacia un callejón sin salida.

Por entonces, sin embargo, los herederos de los últimos cruzados de Europa ya habrán puesto en marcha la retirada ficticia más cruel, más sangrienta y más estrambótica de la his-story del Leviatán. Justo cuando los que se hacen llamar protestantes se unen a los nobles y a los *burghers* para eliminar de su retirada ficticia cualquier rastro de libertad, parentesco y comunidad, los católicos de la Contrarreforma ya están devorando los últimos restos de libertad, parentesco y comunidad del planeta. Se están apropiando de aquello de lo que carecen comiéndoselo.

Los herederos miopes de los visionarios de Tabor no tardarán mucho en constituirse en una orden de hermanos

moravos unidos y transmitirán un recuerdo débil de los festines del amor adamas a los últimos festines del amor genuinos celebrados por las últimas víctimas del deseo europeo desviado de libertad, parentesco y comunidad.



XX

LAS COMUNIDADES TABORITAS QUE SE VAN SUICIDANDO poco a poco, son contemporáneas a las comunidades de guanches asesinados por los católicos comerciantes. Los guanches son los últimos habitantes libres de las islas atlánticas llamadas Canarias, los primeros no europeos exterminados por quienes buscan las Islas Afortunadas.

Las comunidades guanches anteriormente habían recibido las visitas de los fenicios, los cartagineses, los romanos y los musulmanes, y sin embargo sobrevivieron hasta que un aventurero normando llamado Bethencourt se estableció allí, en el mismo momento en que el rector Jan Hus rechazaba vender indulgencias. Cuando los últimos husitas eliminan las consecuencias involuntarias del rechazo del rector, los guanches están en vías de extinción. A los guanches hospitalarios, igual que a los taboritas radicales, no se les permite vivir en el edén.

Un milenio de cristianismo ha enseñado a los europeos que los seres humanos caídos viven en el pecado. Los europeos cristianos no aceptan esta afirmación con pasividad, sino que se implanta activamente. Los que no viven en el pecado no deben vivir en absoluto.

Si el europeo pecador no puede alcanzar el edén, al menos puede forzar la caída. Al dedicarse a esta tarea, el europeo se salva. Se convierte en el flagelo de dios. El inocente es el condenado. A partir de entonces, el oportunismo y la codicia son las señales interiores de la salvación y las Islas Afortunadas son los campos donde el flagelo de dios puede expropiar y exterminar a voluntad a quienes están libres de pecado.

Las Canarias no están lejos de las costas del continente, pero ya forman parte del nuevo mundo situado al oeste, ya son América.

Mientras que los últimos taboritas y guanches son exterminados, los europeos viven su Renacimiento, su nuevo nacimiento, su metamorfosis para devenir algo diferente a los cristianos, algo diferente a los europeos y algo diferente a los seres humanos.

Los artistas y académicos itinerantes que dan comienzo al *Quattrocento* italiano se mueven tanto como las beguinas y los begardos, pero no buscan la autorealización en una comunidad humana. Persiguen la autoaniquilación al servicio de un soberano, cualquier soberano. La autodeshumanización del escriba se convierte en el ideal de un movimiento social de la Europa occidental.

Estos artistas y académicos no innovan del todo. La instrumentalización de uno mismo con fines de beneficios económicos ya es una práctica normal entre los *burghers* y la instrumentalización forzada para las ganancias económicas de otro siempre ha sido el destino de los zeks. Con una particularidad: los artistas y académicos renacentistas se instrumentalizan a sí mismos para las ganancias de otro, como los zeks, y se moldean a sí mismos hasta niveles de perfección instrumental que jamás se habían visto en ningún ser vivo.

Esas herramientas humanas, individuos como Bramante, Maquiavelo y el famoso Da Vinci, son precursores del genio y del experto.

Aunque sus particularidades no sean completamente nuevas, esos instrumentos animados no tienen auténticos predecesores.

En la antigua Sumer y el antiguo Egipto ya había artesanos o trabajadores manuales, pero esas personas al terminar su aprendizaje eran manipuladores de herramientas, no acróbatas de uno o varios oficios. Además, los antiguos artesanos servían al templo y a sus dioses, no a un poder desnudo. La diferencia no es tan grande como sugieren los términos, pero tampoco es insignificante. En la práctica, los artesanos construían los palacios y los aparatos de guerra del dirigente; pero el velo que ocultaba su práctica, el templo y los dioses, eran vestigios de una comunidad humana perdida, y esos vestigios todavía ejercían cierta fuerza moral, haciendo del artesano devoto, al fin y al cabo, un instrumento muy limitado. Los hombres del Renacimiento no son artesanos. Son artistas. Son perfectamente amorales, no conservan ningún vestigio de la comunidad humana y se les puede solicitar para cualquier uso, sin limitación alguna.

Puede que los escribas del faraón o del lugal se desarrollaran hasta un nivel similar de perfección y que sirvieran a un faraón o lugal usurpador con tanta devoción como habían servido a su predecesor. Sin embargo, los escribas eran

instrumentos para conservar la documentación y poco más, mientras que los grandes hombres del *Quattrocento* son igual de aptos para cualquier ámbito que un soberano puede desear abordar.

Grecia, Roma y China tuvieron sus escribas, pintores, constructores y restauradores, pero en su mayoría eran artesanos, no artistas. Hombres como Shang Yang, Platón, Aristóteles y Arquímedes, siempre dispuestos a vender a un soberano los secretos que descubrían, ya anunciaban los artistas del *Quattrocento*, pero tan solo Shang Yang, un Maquiavelo primigenio, y Arquímedes, con su ética de «¡Funciona!», constituyen auténticos predecesores. Platón y Aristóteles todavía apreciaban más el desapego que el empleo y esa actitud les convertía en instrumentos romos para los soberanos a quienes se ofrecían.

A los vasallos francos a menudo se les encargaba llevar a cabo hazañas acrobáticas para sus señores, pero la fidelidad, remanente de una comunidad antigua, hacía que el vasallo fuera leal a un señor en concreto, no al poder como tal. Y como instrumentos, los vasallos impulsivos y acorazados con una cota de malla, tendían a ser paletos y poco habilidosos en comparación con un Da Vinci.

Incluso la Iglesia, durante sus mil años de dominación, tuvo pocos predecesores reales de los grandes hombres del *Quattrocento*. Algunos santos realizaron hazañas de autorepresión incomparables, otros fueron acróbatas de la

autotortura, que se eliminaron a sí mismos ante el Optimus Maximus con tan poco reparo como los genios se eliminarían a sí mismos ante un mecenas. Los acróbatas santos solían llevar a cabo sus hazañas contra sí mismos, mientras que los acróbatas del Renacimiento atacan el mundo.

Los llamados alquimistas, contemporáneos, pero no necesariamente amigos de los santos, atacaron el mundo ya durante el milenio católico. Pero las personas como el famosísimo doctor Fausto solían ser personajes tenebrosos. A diferencia de sus sucesores, los alquimistas, tan dispuestos a vender sus secretos como Arquímedes, no encontraban más mecenas que el diablo.

Los precursores de los hombres del Renacimiento tan celebrados se encuentran, justamente, entre esos personajes tenebrosos. Incluso en las comunidades antiguas había, de vez en cuando, algún chamán que ponía en práctica sus secretos con el fin de matar en vez de curar a su gente. En los primeros leviatanes, sus sucesores descubrieron los secretos de la naturaleza para inventar máquinas de matar, instrumentos de tortura y venenos. No obstante, en los Estados templo esos torturadores y verdugos realizaban ritos de purificación antes de volver a la sociedad humana, y durante el milenio católico llevaban capucha.

La Iglesia se lanza a una persecución asesina de mujeres sanadoras y las llama brujas, justo cuando quienes practican

aquello que se llamaba brujería se quitan las capuchas y hacen públicos sus poderes letales. La Iglesia es en sí misma un genio, una eminencia en esas desviaciones monstruosamente irónicas.

Sin embargo, la Iglesia no es tan genial a la hora de ver donde radican sus intereses. Parece estar siempre varias generaciones atrás. La Iglesia está cegada por la carrera loca en la que compiten sus hombres prominentes por los cofres del tesoro. Muchos de los nuevos importantes alquimistas y torturadores sin capucha son eclesiásticos, y uno de ellos incluso llega a ser papa.

Para los hombres nuevos –que conoceremos como científicos, ingenieros, doctores y profesores, y que, al final, se conocerán simplemente como expertos o ejecutivos– la Iglesia no es más útil de lo que lo era para los radicales adamitas. Los hombres que antaño llevaban capucha no deben su prominencia repentina a la Iglesia, y ni siquiera a la desviación que ésta hace de sus actos malvados al achacarla a la Eva eterna, sino a la práctica amoral cotidiana de los *burghers* de Europa.

Ya hemos visto que el comercio, lo que los *burghers* denominarán negocios, es la práctica de tratar a los otros seres

humanos como enemigos. Los *burghers* europeos aprendieron a hacer negocios con el islam, directa o indirectamente, y en la época el *Quattrocento* ya han absorbido a los artesanos vikingos, han expulsado a los competidores judíos y van camino de expropiar a sus maestros musulmanes.

También hemos visto que los *burghers* europeos adquirieron la práctica, pero no el código de sus maestros islámicos. Los mercaderes musulmanes llevaban a cabo su oficio dentro de los límites impuestos por un profeta que él mismo era comerciante y dentro de los límites impuestos por la noción de un dios misericordioso. En la práctica, los límites eran flexibles, pero sin embargo estaban ahí, igual que los preceptos éticos que guiaban y limitaban a los artesanos antiguos.

Los europeos adquieren el comercio, pero no el Corán ni Alá el misericordioso, y las consecuencias de esta conversión parcial al islam repercuten en toda la biosfera. Los evangelios de los europeos, cuyos autores odiaban a los mercaderes, rechazan el comercio en su totalidad, y en consecuencia, no contienen ninguna directriz para los comerciantes. Y la divinidad europea, Optimus Maximus, el dios de las legiones acorazadas, no es más misericordioso que el comerciante más rapaz, y tanto se aviene a ser el dios del máximo beneficio como el dios de las legiones victoriosas.

En consecuencia, el código del mercader europeo es

totalmente diferente del código de su homólogo islámico. Al comerciante europeo no le guía ningún precepto ético. No hay límite, ni humano ni natural, a lo que un europeo hará para obtener beneficios.

Por supuesto, también hubo saqueadores y expoliadores rapaces y absolutamente descontrolados entre los comerciantes musulmanes. Pero en el islam, se veían obligados a hacer su trabajo sucio a escondidas, tenían que ser discretos, debían llevar capucha. En Europa, estos hombres pueden hacer su trabajo sucio abiertamente, no llevan capucha. Saqueadores inigualables como los Welser, los Fugger y los Medici se convierten en héroes ostentosos, los europeos más prominentes del momento.

Es el código de los *burghers* europeos lo que permite e incluso incita a los ingeniosos torturadores, envenenadores y verdugos a emerger de sus capuchas. Se trata de un código simple, pero no será expresado en palabras hasta que un sucesor de Hobbes, un tal Adam Smith –nombre que en español correspondería a Adán Herrero–, que no será ni un Adán ni un herrero, lo articule de la siguiente manera: «Haz a los demás lo que sea que te aporte beneficio».

Este supuesto Adán no se pronunciará sobre el corolario de esta máxima, ni tampoco sus sucesores hasta que nuestro casi contemporáneo Nietzsche enuncie el siguiente corolario: «Deshumanízate para ser ensalzado.» Este corolario no llega a la Europa releviatanizada desde el islam, sino a partir

de la práctica de los cristianos y santos que se autotorturan, llamados anacoretas. Los precursores de los servidores descarados del poder se superaban a sí mismos al mutilar y erradicar ostentosamente todas sus cualidades humanas con tal de ser glorificados por Optimus Maximus. Además, su divinidad les recompensaba incitando a los buenos cristianos a describir las hazañas humanamente repugnantes de los anacoretas santificados en las paredes y vitrales de todas las iglesias parroquiales.

Hasta el Renacimiento, los europeos consideraron que la usura era una atrocidad. Asociaban este procedimiento con los extranjeros antiguos, etruscos y cartaginenses, con los extranjeros contemporáneos, judíos y musulmanes, y llamaban sanguijuelas a quienes lo practicaban. Ahora los usureros europeos, que se autodenominan banqueros e inversores, sustituyen a los anacoretas santificados en las pinturas que representan a los enaltecidos.

Para aquellos que solo piensan en los beneficios y para los servidores del poder, nada humano ni nada natural es sagrado. La comunidad humana es algo tan desconocido como el astro más lejano y la naturaleza es el cofre del tesoro donde se hallan los objetos de pillaje. Los *burghers* rebajan, tanto las personas como la tierra, a mercancías, y los científicos las rebajarán todavía más, hasta transformarlas en átomos manipulables por los artistas del poder.

Los escribas de este movimiento dan el nombre de racionalismo a su odio por la naturaleza y humanismo a su misantropía. Llamar a las cosas lo contrario de lo que son es un talento heredado de la Iglesia.

Hasta el Renacimiento, una proposición o una acción eran razonables si estaban en armonía con el contexto humano y natural. Irracional, antinatural e inhumano eran palabras similares, si no directamente sinónimas. Sin embargo, ahora que la capacidad humana de razonar está al servicio de las proposiciones y acciones más inhumanas, antinaturales y también irracionales, su realización se celebra como racionalismo.

La llamada Ilustración posterior separará la razón de todo contexto humano y natural, y los frutos de este triunfo de lo irracional disfrazado de razón se cosecharán cuando el penúltimo invento de esta “razón» irracional haga añicos los átomos de los seres vivos de Hiroshima y su entorno.

Los maestros de la inversión instruidos por mil años de vicarios de Cristo disfrazan de humanismo a esta misantropía sin precedentes.

El humanismo de Maquiavelo y sus grandes contemporáneos es el humanismo del homólogo chino de Platón, Shang

Yang, ministro del duque de Qin. Tal vez el lector recuerde a Shang Yang como el seguidor pionero del poder leviatánico sin adornos que descubrió el abismo que separa las comunidades humanas y los Estados; y que perfeccionó su visión en una especie de alquimia del poder, una tecnología de la destrucción sistemática de la libertad, la comunidad y el parentesco humanos.

Shang Yang simplemente expresó en palabras el proceder de los lugals desde el principio de los tiempos de Ur, pero el hecho de ponerlo en palabras es una hazaña increíble. Los lugals mismos no se atrevieron a expresarlo en palabras. Los lugals ocultaron su práctica tras las palabras del templo, e incluso a su parecer servían a los dioses del templo, es decir, servían a lo que quedaba de la comunidad humana, y no al poder puro.

La visión de Shang Yang era tan descarada que tuvo pocos resultados incluso en China, hasta que los artistas del poder italianos se dieron cuenta de lo que su precursor chino había visto. Unos pocos generales de las legiones romanas y los sucesores de Octaviano, Calígula y Nerón, intentaron superar el lenguaje del templo y reprimir los últimos remanentes de comunidad.

Sin embargo, los reprimidos volvieron a Roma en tales cantidades que el sucesor de Nerón, Constantino, tuvo que dejarse arrastrar por la corriente para no ahogarse. Aunque es probable que Maquiavelo y sus grandes contemporáneos

sean los primeros sucesores completamente desarrollados de Shang Yang, no está claro que Marco Polo les informara de la existencia de su precursor.

La inspiración de los artistas renacentistas del poder proviene, no de las traducciones italianas de los trabajos de Shang Yang, sino del estudio de la práctica de los propios *burguers* europeos que han triunfado. Los usureros son los mayores señores y príncipes del reino. La grandeza llega a quienes sirven al diablo, no a quienes sirven a los dioses. No se aclama a los seguidores honrados de la comunidad humana, a los radicales que buscan el reino del cielo en la Tierra, puesto que los quema la Inquisición. Se aclama a los seguidores sin principios de la cuarta bestia del libro de Daniel, a los sirvientes del Leviatán.

Lo que transforma a los misántropos en humanistas es la ilusión, que descifrára Hobbes poco después, según la cual la bestia tiene cabeza humana.

Pero esos humanistas son un clero que sacrifica a la humanidad a la par que a la naturaleza en el altar de un ídolo abominable, cuyo rostro humano es una farsa tan antigua como Ur. El Leviatán es una cosa y desde su punto de vista, tanto la humanidad como la naturaleza también son cosas, objetos, se trate de obstáculos o de posibles instrumentos. Los grandes hombres del *Quattrocento* son los exploradores de la bestia, son los primeros pioneros declarados del Leviatán.

Estos acróbatas de poder leviatánico no solo se superan a sí mismos en la escrupulosidad del trabajo de exploración, también se apresuran para superarse unos a otros en su tarea pionera, que es tan meticulosa que prevé obstáculos venideros y busca futuros instrumentos, Todo ser vivo, lugar u objeto que otrora había estado, capa por capa, colmado de significado contextual, simbólico y literal, ahora se escudriña como posible obstáculo o instrumento.

La razón, la capacidad humana de comprender significados, se ve degradada hasta devenir un instrumento para disolver significados. Quien razona, en vez de intentar entender el contexto cósmico de fenómenos aparentemente aislados, ahora pretende aislar los fenómenos de cualquier contexto. El significado se sustituye por la definición, el razonamiento por el análisis y la mitología por la ciencia.

Los artistas del aislamiento se autodenominarán expertos en ciencias naturales, pero su naturalismo es tan falaz como su humanismo. El motivo de esas acrobacias analíticas no es la naturaleza ni tampoco la comunidad humana.

Toda esta gran empresa es una búsqueda de obstáculos e instrumentos. Los obstáculos que se examinan no son aquellos que amenazan las comunidades humanas ni los entornos naturales, como el Leviatán. Se trata de la búsqueda de obstáculos que se interponen en el camino del Leviatán. Los instrumentos que se examinan son picos y

garras potenciales, además de posibles resortes y ruedas para el Leviatán.

Los frutos inhumanos y antinaturales de esta búsqueda se dejan en el umbral del palacio del príncipe, para que los use contra la humanidad y la naturaleza. Los creadores de resortes y ruedas compiten entre ellos para ganarse el favor del príncipe y todos quieren un mecenas que apadrine sus diseños más inhumanos y antinaturales.

Los innovadores y los decoradores ya ni siquiera fingen que hacen ofrendas a un templo, que contiene reliquias sin vida de una comunidad perdida y sus dioses muertos. Por primera vez, las ofrendas se colocan abierta e incluso ostentadamente en el altar del Leviatán.

El Renacimiento es algo nuevo, pero no es un nuevo nacimiento. Este nuevo nacimiento es tan falaz como lo son el humanismo, el racionalismo y el naturalismo.

Los insuperables malabaristas de palabras de Europa se describen a sí mismos como atenienses renacidos, algo que no son y que jamás fueron, para evitar verse como lo que realmente son, para evitar verse como musulmanes atrofiados.

El Renacimiento no es un nuevo nacimiento, sino un estreno. Es la fiesta de presentación del Leviatán. Es la primera aparición pública de la bestia con su vestimenta propia, es decir, sin más atuendo que sus colmillos y garras. El Renacimiento es la ceremonia bautismal del Leviatán. Es una fiesta que celebra al Leviatán en su nombre y por sí mismo.

A partir de entonces, el Leviatán es el dios de Europa y tanto Lugalzagesi como Optimus Maximus caen en la sombra de la bestia artificial. Marduk es destituido de su puesto de jefe y designado pacificador del rey de reyes terrestre. Dios ahora es el poder desnudo. El propósito de las decoraciones y los ornamentos ya no es ocultar los colmillos y las garras de la bestia, sino hacerlos más visibles.

Los pintores y escultores de la Grecia antigua edificaban fachadas que escondían el poder de la polis y la riqueza de los comerciantes de vino y olivas detrás de los dioses muertos de su comunidad perdida.

Los falsos griegos renacidos del Renacimiento prescinden de las fachadas. Los dioses muertos siguen siendo el sujeto de las ornamentaciones, por lo menos al principio, pero esos ornamentos ya no cuelgan de las fachadas, sino que se cuelgan directamente en los colmillos y las garras, en las fortalezas y los palacios de los comerciantes de tejidos y plata. Y en un visto y no visto, los altares y los dioses del antiguo templo ya ni siquiera son los sujetos de los adornos.

La propia bestia se desliza por el lienzo. Al inicio, el mecenas leviatánico tan solo aparece en un rinconcito, observando furtivamente las reliquias de una mitología muerta y simulando veneración. Pronto, un mecenas arrogante se sitúa en primer plano y los sujetos mitológicos son un mero fondo que cada vez se vuelve más oscuro, hasta que al final, no queda nada iluminado, salvo la jeta de un dirigente, que temporalmente ocupa la cabeza de la bestia.

Da Vinci, que no se contenta con la incomparable belleza de los lienzos con los que decora las paredes de los palacios de grandes usureros y asesinos, se dirige hacia sus mecenas con bocetos de submarinos, máquinas voladoras e instrumentos de matar concebidos para elevar la destrucción masiva al nivel de perfección que alcanzan sus pinturas.

Los artistas del Renacimiento se entregan a la bestia de un modo tan absoluto, presentan una maestría tan indiscutible, que parecen alcanzar el límite de lo que es humanamente posible. Da Vinci, Miguel Ángel, Rafael y los otros grandes no tienen verdaderos precursores y tampoco tendrán verdaderos herederos.

Los que son capaces de una devoción tan absoluta por el Leviatán no lograrán dominar el arte y los maestros del arte no podrán aniquilar su humanidad de un modo tan absoluto. Los seguidores fervientes del poder leviatánico acabarán degenerando en los cretinos artísticos que conoceremos

como publicistas y propagandistas, los autodenominados «artistas comerciales»; mientras que los artistas serán tan incapaces de venerar el Leviatán que las buenas gentes del Leviatán los verán como degenerados y se les llamará «bohemos».

El muro que separa a los servidores del poder de los «bohemos», igual que el muro que separa la ciencia del arte, empezará a levantarse ya durante el *Quattrocento*. Incluso los aprendices de los grandes ya no serán capaces de lograr un dominio simultáneo como decoradores, exploradores y creadores de instrumentos del Leviatán.

Los aprendices que continúan siendo decoradores consumados tendrán tendencia a permanecer en su taller, y ya en la época de Rembrandt a algunos de ellos les repugnarán tanto el mundo de los mecenas que darán la espalda a los sujetos leviatánicos, y esquivarán los colmillos, los resortes y las ruedas a la búsqueda de sujetos humanos y naturales.

En cambio, los exploradores y los creadores de instrumentos, llamados sabios, que pronto se convertirán en burócratas y científicos, jamás se volverán contra la mano que les alimenta. Dichos servidores del poder, aunque ya no se dediquen a la pintura ni a la escultura, serán los verdaderos herederos del Renacimiento. Serán ellos los transmisores del humanismo, del racionalismo y del naturalismo engañosos de los grandes hombres del Renacimiento. Estos servidores del poder pondrán cada vez

más difícil a sus antiguos compañeros el encontrar sujetos humanos o naturales, porque reducirán sistemáticamente y con suma maestría todos los sujetos humanos y naturales a objetos leviatánicos manipulables. Serán ellos los colmillos y las garras del Leviatán.

O más bien, los supuestos humanistas se convertirán en los colmillos y las garras del Leviatán tras haber sustituido a los burócratas clericales que han ejercido dichas funciones durante más de un milenio.

Los curas son servidores del poder ineptos, no por ningún fracaso personal, sino porque su institución funciona con una discapacidad autoimpuesta. La Iglesia ha sido una seguidora del Leviatán tan ferviente como cualquier artista renacentista, pero, como ya hemos visto, no puede librarse de los vestigios desfigurados de la libertad y la comunidad humana, vestigios que una y otra vez han vuelto a la vida y han arruinado sus empresas leviatánicas.

Los nuevos burócratas se autodenominan humanistas precisamente porque no les estorba ningún vestigio similar de libertad o comunidad humana. Beben mucho de los pozos de experiencia de la Iglesia, de un milenio de profundidad, pero no temen que su institución haga brotar mala hierba del edén en sus palacios de piedra. Su institución es el Leviatán, una bestia que pudre todas las semillas del edén.

El nuevo servidor del poder es una tabla rasa donde tan

solo se escriben los pseudopensamientos del Leviatán. Es un pseudohombre fabricado por el Estado, autorizado por el Estado y empleado por el Estado, un fenómeno que Hobbes, con perspicacia, identifica con un resorte o una rueda.

De modo espontáneo, los servidores del Estado se afanan para apropiarse de los centros de entrenamiento de las escribas de la Iglesia, las universidades. Esos centros, que ya eran fábricas para producir y licenciar a los servidores del poder, ahora empiezan a fabricar en serie a hombres el Renacimiento.

Cualquier príncipe, banquero y comerciante puede ahora adquirir escribas que no son clérigos, sirvientes que no son fieles más que al jefe que les contrata, ejecutivos y ejecutores que no intentan reconciliar la voluntad del jefe con la de Dios.

Los dirigentes han estado soñando con poder disponer de burócratas seculares desde que los moravos se resistieron a los francos constituyéndose en un Estado nación incompleto. Ahora puede completarse el Estado nación.

Los curas husitas, contemporáneos de los primeros artistas renacentistas, ya se ofrecieron para sustituir a los clérigos católicos en un Estado nación bohemio moravo

reconstruido. Dado que no encontraban a un soberano con un ejército bastante fuerte para defender el Estado nación que proyectaban contra el ejército de cruzados de la santa Roma, los husitas se aliaron con los taboritas, cuyo ejército se ajustaba a las necesidades de los husitas, pero cuyos propósitos van mucho más allá, y perdieron ese ejército cuando se opusieron a sus intenciones.

Martín Lutero aprenderá del error husita. Lutero instará a los soberanos a luchar en dos frentes, atacando simultáneamente a la Iglesia y a los campesinos y radicales contrarios la Iglesia, quienes consideran que el Estado nación recién constituido es un mero paso hacia una comunidad humana reconstruida.

Los soberanos, convencidos de ser el alfa y el omega de la Reforma, se suben al carro del luteranismo por la misma razón por la que sus ancestros se precipitaron hacia el cristianismo, es decir, por el botín. Todos los príncipes codiciosos con un ejército suficientemente fuerte expropiaron todas las tierras y riquezas terrenales de la Iglesia y sustituyen a los eclesiásticos por hombres renacentistas.

Los luteranos mismos, a quienes sus compañeros humanistas tildan de oscurantistas, en realidad también son hombres renacentistas, no por su arte o su conocimiento, sino por su devoción ciega hacia el Leviatán. Y una vez establecidos en los despachos ministeriales son ante todo servidores del poder, y luteranos en segundo término, y solo

los domingos. Además, la doctrina del pecado, tan bien rescatada y conservada por los reformadores, es tan útil para los leviathanes reformados como lo fue para la Iglesia.

La Iglesia, y también los campesinos, son víctimas de los expropiadores que denominan Reforma a esta apropiación de bienes. La Iglesia pierde su poder, tanto material como espiritual, en vastos dominios que antaño se habían convertido al catolicismo por encima de los cadáveres de incontables víctimas sacrificiales. Los campesinos y los radicales pierden sus vidas y buena parte de sus esperanzas.

Los campesinos sentían poco amor por sus señores, y ninguno por los señores comerciantes que cercaban los bosques y pasturas al mismo tiempo que exprimían cada vez más tributos a los campesinos. Sin embargo, antes de la llegada de Lutero, los campesinos compartían algo con sus señores: un odio eterno por la Iglesia católica y sus recaudadores de diezmo. Bastaría que los señores giraran sus armas contra los eclesiásticos para que se restaurara la antigua comunidad, dado que los señores no conservarían la jerarquía sin el respaldo de los jerarcas católicos en sus despachos.

Lutero destruye lo único que tenían en común los señores y los campesinos, el vínculo que unió a los husitas conservadores con los taboritas radicales, e invita a los señores a embarcarse en la proeza de conservar la jerarquía romana

mientras se expropia Roma. Ambas cosas pueden conseguirse descuartizando, quemando y colgando a campesinos.

Los jerarcas protestantes sustituyen a los católicos que respaldan al príncipe, y los burócratas listos y disponibles para ser contratados sustituyen a los clérigos en los despachos.

Los ejércitos nacionales protestantes, que matan con más agresividad y eficiencia que los últimos santos cruzados romanos, persiguen y exterminan a los anabaptistas y otros sucesores radicales de los taboritas.

La geografía europea empieza a convertirse en un conglomerado de Estados nación represivos, a primera vista independientes, que los tentáculos de banqueros y mercaderes mantienen conectados invisible pero indisolublemente.

La Iglesia ha dejado de ser necesaria en su función de instructora universal de burócratas, porque cada Estado empieza a poner en funcionamiento sus propias fábricas para producir y licenciar a servidores del poder.

Los hombres renacentistas autorizados por el Estado, que ya se parecen a los comerciantes por su hostilidad hacia la naturaleza y la comunidad, se asemejan cada vez más a ellos

por su deseo de monopolio. Los escribas renacidos y reformados no solo se afanan por sustituir a los clérigos en sus puestos de poder, también se apresuran para devenir los únicos proveedores de cualquier tipo de servicio que el Leviatán pueda necesitar.

Con esta carrera, los burócratas concluyen el expolio de las poblaciones humanas encerradas en los fragmentos de Leviatán. Los señores ya se han adueñado de todos los bosques y pasturas y los mercaderes se han apropiado de todos y cada uno de los objetos que pueden transportarse desde su origen al mercado. Ahora los expertos autorizados por el Estado se disponen a apropiarse de los talentos mismos de la población sin licencia y a transformar a los «sujetos» del Leviatán en objetos totalmente despojados y dependientes.

Los curanderos, navegantes, constructores, cuentistas y hasta los visionarios son desplazados y luego silenciados por los maestros y doctores en medicina, astronomía, arquitectura, filosofía y metafísica, licenciados por el Estado. De todo lo que los seres humanos hacían por sí mismos y para sí mismos ahora se encarga un monopolio con la autorización del Estado.

La Iglesia, cuyo punto fuerte siempre ha sido el engaño, pero nunca la previsión, les hace el juego a los expropiadores al elegir este momento para dar rienda suelta a una inquisición contra las curanderas. La Iglesia no puede arremeter abiertamente contra los humanistas que están echando a los

clérigos de todos los centros de poder, dado que los primeros humanistas fueron eclesiásticos destacados. Por lo tanto, la Iglesia busca chivos expiatorios.

Las hogueras de Torquemada, famoso quemador de brujas, se encienden no para los humanistas, sino para los musulmanes y los judíos conversos, así como para las curanderas. Ni los mercaderes ni los nobles que practican el comercio se quejan de la quema de sus competidores, ni tampoco protestan los doctores en medicina ante la quema de curanderas.

Los doctores, más tarde, emplearán una maquinaria menos espectacular que la hoguera del inquisidor para eliminar a quienes carecen de autorización, pero dicha maquinaria silenciadora todavía no es más que un proyecto lejano. Y los doctores necesitan liquidar a las curanderas populares con tanta urgencia como los mercaderes precisan eliminar a los antiguos musulmanes y judíos expertos en comercio.

Las supuestas brujas, herederas de épocas en que los saberes sobre las plantas y enfermedades se transmitía informalmente, son conocidas por ser curanderas, mientras que los doctores, famosos por ignorar toda esta sabiduría popular, están determinados a establecer un monopolio autorizado por el Estado en lo que tiene que ver con la enfermedad con el fin de controlar a los enfermos. Los doctores, finalmente, acabarán apropiándose de algunos de

los conocimientos sobre hierbas de las brujas exterminadas, pero la curación siempre permanecerá en segundo término frente su función policial. Perseguirán las enfermedades, aunque tengan que convertir a los seres humanos en vegetales o cortarlos en pedazos.

La medicina tan solo es una de las áreas en que los maestros y doctores licenciados por el Estado establecen su monopolio. En todos los ámbitos, los talentos y las facultades humanas se convierten en poderes ejercidos por una policía. Todo lo que las personas hacían por sí mismas lo acaban ejerciendo en contra suyo los agentes autorizados del Leviatán. Tanto los seres humanos como la biosfera se someten a vigilancia policial permanente.

Las aptitudes que aplican los seres humanos para mejorar sus vidas se las apropia un objeto muerto, el artificio todopoderoso, el Leviatán. Y el Leviatán no utiliza sus poderes policiales para mejorar la vida, sino tan solo para aumentar todavía más esos poderes policiales, para engordar el artificio, para ensanchar el reino de la muerte.

Los agentes autorizados del Leviatán también se esfuerzan para despojar a los visionarios radicales del recuerdo de la libertad, la comunidad y el parentesco humanos. Los visionarios autorizados por el Estado, maestros y doctores en letras, filosofía y metafísica, mandan a sus tentáculos que indaguen entre los últimos restos de humanidad que la memoria recuerda. Los cultos doctores se adueñan de los

recuerdos del mismo modo que sus compañeros de medicina se adueñan de las artes de curación de las brujas. Los escribas autorizados describen «la edad de oro» en poemas y tratados oficiales. Se apropian de una época en que no había ni médicos ni pacientes, ni abogados ni delincuentes, ni señores ni siervos. Exhiben su conquista, así como un cazador exhibe los cuernos de un ciervo asesinado, como un trofeo.

La edad de oro se convierte en la propiedad privada de los hombres de letras y, como en el dominio privado de un señor, el dueño ejerce su dominación sobre los peces, sobre las aves y sobre todo lo vivo que se mueva allí. La edad de oro se transforma en un trozo de propiedad inmueble, literalmente, una mercancía, una cosa muerta. Los hombres de letras autorizados por el Estado que la acaparan establecen su monopolio sobre ella de la misma manera que los mercaderes y los médicos fundan sus monopolios: aniquilando a los competidores.

Cuando los monopolizadores de la edad de oro se encuentran cara a cara con comunidades de seres humanos libres que nunca han abandonado su edad de oro, los sabios están del lado de los mercaderes que condenan a los infieles y de los doctores que sentencian a las curanderas a la hoguera. Igual que los predicadores del pecado que usan los instrumentos de tortura contra quienes están libres de pecado, los sabios licenciados emplean los colmillos y las garras del Leviatán contra las comunidades libres. Los

primeros antropólogos, y los posteriores también, no son radicales antileviatánicos. Son agentes del Leviatán: son sus ojos y sus oídos. No pretenden vivir en comunidades humanas sino vivir de ellas. Son cazadores de cabezas. Su vocación, su profesión específica, es reducir las comunidades humanas a trofeos que se exhiben junto con los cuernos de ciervo en el salón de juegos del Leviatán, el museo de ciencias naturales.

Los cazadores de cabezas, los quemadores de brujas y los devoradores de mundos de la Europa civilizada ya se encuentran ante enormes campos nuevos donde podrán ejercer sus poderes leviatánicos, porque, mientras los mercaderes y burócratas consolidaban los primeros monopolios, los marineros españoles «descubrieron» la América por la que Europa tanto había suspirado.

Este descubrimiento, por supuesto, no es un descubrimiento humano, dado que los habitantes humanos del mundo situado al otro lado del océano siempre habían conocido su mundo. Tampoco se trata de un descubrimiento europeo, porque tanto los aventureros vikingos como los pescadores vascos ya tenían constancia de esa tierra del otro lado del charco.

El descubrimiento es un descubrimiento leviatánico. Es el leviatán europeo, recientemente fortificado por los científicos, banqueros y doctores, la entidad que descubre un nuevo mundo. El tristemente célebre Colón y sus sucesores

asesinos no cruzan el océano como seres humanos libres, sino en calidad de colmillos y garras del Leviatán, de tentáculos bestiales acorazados.

Por una de esas ironías que hacen de Europa un ente peculiar incluso entre los leviatanes, quienes envían la bestia al otro lado del charco son las entidades leviatánicas que están desapareciendo de Europa, no las que están emergiendo. Los primeros pioneros son católicos inquisitoriales del último Sacro Imperio Romano e iniciar el descubrimiento es su último acto.



XXI

LOS CUENTISTAS POTAWATOMIS DE LOS GRANDES LAGOS hablaban de un tal Wiske, un viejo embustero que, mucho tiempo atrás, casi se convirtió en arconte de los neshanbe, de las personas libres.

Este tal Wiske no era del todo malvado para los potawatomis. En las ceremonias que representaban sus hazañas llevaba la máscara de orejas largas del tótem liebre. Se decía que ayudaba a los desposeídos, a los capturados y a los perdidos. Sus sobrinos decían que dio a la gente

zapatos palmeados para que pudieran avanzar por la nieve, canoas para que pudieran flotar en el agua y también lanzas y flechas para que se pudieran alimentar.

Los sobrinos de Wiske valoraban mucho los regalos de su tío y expresaron su gratitud con regalos de la misma magnitud. Arrastraron a Wiske por la nieve, remaron para transportarlo por el agua y le dieron todo cuanto podía comer.

Wiske estaba a punto de convertirse en un lugala potawatomi, pero la tierra alrededor de Kichigumi, es decir, las arboledas frondosas, las praderas y los claros de bosque que rodeaban los Grandes Lagos, no eran el Creciente Fértil.

Las mujeres y los hombres potawatomis se reunieron para celebrar un consejo y sospesaron los regalos que había dado y recibido Wiske.

El consejo concluyó con una resolución sin precedentes. El destierro era una medida inaudita. Había dudas acerca de si el consejo de los neslianbe reunidos tenía la potestad para desterrar a un miembro de la comunidad, pues cada persona era libre para seguir su propio sueño donde fuera que le llevara. Aun así, el consejo desterró a Wiske.

Las personas libres de los frondosos bosques de Kichigami estaban satisfechas sin un arconte. Eran felices porque eran libres. Pidieron al buen tío que se llevara su inclinación a

regalar a una tierra de hielo, hacia el norte, o a una tierra de fuego, hacia el sur, a un lugar donde se creía que podría encontrar personas desposeídas, capturadas y perdidas.

Los europeos acorazados estarán interesados en averiguar si ese tal Wiske existió realmente y cuándo existió.

Esto no es lo que interesaba a los potawatomis. Wiske existió en el presente. La historia se representaba una y otra vez con canciones y danzas, en ceremonias y fiestas. Wiske era siempre un miembro de la comunidad y estaba siempre exiliado.

La paradoja será problemática para las personas apresadas en la trampa del tiempo lineal, leviatánico. En cambio, los potawatomis conocían tanto el tiempo lineal como el tiempo rítmico y también sabían que lo que importaba, lo que era humanamente importante, no ocurría en el tiempo lineal.

Los regalos de Wiske, su ascenso y su destierro eran acontecimientos rítmicos, como los latidos del corazón, como el amanecer, como el rebrote de la vegetación. Los acontecimientos rítmicos eran los motivos de las canciones, las danzas, las ceremonias y fiestas frecuentes.

Averiguar si Wiske «realmente existió» era tan imposible como insignificante. Los individuos leviatanizados considerarán que dichos sucesos son «hechos» y «datos brutos»,

porque la progresión lineal de tales acontecimientos es lo que constituye el tiempo leviatánico, es decir, la his-story. Los leviatanizados recordarán solo fragmentos de los únicos acontecimientos que consideran que vale la pena recordar, puesto que su recuerdo no se conservará en los seres humanos vivos, sino en tablillas de piedra, en papel y finalmente en máquinas.

Los potawatomis no eran máquinas para el tratamiento de datos ni tampoco ordenadores para almacenar información insignificante. No necesitaban «datos brutos» más de lo que necesitaban a Wiske, el cual se convirtió en el personaje de burla de muchos de sus chistes. Entre los potawatomis, el arconte todopoderoso no llegó a ser más que el sujeto de historietas divertidas.

Medio humano, medio bestia, y con la virtud leviatánica de existir para siempre, Wiske el regalador reaparecía en los chistes como el embaucador de orejas largas, miembros largos y cola larga que preparaba trampas a los animales y a las personas en las cuales caía siempre él.

Los chistes eran para divertirse. Los acontecimientos lineales, es decir, interrupciones inesperadas de los ritmos vitales, solían ser divertidos. Algunas veces eran trágicos.

Si la tragedia se repetía, el acontecimiento no era lineal sino rítmico y ya era conocido. Los ritmos se captaban

mediante símbolos y se expresaban con música. El conocimiento musical era el conocimiento de lo importante, de lo profundo, de lo vivo. La música del mito expresaba la sinfonía de ritmos que constituía el cosmos.

El arconte, el civilizador, es decir, la personificación del Leviatán, era un personaje conocido por los seres humanos libres que tenían una relación muy estrecha con los ritmos de la naturaleza. Y los seres humanos libres expulsaban al civilizador. Estas dos afirmaciones serán chocantes para muchos de mis contemporáneos, puede que para la mayoría.

¿Cómo podían los potawatomis conocer tanto el Leviatán, mientras que la mayoría de nosotros pensará que somos individuos libres limitados solo por el aire de nuestro alrededor? ¿Y por qué expulsarían a quien les trae tantas comodidades, la vida social institucionalizada, la ley, el orden? Las respuestas guardan tanta relación entre sí como las preguntas mismas, pero, siendo yo un producto de la educación lineal y, por lo tanto, incapaz de expresar pensamientos afines mediante símbolos, tendré que abordar las preguntas por separado. Abordaré el «por qué» en primer lugar.

Incluso durante los días más fríos del invierno, cuando las ramas de las píceas se doblaban bajo el peso de la nieve, la criatura humana nacía en un entorno muy cálido. El calor no provenía de las paredes de la cabaña de corteza, que no lograba parar la corriente de aire, ni del fuego encendido en el suelo, sino de la gente radiante que le daba la bienvenida.

La criatura era esperada, ya era un personaje importante, su llegada completaba la comunidad. Poco después de su nacimiento se le daba un nombre en una ceremonia, no de manera arbitraria, sino con mucho cuidado. El tótem, es decir la comunidad de parientes de la criatura recién nacida, tenía un cierto número de nombres, de la misma manera que el cielo tiene un cierto número de estrellas, y la comunidad no era del todo completa, de hecho, estaba intranquila si esos nombres no los llevaban individuos vivos, todo el mundo asistía a la ceremonia, porque todos se veían reforzados por ese individuo recién nombrado. Los nombres no se agotaban. Los potawatomis no estaban volcados en lo que conoceremos como crecimiento demográfico, y se dice que no experimentaron dicho fenómeno.

La criatura aportaba un ritmo que hasta entonces faltaba. El nombre expresaba que la comunidad adoptaba aquel ritmo hasta entonces ausente y describía también algunas esperanzas sobre la música que sonaría.

Sin embargo, el ritmo específico de la criatura recién nombrada no podía preverse, igual que no puede preverse

la forma final de un árbol a partir de su plantón. No se metía a la criatura en ninguna escuela, lo cual hubiese frenado su crecimiento limitándole a una forma y un tamaño preconcebidos. Al contrario, se daba la libertad a la niña y a su hermano recién nacido para que imitaran o ignoraran a sus tíos y tías, a sus primos animales, a todo el mundo y a todas las cosas que se hallan bajo el Sol, incluso al Sol mismo.

Los adultos les prestaban atención, no para cerrarles puertas, sino para abrirlas, para dejar que las criaturas vagaran por donde quisieran sin peligro.

Cuando las criaturas potawatomi ya eran mayores para tener sus propias expectativas, estaban preparadas para guiarse por sí mismas. Se construían en el bosque cabañas para soñar: una para la niña y otra para su hermano. Esos jóvenes ayunaban hasta que un espíritu totémico les visitaba. El espíritu solía aparecer bajo la forma de un animal y, normalmente, no era el mismo espíritu que daba nombre a la criatura. El espíritu prometía guiar a la criatura a lo largo de un camino concreto, es decir, darle un ritmo propio, y el espíritu le regalaba poderes para alcanzar el ritmo, poderes para iluminar el camino.

A partir de entonces, las criaturas eran independientes, no les ataban leyes ni las expectativas de la comunidad.

El espíritu de su sueño les ayudaba a decidir si harían honor al ancestro cuyo nombre le habían dado o no. Si decidían que

no, se les volvía a nombrar tras el primer acto que revelara su determinación a seguir caminos diferentes.

El niño, con las ofrendas de su guía en una bolsa con bonitos adornos y sabiendo que bastaba con ayunar para llamar a su guía, partía solo para afrontar un cosmos cuyo esplendor y misterio serán inaccesibles para nuestra imaginación.

Conoceremos algunas de sus hazañas de cazador o guerrero, de caminante de largas distancias o de amante. Sabremos menos sobre la profundidad de su amistad con su gente y con extranjeros, y casi nada sobre su amistad con los lobos y osos cuyos caminos ha seguido, cuyas señales ha tratado de descifrar y cuyo universo ha procurado entender. No tendremos ninguna noticia de sus ayunos en la cima de las montañas o en las orillas de los lagos verdes espejados y rodeados de árboles, de los viajes que emprendió con su guía a través del agua hasta el lugar donde se originó la vida, de sus vuelos sobre las alas de su guía hasta la tierra del amanecer donde se reunían sus ancestros.

Sabremos que, por fin, regresó a su tótem con carne y con muchas historias, y que se casó con la hermana de su amada, dado que esta mientras tanto se había casado con un joven que no se había marchado tanto tiempo. Sabremos que relató sus proezas y sus viajes a sus hijos y a los hijos de su hermana, el sobrino y la sobrina para quienes construyó en el bosque cabañas para soñar.

Creeremos que su fuerza le abandonó cuando dejó de hacer la guerra y de cazar, cuando se convirtió en un mediador, un cuentista y un vagabundo solitario.

No nos enteraremos de que acudió de nuevo a la cima de la montaña que descubrió en su juventud, que ayunó hasta que su guía le visitó, que voló hasta la tierra de más allá del amanecer, que se reunió con su amada –él tan joven como en su primer viaje, ella tan bonita como el primer día en que él la vio– y que viajó junto a ella a través del agua hasta el lugar donde comenzó la vida.

Si supiéramos todo esto, no preguntaríamos por qué este hombre se resistió a encerrarse en nuestro orden lineal, carente de visiones. ¿Acaso no se trata aquí de nuestro deseo ardiente que se expresa en una historia sobre un europeo llamado Fausto que da la espalda a la respetabilidad, a la consideración de sus compañeros, a la ley y a la religión con tal de tener acceso a un guía y a unos poderes personales que son accesibles para todos los potawatomis?

La hermana mayor del hombre, mientras tanto, compuso una música que a nuestros oídos sonará menos «romántica». Ella también siguió su sueño, pero encontró la manera de cumplir las expectativas de su guía y las de la comunidad. Vivió haciendo honor al ancestro tótem cuyo nombre seguía llevando con orgullo. Se lanzó a las actividades del tótem, quizás como reacción contra su

hermano solitario; puede que ella también lo considerara demasiado «romántico».

Igual que su ancestro del mismo nombre, convirtió la corteza del abedul en canoas, en cabañas para el invierno y en cestas para jarabe de arce; y transformó la piel de los animales en mantos, faldas, mocasines y bolsas de medicinas. Su espíritu le inspiraba el simbolismo colorido de las plumas con el que pulía todo lo que confeccionaba.

Como su ancestro, era una de las que preparaba la ceremonia de bienvenida de los nuevos brotes primaverales. Y después de casarse, también preparaba la ceremonia de expulsión de Wiske, pero las letras que cantaba y los pasos que bailaba los inspiraba su propio espíritu.

Como su ancestro, recogía hierbas y conocía sus usos generales, pero cuando su hijo se puso enfermo por algo que había comido, tuvo que aprender a través de su propio espíritu a combinar y administrar las hierbas mientras le cantaba para que recuperara la salud.

Más tarde, su hijo y su hija se asemejaron a su hermano menor solitario, pero eso no le decepcionó ni le sorprendió. Sabía que sus hijos estaban siguiendo sus sueños, tal como había hecho ella.

Su sueño le había guiado hacia el centro de las fiestas y las celebraciones, hacia el concejo del pueblo y la cabaña de

purificación. Nada de lo que su gente hacía o sabía le era ajeno.

Y a pesar de todo, algunos de nosotros fingirán sinceridad al preguntar por qué fue tan rotunda al expulsar a Wiske del círculo ceremonial, por qué le repugnaba la idea de convertirse en ama de casa en un hogar civilizado, aunque fuera la del arconte.

¿Podemos negar que ella, en la plenitud del desarrollo de sus capacidades humanas universales, pone de manifiesto el empobrecimiento de los productos vergonzosamente atrofiados de la civilización? ¿Podemos pasar por alto que esta matrona potawatomi, que brilla como arquitecta, zapatera, constructora de barcos, peletera, dramaturga, pintora, compositora, bailarina, farmacéutica y doctora, supera al genio polifacético, al hombre renacentista famoso por su adaptabilidad?

¿No habría que invertir la pregunta? Más bien, ¿no tendríamos que preguntarnos por qué nos fascina un Da Vinci, en vez de preguntar por qué a ella le repugna? ¿Será porque Da Vinci cuelga del cuello del Leviatán como un cencerro, mientras que ella está de pie sobre la tierra humilde y común?

¿Por qué un Da Vinci nos parece brillante entre los incontables cencerros de la bestia? ¿Será porque, tras el entumecimiento y la rotura de espíritu que nos convierten

en personas civilizadas, todavía queremos ser lo que ella era, pero ya no podemos ni siquiera convertirnos en lo que él era y tan solo nos queda aplaudir a aquello en lo que el Leviatán se está convirtiendo en nuestro lugar?

A algunos de nosotros, la razón por la que la mujer potawatomi y su hermano menor rechazaron las perspectivas que les ofrecía el generoso Wiske nos parecerá clara como el agua. En cambio, nos preguntaremos cómo es posible que personas que jamás estuvieron encerradas en las entrañas de ningún leviatán podían saber lo suficiente sobre ello para sentir tal aversión, esta pregunta tiene muchas respuestas, todas ellas son especulaciones, todas ellas son canciones o historias. La calidad de las canciones ha decaído desde que las palabras escritas empezaron a sustituir las voces vivas, desde que los documentos leviatánicos empezaron a sustituir los recuerdos humanos. La historia que cuento no proviene del auge, sino del declive, pero seguiré contándola porque por lo menos algunas de sus cadencias alteran e incluso estragan las ensordecedoras melodías oficiales que se aceptan pasivamente.

He estado narrando una historia sobre la resistencia humana ante una bestia que se originó en Ur, una bestia cuya descendencia artificial acabará por engullir todas las

comunidades humanas y que en nuestros tiempos empezará a comerse la biosfera.

He llegado hasta algunas de las últimas comunidades humanas que se ha tragado el Leviatán y resulta que ya estaban plantando cara a la bestia antes de que las alcanzara. ¿Cómo saben estas personas a qué se enfrentan? ¿Es posible que la bestia no sea una sola sino muchas bestias, que Ur no se encuentre en Sumer sino donde sea que se junten personas, que el Leviatán sea tan natural para los seres humanos como las colmenas para las abejas? Todo es posible, pero admitir dicha posibilidad es cínicamente misántropo y excluye concebir que hay una huida de la trampa. Tal posibilidad no puede admitirse en una canción de libertad, porque aceptarla sería pronosticar el destino funesto de la Tierra.

No puedo negar que los seres humanos de todas las grandes islas del mundo son capaces de encerrarse en las entrañas del Leviatán, porque todos lo han demostrado. En cambio, sí puedo negar que se trate de una condición tan natural para ellos como lo son las colmenas para las abejas y el resto de mi historia lo confirmará.

¿Cómo pudieron llegar a los potawatomis vientos de las corrientes leviatánicas que se agitaban en otras partes del mundo? Los Grandes Lagos estaban tan apartados de esas corrientes como cualquier refugio del planeta. Se han contado historias sobre las corrientes leviatánicas que provenían de continentes llamados Atlántida y Mu, pero los

relatos sobre continentes hundidos formulan más preguntas de las que responden y quienes los explican, en general, sitúan al Leviatán, y no a los seres vivos, en el origen de todo.

No hace falta buscar esas brisas en los continentes hundidos, pueden haber llegado a los Grandes Lagos desde cualquiera de las cuatro direcciones. Sé tan poca cosa de los cuatro vientos como de Mu, pero mi historia puede levantar el vuelo más fácilmente desde los vientos que desde los continentes hundidos.

El viento del norte traía noticias de gentes que erraban por el país de hielo. Unos primos lingüísticos de los potawatomis, llamados lenni lenapc, conservaban un pergamino que hacía una vaga referencia a su antiguo viaje al país del hielo. Otros primos lingüísticos, llamados cree, habitaban los bosques y valles fluviales del norte que separaban a los potawatomis de los aleutianos, los atabascanos y otros pueblos septentrionales. Se dice que algunos de estos pueblos llegaron de Eurasia más recientemente que otros, que los hay que llegaron después de que Lugalzagesi pusiera en funcionamiento el primer leviatán en la primera empresa imperialista. Hemos visto que los pueblos unidos a su tierra natal han intentado resistirse al Leviatán enfrentándose a él de cara, mientras que otros han resistido a las garras de la bestia huyendo fuera de su alcance. Si supiéramos algo de las olas migratorias que tuvieron lugar debido a las sacudidas centrífugas de los leviatanes de Eurasia, tal vez sabríamos

que algunas de las últimas migraciones que cruzaron el estrecho del norte fueron protagonizadas por miembros periféricos de un movimiento de resistencia antileviatánico.

El viento del oeste traía noticias de grandes montañas y de pueblos marineros detrás de ellas, pueblos que se adentraban al océano con embarcaciones grandes y sólidas que desafiaban las corrientes y las olas del temporal para cazar monstruos oceánicos y peces gigantes. Muchos de estos pueblos navegantes, llamados nutka y kwakiutl, tillamook y bella coola, eran primos lingüísticos lejanos de los potawatomis, y muchos otros primos lingüísticos, pueblos llamados kutenai, spokane, okanagan, atsina, arapaho, ojibwa y meno-mini, habitaban las montañas, las mesetas y las llanuras que separaban a los potawatomis de los navegantes del oeste. Se dice que los pueblos del oeste tenían contactos esporádicos con los chinos y japoneses que transportaban usanzas leviatánicas, pero de esos contactos se sabe tan poco como de Mu. Ni siquiera podemos especular sobre si alguno de los saberes sobre el embaucador que los potawatomis compartían con sus primos lingüísticos, los saberes sobre la liebre, el coyote y el cuervo, constituían una respuesta frente a quienes transportaban usanzas leviatánicas.

El viento del este traía noticias de los primos cercanos a los potawatomis, los pueblos del sol naciente, que se recordarán como abenaki, penobscot, massachusetts, wampanoag, pequot, narragansett, mohegan, lenni lenape. Se dice que

estos pueblos, o por los menos algunos de sus ancestros, apartados de Eurasia por un océano que no tenían por qué cruzar, vieron brevemente a seres humanos que provenían del otro lado. Se cree que los antiguos fenicios, libios y cel-tíberos se aventuraron a cruzar el océano tormentoso. De hecho, los vikingos legaron una saga que describe su viaje a través del océano. Los vizcaínos, los vascos y otros pescadores europeos no pidieron permiso a Fernando e Isabel para pescar bacalao cerca de las costas que habitaban los primos de los potawatomis. Al parecer, los contactos entre los pueblos del este con euroasiáticos no eran poco comunes, pero lo que sabemos de ellos es tan escueto como el conocimiento que tenemos de Mu.

El viento del sur traía noticias más significativas y nuestro conocimiento sobre ellas no es tan escaso. Separados de los pueblos potawatomi por un fino estrecho, se encontraban grandes pueblos de hablantes de iroqués que vivían en largas cabañas rectangulares, pueblos conocidos más tarde como wendat o wyandot. Estas gentes de casas alargadas, igual que sus primos lingüísticos de más al este, recordaban haber migrado hacia el norte desde una tierra lejana. Huían de los gigantes de piedra, las cabezas volantes y los antropófagos. Estos seres temidos son, por supuesto, sujetos mitológicos, criaturas ficticias de la imaginación, y no entidades históricas documentadas como Nerón, Calígula y Constantino. A los wendat que hablaban de dichos seres no les interesaba la his-toria, sino su propio contexto cósmico.

El cosmos de los wendat, pacíficos cultivadores de maíz y alubias en las tierras boscosas septentrionales, incluía monstruos que no existían en el norte. Con concisión y precisión poética, los mitos wendat aportaban una visión externa de seres que se parecían asombrosamente a las pirámides de piedra más altas que los árboles de la selva, a las serpientes con plumas, a los sacerdotes enmascarados que sacrificaban a seres humanos. El cosmos de los wendat incluía un leviatán, lo más verosímil es que fuera el leviatán que actuaba en el Yucatán incluso antes de que las tribus francas atacaran los muros del leviatán romano en Eurasia.

Es probable que las noticias sobre el leviatán del sur llegaran a los potawatomis ya antes de que los ancestros de los wendat huyeran de los gigantes de piedra de las selvas meridionales. En el Bonito Valle, situado justo en el sur de las orillas lacustres de los potawatomis, se habían erguido montículos de arcilla, grandes y pequeños, y muchos se encontraban en complejos rodeados de paredes simbólicas que delimitaban un espacio sagrado. Los relatos sobre los primeros que habían levantado montículos no se conservaron, pero los que los erguían más tarde recordaban sus orígenes sureños y las pirámides de arcilla que construían, coronadas con un templo, guardaban similitudes con los gigantes de piedra del Yucatán y del centro de México.

La práctica de levantar montañas sobre los huesos de los muertos no perduró en los bosques del norte, pero sí que

sobrevivió entre los pueblos de los Grandes Lagos un elemento de dicha práctica: la fiesta de los muertos. Se conservaban con mucho cuidado los huesos de los parientes difuntos y una vez al año, los aldeanos de todas partes se desplazaban hasta un lugar de reunión y enterraban todos los huesos en una tumba común. Allí se mezclaban los huesos de extraños y, entonces, los descendientes vivos de los que se hallaban en la tumba dejaban de ser extraños porque sus ancestros estaban unidos para siempre.

En los bosques del norte, las grandes ceremonias de entierro no eran ocasiones para introducir relaciones leviatánicas, sino para hacer crecer el mundo del parentesco. Continuamente separados unos de otros por sus sueños particulares, los aldeanos libres se reunían una y otra vez en las ceremonias que acogían a todos los que podían llegar a la zona donde se celebraba la fiesta. La solidaridad genuina de los seres humanos, cuyos ancestros compartían tumbas comunes, no hubiera ganado nada con la unidad artificial impuesta por la fuerza de las instituciones leviatánicas de Hobbes destinadas a mantener la paz,

Probablemente, los potawatomis que expulsaron a Wiske sintieron brisas leviatánicas provenientes de todas direcciones, y con toda seguridad brisas del sur, mucho antes de que los jesuitas y viajeros franceses llegaran a los Grandes Lagos.

Si consideramos que Eurasia es un modelo y la his-toria, el destino; es fácil convencernos de que los potawatomis habrían acabado por caer indefectiblemente en las entrañas de un leviatán, en particular, el del sur, aunque los europeos no hubiesen cruzado el océano. En cambio, si consideramos que Eurasia es una anormalidad y la his-toria, una aberración; podemos convencernos con la misma facilidad de que la comunidad de libertades que llamamos naturaleza o paraíso jamás habría desaparecido si los europeos no hubiesen llevado los holocaustos leviatánicos al otro lado del charco.

En Eurasia, los monstruos artificiales se extendieron, aparentemente, de manera inevitable. He demostrado que esta inevitabilidad es una ilusión creada por los escribas que omiten la desaparición de tantos imperios como el de Mohenjo Daro y el de los hititas, escribas instruidos para no ver la descomposición que acompaña a cualquier leviatán en funcionamiento.

La inevitabilidad es una ilusión, pero la expansión de los artificios a lo largo y ancho del continente no lo es. Toda Eurasia acaba sumida en las entrañas del Leviatán.

Sin embargo, no hay razón alguna para predecir el mismo destino al otro lado del charco. De hecho, hay indicios de que a los gigantes de piedra no se las apañaban tan bien en el

mundo situado al otro lado del océano como en Eurasia. Hay indicios que señalan que, en este mundo, la expulsión del Leviatán protagonizada por los potawatomis prevalecía sobre el encierro leviatánico de las comunidades libres.

Hemos visto que el monstruo euroasiático se extendió a gran velocidad. Al principio solo estaba Ur: el comienzo de un fenómeno inaudito. Pronto apareció Lugalzagesi, luego Sargón y un imperio mundial.

No hay una expansión comparable al otro lado del charco, donde, al parecer, las primeras bestias artificiales fueron letárgicas y hasta moribundas desde el inicio. Es cierto que las monstruosidades que recordaban los wendat eran más jóvenes que Ur, pero no lo bastante jóvenes para explicar su letargo.

Las cabezas olmecas y los gigantes de piedra parecidos a los zigurats, al parecer fueron contemporáneos de los primeros fenicios que navegaron por el océano. Casualmente, aparecieron maravillas arquitectónicas en el Yucatán y en el centro de México a la vez que los fenicios se lanzaban al gran océano. En otro punto de mi relato he sugerido que tal vez no fuera coincidencia, pero, aunque lo fuera, aunque los ancestros de los toltecas y los mayas reinventaran Tiro y Biblos en el centro de México y en el Yucatán, los leviatanes de este lado del gran océano no lograron engullir las comunidades humanas del doble continente ni tampoco enfrentarse a la biosfera como enemigos invencibles.

Dichos fracasos no pueden explicarse por lo recientes que eran las bestias artificiales de este mundo, ya que estas existieron durante mucho tiempo. Tampoco pueden atribuirse a alguna rareza o debilidad de las mismas. La crueldad de los aztecas puede compararse con la de los asirios o los españoles, la arquitectura de los mayas es comparable a la de los griegos y la administración de los incas con la de los chinos o los persas.

Estos intentos fallidos tampoco pueden justificarse con la ausencia de las supuestas condiciones materiales. Los que se aferran a esta pseudoexplicación deben primero aclarar por qué los leviatanes más potentes florecerán más tarde exactamente en las mismas condiciones materiales. Las llamadas condiciones materiales son las ropas del Leviatán, no el terreno donde se acomoda.

Desde mi punto de vista, el fracaso de los leviatanes de este mundo se explica gracias a la resistencia humana ante su expansión. La expulsión de Wiske por parte de los potawatomis ilustra solo un ejemplo de esa resistencia. Los wendat de las tierras boscosas del norte tenían en mala consideración a los gigantes de piedra; los pueblos guaraníes del continente sur hablaban con miedo y aversión del Único; los pueblos hopi de las tierras de los cañones del norte hablaban de dioses que destruían a seres humanos que no respetaban las usanzas de los seres vivos; los pueblos winnebago de los Grandes Lagos hacían burla del gran regalador, el embaucador.

De hecho, incluso los sacerdotes y los militares de este mundo, es decir los propios agentes del Leviatán, hablaban de la civilización como algo ajeno. Tanto en el continente norte como en el continente sur, se recordaba al que traía los poderes y las comodidades leviatánicas como alguien que venía de fuera, que se había marchado y que volvería para recuperar sus regalos.

Es posible que el primer Kukulkán–Quetzalcóatl fuera un tentáculo del pulpo fenicio o libio. Puede que la serpiente emplumada fuera el tocado del aventurero fenicio, o tal vez era la divinidad situada en la proa del navío. El hombre llegado de lejos no habría hablado a los aldeanos que le daban la bienvenida en una lengua extranjera, sino en una lengua que conocían. No habría hablado sobre las condiciones del trato comercial, sino de los ciclos de la vegetación y de la vida, de la muerte y la regeneración, de las ofrendas sacrificiales, de Baal. Los hospitalarios aldeanos se habrían superado a sí mismos al ofrecer todo lo que tenían a aquel extranjero con aspecto de dios que emergía del mar.

Igual que los potawatomis, los aldeanos que al principio colmaron de regalos al Wiske emplumado se habrían cansado de tal carga, pero como eran gente hospitalaria no podían exiliar al extranjero. En consecuencia, tal como ellos lo explicaban, Quetzalcóatl se exilió él mismo prometiendo regresar. Y entonces los aldeanos volvieron a sus comunidades, a sus ceremonias, sus visiones, sus usanzas.

Sin embargo, el advenimiento del dios serpentino quedó grabada en la memoria. Se trataba de un acontecimiento importante y los acontecimientos importantes no eran lo que serán para nosotros (únicos, aislados, lineales, irrepetibles).

Un acontecimiento importante era un acontecimiento cósmico, y de la misma manera que los demás acontecimientos cósmicos, como el alba, el eclipse de la luna o el recorrido de un cometa, era rítmico, cíclico, infinitamente repetible.

El visitante dejó cicatrices en forma de sacerdotes serviles y admiradores ambiciosos. Periódicamente (los mayas calcularon la duración exacta del período) las cicatrices se abrían de nuevo y Quetzalcóatl volvía a emerger del mar.

Los dioses-hombres posteriores eran, sin duda alguna, sacerdotes y admiradores locales que se revestían con la fama del extranjero, pero, sin embargo, continuaban haciendo hincapié en que sus orígenes eran extranjeros. Se reanudaban las ofrendas. Afloraban en la selva grandes centros de ceremonias, ciudades de piedra con templos y palacios de una belleza incomparable. Y una vez más se abandonaba la bestia, el hombre leviatánico se exiliaba él mismo. Las ciudades de piedra volvían a ser selva.

En nuestra época, los llamados arqueólogos descubrirán las ruinas de las maravillas arquitectónicas abandonadas. La majestuosidad de su hallazgo les cegará, y todavía les cegará

más el abandono de lugares tan idóneos para instalar campus universitarios. Los arqueólogos y los antropólogos llenarán bibliotecas atribuyendo dicho abandono a todo tipo de causas salvo la resistencia humana. La perspectiva de que sus propios centros académicos se vuelvan a convertir en lo que llaman mala hierba nublará la imaginación de los antropólogos.

En Eurasia, el Leviatán había destruido las comunidades y había encerrado a los seres humanos en sus entrañas. La his-toria lineal había sustituido los ciclos rítmicos de la vida. La música había cedido el paso a la marcha del tiempo.

En cambio, al otro lado del charco, las comunidades vivas no habían sido destruidas. Al contrario, los pocos leviatanes que habían emergido parecían haber sido engullidos por las comunidades. El tiempo leviatánico se había hundido en el tiempo cíclico. Las idas y venidas de la bestia se habían convertido en parte del ritmo de la vida y la excrecencia del Leviatán, como otras excrecencias, no era más que abono. La música no había cedido el paso a la marcha del tiempo. La vida no había cedido el paso a la his-toria.

¿Por qué?

Si seguimos indagando en mares de hechos en busca de

significados, también podemos responder a esto. Arnold Toynbee habló una vez de dos tipos de estímulos. Uno de ellos aturde e incapacita al sujeto y el otro le reaviva y le fortalece.

Las comunidades guti que intentaron resistirse militarmente al leviatán sumerio estaban aturdidas incluso antes de dar una respuesta. Desde el momento en que los guteos se constituyeron en una organización militar permanente dejaron de ser lo que querían seguir siendo y se convirtieron en aquello a lo que se oponían. Como comunidades estaban incapacitadas ya antes de levantarse en armas contra el Leviatán. Se hicieron la ilusión de resistir a la bestia incluso cuando se adentraron en sus entrañas.

En el otro lado del océano, las comunidades que acogieron al primer Quetzalcóatl no se vieron paralizadas por el estímulo inicial, sino que fueron capaces de reaccionar a su manera y según sus propias condiciones. No tan solo limitaron el tiempo leviatánico al reducirlo a irrupciones rítmicas en la sinfonía del tiempo cíclico, sino que también obligaron a los agentes leviatánicos, sacerdotes o administradores, a limitarse a la representación de rituales de la comunidad, a celebrar ceremonias de la fertilidad, a donar generosamente a las divinidades de la lluvia y del maíz, a celebrar el ciclo de la vegetación, a fortalecer la Tierra y la vida.

Las comunidades que, de este modo, redujeron el Leviatán a su juguete no siempre salían indemnes. El Leviatán era un

juguete letal. En ambos lados se engordaba devorando víctimas humanas. Pero cuando empezaba a engordarse, su período terminaba y los aldeanos dejaban que las plantas selváticas crecieran sobre él.

Comunidades tan alejadas del lugar donde desembarcó Quetzalcóatl, como los potawatamis, tuvieron suficiente conocimiento sobre el Leviatán para querer expulsarlo.

Y la infinidad de comunidades que vivían entre los bosques del norte y las selvas del sur, todas tan diferentes entre sí como el wapití y el quetzal, bien jugaron con el monstruo o bien evitaron todo contacto con él en función de sus sensibilidades.

Mi breve relato es deliberadamente idílico. El idilio es lo que los europeos vinieron a destruir. Las supuestas realidades sucias, los acuerdos cínicos, las traiciones violentas no eran nada nuevo para los europeos, quienes se aliaron con todo esto contra lo otro, contra lo puro, lo bello, lo nuevo.



XXII

EL IDILIO YA HA DESAPARECIDO. NO QUEDA NADA, salvo las realidades sucias. El Leviatán es todo lo que hay.

Estas mismas palabras, estas palabras escritas, son invenciones de los escribas del lugat. No pueden expresar el tiempo onírico.

Se ha dado la vuelta a todos los significados.

«África central», «Australia», «América» no son los nombres de aquellos lugares donde siempre han vivido seres humanos libres. Son nombres de holocaustos jamás vistos, de colonias gigantescas, de trofeos monstruosos del Leviatán. Son los «continentes vacíos» del Leviatán.

Desde el puesto privilegiado de la muerte, toda la vida es una aberración. Los idiomas de estas dos protagonistas son ininteligibles recíprocamente. El vocabulario de cada una no puede traducirse. El mundo del Leviatán es salvaje para los seres vivos libres y la libertad de los seres vivos es salvaje para el Leviatán.

Los seres humanos libres lograron integrar el Leviatán en su horizonte y seguir siendo libres, a pesar de ello.

Los seres leviatanizados no pueden integrar los seres vivos en su horizonte y continuar leviatanizados. Una vez han oído la libertad, se convierten en renegados, Y los tercetos voceros del Leviatán lo saben. Las preguntas «¿quién abandonaría las comodidades de la civilización?» y «¿quién volvería al palo de cavar?» son preguntas retóricas que formulan ante el espejo.

Los renegados de la civilización tienen mala reputación. Se quitan las máscaras. Se deshacen completamente de las armaduras. Se separan de las comodidades antes

indispensables y experimentan el abandono de una carga insoportable. El simple contacto con una comunidad de seres humanos libres les aporta conocimientos que ningún tipo de educación leviatánica puede proveer. Alimentar dicho contacto estimula los sueños e incluso, al final, las visiones. El renegado es poseído, transformado, humanizado. Los manipuladores de la psique, conscientes del malestar que produce la civilización, procurarán introducir tales transformaciones en el seno de las entrañas del Leviatán, pero sus triunfos más celebrados serán miserables fracasos. La civilización no nutre la humanidad.

Las comunidades eran capaces de poseer a los leviatanizados.

En cambio, el Leviatán no puede poseer las comunidades, no puede poseer los sujetos vivos. El Leviatán únicamente puede poseer cosas, cosas muertas, objetos.

Las comunidades podían sacarse las máscaras y las armaduras. El Leviatán arranca la cabellera, la piel y la carne.

Las comunidades podían ayudar a los reprimidos a recobrar su humanidad, mientras que el Leviatán des-cubre la humanidad no reprimida y la consume. El des-cubrimiento, el hecho de eliminar la cobertura proveída por la Tierra, la aniquilación de los seres libres, es, de hecho, el proyecto central del Leviatán, y las comunidades que nutren a seres libres son su mayor enemigo.

La entidad que cruza el charco en los barcos de Cristo-foro, literalmente «el mensajero de Cristo», es algo más que el espíritu occidental. Lo que surca el océano a bordo de tres barcos es un cuerpo, con forma tanto de pulpo como de gusano, pero inerte y artificial, el cuerpo al que Hobbes da el nombre de Leviatán. Este cuerpo se describe con el apellido del des-cubridor, Colón, colonizador.

Este tal Colón, de quien algunos pensaban que era un converso, es decir, un cristiano más católico que el papa, se cree un segundo Moisés que guía a los israelitas para salir de Egipto. Tan acorazado como el primer Moisés, el segundo Moisés lleva el desierto encerrado en su armadura, y donde sea que conduzca a sus israelitas es desierto. Si se bajara la máscara, si se aflojara la armadura, aunque solo fuera un instante, vería comunidades de seres humanos con relaciones, emociones e ideas mucho más complejas que las suyas. No obstante, no puede aflojarse la armadura.

Si las comunidades nutren la libertad de sus miembros, los leviatanes nutren la represión de los suyos. Los seres leviatanizados se controlan unos a otros. Tan solo quienes están aislados pueden escapar. Una tripulación y su capitán son inseparables y un esclavo está clavado a su amo. Cada uno obliga al otro a negar su propia visión, a ver lo que se espera que el otro vea. Así pues, tras completar la hazaña de atravesar el abismo infranqueable, tras cruzar el océano

imposible de navegar, esos hombres ciegos hallan en el Nuevo Mundo lo que mejor conocen del antiguo.

Los pensadores analíticos que preceden a los científicos naturales, a los economistas y a los antropólogos, es decir, el mensajero de Cristo y sus cómplices, encuentran cosas, objetos, que automáticamente clasifican como obstáculos o posibles instrumentos.

Puesto que son herederos de la brutalidad de las cruzadas albigenses, las cruzadas taboritas, las inquisiciones y las cazas de brujas, ven comunidades de arahuacos, pero les llaman salvajes.

Como portadores y agentes del Leviatán, el cual es sinónimo de devorador de hombres, ven comunidades de caribes, pero les llaman caníbales, devoradores de hombres.

Los nombres no son meras proyecciones, también son definiciones. Una vez que han sido definidos, los objetos pueden manipularse. Los salvajes son posibles instrumentos, entonces sirven para trabajar. Los caníbales son obstáculos, por lo que deben ser exterminados.

Es así como las Islas Afortunadas se convierten en una salvajada leviatánica o, en el otro idioma, lo salvaje pasa a formar parte de la civilización cristiana.

Bartolomé de Las Casas, uno de los que participan en esta atrocidad con pocos o ningún precedente, y a quien algunos

consideran un converso, se horroriza ante la aplicación de esta empresa siniestra y se quita la máscara y la armadura. Este supuesto heredero de los perseguidos de repente se identifica con los perseguidos, y de este modo protagoniza una hazaña tan poco habitual en su época como en cualquier otra.

Al no poder expresar su punto de vista sobre la persecución de los judíos en España, puesto que tiene a la Inquisición en los talones, Las Casas se expresa alto y claro en contra de la persecución y el exterminio de los arahuacos. Cuanto más observa los actos de sus compañeros cristianos, más víctimas del cristianismo recuenta, hasta que su voz solitaria clama por la defensa de la humanidad ante las garras de la bestia leviatánica: ¿Qué es esta conversión al cristianismo más que esclavización y bestialización?, pregunta. ¿Qué son estos cristianos que convierten un Edén en un campo de trabajo infernal? ¿Son dioses o demonios? ¿Cuál es el dios que exige tal masacre, tales sacrificios monstruosos? Dejad que las víctimas resistan, grita, si hace falta que planten cara sacrificando a los que sacrifican. Si comer hombres está mal a los ojos de algún ser superior, dejad que este ser condene al que más se equivoca.

Sin embargo, Las Casas ya no tiene fe en un ser superior. Dirige sus súplicas al rey de España, justo a la cabeza del monstruo.

La cabeza de la bestia da audiencia al protestatario porque

también le afectan los actos de los des-cubridores, aunque por razones diferentes. El Leviatán es capaz de masacrar a los habitantes del Nuevo Mundo, pero no consigue hacerles trabajar, no puede encerrarlos en sus entrañas para expandirse. Poco después de ser amontonados en campos de trabajo forzado llamados encomiendas, perecen. Poblaciones enteras.

El rey no se lamenta por la pérdida de seres humanos, sino por la pérdida de lo que más tarde recibirá el nombre de capital y tecnología.

El capital y la tecnología no son meros objetos, sino que son relaciones de personas con objetos, no son palancas y barrenos, sino antiguos seres humanos rebajados a meros apéndices de palancas y barrenos. Sin los operadores humanos, las palancas y los barrenos son algo inerte, vuelven a lo salvaje. Y el propósito de toda la empresa leviatánica es extirpar lo salvaje, reducir las exuberantes islas tropicales a la uniformidad de las plantaciones, excavar en lugares bonitos y preciosos para extraer piedras o, en el idioma de la bestia, hacer florecer el desierto, convertir lo salvaje en jardines rentables.

El legendario rey Midas lloraba porque todo lo que tocaba se convertía en oro, incluso la comida. El rey de España llora por lo mismo. Todos los seres humanos que toca se marchitan y mueren, no solo los obstáculos, también los posibles instrumentos. Tras todos los préstamos que ha

pedido a los banqueros genoveses, que han dejado su reino en bancarrota, tan solo gana medio imperio. En los campos cubiertos de cadáveres ya no hay obstáculos, pero tampoco quedan instrumentos.

Los navíos del rey no se limitaron a transportar *conquistadores* a través del océano. También se llevaron ratas, virus y bacilos. Los des-cubridores no tan solo son portadores del Leviatán, sino también de la peste.

De hecho, la enfermedad es la principal arma del invasor, pero es un arma de doble filo. Proporciona una victoria fácil, pero arruina el fruto de la victoria. Esta es la razón por la que el rey escucha a Las Casas y, simulando humanidad, revisa las leyes de la encomienda. Pero todo es en vano. Las Islas Afortunadas se despueblan todavía más, los campos de trabajo siguen siendo inertes, los jardines no aportan beneficios, el imperio de zeks potenciales se ha echado a perder. Para compensarlo, los siniestros conquistadores desintegran las comunidades de un continente completamente distinto e importan seres humanos inmunes a las enfermedades de los europeos para poblar de zeks los campos de trabajo y para enterrar los muertos del Nuevo Mundo.

El Nuevo Mundo progresivamente es despojado de sus seres vivos. El doble continente, que se encuentra al otro lado del océano, está en camino de convertirse en la América que tanto anhelaban los europeos.

A diferencia de los objetos que se transformaban en oro cuando Midas los tocaba, América es un objeto que brilla pero que desaparece cuando los europeos lo tocan. Los españoles, que compiten entre sí en su avidez por acumular, ni siquiera pueden conservar el oro metálico que, fundido en lingotes, se escabulle hasta las cajas fuertes subterráneas de los prestamistas extranjeros.

Y el oro auténtico, con el que Hesíodo dio nombre a una época (los lugares sagrados, los mitos, las culturas), desaparece de la mismísima biosfera, irremediablemente.

Llegados a este punto, puedo, yo, formular una pregunta retórica. Si los instrumentos que suplantán el palo de cavar, si las famosas comodidades de la civilización son tan atractivas, tan irresistibles ¿por qué los potenciales beneficiarios de semejantes maravillas deben ser destruidos?

A pesar de las campañas de embellecimiento que superan hasta a la Iglesia en cuanto al engaño prolongado, el relato sobre la aparición de la civilización en América seguirá siendo tan horrendo que no puede describirse.

Por más que se hable de los continentes vacíos que se llenaron de vida, será imposible borrar el recuerdo del bullicio de vida que se convirtió en un cementerio.

Se hablará de caballos, de pólvora y de ron. Se hablará de una tecnología y una cultura superiores. Se hablará de todo

excepto de la muerte. Y, sin embargo, la muerte es el auténtico conquistador, bien monte a caballo o bien salga de las pistolas. La muerte es el nombre no dicho de la tecnología superior. La muerte es la única cultura superior del invasor que no tiene comunidad alguna. Y la muerte no es en absoluto una cultura, sino que es la anticultura, la devoradora de cultura, el Leviatán.

Los aldeanos con cultura al principio se quedan boquiabiertos ante los caballos, pero no por mucho tiempo. Los caballos los pueden entender. Los caballos son seres vivos, amigos, primos. Los seres humanos libres no tardan en superar a los europeos acorazados en el manejo del caballo, muy pronto igualan a los turcos a caballo de las estepas de Eurasia.

La pólvora y el ron resultan más ajenos que los caballos. La primera solo sirve para matar y el segundo para atontar. Aun así, rápidamente dejan de ser elementos extraños para quienes ya conocen las flechas envenenadas y las hierbas venenosas. Lo que es realmente extraño, tanto que es incomprensible, es la entidad barbuda de dentro de la armadura, una entidad que parece un ser humano y actúa como tal, pero que claramente es algo diferente, puesto que toma sin dar, no es pariente de nadie y no pertenece a ninguna comunidad. Lo que es extraño y no deja de serlo son las extremidades, con aspecto humano, de una cosa muerta: el resorte y la rueda del Leviatán.

Los invadidos ya conocen el Leviatán, pero no hasta el punto de ser vaciados por este. Han conservado intactas sus comunidades, han relegado el Leviatán a los márgenes, o bien han expulsado la bestia incluso de los márgenes de sus comunidades.

Las comunidades resisten toda incursión, toda esclavización, toda violación. La historia de la invasión también es la historia de esta resistencia interminable. Es interminable porque no tiene un final, porque no es un ciclo, porque no forma parte del ritmo de la vida.

La resistencia no constituye principalmente un enfrentamiento armado, aunque las batallas espectaculares de los aztecas protoleviatánicos dan la impresión de que la resistencia yace en las lanzas. La resistencia radica en los tambores, no en las lanzas; reside en la música, en los ritmos que viven las comunidades cuyos mitos y usanzas siguen alimentándolas y sustentándolas.

La invasión tampoco constituye principalmente una empresa militar, aunque los sucesores de los cruzados caballerescos no aparenten ser nada más que armaduras con extremidades asesinas. La invasión consiste en silenciar la música, allanar el ritmo, hacer del tiempo algo lineal, destruir los mitos y las usanzas en un proceso que más tarde se llamará cultura; la invasión es una guerra contra las comunidades que nutren la libertad, las visiones y la vida.

Los invasores no desconocen lo que están destruyendo. No solo son herederos de los cruzados contra los infieles, sino también de los begardos itinerantes y de los adamitas liberados. Son sucesores lejanos de las comunidades que en su momento resistieron a través de la música y los mitos. Son nietos de las víctimas y se han convertido, como muchos otros anteriormente, en opresores fervorosos. Destruyen con pasión justamente porque saben lo que destruyen. Ellos mismos son reprimidos, o en su lenguaje, caídos, privados del edén, condenados a una vida de pecado, de modo que les apasiona reprimir a los libres, universalizar la caída, destrozar el Edén de manera tan irreversible como Roma destruyó Cartago, les apasiona hacer que el pecado sea católico, a saber, que lo abarque todo.

Para los sucesores inmediatos de Colón, el mensajero de Cristo, América es el jardín del edén. Su objetivo, como el de sus posteriores sucesores puritanos, liberales, bolcheviques y nazis, es convertir el jardín en un campo de trabajo forzado. Para lograrlo, deben domar a los seres humanos de la misma manera que doman a caballos y perros, deben eliminar la matriz que nutre la humanidad, tienen que destruir la comunidad.

Los llamados economistas más adelante defenderán que el atractivo irresistible de las comodidades materiales de la civilización es la fuerza que destruye las antiguas comunidades. Los sabios economizarán palabras al denominar esta fuerza «demanda». También serán economizadores en cuanto a la verdad. Los vestidos europeos los lleva gente que ha perdido los suyos, a ningún ser humano libre le atraen los grilletes.

Los his-toriadores, por supuesto, se centrarán en la potencia militar al verla como principal fuerza que destruye las comunidades, y pintarán cuadros de jóvenes héroes parecidos a Alejandro asaltando las murallas de los monstruos caníbales. En cambio, evitarán cualquier referencia a las comunidades, y se convertirán en completos ignorantes o en expertos sobre otros ámbitos, antes que admitir que sus héroes perpetran una guerra química y biológica sin precedentes contra seres vivos que ni siquiera se mencionan. Los ejércitos europeos tan celebrados rematan a las víctimas que ya están muriendo. Las supuestas comodidades proporcionan una compensación vacua a los supervivientes convertidos en miserables. La fuerza que destruye las comunidades es –en un principio– una aliada insospechada, pero luego, muy bienvenida: la peste.

Desde que los europeos se adaptaron físicamente a los virus, los bacilos y las ratas bubónicas, han sido portadores de epidemias mortales. Un libro titulado *Pestesj pueblos* describirá con gran claridad cómo las hazañas

conquistadoras de la viruela y la peste bubónica pueden mermar las comunidades que anteriormente no habían sido expuestas a ello. El autor del libro, William McNeill, expondrá el gran secreto público que se esconde detrás de las celebradas conquistas.

Hernán Cortés y su banda de saqueadores locos por el oro no podrían haber exterminado a los aztecas, no podrían haber destruido su máquina militar, sin un aliado mucho más fuerte que Tlaxcala y otros tributarios aztecas desafectos. Eran incapaces de hacerlo y, en efecto, no lo hicieron. Uno de los saqueadores españoles, llamado Bernal Díaz, dejó documentada la famosa conquista de México. Menciona de paso que, la víspera de la conquista, de repente se declaró la viruela en Tenochtitlán y hace referencia a los montones de cadáveres y las masas de afectados. Sin embargo, se concentra en las proezas alejandrinas del líder de su banda, porque el hecho de centrarse en este aspecto no hace del propio Díaz alguien peor que un griego antiguo.

La indiferencia inhumana con la que Díaz menciona la viruela recibirá el nombre de imparcialidad científica por parte de his-toriadores posteriores. El muy posterior McNeill, contemporáneo nuestro, sacará a la luz informaciones nuevas al revelar que, entre las personas que nunca han estado en contacto con la viruela, solo tres o cuatro de cada cuarenta sobreviven a esta enfermedad. El hecho de

que el nombre de la viruela sea un diminutivo hace referencia al tamaño de las erupciones cutáneas, no al alcance de la enfermedad.

Provistos de semejante arma, los asesinos de masas, que se describen a sí mismos como conquistadores y pioneros, no tienen predecesores. Este hito no tiene precedentes. Todos los códigos morales de la humanidad se derriten ante estos hechos. Ni los asirios, ni los chinos, ni los griegos, ni los romanos, ni los mongoles llevaron a cabo nada comparable. Shang Yang ni siquiera soñó en sumar la peste a las armas para liquidar las comunidades humanas.

Un vacío moral tan inédito como la propia *conquista* permitirá que los apologistas posteriores lánguidamente pasen por alto la palanca que despobló el continente e impulsó el reino de las leyes de la oferta y la demanda.

El hipócrita olvido del gran aliado de los europeos empezará ya en la época de la segunda *conquista*, la del famoso Pizarro. Los amigotes de este demente se concentrarán de una manera tan obsesiva en el oro que ni siquiera mencionarán el Midas que, con solo tocarlas, vacía las montañas y las costas andinas y las convierte en oro sin vida.

Tras varias generaciones, los descendientes de los supervivientes serán tan inmunes a las plagas como los europeos mismos, tan solo sus hijos se verán afectados. Entonces, podrán repoblar su mundo, pero ya será demasiado tarde. A

estas alturas, la ley de la oferta y la demanda habrá suplantado los ritmos de las comunidades. A estas alturas, los saqueadores se habrán apropiado tanto de las moradas como de los campos; habrán fisgoneado en los lugares sagrados, habrán masacrado a los habitantes de los bosques y habrán abatido los árboles. A estas alturas, se habrán olvidado los mitos y la música. A estas alturas, el Leviatán habrá sustituido a los espíritus, habrá arrasado los campos y habrá dado rienda suelta a la his-toria.

Uno de los invasores del Altiplano andino y de las selvas de más allá, un hombre llamado Lope de Aguirre, sabe que los asesinos europeos no son meramente hombres. El acorazado Aguirre se cree un ser superior, un flagelo de dios, una divinidad, porque la vida retrocede a medida que él avanza. Aguirre sabe que la peste es una divinidad menor, un explorador que abre los caminos y vacía los campos. Sabe que el Leviatán es la mayor divinidad, porque el Leviatán completa lo que la peste ha iniciado y porque dispone de manera omnipotente de todo lo que queda.

Aguirre también sabe, como ya sabían Shang Yang, Nerón y Calígula, que quien mata sin límites ni escrúpulos, quien domina a través del miedo a hombres desarraigados, quien incita la codicia en los posibles instrumentos y el terror en los obstáculos amenazantes, está más allá del bien y del mal, por encima de la humanidad. Aguirre concluye que dicho dios no puede estar por debajo del marido español de María la escocesa, el emperador lejano Felipe de Habsburgo.

Aguirre declara la guerra al emperador. La carta de desafío del saqueador al rey Felipe II de España constituye la primera declaración americana de independencia. Declara que el acorazado Aguirre portador de la peste (y no el emperador) es quien inició los asesinatos, y por lo tanto Aguirre (y no el emperador) rematará a los supervivientes y dispondrá de todo lo que quede. *¡Viva la libertad! ¡Viva Aguirre!*

Sin embargo, la declaración desafiante es demasiado explícita incluso para los cómplices de Aguirre, todos ellos buenos cristianos, y caerá en el olvido de la his-toria en vez de exponerse en su vitrina. Aguirre no logra convertirse en «el Grande» porque descuida expresar el terror, el miedo y la codicia en términos como vida, libertad y búsqueda de la felicidad.

Los herederos espirituales de Aguirre, que dominan mejor el lenguaje que su predecesor inexperto, realizarán el proyecto de Aguirre, no en el continente meridional, sino en el septentrional, en tierras que antaño habitaban pueblos que no se habían embarcado en empresas protoleviatánicas, pueblos que habían expulsado al embaucador mortífero.

Las comunidades potawatomi y las comunidades de primos suyos serán alcanzadas por aguirres anglófonos que no son sujetos de Felipe, sino de la reina escocesa, aguirres que en primer lugar se declararán independientes de la reina y del papa con tal de apropiarse de las tierras y de la riqueza de la Iglesia y de los irlandeses.

Los saqueadores ingleses se concentran bajo el paraguas de Isabel, que es anticatólica, para aprovecharse de los logros de los conquistadores españoles, ya que su protestantismo al principio no es nada más que una autorización para saquear los navíos españoles que regresan con el oro del Nuevo Mundo.

Los primeros puestos avanzados de los ingleses en el Nuevo Mundo son guaridas de piratas que se esconden junto a las costas.

Antes de aventurarse hacia el interior, los piratas, todos ellos comerciantes respetables, embuten en sus puestos avanzados a los refugiados que son demasiado protestantes o demasiado poco para los reformadores oficiales de Inglaterra.

Los potawatomis de los Grandes Lagos no oirán la lengua inglesa hasta que los futuros aguirres declaren su propia independencia.

Aun así, tanto los potawatomis como sus primos cercanos y lejanos, saben de la existencia de los ingleses en las orillas orientales del mundo, del mismo modo que los ancestros de

los francos sabían de la existencia de los romanos acorazados en Galia. Mucho antes de verlos, los potawatomis conocen la existencia no solo de los ingleses, sino también la de los franceses en el río que transporta el agua de los Grandes Lagos hasta el océano, y la de los españoles al oeste del río largo, el Misisipi.

Los cazadores y mensajeros traen noticias de las tres direcciones, noticias de grandes muertes, muertes inconcebibles, muertes no solo de individuos sino también de comunidades enteras. Las muertes las traen los extranjeros barbudos que emergieron del océano, aunque la mayoría de víctimas no habían tenido más contacto con los extranjeros que los propios potawatomis.

El asesinato a larga distancia no tiene ningún misterio para los potawatomis, quienes inmediatamente lo reconocen como la hazaña de Wiske el embaucador. Los potawatomis no saben que las ratas infestadas de la peste que desembarcan de los barcos de los invasores no se confinan en sus asentamientos, ni tampoco saben que otros roedores, además del wapití y el ciervo, también son portadores de las infecciones del invasor. En cambio, saben que Wiske una vez violó a unas mujeres aldeanas desde el lado opuesto de un estanque enviando su miembro por el fondo del estanque. No les sorprende lo que escuchan y no se sorprenderán cuando por fin vean los rifles que escupen fuego a manos de los hombres barbudos.

Los potawatomis saben que esta noticia es importante porque la reconocen: Wiske, el de orejas largas y miembro largo, está de vuelta, más malicioso que nunca y mucho menos generoso con los seres humanos de lo que se decía que era. Y, por supuesto, tienen claro lo que hay que hacer con el que tiene el miembro largo: expulsarlo de sus comunidades, exiliarlo en tierras donde la vida es desagradable, bruta y corta, echarlo de los bosques y los lagos exuberantes y llenos de vida.

Las gentes de varias aldeas se reúnen en un lugar que se seguirá conociendo como «el estrecho». Preparan una gran ceremonia de expulsión para deshacerse del monstruo leviatánico como han hecho desde el principio de los tiempos. A mitad de la ceremonia, el compás del tambor pierde el ritmo y las voces que cantan se ahogan en llantos de dolor. El asesino a larga distancia está atacando a los potawatomis del estrecho. La viruela o la peste bubónica llega a los Grandes Lagos mucho antes de que los alcancen sus portadores.

Las aldeas de los potawatomis se vuelven cementerios. Los supervivientes huyen hacia la bahía de los winnebago, muy lejos en dirección al norte. Cuando los jesuitas franceses pisen el estrecho por primera vez una generación más tarde, encontrarán colinas de barro, claros de bosque para los campos de maíz y también rocas pintadas, pero ningún ser humano.

Los supervivientes son pocos. Los recuerdos que se conservan sobre los acontecimientos hablarán de uno de cada veinte. McNeill confirmará que esta cifra correspondería a la tasa de mortalidad de un primer brote de viruela. Las siguientes epidemias de viruela, que tienen lugar cada pocos años, se llevan un número de víctimas menor, pero se alternan con brotes de peste bubónica y otras enfermedades que en Eurasia se conocían desde mucho tiempo atrás como enfermedades infantiles.

Los apologistas que se referirán a los europeos portadores de las epidemias como «nosotros» naturalmente negarán dicho acontecimiento. Exigirán pruebas científicas. Fingirán querer ver y contar los cadáveres, pero en realidad ni siquiera querrán oír que las comunidades potawatomi habían habitado en el estrecho. Los autores de libros de texto infantiles ejemplares describirán a los asesinos que despoblaron las tierras boscosas exuberantes y llenas de vidas como constructores que hicieron florecer el desierto. Dirán «nosotros» hemos convertido las tierras donde nada ni nadie jamás había vivido en prósperos parques industriales, «nosotros» hemos convertido los terrenos vacíos en Disneylands.

Los supervivientes no tienen la capacidad de contradecir los relatos presuntuosos de los apologistas. Los repetidos brotes de peste hacen mucho más que matar a un número ingente de miembros de las comunidades. Las epidemias destruyen las comunidades.

De cuatrocientos, sobreviven veinte. De cuarenta, sobreviven dos. Dos pueden recordar los nombres del tótem desaparecido, pero no pueden reconstituir la música. Si uno de los supervivientes es un cuentista, el otro no es un joven a quien le pueda transmitir sus cuentos, y los cuentos mueren sin ser explicados. Aunque uno de ellos sea un curandero que sabe emplear las plantas, el otro no necesariamente tiene interés por conocerlas. Uno puede que recuerde las canciones o los preparativos para algunas de las grandes representaciones, pero dos o hasta cuatro o seis no bastan para las danzas o para celebrar o festejar.

Algunos se marchan solos, amargados porque sienten que algo, incluso puede que su propio espíritu guía, les ha traicionado.

Otros huyen hacia el ocaso, hacía las llanuras infinitas de más allá del Misisipi, y también hacia las grandes montañas.

Muchos se suman a aldeas de otros supervivientes igualmente desplazados y desorientados, donde se reúnen fragmentos de comunidades.

Los fragmentos unidos no constituyen un todo. Las agrupaciones son campos de refugiados, crisoles, no comunidades. El compás del tambor ha perdido el ritmo. La música se ha desafinado. Las comunidades que se habían conservado desde los principios han sido rotas y los pocos mitos que se recuerdan ya no hablan de ningún comienzo

común porque los fragmentos reunidos no son un tótem y no comparten ningún comienzo.

Los mitos de las personas desplazadas son simples relatos y las grandes representaciones son meras ceremonias. Las maneras de vivir se convierten en maneras de pasar el tiempo. El tiempo que se puede pasar sin ser vivido es el tiempo de la peste, el tiempo del Leviatán, el tiempo his-tórico. La his-toria de los potawatomis y de todos sus primos y vecinos empieza con la peste, y esta historia es su historia.

Las épocas incontables que precedieron la peste a partir de ahora son inaccesibles a la memoria. Las comunidades que recordaban todo su trayecto desde los principios han desaparecido irremediabilmente.

Ahora, su tiempo es el tiempo del sueño, es tiempo irreal, imaginario.

Incluso las palabras que usaremos para describir lo que se perdió, palabras como música, mito, ceremonia y comunidad, estarán tan vacías como lo llegará a estar el continente, porque se referirán a experiencias vividas a las que no tiene acceso ningún ser humano atrapado en la his-toria. Lo que se ha perdido tiene mucha más relevancia humana que aquello que los economistas harán figurar en sus libros de contabilidad.

Las reuniones de supervivientes podrían recuperar algunos de los significados, podrían armonizar algunos fragmentos de música, podrían reconstituir algunas de las comunidades desaparecidas. Pero eso llevaría generaciones, tal vez un sinfín de generaciones. Una de las pocas cosas que sabremos sobre las culturas es que eran muy antiguas. Y los supervivientes ya no están solos. Cuando todavía no se han recuperado de la peste, ya se hallan bajo la amenaza de los invasores, que tienen prisa por acabar lo que la peste empezó.

Los invasores no rompen su alianza con la peste. Al contrario, las ratas bubónicas siguen acompañándoles en las canoas y las piraguas. Los invasores continúan repartiendo la viruela con tanta generosidad como reparten el venenoso alcohol que enloquece a quienes lo toman, con tanta generosidad como reparten las armas de fuego que convierten a las víctimas desorientadas de la peste en asesinos de gatillo fácil. La fuerza de las enfermedades epidémicas disminuye paulatinamente y los invasores recurren a otras armas de su arsenal leviatánico para rematar a sus víctimas, para liquidar a los obstáculos y civilizar a los posibles instrumentos, para transformar América en un campo de trabajo.

De ahora en adelante, o sea, tras el desembarque inicial de los invasores y sus ratas y bacilos, los invasores tan solo se enfrentan a los supervivientes de la peste, a fragmentos de comunidades, a personas desplazadas.

Y sin embargo los fragmentos continúan resistiendo, los supervivientes de la peste continúan expulsando el Leviatán de su entorno, los desplazados se niegan a taparse las heridas con las máscaras y las armaduras de los civilizados.

La resistencia persiste generación tras generación, ante plagas, venenos y explosivos. La historia de dicha resistencia se ha relatado con ardor una y otra vez. Es una historia que no presenta al Leviatán como algo natural para los seres humanos, como lo son las colmenas para las abejas. Es una historia que muestra que el Leviatán es una aberración que no puede imponerse, ni mediante el engaño ni mediante la fuerza, a aquellos seres humanos que conservan el menor vínculo con la comunidad, aunque sea un vínculo frágil como el recuerdo del tiempo onírico.



XXIII

ESTOY IMPACIENTE POR ACABAR LA HISTORIA de la bestia artificial con entrañas humanas. En otra obra, daré más información sobre la resistencia a la americanización que protagonizaron algunas de las últimas comunidades del

mundo. No puedo dar todos los detalles, ni aquí ni allí, porque la lucha contra la his-toría, contra el Leviatán, es sinónima a la vida; forma parte de la autodefensa de la biosfera contra el monstruo que la desgarrar. Y la lucha no ha terminado en absoluto, dura mientras la bestia está animada por seres vivos. Concluiré la his-toria resumiendo, aunque de forma breve, los momentos que llevan a su final.

Al transportar el Leviatán al otro lado del océano, los europeos despliegan el integumento bestial a toda la extensión del globo. En el breve período de unas pocas generaciones, toda la Tierra se sume en las entrañas de una única bestia artificial. Sin embargo, al encerrar la Tierra entera en un solo leviatán, los europeos le hacen un flaco favor a la civilización, porque ponen un punto final a su existencia futura.

Hemos visto que leviatanes anteriores siempre se hallaban en estado de descomposición: cuando se descomponía uno, los otros engullían sus restos. Pero cuando no hay otros, cuando el Leviatán es uno, el cuento, contado por un idiota, que no significa nada, casi ha llegado a su fin.

La civilización, sinónimo del capital, la tecnología y el mundo moderno, que Hobbes denomina Leviatán y Turner, espíritu occidental, está tan socavado por la descomposición como cualquier leviatán anterior. Pero la civilización no es un leviatán entre muchos. Es el Leviatán. Su descomposición final representa el fin del Leviatán. Tras veinte siglos de pétreo sueño contrariados hasta la pesadilla por el mecer de

una cuna, el durmiente está a punto de despertarse por las cadencias de una música olvidada hace mucho tiempo o por el silencio eterno de la muerte sin mañana.

Se dirá que los europeos, que llevan la bestia hasta los últimos sitios de refugio del mundo, y que por lo tanto, ponen un punto final a la existencia de la bestia, no saben lo que hacen. Su ignorancia de sí mismos, de los demás y de la Tierra es proverbial, pero no justifica del todo su comportamiento. Los europeos son zeks, zeks administrativos y zeks lacayos, hijos y nietos de zeks. Aunque alguno de ellos se acuerde de ancestros que no eran zeks, ninguno puede imaginar el mundo de esos ancestros, un mundo que no fuera un campo de trabajo; y no pueden ver lo que no se imaginan, aunque lo tengan enfrente. Es en este sentido que son ignorantes. Sin embargo, saben que están incompletos, que algo en su interior está atrofiado o muerto y les irrita la más mínima sugerencia de que otros poseen aquello que les falta a ellos. Este resentimiento les hace golpear violentamente a cualquiera que vaya de superior, ya que los zeks europeos son grandes igualadores (se autodenominan demócratas) y están obstinados en universalizar su propia condición. En este sentido, no son ignorantes porque saben perfectamente bien qué hacen y por qué.

Los últimos zeks del Leviatán no son reclutas, sino voluntarios. No son un fenómeno del todo nuevo. En los leviatanes anteriores ya había zeks voluntarios, pero tan solo en los márgenes o en los intersticios en que los équites

romanos se hicieron imprescindibles para el funcionamiento continuo de su bestia. Los zeks voluntarios de la Europa en expansión no se encuentran en los márgenes, sino que constituyen tanto el cuerpo como la cabeza de la bestia.

Los zeks voluntarios asumen por vocación las tareas que antaño se imponían por la fuerza. Equipado con una pistola y pólvora, el sucesor de un recluta que se presta para una tarea militar es un auténtico Nerón. La capacidad asesina de su pólvora es igual a la del emperador. Y ante un continente que se vacía a la vez que él avanza, el descendiente de siervos se enfrenta a la perspectiva de convertirse en un Habsburgo, un emperador que tiene un dominio indiscutible sobre un reino de almas muertas.

América es una tierra de promesas para los zeks que se alistan voluntariamente y que ayudan a convertirla en un continente vacío.

Los lazos de servidumbre no se han cortado, ni siquiera se han debilitado, sino que sufren una transformación sutil que los hace invisibles para el zek pionero. Los diezmos y los tributos ya no se pagan a los visibles y odiosos agentes de la parroquia y del señorío. Los tributos se convierten en precios que se pagan en los intercambios o en los mercados, y en dichos mercados lo que cuenta no es la sangre del comprador ni su posición, sino tan solo su dinero. En estos mercados, que son manifestaciones locales de un mercado mundial interconectado, la moneda de oro de cualquier

comprador vale igual que la del emperador. Por lo tanto, un comprador cualquiera no es únicamente un igual del emperador, sino que también es tan libre como él.

Y en nombre de esta libertad los zeks voluntarios se autoimponen tareas que los siervos consideraban penosas. Los trabajos de despejar terrenos llenos de piedras o árboles, trabajos de perforación y excavación, de carga y tracción se asumen con una convicción inaudita.

Si tras tanto esfuerzo y sudor el zek se encuentra en deuda con los comerciantes y prestamistas, su apuro no es peor que el del emperador. Si los prestamistas le conducen a la ruina, se puede ir más hacia el oeste para unirse a los pioneros que vacían nuevas tierras prometidas y renovar su libertad.

El zek voluntario no está resentido con los mercaderes que le han arruinado, porque él mismo es uno de ellos. En cambio, sí que le mosquean los zeks que confían sus tareas más penosas a esclavos importados, aunque no se siente amenazado por ellos porque sabe que los esclavos trabajan sin convicción, y por ello los desprecia. Todavía le amargan más los que llama renegados, es decir los zeks que se sienten en casa en el seno de las comunidades de los supervivientes del continente. Le ofenden los renegados no solo porque son perezosos como los amos de los esclavos, sino también porque prescinden de las comodidades que les situarían en la categoría de humanos (quiere decir civilizados).

Su resentimiento más ardiente lo reserva para las comunidades diezmadas donde encuentran refugio los renegados. Los seres de dichas comunidades no son humanos según él. Son caníbales. También les llamará salvajes, primitivos, indígenas, siempre con el mismo significado. El zek pionero se pasa la vida cumpliendo la voluntad de dios, sudando y trabajando, frustrado por la ingratitud de la Tierra y acosado por los prestamistas. En cambio, los inútiles, los caníbales, se creen que la comida cae del cielo, cazan y pescan como nababs o antiguos nobles, se pasan el día y la noche aullando y dando brincos como lobos alocados.

Si el pionero admitiera el carácter humano de estos, aunque fuera de forma breve, aunque fuera a regañadientes, le explotarían las entrañas, se le derretiría la armadura, se le caería la máscara, porque en ese destello de luz se daría cuenta de que es un zek, que su libertad es autoesclavización y que su civilización mercantil es un campo de trabajos forzados. El demonio querría tentarlo a convertirse en un renegado e, ironía de las ironías, caería, a diferencia de Eva, del trabajo bendito al Edén maldito.

Hasta que los hombres de la Ilustración no le doten de otro lenguaje para la misma empresa, la humanidad del pionero depende de su capacidad de conjurar contra el demonio, de apartar al tentador fuera de su camino. El pionero se define a sí mismo como un convertidor de paganos, un civilizador de lo salvaje. Dicho en un lenguaje significativo, el pionero

se define a sí mismo como un zek comprometido con el exterminio de los seres libres del mundo.

El antiguo lenguaje, el lenguaje de la salvación y de la condenación, del pecado y de la caída, cada vez resulta más arcaico en el país de los confines infinitos, y suele suponer más bien un obstáculo que una guía para los invasores emprendedores. Los saqueadores de lengua española y francesa tienen más apego al viejo lenguaje que los ingleses, y las consecuencias de ello son fatales para los que conservan la mentalidad arcaica.

Los invasores españoles de las tierras del sur salvan todo el oro y todas las almas que llegan a alcanzar, maldicen todo lo demás y luego se petrifican, se petrifican literalmente, se inmovilizan en una cornisa estrecha con miedo a precipitarse hacia el abismo que tienen delante o hacia el que tienen detrás. Mientras el catolicismo se encoge en Europa ante los ataques de los reformadores y los hombres de la Ilustración; se multiplican los curas y se levantan iglesias en la América española, donde las congregaciones de los últimos supervivientes del continente presentan sus respetos a las divinidades toltecas, mayas e incas atrofiadas convertidas en santos católicos. Los descendientes de los *conquistadores*, al estar cada vez más apartados de los grandes logros del leviatán mundial, se convierten en indígenas, es decir, objetos de pillaje para los invasores emprendedores que hablan un idioma más nuevo.

Los invasores franceses de las tierras del norte se encuentran en una encrucijada todavía peor que la de los españoles.

Los curas y los buscadores de tesoros franceses remontan el río a través del cual los Grandes Lagos abandonan la tierra y se encaminan hacia el océano, río que ellos bautizan como río San Lorenzo. El «descubridor» francés del río San Lorenzo descubre pescadores vascos y vizcaínos que le hacen una visita por la desembocadura y sus alrededores y que le presentan a sus eternos habitantes hospitalarios. Los visitantes acorazados, a quienes nadie había invitado, secuestran a varios de sus anfitriones, dejan ratas infestadas de viruela y peste con los demás y regresan a casa con menos oro del que esperaban encontrar en un Tenochtitlán del norte.

Decepcionados con su botín inicial, los carroñeros francófonos no vuelven allí hasta tres generaciones más tarde, viaje en el que dan con el tesoro que buscaban. Hallan oro y almas.

El oro que encuentran no es mineral sino animal: oro de marta, de rata almizclera, de castor. Encuentran un suministro de abrigo de piel aparentemente inagotable, y cuanto más remontan el río, más abrigo encuentran.

Los abrigo eran antes las prendas de invierno de la abundante población que habitaba en aldeas que salpicaban ambas orillas del río que ahora se llamaba San Lorenzo.

Los emplazamientos de las aldeas todavía se pueden ver, pero sus habitantes, inexplicablemente, han desaparecido.

Dicha desaparición es inexplicable tan solo en los anales de los escribas de los invasores. Propagar epidemias no es algo honorable ni valiente a ojos de los descendientes de los francos ni tampoco es cristiano a ojos de los curas franceses. Además, los teólogos franceses no tienen ninguna intención de sopesar los pecados de infestación y los de canibalismo, y a los inquisidores franceses tampoco les preocupa identificar los autores de un y otro pecado. Los espejos franceses no están hechos para eso.

Los franceses ven con sus propios ojos cómo se marchitan las grandes comunidades y, aun así, sus cronistas no dicen ni pío, atraviesan las aldeas despobladas de puntillas como si anduvieran sobre huevos. Los cronistas incluso se inventan guerras al estilo europeo entre «tribus» ficticias para dar una explicación acerca de las grandes aldeas vacías.

Los franceses no pueden explicar sin cierta vergüenza la causa de su buena fortuna, puesto que ello aminoraría la grandeza de sus logros.

Los abrigos de piel aparentemente inagotables provienen de tres generaciones de víctimas de la peste.

Las epidemias en sí no llegaron todas de la mano de los

des-cubridores franceses del San Lorenzo. Algunas enfermedades, sin duda, llegaron con los predecesores vascos y vizcaínos de los des-cubridores y otras viajaron hacia el norte por la costa portadas por animales o bien por aventureros holandeses o ingleses.

Los franceses del San Lorenzo recogen los frutos de la peste. Los navíos de la compañía real de aventureros regresan a casa cargados de abrigos de piel que venden a los sombrereros que los aguardan y con los que sacan beneficios inesperados. Gracias a las pieles de animales muertos –que en su momento protegían a las víctimas de la peste del frío invernal– se levantan las ciudades, las fortalezas y las misiones.

Al mismo tiempo que las pieles viajan hacia los sombrereros, los misioneros franceses recogen una cosecha de almas. Se dirigen hacia los hombres desarraigados, las mujeres sin hogar, los niños huérfanos, hacia los supervivientes de comunidades que habían sido numerosas.

Los curas ponen un gran empeño en aprender las lenguas de los supervivientes porque tienen un mensaje urgente por comunicarles: el Salvador ha venido hacia los desplazados, los desorientados y los pobres para sacarlos de su miseria y convertirlos en sujetos del reino del rey Luís.

Los parientes adultos de los potawatomis reconocen a Wiske bajo las vestiduras negras del misionero, pero sus

hijos se convierten en católicos franceses. Las mujeres convertidas encuentran trabajo confeccionando pieles y los hombres convertidos, cazando nuevas pieles, pero pocos de ellos se vuelven católicos franceses prósperos, porque los sombrereros del otro lado del océano siguen prefiriendo las pieles ablandadas, engrasadas por años de uso, a las nuevas pieles ásperas y difíciles de trabajar.

La América francesa prospera, pero no por mucho tiempo. Los barcos de pieles saturan el mercado europeo y los beneficios inesperados llegan a su fin. Es algo temporal. Se repite, pero de nuevo, solo temporalmente. El rey ordena que se quemen varias cargas de pieles y los precios vuelven a subir.

Sin embargo, un trastorno mucho mayor golpea la América francesa. Los jóvenes franceses huyen de los centros de civilización. Se convierten en renegados. El Leviatán pierde el control sobre sus entrañas humanas. En el lenguaje de los cronistas atemorizados, los franceses civilizados se convierten en salvajes, mientras que ningún salvaje se civiliza; incluso los conversos católicos regresan al salvajismo cada vez que las puertas se quedan entreabiertas.

Este fenómeno es algo parecido a una «contrapeste»: los centros de la civilización se despueblan, mientras que las aldeas diezmadas se repueblan con barbudos adoptados. La pregunta «¿Quién abandonaría las comodidades, etc.?» se responde con decisiones y actos que los tribunales y el clero

franceses no pueden mantener en secreto porque la deserción es tan amplia que provoca un escándalo. La respuesta es: «todos los que pueden». Siglos más tarde, los últimos descendientes de los winnebago, los ottawa, los potawatomis y de otros pueblos amontonados en campos de concentración por los ejércitos del presidente Jackson todavía conservarán los nombres franceses de los renegados.

Esta no es la primera huida de seres humanos de las entrañas del Leviatán. He mencionado muchos otros ejemplos de dicho fenómeno. También hay ejemplos que lo ilustran en la América española, inglesa y holandesa, unos más y otros menos escandalosos para los guardianes de las puertas de la civilización.

Lo que, en cambio, apenas tiene precedentes en esas huidas hacia el mundo preamericano es el hecho de que los refugiados o renegados realmente llegan a ser miembros de comunidades activas. Dichas comunidades son restos fragmentados en comparación con lo que habían sido, en el tiempo onírico; pero aun en su condición diezmada ofrecen a los adoptados una abundancia de libertad, parentesco y comunidad que no había estado al alcance de los europeos durante mucho tiempo. Los descendientes de los renegados franceses se presentarán más tarde como cuentistas, curanderos, conservadores de canciones y organizadores de ceremonias, como defensores y protectores de las culturas de sus anfitriones.

Los primeros renegados franceses no son adamitas ocultos, radicales que buscan el edén. Al contrario, son vástagos de la civilización colonial francesa, algunos de ellos incluso son hijos de aristócratas. Lo que les permite comparar el atractivo relativo de ambos modos de vida se presenta como una consecuencia involuntaria de la organización del comercio de pieles. La compañía envía navegantes, *voyageurs* para recaudar los abrigos de piel de todas las aldeas accesibles por agua, dado que no pueden transportarse grandes cantidades de pieles por vía terrestre, Los *voyageurs* se desplazan solos o por parejas, puesto que el objetivo es regresar con el navío cargado de pieles, no de pasajeros.

Un individuo solo, y algunas veces dos también, no debe soportar la presión de censura que reprime a un miembro de un grupo, la presión de conservar la armadura ajustada y la máscara apretada. Por lo tanto, un individuo es capaz de responder a la hospitalidad, la amistad y el amor que se le ofrecen. Y en cuanto responde a ello, su rigidez empieza a diluirse. Ha llegado como un carroñero, pero si sus anfitriones le proponen ser uno de los suyos, tarde o temprano, se da cuenta de que puede ser algo más que un zek en un campo de trabajo.

Los curas franceses maldicen a los renegados y les amenazan con excomulgarlos. Los gobernadores franceses importan las últimas tendencias de moda parisinas para las jóvenes de Quebec y Montreal y envían expediciones

punitivas contra los renegados, pero hay miembros de estas expediciones que también desertan.

De hecho, los únicos soldados franceses en los que pueden confiar los gobernadores son los que acaban de llegar de Francia. Y la Nueva Francia se defiende de la Nueva Inglaterra ofreciendo grandes regalos y haciendo promesas todavía mayores a quienes todavía llama *les sauvages* pero a los que trata cada vez con mayor respeto, porque ahora son su gente, son parientes de verdad, no en sentido figurado.

Los ejércitos de Nueva Francia están compuestos de guerreros ottawas, ojibwas, potawatomis y wendat, y esos guerreros, aunque empuñen armas europeas, tienen sus propias estrategias y sus propios objetivos. Tales estrategias y objetivos probablemente no incluyen una reconstitución de las comunidades del tiempo onírico con la ayuda de los parientes barbudos inmunes a la peste, pero jamás averiguaremos su contenido. La existencia de la Francia americana se interrumpe pronto con los racistas anglófonos codiciosos.

Los invasores anglófonos que, por último, acaban engullendo todas las tierras septentrionales no se permiten enzarzarse en relaciones de parentesco con los anteriores

habitantes del continente. Ellos también se escandalizan con los renegados que abandonan los campos de trabajo y jamás vuelven al estilo de vida de los zeks, pero no se escandalizan y punto. Levantan barreras infranqueables entre ellos y los habitantes del continente que han sobrevivido, barreras que son precursoras de las vallas de alambre de espino electrificado de nuestros tiempos.

Esos cristianos ingleses se orientan con una terminología que no proviene de su cristianismo, sino de su práctica de cría de ovejas, caballos y perros. Términos como cruce, hibridación y mestizaje se convierten en las líneas de guía para deshumanizaciones inauditas. Se cataloga, estigmatiza y clasifica permanentemente a los seres humanos en razón de su herencia, de su supuesta sangre. Ninguna conversión religiosa, ningún servicio ofrecido ni ningún impuesto pagado puede eliminar el estigma. Los categorizados y toda su descendencia están marcados para siempre. Si quieren sostener una barrera así, los renegados ingleses tienen que fortificarse con una determinación y un coraje que sus homólogos franceses y españoles no necesitan.

Los invasores que establecen las pautas de toda la empresa inglesa, los progresistas que encabezan el Leviatán, los pioneros *tout cauri*, son los nuevos ingleses que se consideran puristas o puritanos.

Los nuevos ingleses, que son vecinos cercanos de los franceses del río San Lorenzo, están rodeados de renegados

pocas estaciones después de llegar. Los puristas se establecen en Plymouth, despoblada por la peste, y en colaboración con ellos, los que no lo son se afincan entre los habitantes supervivientes de las costas, en un lugar que los renegados denominan Mare Mount o Merry Mount.

Los no puristas de Merry Mount dejan que sus ojos se deleiten ante la belleza del continente y que gocen sus oídos con la música de los aldeanos. Se dejan poseer por sus anfitriones, con quienes bailan alrededor de un mayo, símbolo de la fertilidad. Dejan que se les caigan las armaduras y las máscaras. Y se ríen de los zeks mezquinos y tercios que se escaparon de un campo de trabajo solo para encerrarse en otro que han creado ellos mismos en una tierra inhóspita para los campos de trabajo.

Los puritanos no se escandalizan y punto, sino que enloquecen de rabia a causa de los renegados alegres que ponen de manifiesto los colmillos represivos que se esconden detrás de su pureza. Envían una policía puritana, dirigida por el famoso asesino Miles Standish, para devastar Merry Mount y abatir el mayo, el símbolo de la fertilidad. Purifican América, la limpian de mayos.

Uno de los supervivientes de la purga puritana, un tal Thomas Morton, seguirá denunciando con burla a sus represores en un poema satírico que titulará *el Canaán de Nueva Inglaterra*.

Los puritanos y sus sucesores hablarán mucho del destino y de la predestinación y se creerán los poseedores de bonos, generadores de intereses, del Destino mismo. No obstante, el camino de esos usureros está plagado de tantas extrañas peculiaridades y crueles ironías como los caminos de cualquiera de sus predecesores leviatánicos.

Mencionaré tan solo algunas de las mayores de esas ironías. En primer lugar, los puritanos no son herederos espirituales de los cruzados católicos que asaltaron las tierras de los infieles, son herederos espirituales de las víctimas de los cruzados, herederos de los albigenses, de las beguinas y los begardos, de Wyclif y John Ball, de los lolardos radicales y los campesinos insurgentes. La rabia que les enloquece no proviene del fuego de Ahriman, el fuego que consume la luz para sumergir el mundo en la oscuridad, sino del fuego de Ahura Mazda, el fuego que expelle la oscuridad. Su proyecto proviene, no de la herencia de los creadores y conservadores del Leviatán, sino de la de quienes huyen de él, la herencia de los que se rebelan contra el Leviatán. Y su proeza no radica en haber realizado este proyecto, sino en haberlo invertido por completo. Este logro puede considerarse extraordinario porque, sin lugar a dudas, no ha tenido equivalente desde el día en que el culto de crisis antirromano apareció como la Iglesia de Roma.

Ahora bien, dicha inversión de la herencia radical de Europa no abarca toda la tarea que llevaron a cabo los puritanos que se instalaron en las orillas del Nuevo Mundo.

Cuando los europeos vikinguizados empezaron a expropiar a los judíos y a los musulmanes y a entretenerse con los beneficios obtenidos del comercio y los intereses provenientes del préstamo de dinero, experimentaron una pérdida que jamás llegarían a compensar con sus ganancias monetarias. Los *burghers* perdieron el paraíso, tanto en esta vida como en la vida después de la muerte. Los nobles europeos podían alcanzar el paraíso matando a infieles y los campesinos europeos podían alcanzarlo matando a curas y nobles, pero los *burghers* no podían alcanzar sino mero dinero. Habiendo expropiado las empresas y las costumbres de los musulmanes, pero no su dios misericordioso, los mercaderes europeos no podían ni siquiera esperar el paraíso terrenal prometido por Alá.

Puesto que todos eran buenos cristianos, los usureros europeos de ningún modo podían evitar sospechar que eran los instrumentos de Satanás, pecadores en este mundo, condenados sin remedio en el otro mundo. La desolación que emanaba de tales consideraciones llevó a la mayoría de *burghers* a limitar sus pensamientos a sus libros de contabilidad y dejar la reflexión para los clérigos.

Aun así, algunos comerciantes tenían la determinación de encontrar un sustituto para el misericordioso Alá, estaban tan decididos que no se retrajeron al colocar al mismo Mammón en las puertas del cielo. Si un hombre pobre podía cruzar tranquilamente el umbral celestial, un hombre rico podría, sin duda alguna, comprar su entrada.

El *burgher* suizo Calvino incluso negará a los pobres el acceso libre al paraíso. Según él, la pobreza no otorga tales privilegios. Los elegidos son señalados con anterioridad, o incluso fuera del tiempo, y las fortunas, o la falta de ellas, de los pecadores no afectan en absoluto a su destino final.

Calvino abre las puertas del paraíso a los comerciantes, pero no les otorga salvoconductos tangibles. Los pasaportes para el paraíso son expedidos para y por los puritanos. Y, lo creamos o no, los pasaportes de estos cristianos son los mismísimos beneficios e intereses provenientes del comercio y la usura.

Los puritanos no manipulan las enseñanzas de Calvino, no leen entre líneas. La exactitud de sus libros de contabilidad obedece a la mentalidad que tienen de tomarse las cosas al pie de la letra. La élite y los condenados, igual que el resto de la creación, están predestinados. Las señales de esta predestinación son, de hecho, un libro abierto, visibles para cualquiera que sepa leerlas. También pueden verse, leerse, sentirse señales inconfundibles de salvación. La élite sabe que se salvará. Sus ahorros de este mundo indican su salvación en el otro mundo.

Los beneficios e intereses de los puros sustituyen las miserias de los pobres como pasaportes para el cielo, como inversiones en el paraíso. A los pobres, que no tienen nada que invertir, se les excluye, están predestinados a la condena debido a su pobreza. Y los impuros, los pródigos y

los libertinos, con su gran pompa, se encuentran obviamente fuera de la liga ya desde el principio, porque son las crías de Satanás. No solo las puertas del cielo se abren, en efecto, ante los comerciantes puritanos, sino que no se abren para nadie más.

Perseguidos por los agentes de la bestia justamente a causa de su virtud, los puritanos escapan de la bestia del mismo modo que los israelitas escaparon de Egipto. La analogía no es mía, sino suya. Son ellos mismos los que van a buscar sus predecesores en el Moisés acorazado y en los hijos de Leví. Los puritanos se retiran del libertinaje de Egipto y navegan hacia la tierra prometida, que llaman Canaán.

Otros, entre los cuales los radicales ingleses, los begardos franceses, los taboritas y los adamitas moravos, habían soñado en esa tierra prometida, en un paraíso terrenal colmado de comunidades de seres humanos que sabrían cómo disfrutar y celebrar la espléndida generosidad que les rodearía.

En cambio, para los israelitas ingleses puros que, de hecho, llegan a alcanzar la tierra prometida, la promesa no se encuentra ni en la tierra ni en sus comunidades supervivientes, sino en los propios puritanos, se encuentra en ellos irrevocablemente, sin remedio, de manera predeterminada. Y nada de lo que ven, oyen ni tocan puede hacer temblar la roca del conocimiento puritano.

Los puritanos son los primeros americanos y, a partir de entonces, donde sea que el destino manifiesto les lleve será América, porque no es un lugar sino una condición, una manifestación de los elegidos predestinados y autoproclamados. Los puritanos lo llaman Canaán, y con razón. En efecto, Canaán es la tierra de las promesas. Lo que se promete a los israelitas es dominio sobre los peces del mar, las aves de los cielos, y todas las bestias que se mueven sobre la tierra.

Los israelitas ingleses han venido para desnudar la tierra de las promesas. Su intención es hacer que los desiertos florezcan, porque ellos mismos son los desiertos.

Los habitantes reales de la nueva Canaán exuberante ya están destinados al exterminio antes de que los puritanos los encuentren, puesto que los israelitas ingleses saben que ellos echarán fuera al cananeo y al amorreo, al heteo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo...

Y consumirás a todos los pueblos que te da el Señor tu Dios; no los perdonará tu ojo...

Mal equipados para su llegada a una Canaán que no está emplazada entre Egipto y el Creciente Fértil sino en climas más fríos, los nuevos israelitas no rechazan los regalos que les ofrecen las personas que siguen siendo hospitalarias tras tres dolorosas generaciones de peste. Los puritanos aceptan los abrigo de invierno que les ofrecen sus anfitriones

–abrigos que originarán el comercio de pieles de Nueva Inglaterra– y aceptan, como regalos, los precursores de la mazorca de maíz, del ayote del día de Acción de Gracias, de la calabaza de Halloween y de las judías de Boston, todos cien por cien americanos, regalos gratuitos que los comerciantes de alimentos de América venderán al mundo.

Los puritanos, para cumplir su destino, se preparan para el ataque, un ataque que siempre han sabido que era inevitable, predeterminado, puesto que ya está consumado en el libro más sagrado, pero los regalos les cohiben. Suponen que los cananeos, los amoritas o los hititas no acogieron a los primeros israelitas de un modo tan generoso que les había desarmado. Seguramente los cananeos dieron a los israelitas una señal, un pretexto, una provocación.

A falta de pretextos, los puritanos tienen que inventarse uno, lo cual no representa un problema para los puros. Los habitantes del Nuevo Mundo no son puritanos. Todas sus usanzas, en especial su aversión por el trabajo, los clasifican como instrumentos de Satanás, como paganos malditos destinados a la condena. Esta provocación basta para el primer ataque y para todos los que siguen, basta para una guerra total contra todos los habitantes supervivientes del continente.

Los primeros cananeos en caer bajo los flagelos del dios leviatánico son los primos costeros de los potawatomis de los Grandes Lagos, llamados pequot. Los puritanos atacan

mientras los pequot duermen. En palabras de un perpetrador de la masacre, uno de los elegidos prende fuego a la pólvora mientras otro enciende una antorcha y, al lanzarla sobre las esteras con las que se cubrían, incendió las casas. [Ambos fuegos] reunidos en el centro del fuerte [como el puritano decide llamar la aldea pequot] resplandecían del modo más terrible y lo quemaron todo en el espacio de media hora. Muchos individuos valientes se negaron a salir y lucharon con la mayor desesperación entre las empalizadas, de modo que se chamuscaron y se quemaron con las mismísimas llamas y fueron privados de sus armas...

La valentía de esos individuos no caerá en el olvido. El enemigo vencido en esta primera victoria militar americana se describirá como algo formidable, como un Goliat enfrentándose a David. Esos individuos audaces y vigorosos pueden ser contenidos tan solo mediante las medidas más severas, como el asesinato de mujeres y criaturas, algo inaudito en el Nuevo Mundo, que ha sido introducido en este continente por los propios elegidos de Dios. El dios de Israel, y de la nueva Israel, no tiene ningún respeto por las personas, sino que las atormenta, las sierra, las mata a punta de espada, dándoles la muerte más terrible que pueda haber. Algunas veces, las Escrituras declaran que las mujeres y las criaturas deben perecer con sus padres. Otras veces, la situación cambia, pero no lo vamos a debatir ahora. La palabra de Dios nos ha alumbrado suficiente para nuestros procedimientos.

Los puritanos no lo discuten ni ahora ni más tarde. Establecen el precedente. A partir de entonces, las mujeres y las criaturas fallecen de forma sistemática.

Los defensores de los puritanos alegarán, con la intención de dar una justificación militar pero no económica, que el continente vacío rebosa de tribus belicosas, todas ellas llenas de individuos inhumanamente valientes.

Valientes desde luego lo son, y audaces y determinados, algunas veces incluso estiran los límites del aguante humano, lo cual no puede decirse de los incendiarios armados con rifles que esperan para disparar a los enemigos que no se han quemado por completo.

¡David, por supuesto! La historia de los Goliats de este continente se construye a partir de una inversión deliberada y malintencionada del término «guerrero», un término que los invasores han adquirido de los pueblos que habitan los bosques de este continente. Enfrentamientos comparables a las supuestas guerras protagonizadas por guerreros de dicho continente se conocen en Eurasia como asaltos y contiendas desde los tiempos de las máquinas militares sumerias.

Dichos asaltos y contiendas requerían formas de bravura que los soldados no necesitaban en el ejército imperial de Lugalzagesi y que llegan a ser superfinas e, incluso, indeseables en la época de las pistolas y la pólvora.

Al usar la palabra «guerra» con tal de cubrir las proezas, tanto de los valientes como de los puritanos, los apologistas magnifican los asaltos y las contiendas de los valientes mientras que minimizan las hazañas de los puritanos, hazañas que ya son completamente guerras modernas de exterminio en masa, hazañas que en nuestros tiempos se llamarán genocidios. Los apologistas que se estremecerán al pensar en asaltos y contiendas, a la vez que normalizarán el genocidio, no demostrarán ninguna moralidad nueva y progresista, exhibirán la más antigua y repugnante hipocresía.

La masacre de los pequot no es una mancha aberrante en la historia pacífica de los elegidos de Dios en la tierra prometida.

La masacre de los pequot es el modelo de todo lo que viene después y los puritanos siempre están listos para lo siguiente. Actúan del mismo modo con todos los que les traen comida y ropa, les guían por los caminos del bosque, les enseñan a recoger el sirope del arce. Son todos cananeos, amalecitas y amoritas, y están instalados en Canaán tan solo para poner a prueba la capacidad de los puritanos de cumplir su destino.

David no pinta nada ahí. Goliat es el puritano y el dios de Goliat no es otro que Optimus Maximus, el cual obtendrá su encarnación final en América bajo la forma del dólar.

Los habitantes de la costa son reducidos a topónimos de Nueva Inglaterra. Los diferentes pueblos del este, los tótems, los clanes y las federaciones de pequot, de narragansett, de massachusetts, de wampanoags, todos llamados tribus por los lectores de la Biblia, no serán considerados seres humanos, sino cosas, obstáculos en el camino del progreso americano.

La humanidad de las víctimas de los puritanos no se reconocerá hasta nuestros tiempos. Dicho reconocimiento deberá esperar hasta que los imitadores nazis de los pioneros de América cometan actos similares contra doctores, abogados, comerciantes y científicos. Solo entonces aparecerán cantidad de libros reveladores que hablan con empatía y una imaginación viva de las comunidades desaparecidas de seres humanos libres que fueron diezmados, pero no quebrados, masacrados, pero no derrotados y desplazados, pero no domesticados.

Esto no quiere decir que deje de haber radicales o renegados en la América inglesa.

Sí que hay radicales, y en tales cantidades que la élite predeterminada de Nueva Inglaterra todavía no ha acabado de masacrar a los narragansett cuando se pone a colgar a los inconformistas, a encarcelar o deportar a los radicales, a vender disidentes como esclavos o quemarlas como brujas.

Los elegidos de Dios silencian a los radicales, en efecto. Y

lo hacen con tal energía que podemos preguntarnos de dónde sacan el tiempo los salvados para salvarse. Sin embargo, para salvar sus ahorros no tienen ningún problema, y además los invierten en flotas de barcos. Estos navíos exportan a África productos que crecen en tierras pequot y narragansett. Allí, los navíos llenan sus bodegas de seres humanos «predestinados» a ser esclavos en Virginia. Los barcos regresan a casa con algodón y tabaco de Virginia. Si se pudiera exorcizar el radicalismo de una vez por todas, toda esta empresa funcionaría como la seda.

Canaán se convierte en una pequeña Inglaterra, en un pulpo artificial que envía sus tentáculos a todos los rincones del globo. El Nuevo Mundo se convierte en lo mismo que el Viejo. O, mejor dicho, el Viejo Mundo consume el Nuevo Mundo, el Nuevo Mundo deja de ser una entidad separada y se integra un único imperio comercial. En el seno de este imperio, que en realidad es una red de intercambios o mercados, los Estados compiten por las posiciones privilegiadas e Inglaterra está muy por encima de todos sus contrincantes, por una razón que no es tan complicada como los his-storyadores a veces querrán hacer creer.

Hemos visto que en los asuntos comerciales los leviatanes con forma de pulpo tienen una ventaja clara sobre los artificios con forma de gusano, porque los segundos tienden a devorar el contenido de sus barcos y así mandan sus fuentes de riqueza, es decir sus propias flotas comerciales, al fondo del mar. Holanda es demasiado pequeña para mantenerse

como contrincante durante mucho tiempo. España y Francia son monstruos terrestres que no pueden mantener sus flotas en circulación permanente entre lugares donde algunas cosas abundan y lugares donde el mismo producto es escaso, como hace la Inglaterra insular. De esta manera, Inglaterra se convierte en la metrópolis de un leviatán que muy pronto abarca el mundo entero; y la América inglesa no es un puesto avanzado o un margen de esta metrópolis, sino una parte integral de ella.

Aun así, los radicales ingleses todavía piensan que dejando atrás Inglaterra y embarcándose hacia América pueden abandonar el Viejo Mundo y alcanzar el Nuevo.

Esto es cierto solo para aquellos que se convierten en renegados, los que abandonan no solo Inglaterra, sino también América, los que se dejan adoptar y poseer por las comunidades del continente que quedan. Dichos renegados siguen siendo numerosos y pocos de ellos optan por volver a la civilización, aunque solo sea para explicar sus historias. De hecho, se dice que la «colonia perdida» de Raleigh, situada en las costas arenosas del continente, se desplazó hacia el interior y sobrevivió cazando, pescando, cantando y bailando, y ni Virginia Daré ni ninguno de sus parientes o descendientes quisieron revelar ni su identidad a los sucesores de Raleigh, amos de esclavos.

El silencio de los renegados no se lo imponen ellos mismos. Los acorazados, los civilizados, son quienes se lo imponen,

aquellos que no tienen más capacidad de entender, o ni siquiera oír, a un renegado de la que tienen para entender u oír a quienes no son zeks o no se pasan la vida en campos de trabajo.

Los disidentes o los radicales que se trasladan de Inglaterra o Europa hacia la América inglesa no llegan tan lejos como los renegados, de hecho, pueden cubrir la misma distancia quedándose en su lugar. Los famosos cuáqueros y los menos conocidos Unitas Fratrum, conocidos en América simplemente como moravos, figuran entre los radicales europeos que emprenden este viaje.

Los primeros cuáqueros forman parte de un movimiento que pretende poner el mundo patas arriba, por lo menos en Inglaterra. Quien describirá en nuestra época el radicalismo de este movimiento será Christopher Hill, Las raíces de dicho movimiento yacen en las revueltas previas de radicales y campesinos ingleses, y se remontan, a través de las beguinas, los begardos, los Hermanos del Libre Espíritu y los albigenses, a las corrientes antileviatánicas que precedieron el culto de crisis antirromano. Esas corrientes radicales estallan una vez más durante la llamada Revolución inglesa.

Mientras que los que tienen dinero y se creen los elegidos de Dios eliminan al rey y al arzobispo para instalarse en los despachos del poder inglés, los radicales, que integran el ejército que lleva a cabo el derrocamiento, pretenden eliminar el poder de la aristocracia, de la Iglesia y del dinero, y

reconstituir el Edén adamita en la Tierra. Personas llamadas familistas, cavadores, *ranter*s y los primeros cuáqueros figuran entre los radicales que intentan derrocar la jerarquía, la ley y el privilegio.

Las clases altas protestantes, tergiversando igual que los católicos experimentados, establecen lo que llaman su *Commonwealth* e inmediatamente silencian a «los campesinos, los payasos y la gente vulgar», quienes podrían «seguir nuestro ejemplo» y derrocar tanto a las clases altas protestantes como a la Iglesia protestante.

Los cuáqueros sobreviven a la represión, pero se quedan raquíticos y abatidos. Todavía esperan un Edén terrenal, pero se vuelven extremadamente pacientes. Renuncian a la resistencia armada, puesto que reconocen que la victoria del ejército radical ha desembocado en una tiranía por parte de los generales. Siguen rechazando las jerarquías leviatánica de riqueza y poder, pero en la práctica limitan su radicalismo a la denuncia de la deshonestidad y la hipocresía de los jerarcas.

Incluso esta práctica moderada hace de los cuáqueros una pesadilla para los puritanos americanos, quienes acosan, deportan y ejecutan a los radicales insulsos con la crueldad de los inquisidores católicos y de los cazadores de herejes.

Los primeros cuáqueros de América se oponen al exterminio de los habitantes originales del continente, pero,

aunque algunos se convierten en renegados, la mayoría poco a poco va adquiriendo la deshonestidad y la hipocresía que antes denunciaba. Ya fueran campesinos o bien artesanos en Inglaterra, en América todos se convierten en hombres de negocios y, al igual que los otros invasores, obtienen sus primeros beneficios excepcionales expropiando a los habitantes originales. Al renunciar a las armas, así como a los métodos incendiarios de los puritanos, los cuáqueros recurren a maniobras legales y a engaños descarados para despoblar su territorio, que se llamará Pensilvania, de sus habitantes originales con la misma obcecación que los violentos invasores del continente vacío. Como Moisés, solo buscaban un nuevo mundo cuando se hallaban inmersos en el antiguo, al marcharse se llevan el mundo antiguo en su interior.

Los hermanos unidos, conocidos en América bajo el nombre de moravos, llevan a América una herencia radical tan antigua como la de los cuáqueros. Las raíces de dicha herencia se encuentran en Europa central, concretamente en Tabor.

Hemos visto que la herencia de Tabor se remonta a los valdenses, a los Hermanos del Libre Espíritu, a los albigenses y, todavía mas lejos, a los bogomilos búlgaros, a los maniqueos persas y a los antiguos zoroástricos.

Después de que los últimos taboritas fueran reprimidos, primero por parte de sus aliados husitas y luego por parte de

sus enemigos católicos, los grupos aislados y secretos de los taboritas supervivientes conservaron, aunque no el compromiso, la memoria del intento de reconstruir el paraíso en los alrededores de Praga. Muchos de ellos participaron en las grandes rebeliones campesinas ferozmente reprimidas por los aristócratas militares alemanes, con la bendición y la incitación de Lutero. Rotos e intimidados por una persecución sin fin, los taboritas que todavía sobreviven deciden demostrar al mundo que no son los fanáticos que les tildan de ser, que no han venido para prenderle fuego al mundo leviatánico. Uno de los más famosos de esos taboritas, Jan Amos Komensky, rebaja el fuego del revolucionario a la luz del educador.

Acosados incluso como educadores, los últimos taboritas rebajados acaban por abandonar Europa y se dispersan por todo el mundo. Algunos tratan de establecer nuevos Tabor en América. La mayoría solo logra fundar una Iglesia morava. Sin embargo, los hay que se aventuran por los márgenes de América y conocen a la gente que es perseguida con tan poca piedad en el Nuevo Mundo como lo fueron los taboritas en el Viejo.

Esos moravos no pueden sino reconocer que las comunidades que se encuentran fuera de los márgenes de América comparten rasgos con los adamitas casi olvidados. Se arman de valor, algo muy peligroso en la América racista, y se dejan adoptar por las comunidades supervivientes de mahican, lenni lenape, shawano. Dado que son incapaces de

desembarazarse del regalo que hizo Komensky a su Iglesia, los moravos que se instalan fuera de los márgenes no se permiten devenir hermanos e insisten en ser maestros, aunque sea su alma y no la de sus anfitriones la que emana una luz tenue. Así pues, en vez de participar en las fiestas del amor de los shawano, los maestros extranjeros los persuaden para que asistan a las fiestas del amor, muy pobremente conservadas, de los adamitas, las cuales están tan desfiguradas que a ojos de todo el mundo se parecen a una misa cristiana.

Los moravos conservaban suficiente herencia para arribar al umbral de las comunidades, pero no la suficiente como para atravesarlo. Dichos herederos espirituales de Tabor son los primeros misioneros ingleses de América. A diferencia de los misioneros posteriores, los moravos respetan y admiran a sus anfitriones porque, a pesar de sus máscaras y armaduras pedagógicas imposibles de quitar, los maestros sospechan en todo momento que Tabor se encuentra del otro lado del umbral. Sus profusos libros y periódicos son únicos por la empatía y la comprensión con las que los autores describen las usanzas de sus anfitriones. De hecho, esos libros y relatos inspirarán a la mayor parte de la escasa literatura en la que los racistas americanos como James Fenimore Cooper conceden una pizca de humanidad al otro desaparecido.

Aunque no sean más que misioneros, los pioneros odian a

los moravos con el mismo odio reservado para los renegados. Ver a maestros moravos que viven en respeto mutuo con «indios salvajes» vuelve locos a los pioneros, les inspira una ira asesina característica de los grupos de linchamiento americanos. Los habitantes del continente son sabandijas para los impacientes pioneros, quienes no pueden esperar para exterminarlos y, así, apropiarse de sus campos, bosques y arroyos y violarlos. En dos de las masacres más cruentas que jamás se han perpetrado, la masacre de Paxton y la masacre de Gnadenhutten, los colonos del progreso y la civilización americana atacan a los aldeanos mahican, lenni lenape y shawano que habían acogido a los maestros moravos y habían entablado amistad con ellos. Aunque no hay ni un solo guerrero entre esos aldeanos, los pioneros enfurecidos los descuartizan.

Y consumirás a todos los pueblos que te da el Señor tu Dios; no los perdonará tu ojo...

Ni perdón, ni respeto, ni comprensión. América significa que la libertad, el parentesco y la comunidad se extingan, y también que se desvanezca el recuerdo de ello.



XXIV

LOS AGUIRRES ANGLÓFONOS QUE EXPANDEN LA MUERTE, la esclavitud y una miseria cada vez más cruda por todo el continente des-cubierto hablan con gran elocuencia de la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Los contrarios se fusionan, los antónimos devienen sinónimos en la frontera donde todos los conflictos se reconcilian.

Los zeks luchan codo a codo con sus guardianes, los deudores con los acreedores, los prestatarios con los banqueros, los papanatas junto con los estafadores en el espectáculo más fraudulento desde la primera cruzada.

La desolación más inimaginable se expande a incontables jerusalenes. Solo en las tierras boscosas del norte, donde el general Washington ordena al general Sullivan «destruir por completo las aldeas de los iroqueses», Anthony Wallace explicará que la lista de destrucción es larga (y le mereció a Washington el nombre de Destrozador de pueblos): tres pueblos en el río Chemung; tres pueblos en el río Tioga; la docena entera, o más o menos, de los pueblos cayuga y seneca en los lagos Cayuga y Seneca; la media docena de pueblos seneca en el camino que lleva al río Genesee por el oeste; y el conjunto de campamentos en Genesco mismo... Antes de la Revolución, las Seis Naciones y sus protegidos habían vivido en una treintena de pueblos prósperos esparcidos desde el río Mohawk hasta el lago Erie y la región de Ohio. De todos esos pueblos, en la primavera del 1780 solo dos sobrevivieron indemnes. El resto estaban reducidos a cenizas o vacíos, descomponiéndose en lluvia y viento...

Para los ojibwas, los potawatomis y los miamis de los Grandes Lagos, que los ejércitos de Washington no han alcanzado, que representan el siguiente confín, este terror

que se hace llamar América no trae vida, ni libertad, ni felicidad, sino que se trata de un Wiske completamente loco. Tras devorar a los franceses, los ingleses vencedores declaran una guerra contra sí mismos y, bajo el disfraz del fratricidio, se disponen a asesinar y expropiar a los habitantes originales del continente que todavía quedan.

La ostentosa Declaración de Independencia, como la proclamación de la primera cruzada, es una maniobra de un juego secreto, un estandarte concebido para poner a los zeks del lado de sus guardianes. La libertad que ofrece a los zeks no es la liberación de la condición de zek en los campos de trabajo, sino la libertad para matar sin límites. La felicidad llega, como la salvación para los cruzados, mediante el sacrificio sangriento de víctimas. La devoción a esta suerte de libertad se convierte en sinónimo de patriotismo. El patriota activo es un asesino de masas y el patriota pasivo, un espectador entusiasta de los asesinatos de su equipo.

La bestia que se esconde detrás del estandarte no está comprometida con la vida, la libertad o la felicidad, sino que es su mayor enemigo.

Hobbes ya ha publicado su *Leviatán* y gracias a ello la bestia no solo se conoce con un nombre, sino que también posee una conciencia de sí misma de la que carecían los clérigos o Lope de Aguirre. La bestia sabe que no puede hablar en nombre suyo sin perder la confianza de sus entrañas humanas. Tiene claro que debe expresarse en

términos como vida, libertad y felicidad, y adquiere una elocuencia desconocida hasta entonces en el uso de dichos términos.

La guerra fratricida de ingleses contra ingleses, perpetrada por ambos bandos del modo más feroz contra las comunidades supervivientes del continente, no tiene nada que ver con la libertad, la independencia, la felicidad o cualquier otra cuestión humana. Es un asunto leviatánico puramente interno, un reajuste de las palancas y los resortes, una programación de las válvulas de la máquina. Un juego de resortes y ruedas, «el negocio de las pieles», quiere conservar las tierras boscosas y las comunidades del continente como territorio suyo, mientras que otro juego de resortes y ruedas, «el negocio de las tierras», quiere agrandar su territorio.

Estos dos negocios son igual de leviatánicos, ambos son imperialismos, es decir, crean zeks, aumentan el archipiélago de campos de trabajo que el mercado global administra en su totalidad, aunque de forma errática.

El negocio de las pieles no es tan insignificante como les parecerá a los observadores posteriores acostumbrados a los negocios del acero, el petróleo y el uranio.

En la época de la famosa Declaración, el petróleo de Europa son las pieles. El imperio francés de América se basa en ello. El imperio ruso emergente, en Siberia y en América,

es un imperio de cazadores de pieles. Inglaterra ha expropiado a Francia de las fuentes de las preciosas pieles.

Puede que no sea más que una moda pasajera para los europeos, el hecho de coronarse con pieles de los animales de este continente, y sin embargo son precisamente estas modas las que ponen en movimiento las palancas y las ruedas de la máquina devoramundos que llamamos civilización.

El negocio de los animales muertos, igual que el antiguo negocio de las especias, genera enormes beneficios, ahorros extraordinarios. En Inglaterra, esos ahorros se invierten en la producción de telas y ropa, una producción que cada vez es más industrial, cada vez más deshumanizadora. Se invierte la relación entre la persona y la herramienta. El ser humano se convierte en un apéndice de la máquina, exactamente lo que Hobbes describió. Los seres humanos que habían sido reducidos a zeks ahora están siendo reducidos un paso más, son rebajados a fabricantes, a menudo llamados mano de obra. Algunas de las telas producidas en las fábricas se llevan a los cazadores de pieles a cambio de estas.

El negocio de las pieles quiere conservar las tierras boscosas del Nuevo Mundo como una fábrica de pieles y un mercado de telas, algo que ya es el enorme conglomerado que se extiende por el norte frío del continente: la Compañía de la Bahía de Hudson.

El negocio de las tierras, personificado en individuos como Franklin, Washington, Lee y otros padres fundadores de renombre, tiene tanta relación con la libertad y la independencia como el otro negocio.

Hay compradores dementes que dan todo lo que tienen a cambio de títulos de propiedad de tierras, dado que dichos títulos son pasaportes para el paraíso. Cada propietario es un Habsburgo, un emperador de un verdadero dominio, con autoridad absoluta sobre los que andan y los que se arrastran, sobre los árboles y los arroyos. La venta de tierras, expropiadas a los anteriores habitantes del continente, a estos compradores genera enormes beneficios, ahorros tan extraordinarios como los que genera el comercio de pieles. Esos ahorros se invierten en flotas de barcos que transportan la producción de las tierras expropiadas hacia África, que transportan africanos esclavizados a las plantaciones de algodón de Virginia y que transportan, entonces, el algodón de Virginia a las fábricas de tela de Inglaterra y de Nueva Inglaterra.

(Mi resumen es demasiado corto. Debería añadir que las flotas americanas transportan africanos esclavizados también a otras partes del mundo, que la carga a veces se compone de europeos obligados...)

Los proxenetas de la tierra obtienen los ahorros que les garantizan la salvación a partir de la venta de las tierras

expropiadas y de la venta de los frutos de las tierras expropiadas. Su vida, libertad y felicidad reside en la expropiación de más tierras y en la perspectiva de expropiar todavía más. Tomarán la tierra, aunque tengan que declarar la guerra a los proxenetas peleteros que gozan del favor del rey. Su intención no es eliminar los ahorros que proceden del comercio de pieles, dejarán que John Jacob Astor obtenga las pieles de los canadienses franceses.

Los dos negocios que se enfrentan no son personas, sino personificaciones. Acabarán dándose a conocer como corporaciones, las cuales no son seres humanos que se enfrentan porque han sido agredidos, insultados o heridos personalmente. Lo que está amenazado o perjudicado son los ahorros.

Los negocios enfrentados son maneras alternativas y opuestas de acumular ahorros. Los ahorros provienen de una serie de ventas de objetos materiales robados a los anteriores habitantes del continente o exprimidos a los zeks y los esclavos que trabajan en las fábricas y las plantaciones. Esas series o procesos, mecánicos y materiales, constituyen la circulación sanguínea del Leviatán, su movimiento interno, su pseudovida.

La principal tarea de la elocuencia consiste en presentar las necesidades de tales procesos inhumanos como necesidades humanas urgentes. El hecho de conservar la secuencia de intercambios que generan enormes ahorros a partir de

pieles de animales se identifica con la lealtad al imperio y a su rey. El hecho de alentar la secuencia que genera enormes ahorros a partir de tierras expropiadas se identifica con la independencia, la libertad y la felicidad.

Los zeks siguen siendo zeks gane quien gane, pero, sin embargo, son engañados, quieren dejarse engatusar por los timadores. Quieren dejarse engañar porque comparten el anhelo europeo de ser algo diferente a lo que son, o por lo menos, aparentarlo. No quieren verse a sí mismos como zeks, sino como compradores y vendedores, como hombres de negocios, aunque no tengan nada más que vender que su fuerza de trabajo y no puedan comprar nada más que comida con la que reproducir su fuerza de trabajo. Un zek que ostenta un título de una parcela de tierra en la que podrá reproducir su fuerza de trabajo es el rey de su gallinero, el señor de su reino, el cabeza de familia. El zek voluntario confía en la elocuencia porque se cree que es exactamente igual que los otros hombres de negocios. Tal vez sus ahorros no sean más de lo que acumula en una letrina, mientras que los ahorros del otro se hallan en una flota de navíos. Su negocio puede ser un guisante en comparación con la luna del otro. Aun así, es engañado, no porque magnifique su propia empresa, sino porque participa indirectamente en la del otro como *voyeur* del gran negocio, como espectador de la libre empresa.

Para quienes quedan fuera como los potawatomis, los outagamis y los miamis, el zek emprendedor delira, está

mentalmente debilitado debido a la faena continua y monótona que marea la existencia en un campo de trabajo. Esta observación proporciona a dichos pueblos una razón más para mantenerse al margen de los campos de trabajo.

Es comprensible que a los zeks emprendedores no les guste ser observados por quienes quedan fuera. Los espectadores, como hemos visto, llenan a los zeks de una rabia asesina que les enloquece todavía más. Desde el punto de vista de los zeks, está claro que los locos son quienes quedan fuera. Y según los timadores que hablan de los zeks como pioneros laboriosos, pequeños propietarios independientes y trabajadores orgullosos, el universo entero es un campo de trabajo y cualquiera que lo niegue es un *ranter*, un lunático. Estas dos locuras se excluyen una a otra.

Es muy importante, ahora, para el último leviatan, negar la existencia de un mundo exterior. Las voces de la bestia deben transmitir los rasgos leviatánicos al pasado preleviatánico de la humanidad, a la naturaleza, e incluso al universo desconocido.

La bestia artificial posterior a Hobbes toma consciencia de sí misma como Leviatán y no como templo, imperio celeste o vicaría de Cristo, y a la vez empieza a sospechar que es

frágil, inestable. La bestia sabe que es una máquina y sabe que las máquinas se rompen, se descomponen y que hasta pueden autodestruirse. Una búsqueda frenética de máquinas en movimiento continuo no garantiza poder contrarrestar las sospechas, por lo que la bestia no tiene más remedio que proyectarse a sí misma en dominios o seres que no son máquinas.

Todo el sudor y todo el trabajo invertidos cada hora en las entrañas de la bestia presuponen su existencia perpetua. La idea de un progreso que culmina en un colapso final es cristiana pero no leviatánica. Dicha idea es de la misma índole que el compromiso del cristianismo con el absurdo, lo cual no es tan absurdo si se considera la vida un valle de lágrimas. Sin embargo, para el Leviatán esta idea es contradictoria, y el Leviatán es una entidad sumamente lógica.

La existencia leviatánica, que es un valle de lágrimas para los cristianos y para los marginados, es para el Leviatán una autopista asfaltada, y el progreso en esta autopista no puede llevar a un apocalipsis, sino a más progreso.

La consciencia del Leviatán de sí mismo se expresa en las corrientes de pensamiento conocidas como Ilustración, iluminismo, masonería, marxismo y algunas otras. Dichas corrientes suministran a la bestia que lo engulle todo un lenguaje apropiado para sus últimos días.

Ya no hace falta identificar los ahorros con la salvación ni la avaricia con la devoción por una misión divina. Dado que la expropiación y la usura generan ganancias de capital, que son la base del progreso, la avaricia se convierte en la empresa y se vuelve innecesario encubrir los términos, porque estos han sido desechados.

Los comerciantes y los banqueros ya no deben avergonzarse de haber heredado la práctica comercial del Islam pero no su dios misericordioso. El Leviatán es todo aquello que es, es dios, y es misericordioso con los que reinvierten todos sus intereses y beneficios.

Rousseau afirma que el Leviatán es un artificio impuesto a la naturaleza y a los seres humanos por la fuerza y el engaño.

Ahora, los comerciantes de la Ilustración pueden responderle que todo es artificio, tanto la naturaleza como los seres humanos y hasta el universo. El cosmos mismo no es sino un enorme artificio, una máquina, un reloj al que da cuerda el Gran Artífice, el Matemático. Términos como fuerza y engaño no pueden aplicarse a un mecanismo de relojería y términos como inhumano o antinatural pierden todo significado autónomo si lo humano y lo natural también son un mero mecanismo de relojería.

La Iglesia católica, que pretende abarcarlo todo, siempre retrasada unas generaciones, pierde un barco más por culpa del paso lánguido de sus prelados oportunistas.

Los eclesiásticos, que desde hace mucho están de acuerdo en extender las meras formas del catolicismo hacia dominios que se resisten a su sustancia, se abalanzan contra las formas de la Ilustración, contra su lenguaje. La miopía les impide darse cuenta de que los ilustrados y los masones que rechazan el lenguaje católico, sin embargo, conservan la sustancia del catolicismo y, de hecho, han logrado identificar esa sustancia con el cuerpo de la bestia dominante, algo que la Iglesia nunca consiguió.

Cegados por la apariencia de sus palabras, los eclesiásticos no caen en la cuenta de que creación y máquina significan lo mismo, que ambas presuponen un creador, un artífice. No se dan cuenta de que los ilustrados son monoteístas más consecuentes de lo que jamás han sido los católicos. No se dan cuenta de que el Matemático Cósmico de Newton, el gran artífice que pone en funcionamiento el gran reloj a partir de principios matemático-mecánicos comprensibles para la mente matemático-mecánica de Newton, no es otro que Lugalzagesi, el rey de reyes, y Optimus Maximus, el dios de las legiones acoradas.

Más que saludar la aparición del Mesías de los últimos días y así colocarse en la cabina de mando brillante e iluminada de la bestia, los católicos lánguidos se dejan caer en la sombra de la bestia; y el catolicismo, la puerta y la cuna de la Ilustración, es reconocido a partir de entonces por su obscurantismo.

Algunas sectas protestantes intentan apropiarse de los puestos que la Iglesia ha dejado de lado a causa de su estrechez de miras, pero se activan demasiado tarde, porque los ilustrados, rechazados por los cristianos, cierran a su vez la puerta a los cristianos.

Tanto las tradiciones como las tendencias personales de los ilustrados les predisponen a preferir la vicaría de Cristo, pero al ser rechazados, se someten a la vicaría de Satanás, aunque no suelen hacerlo en términos tan explícitos. Tan solo algunos poetas de entre los hombres de negocios llegan hasta este extremo e identifican al Leviatán con Satanás o Mammón, y tan solo los iluminados más extremos entre los masones se posicionan con el fuego de la oscuridad, el fuego de Ahriman, en contra del fuego de la luz, el de Ahura Mazda.

La mayoría de hombres de negocios limitan sus pensamientos a las sumas de dinero de sus libros de contabilidad y dejan la metafísica para los intelectuales. Sin embargo, todos disfrutan de la luz que les arrojan los ilustrados. Ahora pueden consumarse los negocios con mucha menos perfidia de la que hacía falta bajo la vicaría de Cristo. Ya no hace falta vestir el engaño, la explotación y el asesinato continuos del Leviatán con un manto tomado del movimiento antileviatánico.

Quienes lucen el manto de Ahriman o de Mammón no precisan hacer falsas promesas de la piedad, la caridad o la

pobreza apostólicas ni tampoco de la simple honestidad, respeto o humanidad. Tampoco deben temer, como siempre han temido los eclesiásticos, que sus propias doctrinas se les vuelvan en contra cuando los radicales descubran el punto de partida y las intenciones iniciales de dichas doctrinas, ya que ningún aspecto de Ahriman o de Mammón puede servir a los radicales.

A partir de este momento, el radicalismo será externo a la bestia; los radicales serán agitadores del exterior.

Los iluminados se posicionan del lado de la bestia en una guerra sin cuartel contra quienes aún están fuera.

El hecho de que todavía haya gente fuera introduce un cierto dualismo en un monismo que –de no ser por ello– sería coherente, pero dicho dualismo no molesta. Se niega la existencia de los que quedan fuera mientras que se los extermina. El monismo se confirma a sí mismo, todo es artificio, y cualquier cosa que no lo sea, pronto lo será. En el exterior, no hay sino materias primas listas que aguardan ser procesadas y transformadas en excrementos del Leviatán, la sustancia del universo. Hay materias primas que se resisten más a la transformación, pero ninguna puede oponerse a la inexorable marcha del progreso.

Los hombres de la Ilustración confían ciegamente en su máquina. Su monismo no es una descripción, sino una prescripción, un programa, una estrategia militar, y no es

casualidad que tantos presidentes del segmento americano de la máquina sean héroes militares. Para que las materias resistentes puedan procesarse en los campos de trabajo, antes deben ser explotadas, extraídas o separadas de sus contextos; y dichas fractura y separación son la tarea especial de los ejércitos del Leviatán. El progreso de la máquina es, ante todo, una guerra implacable contra toda la gente y todo aquello que no es una máquina.

La confianza ciega de los ilustrados se plasma en los diagramas de la oferta y la demanda que elaboran los economistas del Leviatán. Tales diagramas, representaciones geométricas de oscilaciones interconectadas con luces parpadeantes e indicadores sonoros, son el paraíso de un cretino. Los proveedores pueden estar seguros de que sus ahorros incrementarán, siempre y cuando reduzcan la oferta de un objeto con una mano, mientras que con la otra aumenten su demanda. En otras palabras, el artilugio realmente responde a la función para la que se ideó.

Para desgracia de los economistas, el mundo no se comporta de acuerdo con los diagramas, y el funcionamiento real de la bestia comercial no merece la confianza de los ilustrados. La marcha del progreso, que es el nombre que da el Leviatán a su guerra contra la humanidad y la naturaleza resistentes, no es una guerra en sentido figurado, sino una guerra de verdad. No se lleva a cabo con oscilaciones o indicadores sonoros, sino con explosivos de gran potencia y ejércitos de asesinos entrenados. Esta guerra es una larga

secuencia de victorias, pero son victorias pírricas. Tal vez el lector recuerde a Pirro, el antiguo militar albanés que, de victoria en victoria, se dirigía de cabeza a su destino funesto.

Para poder reducir el mundo a oscilaciones y luces parpadeantes, el Leviatán primero debe prepararlo para ello, antes tiene que transformar las materias primas en mercancías y a los seres humanos en zeks que cosechan, procesan y hacen circular las mercancías. Dicha reducción de la naturaleza y de las personas no la realizan los economistas sino los grupos de linchamiento, las milicias y los ejércitos, es decir, la policía del Leviatán.

Ninguna catástrofe natural ni ningún leviatán anterior había destrozado las comunidades humanas y sus entornos a tal escala. Bosques y praderas exuberantes se ven reducidos a campos labrados. Poblaciones enteras de animales, incluso especies enteras, son exterminadas. Las comunidades humanas son asesinadas a tiros y destruidas, los últimos que quedan son deportados a campos de concentración.

Se exponen en museos plumas, instrumentos y a veces hasta ejemplares embalsamados de las poblaciones exterminadas como trofeos de los vencedores. Los cazadores de trofeos, llamados arqueólogos, cavan en los cementerios de las comunidades extinguidas para exhibir las pipas y flechas de quienes vivieron el tiempo onírico en las vitrinas de los vencedores.

Las materias no renovables que se han agotado se reemplazan por materias sintéticas. Los seres humanos exterminados se sustituyen por zeks, por seres humanos aptos para la vida en los campos de trabajo.

Dado que ni siquiera los mejores zeks están del todo dispuestos a la autorrepresión que requiere la eficiencia de los campos de trabajo, también son sustituidos por materias sintéticas, por máquinas, es decir, por cosas elaboradas con la sustancia del Leviatán.

Al experimentar lo que se conocerá como revoluciones industriales y tecnológicas, el gran artificio demuele todos los muros y asalta triunfalmente todas las barreras naturales y humanas, aumentando la velocidad a cada paso. Pero en cuanto la bestia realmente llegue a parecerse a una rata alada salida del infierno, sus propios adivinos dirán que un objeto que se acerca a la velocidad de la luz se descompone y se convierte en humo. Las victorias de este tipo de objeto, a la larga, son victorias pírricas.

Las victorias de la bestia también son pírricas a corto plazo. Las comunidades humanas diezmadas por la peste y el fuego, cuyos últimos miembros son desmenuzados en mil trozos, deportados y encarcelados, cuyos últimos vestigios

se exponen como trofeos, de hecho, no han sido vencidas: jamás son reducidas a equipos de trabajo.

Además, los fantasmas de dichas comunidades, que todavía no han sido reducidos, se instalan en los rincones y en los armarios de la bestia sintética y hacen notar su presencia con un interminable silbido o aullido que inquieta sin cesar a los infelices reclusos.

Ni la peste, ni el fuego, ni la pólvora pueden suprimir la mirada espectral, el ojo del fantasma que ve las entrañas como un campo de trabajo y los reclusos como zeks. Los reclusos infelices, repugnados por la imagen que refleja el espejo fantasmal, la imagen de un presente que está muy lejos de ser paradisíaco, siguen proyectándose hacia un futuro feliz. Tras llegar a América, se precipitan hacia la siguiente América. Ya en los confines, se pisotean unos a otros para ser los primeros pioneros de los nuevos territorios. Y en cada confín el mismo silbido estremecedor, el mismo aullido nocivo y la misma mirada sagaz sigue inquietándolos.

La limpieza que se efectúa en este continente para el negocio genera suficientes fantasmas para poblar un universo entero.

Al contrario de lo que sucede en los cuentos para dormir que explican estas personas inquietas a sus criaturas aprehensivas, las personas libres sencillamente no hacen cola en

las oficinas de contratación de las fábricas para pedir trabajo. Solo en este continente septentrional, la perspectiva de una vida frugal y productiva se rechaza con todas las formas de resistencia conocidas en Eurasia desde la época de los sumerios.

La manera más segura de protegerse del abrazo de la bestia invasora, por lo menos a corto plazo, es escapar de su alcance. Este es el recurso del que se sirven los incontables seres humanos que migran desde las costas oceánicas, las tierras boscosas, los lagos y los valles fluviales hacia las llanuras del continente.

Esas llanuras, ese enorme refugio repleto de seres vivos, esas pasturas para manadas de cantidad de bisontes, que son infinitos para el ojo humano, sin embargo, están limitadas, protegidas, aisladas del monstruo del más allá.

Están separadas por el este por montañas, bosques espesos y por el río largo; por el sur por un desierto infranqueable; por el oeste por montañas impenetrables y por el norte por el hielo perpetuo. Aquí los refugiados de las comunidades diezmadas recuperan sus ritmos interrumpidos, reanudan sus danzas, recrean sus mitos, reconstituyen su música. Se valen de una importación europea que no es ni un producto de la industria, ni un producto sintético, sino un ser vivo y un amigo, incluso un primo: el caballo. Las personas que antaño remaban canoas, que plantaban maíz y se refugiaban en cabañas de corteza

llegan a caballo a los fuegos de reunión rodeados de círculos de cabañas de piel de bison. Son los últimos seres humanos libres del mundo.

Quienes, a pesar de los estragos, no pueden exiliarse de sus lugares de nacimiento, los lugares donde permanecen sus ancestros, no tienen más elección que enfrentarse a los invasores. Los que se rinden, es decir, los que buscan un empleo, son pocos, tan pocos que los pioneros invasores consideran un axioma que «el único indio bueno es el indio muerto».

La resistencia es virulenta y larga. Empieza cuando los caribes y los arahuacos dirigen sus armas hacia los primeros visitantes y no acaba cuando Cuauhtémoc y los últimos aztecas retorcidos de dolor y diezmados por la peste no logran retomar Tenochtitlán a Cortés y su banda.

La resistencia sigue durante dieciséis generaciones, cuatro siglos del Leviatán durante los cuales las entrañas de la bestia constituyen un campo siempre en armas y el principal negocio de sus reclusos es la guerra.

Las vitrinas para trofeos se llenarán de supuestos retratos y armas de héroes del territorio salvaje que se atrevieron a interponerse en el camino del progreso inevitable. Los tristes sucesores de Cuauhtémoc son la prueba de la bravura de los invasores, la única prueba. Cuanto mayor es el valor del conspirador salvaje, mayor es la hazaña del conquistador

civilizado. Las colecciones de trofeos voltean las proporciones de los acontecimientos reales y actúan sobre quienes las observan como espejos que invierten la imagen. Enormes colmillos y cuernos de bestias fabulosas recapitulan la fábula del pequeño David civilizado que se confronta, con su fuerza modesta, a Goliats intimidantes.

La resistencia armada coordinada por un cabecilla militar y un estado mayor es un último recurso tan antiguo como la federación gutea contra la expansión sumeria.

Al contrario de lo que ocurre en la fábula de Goliat, los cabecillas de este continente, que los invasores denominan jefes, suelen ser de estatura pequeña o mediana y suelen tener una gran imaginación; su fortaleza no reside en sus brazos sino en su discurso.

A diferencia de los guíeos y los taboritas, los resistentes de este continente no acaban encerrados en sus propias organizaciones militares protoleviatánicas. Sus diversas federaciones y alianzas son temporales y lo siguen siendo; la continuidad de estas depende de su renovación en cada consejo. Si la victoria depende de que los resistentes se conviertan en seres parecidos a los invasores, los resistentes renuncian a la victoria y se disuelven, invictos.

La resistencia armada que llevan acabo los seres humanos libres de este continente pone trabas al progreso a cada paso que da. Los primeros ingleses que implantan una

Virginia en las costas del continente y que se creen que sus anfitriones tan simpáticos estarán deseando servir para siempre a los ingleses, rápidamente se desengañan de sus grandes expectativas.

El amistoso Wingina se muda de ropa y de nombre y se convierte en un auténtico Cuauhtémoc delante mismo de las narices de los invasores desengañados. Wingina, con el nombre de Pemisapan, a diferencia del azteca, va acompañado de guerreros fuertes y sanos, no de víctimas de la viruela postradas, y la primera Virginia, a diferencia de Nueva España, es reducida a una colonia perdida.

Los ingleses designan a su Némesis con el término conspirador y darán el mismo nombre a todos los guerreros que resisten con éxito a su incursión. Los ingleses se reservan para sí nombres como patriota o luchador por la libertad, aunque son ellos los que conspiran para tomar la tierra y esclavizar a sus habitantes, mientras que los resistentes defienden sus tierras natales y sus libertades. En cuanto hipócritas y mentirosos, los ingleses protestantes no se diferencian de los papistas, que ellos consideran hipócritas y mentirosos.

No es sorprendente que los franceses católicos hablen de una conspiración de zorros cuando los pueblos de los Grandes Lagos se federan para frenar la expansión de Nueva Francia en sus bosques y vías acuáticas. Tras casi dos generaciones de guerra, los zorros, diezmados, pero todavía

invictos, se disuelven antes que dejarse convertir en perpetuas máquinas de guerra con el fin de poder continuar haciendo frente a los invasores tremendamente persistentes. Pero la máquina de guerra francesa está exhausta debido a su guerra contra los zorros y se convierte en la presa de los ingleses de la costa.

Los ingleses, a su vez, tratan de introducir las comodidades de la civilización a los bosques, los valles fluviales y los lagos de más allá de las montañas y les reciben «conspiraciones» incluso más tenaces que aquellas a las que tuvieron que enfrentarse sus predecesores. Los españoles que se enfrentan a Túpac Amaru y a una fortaleza inca reconstruida, en los Andes, no se topan con la resistencia armada que da la bienvenida a los ingleses invasores.

El hecho de que el continente no estuviera despoblado y de que sus habitantes no estuvieran esperando a ser civilizados queda grabado en la memoria de los ingleses por una serie de fracasos militares sin precedentes.

Los ingleses no son recibidos por los pueblos independientes de los Grandes Lagos como liberadores del yugo francés.

Los potawatomis y todos sus primos se federan contra los *scalpers* (los que arrancan la cabellera a sus víctimas), nombre que dan a los ingleses los pueblos de los Grandes Lagos, que todavía no han aprendido esta práctica. El primer

gran enfrentamiento de dicha federación con los británicos se conoce como la derrota de Braddock, uno de los mayores infortunios vividos por un ejército europeo en el Nuevo Mundo.

Sin embargo, los especuladores de tierra y comerciantes de pieles ingleses siguen clamando por su derecho divino a las tierras boscosas, los valles y los lagos, y se encuentran cara a cara con una resistencia con la que no se habían topado nunca.

Los diferentes pueblos de las tierras boscosas, los lagos y los valles, así como los supervivientes de las tierras litorales invadidas, pueblos de diferentes costumbres y de lenguas igualmente incomprensibles entre sí, están unidos en una sola federación y determinados a enviar a los invasores de vuelta al océano.

Los guerreros federados destruyen todos los numerosos fuertes y puestos militares británicos del oeste de las montañas, salvo dos. Fracasan ante el famoso Fuerte Pitt porque el comandante de este, bajo las órdenes de un general británico, envenena a los asediadores con viruela. Y fracasan también en el famoso Fuerte Detroit porque sitiario hubiese implicado una pérdida de vidas humanas perfectamente aceptable para los militares europeos, pero del todo inaceptable para las «tribus belicosas» de este continente, como los ingleses se obsesionarán por seguir llamándolas.

Los his-toriadores darán a este episodio el nombre de «conspiración de Pontiac» y así añadirán otro Goliat a su catálogo de monstruos del salvajismo, uno que era demasiado tremendo incluso para el astuto y fuerte David inglés.

En cambio, el Pontiac real es un hombre de pequeña estatura, destacado como orador, pero no como asesino, un hombre que parece ser el principal responsable de la decisión de no arriesgar las vidas de hermanos, primos y sobrinos en la toma de Fuerte Detroit.

Los verdaderos conspiradores son muchos adivinos, algunos procedentes de las tierras litorales invadidas, que guardan en la memoria y recuerdan a sus parientes que sus ancestros vivieron felices sin armas de fuego, sin ron, sin ropa, ni invasores procedentes de Europa.

Los británicos están tan destrozados que, pese a conservar los dos fuertes, capitulan ante los guerreros federados y prometen no volver a pisar las tierras situadas al oeste de las montañas.

Los resistentes se disuelven. Sus culturas no contemplan la posibilidad de que las promesas solemnes puedan ser simples mentiras; si alguien les explicara los engaños que se presentan como los grandes momentos de la his-toria, no se lo creerían.

Algunos británicos, los del negocio de las pieles, realmente

fingen cumplir su promesa con su decreto llamado Acta de Quebec, que prohíbe incursiones más allá de las montañas.

No obstante, los británicos de la costa, la mayoría de los cuales están implicados en el negocio de las tierras, claman que el decreto es intolerable, se declaran independientes y parten hacia las montañas con pistolas y cañones.

Los acaparadores de tierras, a partir de ahora conocidos como americanos, se presentan al mundo como revolucionarios, como demócratas, como cualquier cosa excepto invasores codiciosos y especuladores sin escrúpulos.

Pero para los potawatomis y sus primos de los Grandes Lagos, el honesto George Washington y sus compañeros especuladores de tierras expropiadas no son sino invasores codiciosos y *scalperx* sin escrúpulos. Los pueblos invictos de los lagos y de los valles del interior reconstituyen su federación y dan la bienvenida a los americanos democráticos del mismo modo que acogieron a los británicos monárquicos.

St. Clair y Harmar no son simplemente los nombres de dos generales de Washington. Son nombres que destacan en los anales americanos, igual que destaca Braddock en los británicos, nombres de reveses militares señalados, de derrotas indisimulables. Aun así, los americanos, como máquinas, igual que todos los leviatanes anteriores, siguen yendo y viniendo por los mismos campos una y otra vez. El siguiente David que ponen ante Goliath es un general llamado

Wayne, un asesino dispuesto a ver a todos sus hombres muertos antes que aceptar la derrota.

Ante un adversario así, los resistentes dicen sí a la vida y no al Leviatán, disolviéndose antes que convertirse en máquinas de matar de esta índole. La célebre victoria de Wayne, en un campo invadido de árboles caídos, se consigue contra los pocos guerreros que quedan, los cuales no se dispersan porque no tienen un hogar al que volver.

Los americanos, por fin, trazan una estrategia digna de su espíritu emprendedor, una estrategia de confianza. Con el garrote en una mano y el acuerdo en otra, prometen no avanzar más, y en cuanto logran que unos pocos guerreros se crean su promesa, avanzan.

El más destacado entre quienes llevan a cabo este «arte de ganar» tremendamente hipócrita es un oportunista muy astuto llamado Lewis Cass. Este Cass es también uno de los agentes territoriales que vende parcelas de tierra invadida a colonos.

Con el título de propiedad en la mano, los colonos pioneros hacen realidad su sueño de dominación al despojar la tierra de todos sus árboles y animales. Las exuberantes tierras boscosas repletas de vida se transforman en los campos desolados conocidos como haciendas de cultivo comercial. Los habitantes de los bosques se hallan privados de refugio y de alimento. Y ahora, el tristemente célebre Cass,

ascendido al puesto de ministro de guerra del presidente Jackson, da rienda suelta al ejército americano contra los últimos habitantes originales.

Llegados a este punto, es decir, cuando el entorno ya no es habitable para los seres humanos libres, cuando los resistentes invictos se encuentran literalmente minados, los americanos ya no se molestan en encubrir su genocidio. El programa americano recibe el nombre de «ley de eliminación de los indios», sin rodeos, lo cual es explícita y orgullosamente genocida.

Se arrancan poblaciones enteras, entre las cuales los potawatomis, de sus hogares ancestrales como si fueran mala hierba. Un club de timadores ilustrados lleva a cabo deportaciones en masa que aminoran las atrocidades de los antiguos asirios.

Las deportaciones son una manera más de matar al adversario sin tener que enfrentarse a él en el combate. Los deportados, cuyo bienestar a lo largo de la ruta va a cargo del ejército americano –obtuso en el plano emocional y, obviamente, corrupto– mueren de hambre y enfermedad por el camino, porque los estafadores, militares y emprendedores al mismo tiempo, venden los alimentos y las provisiones destinados a los prisioneros a los colonos pioneros con quienes se topan camino a los campos de concentración. Los colonos con títulos de propiedad se apresuran a devastar las áreas evacuadas y a erigir, donde

antes se encontraban los consejos, escuelas donde los hijos de los colonos aprenden a recitar «Por qué estoy orgulloso de ser americano».

Los asesinos se hallan ahora cara a cara con los últimos seres humanos libres del continente, con los que encontraron refugio en las vastas llanuras. Las enormes campañas militares, que se complementan con todas las trampas del libro americano, no consiguen derrotar a los resistentes. Las falsas promesas ya no valen, los pueblos de las llanuras saben que los americanos son mentirosos empedernidos.

Otra atrocidad que aturde la imaginación es la que perpetran los agentes de la razón y el progreso. Se extermina, con una maldad humanamente incomprensible, toda la población mundial de bisontes con el fin de privar de alimento y refugio a los pueblos de las llanuras. Como destructores de las mismísimas condiciones de vida, los americanos no tienen predecesores. Esta atrocidad es la cima de una irracionalidad irresponsable, ni siquiera tiene nombre. Ninguna bestia conocida es capaz de ello. Es el acto de una materia sintética estúpida e inanimada.

Incluso tras verse privados de sus fuentes de alimento y refugio, los pueblos demacrados de las llanuras siguen resistiendo, y todavía resisten después de ser deportados a los campos de concentración.

Los últimos resistentes se lanzan a una danza, la Danza de los espíritus. La música compartida, los movimientos rítmicos, resucitan a los resistentes demacrados, les elevan fuera del campo de concentración, les transportan fuera del tiempo leviatánico, más allá de la his-toria. Estos pueblos que bailan en las llanuras se inspiran en los *xhakers* y en otros europeos que todavía conservan elementos de la herencia europea de la retirada. Sueñan en un espíritu que les guíe fuera de las entrañas del monstruo, un espíritu que borre del mapa a los invasores y resucite a las manadas de búfalos. Puesto que jamás habían estado encerrados en las entrañas del Leviatán, las personas libres de este continente no tienen una herencia de huida propia; jamás habían necesitado escapar; quedaban fuera y eran libres. Desarmados, encarcelados y hambrientos, retoman los principales temas del culto de crisis antirromano, el culto mismo al que todavía apelan los carceleros americanos para justificar el genocidio.

Las últimas comunidades se sumergen en la Danza de los espíritus y los espíritus de las últimas comunidades seguirán bailando en las entrañas de la bestia artificial. Los fuegos de reunión de las comunidades jamás vencidas no los apagan los invasores genocidas, igual que la luz de Ahura Mazda no fue apagada por los soberanos que afirmaban que brillaba

sobre ellos. El fuego está eclipsado por una oscuridad, pero sigue ardiendo, y las llamas surgen por donde menos se espera.

Igual que los bogomilos y sus sucesores occidentales transportaron la llama de Ahura Mazda a Albi, en el sur de Francia, las llamas que las comunidades de este continente mantienen vivas se expanden hacia los rincones más oscuros de Europa y América.

Montaigne tiene una revelación cuando ve que las personas a quienes los europeos llaman salvajes poseen mundos que los europeos han perdido. Rousseau tiene una visión cuando deja de lado los hechos confundidores y se da cuenta de que el proceso llamado civilización no ha representado la bendición que sus contemporáneos ilustrados sostienen que es, sino más bien la maldición que explica la pérdida que han vivido los europeos.

Blake, Melville y Thoreau cantan dichas revelaciones a sus contemporáneos atrofiados por la escuela y, a pesar de un aparato de escolarización cada vez más exhaustivo y de una prensa cada vez más extendida, los nietos de los zeks irremediablemente leviatanizados empiezan a moverse con ritmos que llegan desde el exterior de su entorno sintético.

El fuego que debía incendiar la última bestia del apocalipsis, un fuego que mantienen vivo los libres espíritus, los adamitas, los *ranter*s y los zeks y siervos en rebelión, ha

caído en el olvido, pero no se ha apagado. La leña que llega de los fuegos de reunión de las comunidades cheyenne, dakota y potawatomi atiza las llamas.

Sin embargo, ya se anuncia la inversión leviatánica de este fuego que efectuará la siguiente Iglesia.

Ni más ni menos que el economista científico ilustrado Marx coloca la versión de Morgan de una comunidad iroquesa en el sótano de su edificio revolucionario. Las costumbres de compartir de los iroqueses, presentadas como comunismo primitivo, languidecen en el sótano mientras que la humanidad trabajadora se eleva hasta el comunismo completamente desarrollado, pasando por la esclavitud, la servidumbre y el trabajo asalariado.

Las fuerzas productivas de la humanidad procesan las cuatro bestias de Daniel, así como las tres épocas de Joaquín de Fiore para que fluyan en sentido ascendente. Cada estadio es un modo de producción. El contexto es un campo de trabajo y los sujetos revolucionarios son los objetos de la his-story, es decir los zeks, denominados proletarios.

El escatón de este apocalipsis todavía es un campo de trabajo animado por los zeks concentrados, pero se distingue de todos los campos previos por el hecho de mal augurio de que los arcontes del régimen postrevolucionario son todos miembros del partido del paraíso. La policía escatológica atemoriza, encarcela y asesina por la gracia de Ahura Mazda,

exactamente igual que el antiguo Ciro. Los represores lucen insignias y brazaletes con las usanzas de libertad y del compartir de los iroqueses. La iglesia revolucionaria, aunque sea una repetición farsante de la expropiación y la inversión del culto de crisis antirromano de la Iglesia romana, logra sin embargo canalizar a los numerosos rebeldes potenciales hacia órdenes neofranciscanas, callejones sin salida leviatánicos que, como las anteriores órdenes, se convierten en la vanguardia de la represión. El principal proyecto de los rebeldes atrofiados acaba siendo conseguir aquello que les faltó a los hombres de negocio –es decir, destruir lo que queda de las comunidades humanas, erradicar los últimos rastros de lo que Marx llamó comunismo primitivo– con tal de encaramar, de una tirada, a la humanidad en la escalera mecánica, es decir los antiguos campos de concentración de la his–toria, que lleva al estadio más alto de cretinización, al campo más elevado, el que dirige el secretario general del partido del paraíso, un soberano que se autodenomina del proletariado.

Los arcontes revolucionarios compiten con los arcontes ilustrados para desgarrar la biosfera y convertir el mundo en un lugar donde los seres humanos libres no pueden ni estar de pie, ni tumbarse ni sentarse.

Las últimas reliquias de las comunidades del mundo están guardadas bajo llave en las vitrinas de los trofeos que, según insisten sus guardianes, contienen todo lo que hay que saber sobre las comunidades.

La bestia ahora se dirige contra los zeks de sus entrañas, porque por muy atrofiados que estén todavía poseen lo que los cuáqueros llaman una «luz interna», y cualquiera de estas luces es repugnante para el Leviatán, cuyo elemento es la oscuridad, lo sintético. Tras eliminar las comunidades de quienes quedaban fuera, la maravilla tecnológica empieza a producir marginados dentro de sus propias entrañas, para eliminar a los zeks humanos y sustituirlos por máquinas, por cosas fabricadas con su propia sustancia.

Este último acto extraño tan solo es sorprendente para quienes todavía se creen la palabra del Leviatán y lo consideran racional. Su racionalidad es tan artificial como su amor por la naturaleza y su devoción por la humanidad. La bestia que ha devorado la humanidad de un modo tan cruel y sangriento para convertir a las personas en apéndices de las herramientas ahora deja de lado dichos apéndices y crea reductos de seres humanos prescindibles para su progreso ulterior.

Los nuevos marginados no son radicales. Son personas que habían hecho funcionar los resortes y engranajes que ahora pueden automatizarse, es decir, artificializarse. Puede que sean descendientes de los zeks o los administradores más monárquicos, como los canadienses franceses, que realmente hallaron el parentesco y la comunidad, a pesar de que –a diferencia de muchos de sus contemporáneos– no sabían que querían esos regalos.

Los zeks desplazados languidecen, y todavía no sabemos si los cuáqueros tienen razón, si los nuevos marginados de verdad conservan una «luz interna», es decir, la habilidad de reconstituir los ritmos perdidos, de recuperar la música, de regenerar las culturas humanas.

Tampoco sabemos si los residuos tecnológicos que abarrotan y envenenan el mundo dejan a los seres humanos algún lugar para bailar.

Lo que está claro es que el Leviatán, el gran artificio, que es uno solo y que abarca el mundo entero por primera vez en la his-toria, se está descomponiendo.

Desde el día en que las voces que funcionan con baterías empezaron a emitir viejos discursos para una audiencia que también funciona con baterías, la bestia empezó a hablarse a sí misma. Tras engullir a todas las personas y todas las cosas de su exterior, la bestia se convierte en su único marco y en su única referencia. Se entretiene a sí misma, se explota a sí misma y se hace la guerra a sí misma. Ha llegado al final de su progreso, porque no queda nada contra lo que progresar, aparte de sí misma. Dado que, por encima de todo, es una máquina de guerra, es muy probable que la bestia perezca de una vez por todas en una guerra suicida catastrófica, en cuyo caso Ahriman apagaría para siempre la luz de Ahura Mazda.

La gente pierde el tiempo cuando implora a Ahriman que

renuncie a apagar la luz, porque este hecho significaría el triunfo final de Ahriman sobre Ahura Mazda; tal vez, los que imploran se dan cuenta demasiado tarde de que han sido ellos quienes han inspirado dicha idea al monstruo.

El Leviatán se está convirtiendo en Narciso al admirar su imagen sintética en su estanque sintético, cautivado por el espectáculo de sí mismo.

Es un buen momento para que la gente abandone la cordura, las máscaras y armaduras, y se deje llevar por la locura, porque ya se le está expulsando de su bonita polis.

En la Anatolia antigua, la gente bailaba sobre las ruinas del leviatán hitita y construyó sus cabañas con las piedras que documentaban las grandes hazañas del imperio desaparecido.

El ciclo ha dado una vuelta entera. América se halla en el mismo punto que la antigua Anatolia. Es un lugar donde los seres humanos, solo para seguir en vida, deben saltar, deben bailar y al bailar resucitar los ritmos, recuperar el tiempo cíclico. Los danzantes an-árquicos y panteístas ya no sienten el artificio y su his-toria lineal como el todo, sino como un mero ciclo, como una larga noche, una noche de tormenta que dejó la Tierra herida, pero una noche que acaba, como acaban todas las noches cuando sale el sol.

Detroit, marzo de 1983.

La presente obra se acabó de imprimir en el mes de abril, en el umbral entre un invierno de sequía y una primavera tempestuosa, en el año 2019, que ya prometía establecer un nuevo récord para el calor, mientras toda la gente seguía mirando sus smartphones.

Nuestro colectivo nace con la intención de difundir armas teóricas contra el colonialismo, el patriarcado y el Estado. Pretendemos afilar nuestras luchas a través de la edición de diferentes textos, originales y traducciones, principalmente en catalán, pero también en castellano e inglés. Soñamos con recuperar la comuna perdida y trabajamos para hacerlo realidad. Por comuna, entendemos la vida como festín, el compartir sin atomizar en relación con la tierra y todos los otros seres vivos.

El nombre, Segadoras en castellano, hace referencia a la insurrección de 1640 comenzada por los y las campesinas y dirigida contra las autoridades jurídicas, militares y cristianas, aunque después fuera reconducida por unos gobernantes alternativos. Mediante el análisis de los

conflictos sociales actuales y la difusión de la memoria histórica, queremos aprender a apoyarnos mejor en nuestras luchas cotidianas y evitar la repetición de errores pasados.

Descontrol Editorial somos un grupo de personas interesadas en difundir la cultura. Creemos en una transformación radical de la sociedad y pensamos que los libros son armas en manos de quien quiera utilizarlos.

Nuestros libros buscan formar, inquietar, cuestionar, remover... Producir una reacción. Queremos hacer libros que no dejen indiferente, que despierten conciencia y que inviten a juntarse, a organizarse y a luchar. No somos ingenuos, sabemos que nuestro esfuerzo tiene poca relevancia, pero por poco que podamos influir en la transformación social, habrá valido la pena.